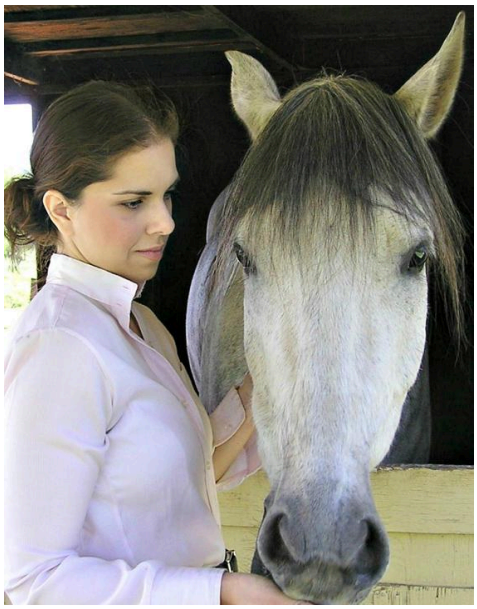
Historias de Somerset

MIMI MATTHEWS

LA OBRA DE ARTE



Libros de seda



Copyright de la foto: © Privado

Mimi Matthews es una autora de *best sellers* del *USA Today*. Escribe tanto libros de historia de no ficción como novela romántica histórica ambientada en la época victoriana. Sus libros han recibido reseñas destacadas de *Publishers Weekly*, *Library Journal*, *Booklist*, *Kirkus*, y *Shelf Awareness*, y sus artículos han aparecido publicados en *Victorian Web*, el *Journal of Victorian Culture* y también en el *BUST Magazine*. Tiene además otra profesión, la de abogada. Vive en California con su familia, además de con un caballo andaluz de doma, un perro pastor de las Shetland y dos gatos siameses.



Una rara belleza y un héroe menos que probable. ¿Podría una combinación así enfrentarse al todopoderoso duque de Moreland?

Phyllida Satterthwaite siempre ha sido considerada más extraña que hermosa mientras vivía en Devonshire, pero en Londres esa rareza la ha convertido en sensación. Y lo peor es que ha llamado la atención del siniestro duque de Moreland, un famoso coleccionista de arte obsesionado por adquirir obras únicas. No le será fácil escapar de él si alguien no le echa una mano…

Hace tiempo que los días heroicos del capitán Arthur Heywood quedaron atrás. Después de que lo hirieran en la Guerra de la Independencia, apenas puede caminar solo, y menos disparar un arma. Lo único que tiene es su buen nombre, así que, ¿qué podría ofrecerle él a una damisela en apuros?

MIMI MATTHEWS

LA OBRA DE ARTE

Libros de seda

La obra de arte, libro 1 de la serie *Historias de Somerset*

Título original: *The Work of Art, Somerset Stories 1*

THE WORK OF ART copyright © 2019 by Mimi Matthews
Translation rights arranged by Taryn Fagerness Agency and Sandra Bruna
Agencia Literaria, SL
All rights reserved

© de la traducción: Emilio Vadillo

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
https://www.facebook.com/librosdeseda/
@librosdeseda
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Gemma Martínez
Maquetación: @isabela-g
Conversión en epub: Álvaro López López
Imagen de la cubierta: ©Elaina Daley/Arcangel Images

Primera edición digital: junio de 2025

ISBN: 978-84-19386-97-7

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Ninguna parte de este libro puede usarse o reproducirse de ninguna manera con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial.

A mi madre, Vickie

Contenido

Título
Créditos
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Nota de la autora
Agradecimientos

Capítulo 1

Londres, Inglaterra
Primavera de 1814

El capitán Arthur Heywood no había visto en su vida un grupo de perros tan mal educados. Los tres canes irrumpieron en la biblioteca y pasaron a la carrera por delante de la criada mientras la pobre chica salía de la estancia tras haberles servido el té a los caballeros. Tuvo que hacer un movimiento brusco para esquivar al más grande, una especie de perro lobo enloquecido, y no pudo evitar perder el equilibrio y dejar caer la bandeja, que se estrelló con estruendo contra el suelo de mármol.

Los hombres presentes en la biblioteca se pusieron de pie de inmediato. El conde de Edgeworth rugió indignado. El vizconde de Darly agarró al perro lobo enorme por el cogote. Y el anfitrión, el señor Edgar Townsend, un financiero muy conocido, pidió ayuda a gritos sin abandonar el refugio que le procuraba el inmenso escritorio de madera de caoba.

Solo Arthur permaneció sentado. No tenía capacidad para intervenir en el guirigay. Uno de los perros había tirado al suelo su bastón, que, arrastrado por los demás chuchos, se deslizó sobre el mármol hasta quedar fuera de su alcance. Como consecuencia, no podía hacer otra cosa que observar desde el sofá de la biblioteca la anarquía de la escena.

El caos era completo. De hecho, a no ser que estuviera juzgando mal la escena, la bestia gigantesca a la que Darly intentaba reducir estaba a punto de arrancarle la cabeza al vizconde de un mordisco.

—¡*Basil,* no! —gritó una voz femenina desde la puerta.

Arthur alzó la cabeza justo a tiempo de ver a una dama joven entrando a toda prisa en la habitación. Sujetaba a un terrier negro y desaliñado bajo el brazo, un brazo delgado; lo llevaba de la forma en la que una gran señora transportaría a su perrito atildado y mimado. Al pasar junto al sofá, soltó al animal sobre el regazo de Arthur. La joven no pareció haberse dado cuenta de su presencia: había fijado toda la atención en Darly.

—¡Phyllida! —tronó Townsend—. ¿Se puede saber qué está pasando?

La joven no le hizo el menor caso y se dirigió sin dudarlo al vizconde.

—Señor, le suplico que lo suelte. —Colocó la mano sobre el lomo áspero del perrazo—. En realidad, es muy tranquilo.

—¿Tranquilo? ¿Esta bestia? —Darly alzó los ojos para mirar a la joven. Y se quedó lívido—. Le ruego que me perdone, señorita, yo...

—Suéltelo —ordenó—. Le aseguro que no le va a morder.

Sin dejar de mirarla, Darly apartó la mano del perro y, cauteloso, dio un paso atrás. Una vez suelto, aquel can gigantesco dejó de gruñir y salió de la biblioteca a toda velocidad. Los otros dos, que parecían pastores escoceses mestizos, se apresuraron a seguir a su alocado líder.

Arthur agarró al terrier que tenía sobre el regazo para dejarlo en el suelo, con la idea de que trotara detrás de sus congéneres. El perrito se retorció enérgico.

—¡Oh, no, señor! —La joven casi voló hacia el sofá y le quitó al can de las manos—. No se le puede dejar en el suelo. Cojea de una pata y le cuesta mucho andar.

Tras haber pronunciado tales palabras, la habitación quedó en un silencio mortal.

Arthur pensó que lo normal sería sentir algo, cierta vergüenza. Pero no sintió nada, salvo una levísima punzada de disgusto por estar donde estaba. Ni la biblioteca de Edgar Townsend ni tampoco la ciudad de Londres eran lugares adecuados para él. Verse obligado a estar allí sí que era una fuente de amargura. Así que, en realidad, las palabras inoportunas de una extraña ni empeoraban ni mejoraban las cosas.

—Phyllida —terció Townsend con los dientes apretados—. ¿Acaso no te he dicho...?

—¿Papá? —La hija mayor de Townsend apareció en el umbral de la puerta. Llevaba un sombrero de paja muy a la moda que dejaba claro que se disponía a salir—. ¿Qué ha pasado aquí?

—Los dichosos perros de tu prima... —soltó Townsend.

Como respuesta a sus palabras, la joven, al parecer sobrina de Townsend, sujetó bajo el brazo aún con más firmeza al terrier y se inclinó para disculparse, aunque sin dirigirse a nadie en particular.

—Les pido perdón, caballeros —se excusó. Después, con la cabeza bien alta y la espalda erguida, abandonó la biblioteca junto la hija de Townsend, cerrando la puerta al salir.

Arthur apoyó la espalda en los cojines del sofá y estiró la pierna herida todo lo que pudo. Darly se acercó a recoger el bastón del suelo. Arthur lo tomó de sus manos sin decir palabra. Para un observador despistado, no era otra cosa que un bastón de paseo robusto y elegante, pero todos los que estaban en la biblioteca sabían muy bien que sin el apoyo que le procuraba a Arthur le resultaría imposible caminar por la habitación.

Townsend se aclaró la garganta.

—Esos perros son una molestia. Ni mucho menos se comportan, y además no son de raza. Mi sobrina se negó a venir a Londres sin ellos. Tendría que haberme mostrado firme, pero...

—Su sobrina es muy atractiva, Townsend —lo interrumpió Darly—. Sabía que una joven de Devonshire estaba de visita en su casa, pero no podía imaginarme que...

Townsend volvió a su butaca con la misma expresión en la cara que cuando hablaba de cualquier inversión importante para sus negocios.

—Sí. La señorita Satterthwaite es una joven bastante singular. Es nieta de sir Charles, de Satterthwaite Court, en Devonshire, que era pariente lejano mío y falleció hace poco. En el 79 fue nombrado caballero en agradecimiento a sus servicios a la Corona.

Edgeworth frunció el ceño.

—Satterthwaite Court... Es la hacienda que heredó usted haces seis meses, ¿verdad?

—En efecto, milord.

Darly rio.

—Supongo que la joven formaba parte del lote, ¿no es así?

Townsend miró con desagrado al vizconde.

—La señorita Satterthwaite se quedó sin medios para vivir. No tengo ninguna obligación para con ella, por supuesto, pero no soy un hombre despiadado. Tiene más o menos la edad de mis hijas y aquí en Londres me sobra sitio, así que la he invitado para que se quede con nosotros hasta que llegue el momento de que se

case. Tengo la esperanza de que, estando en la ciudad, pueda aspirar a un buen partido.

—Tiene unos ojos fuera de lo común —murmuró Darly—. Nunca había visto nada parecido.

Edgeworth soltó un gruñido. Era el hombre de más edad que había en la habitación; poseía una propiedad enorme en Hertfordshire y, a todos los efectos, se podía decir que no era más que un granjero con título.

—Una vez tuve un perro ovejero que era idéntico. Tenía un ojo de color azul y el otro marrón. No sé si eso puede describirse como «fuera de lo común».

Arthur no había podido verle los ojos a la joven. No lo había mirado, ni siquiera cuando le había quitado el perro de las manos, y en ese momento pensó que tal comportamiento podría tener que ver con su propia apariencia, que de algún modo había desagradado a la dama. Pero ahora, tras oír los comentarios de los demás caballeros, pensó que quizá tenía más que ver con ella misma.

—Sus ojos no son ni mucho menos su único activo, lord Edgeworth —intervino Townsend—. Incluso un hombre tan particular como usted tendría que ser capaz de apreciar el resto de sus encantos.

Arthur no había prestado mucha atención a los «encantos» de la señorita Satterthwaite. La joven había aparecido en la habitación como un rayo de determinación enérgica y femenina, y se había marchado con idéntica celeridad. Solo se había quedado el tiempo suficiente como para dejarle la imagen de una figura de curvas suaves con una mata de pelo oscuro, de color caoba, que no se dejaba dominar ni por un moño ni por las horquillas.

Quizá fuera atractiva, pero eso era algo que ya hacía tiempo que había dejado de impresionarlo. Había salido de su hacienda de Somersetshire para ocuparse de unos negocios en nombre de su padre. En cuanto hubiera terminado, regresaría al campo y, por lo que a él respectaba, ojalá no volviera a ver nunca más a otro ser humano.

Darly se dirigió a Townsend tras reír entre dientes durante un rato.

—Si su intención es casar a su sobrina, ¿por qué la esconde?

Por el rostro cadavérico de Townsend pareció cruzar la sombra de una sonrisa.

—Mi hermana, la señora Vale, está supervisando los... preparativos. La señorita Satterthwaite hará su presentación en sociedad el sábado, en el baile de los Worthing.

—¡Así que ese es su plan! —concluyó Darly con una carcajada.

—Claro, el Coleccionista... —dedujo Edgeworth entre dientes—. No se pierde

ningún acto social que organicen los Worthing.

Al duque de Moreland le gustaba coleccionar de manera compulsiva todo lo que fueran rarezas, siempre y cuando estas tuvieran un gran valor. Le atraían en especial aquellos objetos muy valiosos, únicos; esos tesoros que todo el mundo querría tener y que, si se poseen, generan la envidia y admiración de los demás. De hecho, se decía que su afán de búsqueda de tales rarezas ya no era una obsesión sino que se había convertido en una manía.

Si deseaba algo único, Moreland no se detendría ante nada para obtenerlo. Y si, fuera por lo que fuese, no lo conseguía, algo que, por cierto, casi nunca sucedía, se decía que solía vengarse, aunque sin duda eran historias apócrifas, y que ejercía dicha venganza con mano de hierro contra aquellos que habían sido tan estúpidos como para impedirle alcanzar lo que deseaba.

Arthur conocía la reputación del duque, pero lo que no sabía era que la fijación de aquel hombre por el coleccionismo pudiera extenderse también a los seres humanos.

—He oído que Moreland está buscando nueva esposa —comentó Edgeworth —. La que tenía murió de repente, al menos eso me han dicho. Se ahogó en una fuente o algo parecido; en cualquier caso, fue una muerte extraña.

—Un accidente trágico. —El comentario de Townsend vino acompañado por un gesto de desdén con la mano—. Era una jovencita que acababa de salir del colegio. El duque ha dejado claro que su próxima esposa será una mujer algo más madura.

—¿Qué edad tiene su sobrina? —preguntó Darly—. Espero que cumpla esas expectativas.

—Veintitrés años.

Edgeworth se bebió el té de un solo trago.

—En el caso hipotético de que se interese por su sobrina, Townsend, no le quepa duda de que el duque hará que a usted le merezca la pena.

Townsend inclinó la cabeza, mostrando que estaba de acuerdo.

—Es una desgracia que a su edad Moreland siga siendo el mejor candidato para todas las jóvenes casaderas —dijo Darly—. Tendría usted que presentárnosla de modo formal.

—Y lo haré, por supuesto —confirmó Townsend—. Cuando vengan todos a cenar la semana que viene.

Darly dejó la taza de té con su platillo en la mesa auxiliar haciendo un poco de ruido.

—No veo ninguna razón para retrasarlo.

Townsend torció el gesto.

—Milord, por desgracia, tengo la impresión de que la señorita Satterthwaite y mis hijas ya han salido para dar su paseo matinal. Tal vez en otro momento...

—¿Y por qué no nos unimos a las damas? —sugirió Darly—. Hace un día muy agradable. Seguro que nos vendría bien a todos respirar al aire libre.

Era obvio que a Townsend no le agradaba la sugerencia, pero no era el tipo de hombre que se planteara siquiera molestar, y menos ofender, a personas con las que tenía negocios. Y mucho menos tratándose de algo tan sencillo como una simple presentación.

—Muy bien. Un paseíto por el parque no hará daño a nadie, supongo.

Edgeworth miró a Arthur.

—¿A ti qué te parece, Heywood? ¿Te ves capaz? —En el tono de la voz del hombre se percibía cierto deje de pena—. Si no te apetece, no pasa nada.

Arthur había agarrado con fuerza el mango del bastón.

—Estoy seguro de que me las arreglaré, gracias.

—¡Estupendo! —Darly se levantó, se puso el abrigo, magnífico y muy bien hechurado, y se lo estiró con mimo—. Si salimos ahora, seguro que las alcanzaremos enseguida.

* * *

Phyllida Satterthwaite alzó la cara en dirección al sol sin preocuparse ni lo más mínimo de que los rayos del sol pudieran causarle algún perjuicio en la piel, muy delicada. No había nada que le gustase más que el aire fresco y el ejercicio. Mientras vivía con su abuelo en Devonshire, dar largos paseos con los perros había sido lo habitual, lo hacía casi a diario. A veces recorría bastantes millas para visitar a algún arrendatario, o a amigas del pueblo, con *Basil, Jasper* y *Dash* trotando junto a sus tobillos y *Fox* en brazos.

Aquellos días ya no eran más que un recuerdo.

Habían pasado seis meses desde que muriera su abuelo y solo uno desde que conoció a Edgar Townsend. El tío Edgar, como él mismo la había animado a que lo llamara, era el único heredero varón de la hacienda de su abuelo. Al finalizar del periodo de luto, Townsend llegó a Fox Cross y procedió a realizar en Satterthwaite Court un inventario exhaustivo... que incluía a la propia Philly. Casi de inmediato, llegó a la conclusión de que lo mejor que se podía hacer con la hacienda era alquilarla y decidió vender en subasta pública todo lo que hubiera

que tuviera algún valor. Su propio futuro se decidió con la misma premura y eficiencia. Se trasladaría a Londres con su tío, que le costearía una temporada con el fin de que encontrase un marido adecuado.

—Es lo menos que puedo hacer para honrar la memoria de tu abuelo —le dijo —. Seguro que no deseaba que te vieras obligada a servir una vez que él muriera.

A Philly no le gustó el plan, pero apenas lo discutió. El poco margen de maniobra que le quedó lo empleó para ayudar a los sirvientes, en especial al ama de llaves, que ya estaba casi ciega, y al mayordomo, que de mayor que era no podía desplazarse sin la ayuda de dos muletas.

Tras organizarlo todo, tanto ella como sus cuatro perros fueron enviados a Londres sin apenas dilación. Se habían acabado para ella las caminatas interminables por el campo, y menos en compañía de sus dos primas. Tanto Elizabeth como Abigail Townsend eran criaturas de ciudad. Preferían dar paseos tranquilos y más bien cortos, más adecuados, por supuesto, para lucir sus modelos, elegantes, caros y siempre a la última, que la habilidad de su padre en los negocios permitía sufragar sin problemas.

—Lord Darly es vizconde —comentó Elizabeth mientras caminaba al lado de Philly—. Soltero. —A sus veinticuatro años, Elizabeth también lo era.

Abigail caminaba cerca de las dos chicas mayores. Solo tenía dieciocho años, por lo que ante ella se presentaba todavía un brillante futuro romántica sin mácula alguna.

—Es muy atractivo.

Elizabeth hizo caso omiso de su hermana pequeña.

—Y después tenemos al capitán Heywood. Solo Dios sabe qué hace en nuestra casa. Lleva una eternidad sin acudir a actos sociales. Supongo que papá lo habrá tentado con algún asunto que pueda reportarles a ambos una buena cantidad de dinero.

Los perros de Philly daban vueltas alrededor de la joven y se le enredaban en las amplias faldas del vestido de muselina que llevaba, muy sencillo; para abrigarse, se había puesto una pelliza descolorida. Tal atuendo no tenía nada que ver con los elegantes y modernos vestidos de paseo de sus primas, ni tampoco con la ropa que su tío le había comprado a su llegada a Londres: vestidos para todas las ocasiones, muy bonitos, la verdad; demasiado como para ponérselos para dar un simple paseo por el parque. Al menos, eso era lo que ella pensaba.

Seguro que la hermana viuda del tío Edgar, la señora Vale, sufriría una apoplejía al verla así, aunque no era algo que le importara mucho. Siempre que tenía la

posibilidad, prefería ponerse los vestidos que tenía de cuando vivía con su abuelo. Era uno de los pocos actos de desafío que podía permitirse.

Se inclinó para quitarles las correas a los perros, que salieron corriendo hacia delante, aunque sin alejarse mucho, dando saltos y moviéndose en círculos a su alrededor. A *Fox* no lo soltaba, impedía que saltara al suelo.

—¿Cuál de ellos es el capitán Heywood?

—El caballero de pelo oscuro que estaba en el sofá. ¿Cómo es posible que no lo hayas visto? Sujetaba a tu perrito maleducado igual que lo sujetas tú ahora.

Philly apretó a *Fox* contra el pecho.

—La verdad es que no le presté mucha atención.

Abigail se colocó a la altura de Philly y caminó junto a ella.

—Arthur Heywood es el segundo hijo del conde de Gordon. Sufrió unas heridas espantosas en la guerra.

—Ah, ¿sí?

—Así fue —confirmó Elizabeth—. Se dice que, tras resultar herido en una escaramuza, pasó varios días en el campo de batalla sin que lo recogieran, pues lo dieron por muerto. Y que, cuando por fin lo encontró un grupo de soldados, casi había perdido la razón.

Durante un rato, Philly reflexionó sobre la información recibida.

—Si casi había perdido la razón, ¿cómo es que va a hacer negocios con vuestro padre?

—Pues... supongo que ya habrá recuperado la cordura —contestó Elizabeth con tono algo irritado—. De todas formas, todo el mundo sabe que, desde que volvió de luchar en España, no está del todo... bien.

—Es una historia muy romántica —intervino Abigail—. Antes de ir a la guerra, estaba comprometido con lady Eliot. Por aquel entonces su nombre era Caroline Battersby y...

—Esa historia no tiene nada de romántica —interrumpió Elizabeth—. Es verdad que estaban comprometidos, pero, cuando el capitán Heywood regresó a Inglaterra, Caroline Battersby ya se había casado con el barón Eliot. Ni siquiera se dignó a escribir al capitán para informarlo de que ponía fin al compromiso.

—Pero él no ha dejado de amarla —intervino de nuevo Abigail—. Y, al parecer, ha prometido no casarse...

—¿Quién querría casarse con él? Es un hombre de lo más desagradable y, desde que volvió de la guerra, apenas puede andar.

En ese momento, Philly recordó lo que le había dicho al arrebatarle a *Fox* del

regazo. Ahogó un gruñido de irritación consigo misma. ¡Por Dios bendito! ¿Qué habría pensado de ella? ¡Hacer semejante comentario sobre una dolencia tan horrible...!

—Lady Eliot enviudó hace algo más de un año —continuó Abigail—. Y ahora que el capitán Heywood ha venido a la ciudad por asuntos de negocios, ¿no intentará verla? ¡O puede que no haya venido a Londres por negocios! Quizá se ha enterado de que lord Eliot ha fallecido y ha venido a reunirse con su viuda una vez finalizado el periodo de luto. ¡Oh, seguro que la ama con desesperación!

—Lo conocí el año de mi presentación en sociedad —añadió Elizabeth con tono desabrido—. Ya por aquel entonces era un caballero frío y distante, muy pagado de sí mismo.

—No la sacó a bailar —le susurró Abigail al oído a Philly—. La verdad es que era bastante grosero, pero atractivo.

Elizabeth alzó la mandíbula.

—Bobadas. Nunca me ha parecido atractivo. Y ahora, después de todo lo que ha ocurrido, casi ni lo reconozco.

Apenas habían avanzado cuando Philly oyó que su tío las llamaba. Tanto ella como sus primas se detuvieron y se volvieron para ver qué ocurría.

El tío Edgar y los caballeros que habían estado con él en la biblioteca se acercaban. Consternada, comprobó que el capitán Heywood formaba parte del grupo.

Mientras se aproximaban, Philly lo observó con discreción para intentar hacerse una idea. Era bastante más alto que los demás caballeros. Tenía los hombros anchos y era de complexión atlética, lo que no cuadraba mucho con el hecho de que necesitara usar bastón. Pese a lo ocurrido en la guerra, fuera lo que fuese, seguía manteniendo el porte erguido y orgulloso de un militar.

Tenía el pelo de color azabache, aunque en las sienes le asomaban algunas canas. Vestía de negro, como si quisiera que su atuendo hiciera juego con el color de su cabello, algo que le confería un aire de austeridad innecesario, como si estuviera de luto. En todo caso, fue el rostro lo que más le llamó la atención. Los rasgos de su cara eran solemnes, severos, casi hostiles, y pudo captar en ellos la presencia inequívoca del dolor.

Le costaba caminar, sin duda le dolía y sufría al hacerlo, tal vez igual que le pasaba al pobre *Fox* cuando lo intentaba. Siendo así, ¿por qué lo hacía? ¿Y por qué su tío y sus amigos habían tenido tan poco tacto y le habían abocado a padecer a semejante sufrimiento?

—Vamos, chicas —dijo el tío Edgar—. Hemos decidido acompañaros en vuestro paseo por el parque. Lord Edgeworth, lord Darly, capitán Heywood, les presento a mis hijas, Elizabeth y Abigail, y también a mi sobrina, la señorita Phyllida Satterthwaite.

Tras las presentaciones, Philly se sintió bajo un escrutinio estricto y penoso, y, pese a dar las respuestas educadas que correspondían, de forma instintiva miraba más allá de los ojos de los caballeros que se dirigían a ella.

La situación de tener que conversar con personas desconocidas, nobles y sofisticadas, era lo que menos le gustaba de su estancia en Londres. Se sentía fuera lugar cuando la acribillaban a preguntas o notaba cómo la miraban a la cara con mucha curiosidad y sin el recato más mínimo.

Lord Darly no se abstuvo de posar en ella una mirada más bien de deseo que curiosa. Se suponía que eso tenía que ser un honor, pues un caballero como él, de alto rango y fortuna cuantiosa, parecía muy interesado en conocerla. También era atractivo, al menos si se tenía en cuenta el canon de belleza que juzgaba el cabello rubio y la nobleza elegante y desenvuelta como los máximos atributos de un caballero.

Por lo que se refería al capitán Heywood, no pareció mostrar el menor interés en su persona. La saludo de un modo apenas perceptible, con voz profunda y algo ronca, y de inmediato se puso a mirar hacia algún punto indeterminado tras ella.

¿Por qué diablos había ido al parque? Estaba claro que no tenía ningún interés en que se la presentaran ni en entablar conversación para conocerla. Tenía la cabeza en otro sitio, muy lejos de allí. ¿Estaría pensando en lady Eliot?

—¿Paseamos, señoritas? —propuso lord Darly dedicándoles a ella y a sus primas una sonrisa luminosa.

Philly rodeó a *Fox* con ambos brazos, lo sujetó contra el pecho y echó a andar de nuevo. *Basil, Jasper* y *Dash* remolonearon a su alrededor con la lengua colgando. Estaban demasiado exhaustos de tanta carrera por el prado como para prestar atención alguna a los caballeros.

Lord Edgeworth y el tío Edgar encabezaban la marcha. Philly, sus primas y lord Darly avanzaban tras ellos, y el capitán Heywood iba unos pasos por detrás.

Lord Darly se dirigía a las damas. Charlaba muy animado y pasaba de un asunto a otro con soltura, hablando de la magnífica mañana que hacía y luego comentando el baile que, muy pronto, ofrecerían los Worthing. Elizabeth respondía de vez en cuando con frases que rozaban el flirteo, y Abigail metía baza cada vez que su hermana mayor le daba la oportunidad.

Philly apenas tenía nada que decir y, cuando le hacían alguna pregunta directa, respondía con un monosílabo o una sola palabra. No pasó mucho tiempo hasta que lord Darly se dio por vencido y dejó de esforzarse por despertar su interés, por lo que pasó a centrarse en sus primas, mucho más receptivas.

De vez en cuando, Philly volvía la cabeza y se daba cuenta de que los andares del capitán Heywood se tornaban cada vez más forzados, al tiempo que los gestos de dolor contenidos se hacían más evidentes en su rostro. No pudo evitar compadecerse muchísimo del joven.

El tío Edgar y lord Edgeworth hablaban en voz relativamente alta sobre la situación de los mercados financieros de Londres, mientras que lord Darly y sus primas se reían mientras comentaban una obra de teatro humorística que se representaba en Drury Lane y que los tres habían visto; por su parte, Philly empezó a andar un poco más despacio, acortando la zancada, hasta quedar a la altura del capitán Heywood como si tal cosa.

La joven respiró hondo antes de hablar.

—Le ruego que me perdone, señor. ¿Me permite que me apoye en su brazo?

* * *

Al oír la voz de la señorita Satterthwaite, al hombre le falló el paso, ya irregular de por sí. Había estado con la mirada fija al frente, concentrándose en exclusiva en poner un pie delante de otro, pese a que la pierna no dejaba de molestarle, le dolía. ¿Cuánto tiempo llevaba aquella muchacha a su lado? ¿Unos segundos?, ¿más? ¿Y ahora le pedía apoyarse en su brazo? ¿A él?

En otro momento y otro lugar, quizá se habría echado a reír. La petición de la joven era tan ridícula que lo merecía. De hecho, era absurda.

Pero un caballero no ha de reírse de una dama en su cara. Así que lo que hizo fue ofrecerle el brazo sin decir palabra. Eso sí, con gesto rígido y muy formal.

La señorita Satterthwaite, por toda respuesta, sujetó al pequeño terrier con el brazo izquierdo y enganchó el derecho con el de Arthur.

Todo el cuerpo del joven se tensó. Hacía años que no estaba tan cerca de otro ser humano. De hecho, sentir una mano femenina sobre la manga ya habría supuesto para él un reto de gran magnitud. Pero en la acción de la señorita Satterthwaite no percibió la formalidad debida y que podía esperarse de una dama; lo que hizo la joven fue agarrarle el brazo con firmeza, decidida. Le costó volver a echar a andar. Tuvo que concentrarse en contraer los músculos y respirar.

Tras unos cuantos pasos, dados con cierta dificultad, se produjo un

entendimiento mutuo.

La joven se había colocado muy cerca de él, tanto que cualquiera que los mirara pensaría que se apoyaba sobre su brazo para caminar. De hecho, Arthur sospechó que esa era justo la intención de la señorita. Pero, en realidad, lo que ocurría era todo lo contario. Sin miradas de lástima ni palabras de comprensión, la joven dama le estaba prestando su apoyo. Además, lo había hecho con tanta sutileza que sobraba por su parte toda reacción absurda de orgullo herido. Le conmovió ese gesto, aunque, al mismo tiempo, renegaba de su amabilidad.

El resto del grupo se había alejado bastante. Nadie parecía haberse dado cuenta de que la señorita Satterthwaite y él caminaban del brazo. La voz potente de Edgeworth llegaba transportada por la brisa, así como la risa intermitente de Darly y las hermanas Townsend. Arthur se imaginó que hablaban de los mismos asuntos de siempre de los que habían empezado a conversar hacía unos veinte minutos.

Pensó en decir algo, aunque sin saber muy bien qué. Tal vez algo sobre el tiempo, o alguna pregunta sobre su vida en Devonshire. Pero era una mala idea y la desechó enseguida. Había presenciado su interacción torpe con Darly y Edgeworth, y, salvo que estuviera muy equivocado, le daba la impresión de que a la joven no le interesaban las charlas intrascendentes..., que era lo mismo que le pasaba a él.

Así que caminaron en silencio, la señorita Satterthwaite adaptándose a su paso, con elegancia y facilidad. En ningún momento lo instaba a ir más deprisa y parecía darse cuenta de cuándo aflojar el paso y cuándo sujetarle el brazo con más fuerza. Pensó que era algo digno de mención, pues parecía no prestarle ninguna atención. Cuando la miraba con cautela, veía que parecía más pendiente de los movimientos de sus perros que del caballero desabrido al que acompañaba del brazo. También se fijó en la delicada línea de su cuello y su barbilla, en la curva voluptuosa de sus labios y en el modo en el que la luz resplandeciente del sol hacía brillar su pelo oscuro.

—Capitán Heywood.

Arthur se tensó del mismo modo que cuando lo tomó del brazo.

—¿Señorita?

Levantó los ojos para mirarlo.

—¿Le importaría mucho acompañarme de vuelta a casa? Creo que los perros y yo ya hemos caminado bastante por hoy.

Dado que le estaba hablando de forma directa a él, Arthur pensó que podía

mirarla a la cara y de inmediato acusó el efecto sorprendente que causaban aquellos ojos de color distinto. Uno era de un tono azul profundo y el otro ámbar. Eran unos ojos grandes, rodeados de pestañas gruesas y enmarcados por cejas oscuras y arqueadas.

Ese rasgo tan especial podría haberle restado valor al rostro de una mujer menos agraciada, pero, en el caso de la señorita Satterthwaite, aquellos ojos eran el complemento que remataba el conjunto. Desde la elegancia de sus pómulos hasta la generosidad de su boca y la redondez de su barbilla, todo destilaba la misma femineidad suave que mostraba también su figura. No había en ella la más mínima dureza, ni contornos afilados, ni ángulos abruptos, solo una delicadeza innata que se manifestaba en todos los aspectos de su persona. Arthur nunca había conocido una mujer igual.

Buscó en su cara, seria y dulce al mismo tiempo, cualquier traza de lástima. No la encontró. No obstante, sospechaba que el deseo manifestado de regresar a casa tenía más que ver con su problema al andar que con el cansancio que ella pudiera sentir.

—Como desee, señorita. Pero quizá sería conveniente que informara a su tío.

La joven miró en dirección a Townsend, que seguía enfrascado en la conversación con Edgeworth, y después a sus primas, que continuaban riéndole las gracias a Darly.

—No creo que sea necesario.

—Muy bien —asintió Arthur.

Sin decir nada más, dieron media vuelta y se dirigieron a la mansión. Los andares de Arthur eran cada vez más dificultosos, de modo que avanzaban tan despacio que parecía que no se movían. La experiencia le resultaba humillante en grado sumo. Se maldijo por haber sido tan estúpido y orgulloso como para aceptar la invitación a pasear por el parque. ¿Cómo se le había ocurrido? La pierna le iba a pasar factura durante días tras el esfuerzo.

Cuando por fin llegaron a los escalones de piedra que desembocaban en la puerta principal de la casa, la señorita Satterthwaite le apretó con más fuerza el brazo. Arthur dio cada paso con dificultad, tan angustiado por su presencia como por el dolor intenso que sentía en la pierna lesionada.

La joven no decía nada. Cuando el mayordomo abrió la puerta, se limitó a urgir a los perros a que entraran en la casa. Una vez más, no parecía prestar mucha atención a su discapacidad, pero Arthur se apoyó en ella al subir las escaleras y, con independencia de que reaccionara o no, la señorita Satterthwaite utilizó todas

sus fuerzas para ayudarle.

Siguió con él mientras avanzaban por el vestíbulo y llegaban a la biblioteca. Solo en ese momento, cuando se encontró delante del sofá, se separó de él.

—Muchas gracias por acompañarme a casa, capitán Heywood. Puede sentarse. Estoy segura de que mi tío regresará pronto. —Inclinó la cabeza para despedirse —. Buenas tardes.

—Señorita —respondió Arthur, haciendo una mínima inclinación de cabeza. Al levantarla, vio que la joven ya avanzaba hacia la puerta, con el perro más pequeño de nuevo entre los brazos y los otros tres pisándole los talones.

Hizo un gesto de desagrado dolorido. Había perdido todo el interés por la vida social. Incluso, a veces, por la vida, sin adjetivos. Pero no pudo apartar la mirada de Phyllida Satterthwaite y siguió a aquella figura grácil con ojos rendidos hasta que ella y sus perros desaparecieron de su campo de visión.



Capítulo 2

Philly había acudido en ayuda del capitán Heywood igual que habría auxiliado a cualquier criatura que estuviera sufriendo; tras salir de la biblioteca, dejó de pensar en eso. Pasó el resto del día inmersa en las lecciones de baile y escribiendo cartas a sus amigas de Fox Cross.

Durante la cena, se sorprendió de que su tío le preguntara por el capitán Heywood mientras tomaban el primer plato. La señora Vale se había retirado pronto, afectada de jaqueca, pero sus dos primas se pusieron de inmediato en estado de alerta, como esperando a que Philly recibiera una reprimenda por su comportamiento.

—Me sorprende que te acompañara a casa —afirmó el tío Edgard—. Ha sido de lo más inesperado.

—Estaba cansada —explicó Philly—. Le dije que prefería volver a casa y se ofreció con amabilidad a acompañarme. ¿Hice algo que no debía, tío? Pensé que sería mejor que volver sola.

—Mmm... —Tomó varias cucharadas de sopa antes de volver a hablar, en tanto que sus hijas, sentadas al borde de las respectivas sillas, esperaban su respuesta ansiosas—. No, no. Ningún inconveniente —dictaminó por fin—. Heywood no supone perjuicio alguno para tu reputación. —Y, con esa enigmática afirmación, el tío Edgar continuó dando cuenta de la cena.

Elizabeth y Abigail se miraron e intercambiaron risitas. Nadie dijo nada más sobre el asunto.

No obstante, una vez que las jóvenes se retiraron a la sala de estar, mientras el tío Edgar disfrutaba con tranquilidad de su copa de oporto, sus primas no perdieron un segundo a la hora de comentar el supuesto interés de Philly en aquel capitán de

caballería tan taciturno.

—¿No te parece atractivo, Phyllida? —preguntó Abigail mientras miraba y remiraba las cartas que tenía en la mano—. No puede compararse con el vizconde de Carlisle, desde luego, pero en su momento se le consideraba bastante gallardo. Es alto, moreno y todo eso...

Philly alzó la vista un momento.

—¿El vizconde de Carlisle has dicho?

—El hermano mayor del capitán Heywood —aclaró Elizabeth—. Un donjuán y un bebedor, todo el mundo lo sabe.

—Sí —confirmó Abigail—. Pero siempre se comporta con mucha amabilidad.

Philly miró su mano de cartas con el ceño fruncido. Al contrario que a sus primas, no se le daban bien ni le gustaban los juegos de naipes. Su abuelo no aprobaba ningún tipo de juego de azar. Mientras vivía en Satterthwaite Court, tras la cena se dedicaba a tocar el pianoforte o a leerle a su abuelo alguno de sus libros favoritos. El recuerdo de aquellas veladas tranquilas le provocó una punzada dolorosa de tristeza.

Estaba decidida a sacar el mejor partido posible de la nueva situación, pero se sentía muy infeliz y añoraba su vida anterior. Solo la compañía de los perros le procuraba cierto consuelo.

—Aunque quizá prefieras un caballero de pelo claro —presionó Abigail—. Como lord Darly.

—Es evidente que el capitán Heywood no le parece atractivo. —Elizabeth soltó una carta sobre la mesa con un golpe seco—. ¿A quién podría parecérselo, con esa cara de pocos amigos?

Abigail miró a Philly con intensidad.

—La verdad es que todo esto no importa lo más mínimo. Después del baile de los Worthing ya estarás comprometida.

Philly alzó una ceja al mirar a su primita.

—Tienes mucha confianza en mis posibilidades.

—¿Y por qué no iba a tenerla?

—Pues porque tengo la impresión de que, pese a los esfuerzos de la señora Vale, mi comportamiento en el baile no será el adecuado y los caballeros se olvidarán de mí de inmediato —dijo con toda sinceridad.

Elizabeth y Abigail intercambiaron miradas desde sus respectivos lugares en la mesa.

—Pero puede que haya alguien en el baile a quien le gustes, con independencia

de que tu presentación no sea la mejor posible —aventuró Abigail—. Incluso puede que... ¡Ay! —Traspasó a su hermana con la mirada—. ¿Por qué me has dado una patada, Lizzie?

—No se me ocurriría hacer semejante cosa. Quizá te has tropezado con la pata de la mesa. Si estuvieras más atenta al juego en vez de cotillear como lo estás haciendo, no sufrirías ese tipo de accidentes.

Las hermanas volvieron a intercambiar miradas agresivas.

Philly observó a la pareja con curiosidad. Desde el momento en el que había llegado a Londres, Elizabeth y Abigail Townsend no habían dejado de pelearse. Philly había decidido no tomar parte en esas discusiones intrascendentes. No obstante...

—¿Hay algo que quieras decirme, Abigail? —preguntó—. ¿O tú, Elizabeth?

—No, nada —contesto de inmediato Elizabeth.

Abigail se quedó callada.

Philly suspiró.

—Siendo así... —Dejó las cartas encima de la mesa—. Creo que me voy a marchar.

—¡Phyllida! —gruñó Elizabeth—. ¡No puedes hacer eso! Estropearías la partida.

Philly se levantó pese a la protesta de su prima.

—Soy muy torpe en esta clase de juegos, así que mi presencia es inútil. Os ruego que me perdonéis.

—De acuerdo, Phyllida —dijo Abigail mientras recogía las cartas—. Lizzie y yo podemos jugar al *piquet.*

Se dieron las buenas noches y Philly se encaminó a la puerta. Pudo oírlas hablar en susurros mientras salía al vestíbulo.

—Sabes que no hemos de mencionarle —riñó Elizabeth.

—No he dicho su nombre —replicó Abigail.

Philly sintió un escalofrío en la espalda. Sus primas compartían algún secreto que la concernía a ella. Un secreto sobre algo o, más bien, sobre alguien. Alguien misterioso. Un caballero al que iba a conocer en el baile de los Worthing.

Se preguntaba quién podría ser.

* * *

Los siguientes días fueron de preparación trepidante para el baile de los Worthing. Philly estuvo muy atenta, intentando descubrir alguna pista sobre el

pretendiente misterioso, pero sus primas se abstuvieron de hacer cualquier comentario al respecto. En cualquier caso, hubo pocas oportunidades. La presencia de la señora Vale era constante. Acudía a las clases de baile de Philly, jugaba con ella a las cartas todas las tardes y la obligaba a probarse distintos vestidos y combinarlos con zapatos y echarpes con el fin de determinar qué conjunto resultaba más adecuado y espectacular para que Philly fuera presentada en sociedad.

A la joven todo eso le resultaba agobiante y esperaba con ansia el momento de escapar al parque con los perros. Aunque la libertad no era completa ni siquiera en esos momentos. De hecho, desde que se había ido a vivir a Londres, no había podido salir sola ni una vez, ni siquiera para pasear a los perros. El tío Edgar insistía en que una criada la acompañara y vigilara siempre. No obstante, y en cierto modo, eran momentos de libertad. Y Philly disfrutaba cada segundo.

El viernes anterior al baile, mientras bajaba a toda prisa los escalones de la puerta principal con *Fox* en brazos, los tres perros más grandes al lado y la criada, Sara, siguiéndola, vio al capitán Heywood bajarse de un carruaje.

Tomó la decisión de hacer caso omiso de su presencia. Parecía un hombre bastante orgulloso y no quería obligarlo a recordar que había tenido que aceptar su ayuda. Así que no volvió la cabeza al llegar a su altura.

—Buenos días, señorita Satterthwaite —la saludó el capitán.

Al oírle, Philly se detuvo de forma abrupta y se sintió incómoda de inmediato. Ni mucho menos había esperado que se dirigiera a ella y en esos momentos pensaba que no haberlo saludado había sido una tontería.

—Buenos días, capitán Heywood.

Se apoyaba en el bastón y presentaba en el rostro, duro como el granito, un gesto solemne.

—Veo que se dispone usted a dar otro paseo.

—Sí, señor.

—El día es muy agradable.

—En efecto, hace muy buen tiempo.

El capitán se mantuvo callado durante un momento.

—¿Sale a pasear a menudo por el parque? Me imagino que así será, dado que tiene muchos perros que cuidar.

—Vengo al menos dos veces al día.

—Por la mañana y por la tarde, supongo.

—Así es. Si por mí fuera, los sacaría a pasear más veces, pero me temo que no

soy dueña de mi tiempo.

El capitán Heywood asintió.

—Muy bien, señorita Satterthwaite. No la entretengo más.

Philly le dio las gracias y después, con el corazón algo acelerado, se dirigió con los perros a la calle que conducía al parque.

Cuando, una hora más tarde, regresó a la mansión, la señora Vale la esperaba en el vestíbulo, con los brazos cruzados sobre el vestido austero de pana gris y las mandíbulas tan apretadas que un músculo se le movía de forma rítmica en la mejilla izquierda.

Prudence Vale era tan alta y delgada como su hermano, con ojos grises idénticos y atentos, de mirada inteligente. Siempre tenía los labios tan tirantes que casi le formaban una línea recta y se recogía el pelo hacia atrás en un moño a la altura de la nuca.

Su personalidad era tan severa como su apariencia o más. No le había dicho a Philly que se dirigiera a ella llamándola «tía». De hecho, desde su llegada, la señora Vale no había sido nada amable con ella y solo se había dedicado a instruirla para su presentación en sociedad.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? —la regañó—. Si insistes en ir al parque con tus perros, ponte uno de los vestidos de paseo nuevos. Ya no estás en Fox Cross. No puedes salir a toda prisa y pensar que vas a pasar inadvertida. Vas a encontrarte con las damas y caballeros más distinguidos de la alta sociedad, que, además, están deseando verte. ¿Qué van a pensar si te hallan vestida como vas ahora? Te lo voy a decir: creerán que eres una marimacho descuidada que acaba de llegar del campo sin nada que ofrecer. Y, una vez que se queden con esa impresión, no habrá forma de que la cambien. Te lo digo yo, no habrá manera.

Philly empezó a subir las escaleras que conducían a su habitación sin decir una palabra.

La señora Vale la siguió.

—¿Se puede saber si pasa algo con tus vestidos nuevos? ¿O es que no te los pones solo para desafiarme?

—Lo siento, señora Vale. Le prometo que la próxima vez me acordaré.

—Eso espero y más te vale. Cuando salgas a pasear esta tarde, ponte un vestido adecuado. Y, si descubro que te has atrevido a salir de casa con uno de esos zarrios andrajosos que no usaría ni una mendiga, ¡te aseguro que irán todos a la basura antes de que acabe el día!

Esa tarde, cuando Philly se acercó de nuevo al parque con los perros, llevaba un

conjunto de los que la señora Vale había escogido para ella. El vestido de batista, elegantísimo, le llegaba a los tobillos, y la casaca *spencer* de color azul sardo estaba muy ornamentada en las mangas y en los puños. La criada le había arreglado el pelo de forma muy elaborada, con tres moños interconectados en la parte baja de la cabeza, y completaba el tocado un sombrero con adornos azules, a juego con la casaca corta.

Se cambió de brazo a *Fox,* muy enfadada por haber tenido que arreglarse tanto solo para sacar a pasear a los perros y que dieran unas carreras en el parque cercano. Cuando vivía en el campo tenía permiso para vestir de forma práctica, pero aquí en Londres se le obligaba a arreglarse como si fuera un pavo real en plena exhibición nupcial.

El hecho de haber nacido con el pelo de color caoba y ojos de distinto color ya era lo bastante llamativo, y lo último que deseaba era aumentar ese efecto con la ropa. Había intentado explicarle eso a la señora Vale durante su primera salida de compras, pero la señora ni se dignó a escucharla. Si bien era una dama conservadora en extremo en lo que se refería a su propio atuendo, no parecía tener el menor recato a la hora de elegir para Philly ropa llamativa, con colores fuertes y los escotes más pronunciados que podían encontrarse en toda Inglaterra.

Tras adentrarse unos metros en el parque, Philly liberó de la correa a los perros, que saltaron y corrieron felices, persiguiéndose unos a otros. Sara intentó agruparlos, y los perros reaccionaron alejándose aún más de ella, como si se tratara de alguna clase de juego. A Philly eso no la preocupaba, sabía que no iban a alejarse demasiado y bajo ningún concepto quería coartar su necesidad de expansión y ejercicio. Ya pasaban bastante tiempo dentro de casa, sujetos y constreñidos en un espacio muy limitado al que no estaban acostumbrados. No iba a permitir que, para un rato que salían, tampoco pudieran correr con libertad.

Siguió andando por el sendero mientras Sara y los perros se alejaban un poco por delante de ella. El pequeño *Fox,* en brazos, no perdía detalle de lo que sucedía a su alrededor y de vez en cuando también la miraba a ella para sentirse protegido. Philly le dio un beso en la frente, tan perdida en sus pensamientos que ni se fijó en el caballero que estaba sentado en un banco contiguo al sendero hasta que la llamó por su nombre al pasar.

—Señorita Satterthwaite.

Dio un respingo y se volvió para comprobar quién la había llamado, aunque ya había sentido un estremecimiento al reconocer al dueño de esa voz de tono grave y profundo.

—¡Capitán Heywood!

* * *

Arthur hizo ademán de ponerse en pie para saludarla de forma apropiada, pero la señorita Satterthwaite se anticipó.

—Por favor, no se levante. Justo iba a sentarme un rato. ¿Le importa que me acomode a su lado?

—¡No, todo lo contrario! —Señaló el espacio desocupado del banco. No tenía la menor duda de que su forma de reaccionar se había debido en exclusiva a la consideración por su dolencia. Por un momento tuvo que resistir la reacción negativa que siempre le producía el hecho de notar cualquier señal de lástima hacia él.

—Señorita —la criada que acompañaba a la señorita Satterthwaite miró a Arthur con cierta prevención—, ¿sigo en la hierba con los perros?

—Sí, por favor —respondió—. Voy a quedarme aquí. Ah, Sara, y una cosa: no los persigas cuando salgan corriendo, pues reaccionarán corriendo más deprisa todavía. Si te quedas quieta y tranquila, volverán hacia ti enseguida.

La criada no parecía muy convencida.

—Sí, señorita.

La señorita Satterthwaite se sentó junto a él, y colocó con cuidado sobre el banco al perro que había llevado en brazos. Una vez estuvo segura de que el animalito se encontraba a gusto, se volvió a mirar a Arthur.

—Siento no haberle visto al pasar. No prestaba atención a lo que me rodeaba.

—No se preocupe lo más mínimo. —Paseó la mirada por la ropa de ella—. De hecho, me ha costado reconocerla. Lo cierto es que ha cambiado mucho con respecto a esta mañana.

Philly bajó la cabeza, frunciendo el ceño.

—Desde que estoy en Londres, se me exige vestir... de esta forma incluso para sacar a pasear a mis perros. A mí me parece innecesario, la verdad.

—¿Es su tío quien se lo impone?

—En cierto modo. Me ha puesto al cuidado de su hermana, la señora Vale, que ha escogido toda mi ropa nueva y supervisa lo que me pongo cada día y en cada momento. El que no siga sus preceptos la saca de quicio.

—Entiendo.

La joven se tocó, distraída, los galones de la casaca. Parecía azorada.

—Me siento un poco estúpida.

—Está usted magnífica, señorita Satterthwaite.

—De ninguna manera buscaba un cumplido, señor.

—Por supuesto que no. —Arthur apretó con fuerza el mango del bastón mientras reflexionaba. Nunca había sido muy dado a mantener charlas triviales, pero desde su regreso de la guerra, hasta las interacciones más sencillas le suponían una auténtica agonía. No sabía siquiera por qué se había embarcado en esa conversación, pero el caso era que, desde hacía unos días, apenas pensaba en otra cosa que en Phyllida Satterthwaite y su comportamiento hacia él, sereno y discreto, pleno de amabilidad.

—Sé que no tendría que quejarme —continuó la joven—. Son unas prendas preciosas y a cualquier dama le encantaría disponer de ellas. La verdad es que... le estoy muy agradecida... a mi tío por su generosidad.

—Sé que no es una posición envidiable —observó Arthur tras una pausa larga —. Me refiero a estar agradecida.

—No. Tengo muy claro que no lo es. —La chica suspiró de forma muy sentida y volvió la vista hacia el parque.

Los tres perros jugaban en la hierba bajo la supervisión estrecha de esa criada tan cargante. Arthur se preguntaba en qué estaría pensando la señorita Satterthwaite mientras los miraba. De repente, se le ocurrió que tal vez echara de menos su casa.

—¿Es su primera visita a Londres?

—Le confieso que sí. Nunca había salido de Devonshire hasta hace quince días, si exceptuamos las dos veces que acompañé a mi abuelo a tomar los baños en Bath.

—Mi hacienda de Somerset está muy cerca de Bath.

—Ah, ¿sí? —Lo miró con renovado interés—. No sabía que procediera usted de esa parte del país, señor. ¿Ha tenido la oportunidad de visitar Devonshire?

—Sí, muchas veces. ¿De qué zona es usted?

—De un pueblo que se llama Fox Cross. Está cerca de Dartmoor.

—¡Ah, claro! He estado allí

Le brillaron los ojos y esbozó una sonrisa amplia.

—¿De verdad?

Arthur se quedó paralizado durante un instante. Nunca había conocido a una mujer capaz de transmitir tal alegría y afecto con la mirada.

—Cuando éramos muy jóvenes, mi hermano y yo paramos allí cuando íbamos de camino a visitar a unos amigos de la familia que viven en Cornwell.

—Me pregunto si... sería posible que recordara usted a mi abuelo. Sir Charles,

de Satterthwaite Court.

—Me temo que no, lo siento. Solo era un crío. Aunque es muy posible que mi padre sí que lo conociera. Se lo preguntaré en mi próxima carta, si usted quiere.

—Se lo agradecería muchísimo —asintió la joven, que resplandecía.

No era un día soleado. De hecho, apenas se veía un trocito de cielo azul entre las abundantes nubes, pero la escasa luz parecía refulgirle sobre el rojo del cabello y le iluminaba la piel con un brillo suave y dorado. Toda su persona rezumaba ternura, no solo su cara.

Arthur intentó no mirarla con fijeza, pero fracasó de forma lamentable.

—¿Ha estado mucho tiempo al cuidado de sus abuelos? —preguntó.

—Toda mi vida.

—¿Y sus padres...?

—Mi padre era el único hijo de mi abuelo, y mi madre la hija del vicario viudo de Fox Cross. Mis abuelos organizaron su boda. Confiaban en que mi madre fuera capaz de asentar a mi padre. Llevaba una vida bastante... montaraz, por así decirlo. —Frunció un poco el ceño, pero enseguida corrigió el gesto—. Dicen que mi madre era una de las damas más encantadoras de Devonshire y, además, lo más parecido a una santa de la zona occidental de Inglaterra. Era tranquila y amable. Un modelo de mujer, en resumen.

—¿No la conoció?

—No. No llegué a conocer a ninguno de los dos. Mi madre murió al dar a luz y mi padre en un accidente de carruaje una semana después.

—Así que sus abuelos la criaron como si hubiera sido su hija.

—Sí. Aunque en realidad... no del todo, porque se juraron que nunca criarían a un hijo de la misma manera que habían criado a mi padre. Lo malcriaron y consintieron, algo que podría considerarse natural por ser su único hijo; pero con el tiempo se convencieron de que aquella había sido la causa de su comportamiento inadecuado y hasta salvaje. Así que, aunque me querían mucho, me educaron de forma muy estricta. Nada de bailes ni de reuniones sociales. Nada de visitas a Londres. Vivíamos una vida muy retirada.

—Suena desalentador, la verdad.

—¡No, qué va! Con mis perros me sentía muy acompañada. Y había vecinos del pueblo y arrendatarios que visitar; gente decente y trabajadora, amigos de toda la vida. Nunca me he sentido sola.

—¿Nunca experimentó la necesidad de ir a sitios más lejanos? De ver mundo, quiero decir.

—Nunca pensé en eso, la verdad. Sonaba imposible... y, además, no iba con mi carácter. No obstante..., cuando mi tío llegó a Satterthwaite Court y me dijo que debía ir a Londres con él, subí al carruaje sin protestar. —Se tocó un guante con aire ausente—. ¿Cree usted que hice bien, capitán Heywood?

Sintió la necesidad imperiosa de cubrirle las manos con las suyas. Pero, por supuesto, no lo hizo.

—Entiendo que no deseaba usted venir a Londres. ¿Es así, señorita Satterthwaite?

—En efecto, no quería. Pero lo que sí quería a toda costa era hacer lo correcto. Hacer lo que se esperaba de mí.

—¿No tiene otra familia a la que pueda acudir?

—No, no tengo a nadie. —Se quedó mirando a los perros durante varios segundos—. ¡Qué afirmación tan lacrimógena! Le ruego que me perdone. No quiero sonar como si estuviera entre la espada y la pared. De hecho, creo que tengo que estar muy... muy...

—¿Agradecida? —sugirió Arthur.

La sonrisa fue mínima, y solo con los ojos.

—Sí. Exactamente eso.

* * *

Philly pensó que la conversación había llegado mucho más lejos de lo que hubiera podido imaginar y desear. De hecho, se le había ido de las manos. ¿Por qué? El capitán Heywood no parecía un hombre receptivo a las confidencias. De hecho, todo lo contrario: daba la impresión de que rechazaría de plano cualquier intento de conversación de carácter personal. Y, sin embargo, ahí estaba, contándole la historia de su vida, ¡y pidiéndole consejo, nada menos! Seguro que estaría pensando que era una joven alocada o, como mínimo, una paleta que no sabía nada de la vida.

—¿Recuerda algo más de su visita a Fox Cross, capitán Heywood? —preguntó —. ¿Tuvo la oportunidad de ver algo del paisaje?

—Por desgracia no. Nos quedamos solo una noche, en una posada cercana a la carretera principal. Creo que recordar que se llamaba Hart and Hare.

Philly sonrió encantada.

—La conozco bien. La dirige la señora Carter. Seguro que fue ella quien les atendió. Es bastante delgada, y muy alta para ser una mujer. Puede que sea tan alta como usted. Conseguí a *Fox* gracias a ella. Le puso el nombre del pueblo. —

Acarició al terrier que tenía en el regazo—. ¿Se puede creer que lo arrojaron a la carretera desde un carruaje? La señora Carter dijo que quizá mordiera a alguien y que lo tiraron por la ventanilla en un arrebato de ira. Pero yo no creo que eso justifique la crueldad con el pobre animal.

El capitán Heywood le hizo una caricia en la cabeza a *Fox*.

—¿Así fue como se hirió la pata?

—Sí, eso creo. Cuando me lo trajo la señora Carter, estaba en unas condiciones horribles. Ahora está mucho mejor.

El capitán Heywood acercó la mano, grande y fuerte, para acariciar con dulzura a *Fox*.

—¿Sabe una cosa? —observó Philly con tono sorprendido—. Es sorprendente: no parece tenerle ningún miedo a usted.

—¿Suele asustarse de la gente?

—Sí. Me avergüenza decir que tiende a morder, aunque en realidad solo muestra su mal humor con los hombres. Mi abuelo sostenía que tal vez fue un hombre quien lo hirió.

—Es probable. Los hombres pueden ser muy crueles.

El tono del capitán le llamó la atención. Alzó la vista para mirarlo y vio que había desviado la mirada hacia el horizonte. Parecía perdido en sus pensamientos.

Arthur Heywood no carecía de atractivo. Con las cejas marcadas, una mandíbula fuerte y masculina, y ojos grises penetrantes, hasta se podía decir que era apuesto. Pero ahí estaban, acompañándolo siempre, ese aire permanente de melancolía y un rastro de dolor que no abandonaba sus rasgos y gestos. Philly empezaba a darse cuenta de que su dolor no solo era solo físico. ¡A qué horrores debía de haberse enfrentado en la guerra! Y, al regresar a casa después de tanto sufrimiento, encontrarse con que su amor único y verdadero se había casado con otro...

—¿Tiene asuntos que tratar con mi tío esta tarde? —preguntó, a falta de algo mejor que decir.

—No. No me entrevistaré con él hasta el próximo lunes por la mañana.

—Entonces, puede que volvamos a encontrarnos durante algunos de mis paseos por el parque.

Volvió la cara hacia ella y la miró de un modo difícil de interpretar.

—Puede que sí.

Philly iba a decir algo cuando vio aproximarse a Sara acompañada de los tres perros grandes.

—Señorita, tendríamos que regresar. La señora Vale me ha indicado que me asegurara de que no volviera a llegar tarde otra vez a su clase de danza. —Sara miró al capitán Heywood con los ojos entrecerrados—. También me dijo que hay muchas cosas que hacer antes del baile de mañana.

—Sí, Sara, gracias. —Philly era consciente de la atención que despertaba en la criada. Se preguntaba con qué cuentos iría la chica a los demás criados. Procuraría no darle importancia ni prestar atención a las habladurías. Cambió de posición a *Fox* para trasladarlo y se puso de pie.

El capitán Heywood la imitó al momento.

—Señorita Satterthwaite, ha sido un placer.

Philly alzó los ojos hacia el rostro severo del joven. ¿Cuántas sonrisas le había dedicado ese día? Muchas más de las que había sido capaz de esbozar en las dos semanas que llevaba en Londres. De hecho, sin ningún esfuerzo, ahí estaba de nuevo, sonriendo con el tipo de sonrisa que se ofrece a los amigos de verdad.

—Para mí también, capitán Heywood. Buenas tardes.



Capítulo 3

El conde de Gordon mantenía una casa en Mayfair con el servicio al completo, y todo había estado preparado para la estancia de Arthur. Los criados lo trataban con una deferencia casi exagerada y el cochero no habría tenido ningún inconveniente en esperarlo durante el día entero mientras Arthur estaba sentado en el parque. Ni él ni ningún otro miembro del servicio se atrevía a mirarlo con desconfianza o desagrado. Arthur sospechaba que tal comportamiento se debía en gran medida a órdenes claras e inequívocas de su padre.

George, su hermano mayor, era el heredero de su padre, por supuesto, pero la mayor parte del afecto del conde siempre había estado reservada para su hijo pequeño. Cuando Arthur viajó a luchar a la península ibérica, no hubo en toda Gran Bretaña un padre más orgulloso. Y cuando regresó a casa, convertido en una sombra del hombre que había sido, ningún padre de la Gran Isla se sintió más apenado.

Cedió al deseo de Arthur de recluirse en Somersetshire y, en general, respetó su necesidad de aislamiento y privacidad. Pero conforme se aproximaba el cumpleaños número treinta y dos de Arthur, tras haber pasado casi tres años solo en el campo, las cartas de su padre habían empezado a ser más severas. Empezó a utilizar la palabra «ermitaño» cada vez con más frecuencia.

«Por lo menos invita a algún amigo a que te visite —le proponía el conde—. Pasar tanto tiempo solo no puede ser bueno para nadie».

Al ver que todas sus sugerencias y exhortaciones caían en saco roto, el conde terminó emitiendo lo que podía compararse con un decreto real: su hijo debía trasladarse a Londres de forma inmediata para llevar a cabo ciertos negocios en su

nombre en persona. Era de una enorme importancia.

Arthur tuvo claro desde el primer momento que no era imprescindible que lo hiciera él, pero, por respeto a su padre, obedeció.

Esos negocios tan importantes resultaron ser la formación de un consorcio de inversores convocado por Edgar Townsend, un hombre que, a criterio de Arthur, apenas merecía ser considerado un caballero. Nunca había conocido a nadie con semejante carencia de sensibilidad. Su único código vital parecía ser hacer acopio de dinero.

La mala opinión de Arthur respecto al individuo se incrementó cuando supo de los planes de Townsend para su sobrina. De hecho, el asunto le pareció tan desagradable y de mal gusto que, de haber sido cosa suya y no un encargo de su padre, habría dado fin al negocio con Townsend en ese mismo momento. Tal como iban las cosas, esperaba que al cabo de unas tres semanas todo se hubiera resuelto de forma satisfactoria para los intereses de su padre, momento en el que Arthur procuraría regresar a Somersetshire sin dilación alguna.

Si su progenitor había pensado que iba a disfrutar en Londres acudiendo a actos sociales o a cualquiera de los entretenimientos que ofrecía la ciudad a un hombre adinerado, seguro que se habría sentido de lo más decepcionado. Desde su llegada, hacía ya una semana, Arthur no había salido de casa salvo para acudir a las reuniones, aburridas hasta la desesperación, con los demás inversores potenciales en la biblioteca de Townsend.

Por eso, para el cochero supuso una sorpresa enorme que, tras el encuentro breve con la señorita Satterthwaite en el parque, Arthur le pidiera que lo llevara a su club de la calle de St. James.

—Sí, capitán Heywood —asintió el criado, que, sin poder evitarlo, alzó las cejas muy sorprendido. Una vez acomodado su pasajero, azuzó a los caballos para internarse en el tráfico de Londres.

El club apenas había cambiado, seguía como Arthur lo recordaba. Atravesó la puerta principal y se dirigió un sillón de cuero grande que era su favorito, se encontraba en un rincón apenas transitado y por tanto muy tranquilo. Hizo caso omiso de los murmullos y las miradas curiosas de los pocos caballeros que se dignaron reconocer su presencia y, tras acomodarse, pidió una copa de brandi y abrió el periódico del día. Lo cierto era que no tenía la intención de leerlo y que tampoco pensaba estar mucho tiempo sentado a solas.

Como era de esperar, al cabo de diez minutos escasos se le acercó un hombre al que no veía desde hacía por lo menos siete años.

—¡Heywood! ¿Se puede saber qué demonios estás haciendo en Londres?

Reggie Forsythe era la viva imagen de un dandi inglés: peinado impecable y la misma cara delgada, el mismo pelo rubio y la misma figura esbelta que su padre, sir Clement Forsythe. El conde de Gordon y sir Clement eran amigos desde la juventud. De hecho, en la niñez y la adolescencia, Arthur coincidía a menudo con los seis hijos de sir Clement, ya fuera en alguna de sus residencias o en las de Forsythe.

A diferencia de Arthur, que había ingresado en el Ejército poco después de volver de Oxford, Reggie Forsythe había dejado de lado la milicia para vivir, a crédito y en Londres, una existencia de disipación y desenfreno. Arthur recordaba haber oído varios años atrás un rumor muy extendido según el cual había gastado en un garito ilegal el dinero reservado para su ingreso en el Ejército. Como ocurría con todos los cotilleos sociales, Arthur no podía saber si era cierto o no, pero resultaba tan ajustado a la forma de ser de Forsythe que le parecía muy plausible.

—Negocios para mi padre —respondió Arthur—. ¿Y tú?

—He venido a pasar la temporada, por supuesto. —Forsythe se sentó en un sillón frente Arthur, cruzó con tranquilidad las piernas y se eliminó una mota de polvo imaginaria del pantalón color canela—. Deben de haber pasado seis o siete años desde que tú y yo nos vimos por última vez. ¿Dónde fue? Déjame pensar...

Arthur no tenía ningunas ganas de recordárselo. Solo estaba allí para recabar información.

—¿Negocios del conde, dices? —Forsythe cambió de tema, al parecer había renunciado a recordar. Sacó de un bolsillo una petaca adornada con joyas y la abrió, hábil, con una sola mano—. Si te ha obligado a alejarte de Somersetshire, debe de tratarse de algo importante. —Extrajo un pellizco de rapé—. Pensaba que no tenías intención de salir de la hacienda.

—Me ha encargado supervisar algunas inversiones con un individuo que se llama Townsend.

Forsythe cerró la petaca con dedos diestros.

—¿Edgar Townsend? Un auténtico rey Midas. Según dicen, le das agua y la convierte en dinero.

—¿Lo conoces?

—Tiene dos hijas de lo más anodinas. Espero por tu bien que no te las haya presentado. Tuve que beber mucho para pedirle un baile a la mayor y no he repetido desde entonces. —Forsythe se estremeció de forma teatral—. Ahora

acoge en su casa a una sobrina que se ha pasado la vida en el campo. No una sobrina carnal, quiero decir. Los abuelos de ella eran primos lejanos de Townsend, según creo. La gente dice que es de una belleza especial y algo extraña. Aún no la conozco, pero sí que me han llegado muchos rumores.

—¿De verdad?

Forsythe no necesitaba que lo animaran mucho.

—Su abuelo era noble, no sé bien de dónde ni de qué rango, pero no demasiado importante. Y la abuela estaba emparentada con el conde de Merrivale. Un buen linaje, aunque de fortuna limitada, por lo que parece. Townsend no la ha presentado todavía en sociedad. Al parecer, su intención es hacerlo mañana, en el baile de los Worthing. Corre el rumor, y muy insistente, de que quiere exhibirla delante del Coleccionista. ¡No le arriendo la ganancia a la pobre chica!

Arthur dio un trago a la copa de brandi.

—Conocía a su última esposa. La pequeña Molly Cartwright, descanse en paz. —Forsythe se sirvió una copa—. Una vergüenza cómo murió.

—Se ahogó, ¿no?

—Eso dicen.

—¿Tienes alguna razón para pensar otra cosa?

—Vamos a ver, Heywood, el caso es que... —Forsythe se inclinó hacia Arthur. De repente se había puesto muy serio—. Me consta que Molly fingía ser una muchacha simplona y despistada, pero eso solo era fachada. Era una chica inteligente que sabía con exactitud lo que debía hacer para cazar un marido rico. Eso de que resbalara en una fuente, cayera y se ahogara... —Negó con la cabeza con mucha convicción—. No pudo pasar como cuentan que pasó.

Arthur frunció el ceño.

—Llevo demasiado tiempo fuera de Londres. Me temo que no estoy en condiciones de opinar sobre esta historia.

—¿Has ido alguna vez a Moreland Park? —preguntó Forsythe—. En los jardines hay una fuente enorme, tan profunda que, si te apetece, hasta puedes bañarte y nadar en ella. Cuando el Coleccionista se casó con Molly, se la llevó de inmediato a Moreland Park. Molly se puso furiosa. No tiene mucho sentido poner toda la carne en el asador para convertirte en duquesa si, una vez conseguido, no puedes aprovecharlo como corresponde en Londres. Eso era lo que ella decía. Sea como fuere, dicen que le gustaba andar haciendo equilibrios por el borde de la fuente. Para ella era un juego: lo hacía durante un tramo y después saltaba al suelo. También dicen que lo hizo una noche, al volver de un

baile. Llevaba una capa muy pesada. Resbaló. Cayó al agua. La capa y el vestido se empaparon, se hundió y no fue capaz de salir del agua.

—¿Tan improbable es que ocurriera eso?

Forsythe se acercó aún más a Arthur y le habló en un susurro mínimo.

—Molly jamás habría andado haciendo equilibrios sobre el borde de una fuente tan profunda. Le aterraba el agua. —Dejó de hablar mientras un caballero pasaba junto a la mesa—. Por otra parte, si de verdad hubiera pasado lo que cuentan, ¿por qué uno de los criados que la sacaron del agua contó que tenía magulladuras alrededor del cuello?

Arthur dejó la copa sobre la mesa auxiliar.

—Otro cotilleo, quizá. No muy distinto de los que han afectado a Moreland durante todos estos años.

Forsythe lo miró con los ojos brillantes.

—¿Eso crees?

—¿Tienes pruebas de lo contrario?

—El criado del que te he hablado dejó Moreland Park al poco tiempo y vino a trabajar para mí. Me lo contó todo y debo decir que el cuadro era desagradable en extremo. Siempre había tenido la impresión de que el Coleccionista era un canalla, pero no sabía hasta qué punto. Te garantizo que Molly podría haberse librado de todo lo que le ocurrió. De hecho, yo me habría casado con ella si me hubiera aceptado. Pero ¿qué es el segundo hijo de un *baronet* si se compara con un duque? —Trasegó el contenido completo de la copa de brandi. Tras hacerlo, recuperó la jovialidad que había perdido durante unos instantes—. En resumen, y como te decía antes, no envidio a la sobrina de Townsend. «La obra de arte». Así empiezan a llamarla. Y todos sabemos cómo se comporta el Coleccionista con las obras de arte.

—¿«La obra de arte»? —Arthur no daba crédito—. ¿A quién demonios le has oído eso?

—A los corredores de apuestas, viejo amigo. Tú mismo puedes comprobarlo. —Forsythe volvió a llenar la copa—. ¿Te vas a quedar mucho tiempo en Londres?

—Unas semanas, creo.

—Supongo que estrás deseando regresar a Somersetshire.

—No sabes hasta qué punto. —Arthur se levantó del sillón—. Te ruego que me excuses, Forsythe. Tengo asuntos que atender. No puedo retrasarlos más.

—Por supuesto, por supuesto —Forsythe se levantó a su vez—. ¿Vas a salir mientras estás en la ciudad? Mañana es el baile de los Worthing. No hace falta

bailar para pasarlo bien. Resultará de lo más interesante averiguar qué tipo de dama ha estado escondiendo Townsend de todo el mundo. Y, sobre todo, observar la reacción del viejo duque cuando le ponga la vista encima por primera vez.

—No voy a ir —afirmó Arthur mientras se encaminaba hacia la salida.

Forsythe lo siguió sin molestarse en disimular su interés en los dificultosos andares de Arthur.

—Lo entiendo. Lady Eliot acudirá, eso es seguro. No creo que resultase adecuado para ti encontrarte con ella después de tantos años. Sobre todo, teniendo en cuenta tu... situación actual.

Arthur no hizo ningún comentario. ¿Qué podría haber dicho? En esos momentos, Caroline no le ocupaba ni una mínima parte del pensamientos.

—Un tema de lo más desafortunado, lo mires por donde lo mires —insistió Forsythe—. A mi modo de ver, creo que tendría que haberte esperado. Tu papel fue muy destacado. Miembro del Club de los Cuatro Caballos, *Corinthian* y todo eso. Y capitán del Regimiento de Dragones. Un héroe de guerra. Pero las mujeres siempre prefieren un título nobiliario. Yo lo sé mejor que nadie. La verdad es que, si se piensa bien, no se les puede echar en cara. Ya sé que el viejo Eliot solo era barón, y también bastante impresentable, pero tienes que saber que ella era feliz. La trató bien mientras estuvo vivo: vestidos a la última moda, joyas..., todo lo que una dama hubiera podido desear. No echaba de menos nada. Espero que lo que te digo te sirva, por lo menos, para quedarte tranquilo.

Antes de salir del salón principal, Arthur se detuvo frente a la mesa sobre la que estaba el libro de apuestas del club, forrado con tapas de cuero. Empezó a pasar las páginas sin apenas hacer caso de lo que decía Forsythe.

—No ha envejecido nada —continuó Forsythe, que se había apoyado en la pared, muy cerca de Arthur—. Sigue siendo una belleza. No hay mujer en Londres que pueda compararse con ella.

—Desde luego —asintió con aire ausente.

Encontró en el libro de apuestas varias anotaciones que hacían referencia al Coleccionista. Las apuestas iban desde las diez guineas hasta el millar de libras.

El señor Fullbright apuesta con el señor Mills cien libras a que el Coleccionista se casará con «la obra de arte» dentro de un mes o menos.

Sir Windham apuesta veinte libras con lord Bryce Pembroke que el Coleccionista invitará a un paseo por el parque a «la obra de arte» el próximo lunes.

Lord Darly apuesta mil libras con el teniente general Culpepper a que el Coleccionista y «la obra de arte» se habrán comprometido en los próximos quince días.

A Arthur no le sorprendió que Darly hubiera hecho una apuesta tan extravagante. Después de todo, había conocido a la señorita Satterthwaite. No le cabría la menor duda de que Moreland iba a actuar muy deprisa para asegurarse el objetivo.

—¿Estás pensando en hacer una apuesta, Heywood? —preguntó Forsythe—. Yo mismo me he jugado diez guineas. A estas alturas, las cosas aún están un poco en el aire. Si no, habría apostado más. En cualquier caso, creo que es algo bastante seguro, conociendo al tipo.

—No, no voy a apostar nada por ahora. —Arthur se dio la vuelta para marcharse, pero, en el último momento, algo del libro de apuestas captó su atención. Era una anotación con letra apenas legible, situada casi al final de la página:

Lord X apuesta con el señor Y quinientas libras a que el Coleccionista volverá a estar viudo antes de la próxima Navidad.

Capítulo 4

Philly y sus primas llegaron al baile de los Worthing, a última hora de la tarde del sábado, acompañadas del tío Edgar y la señora Vale. La calle estaba flanqueada de carruajes a uno y otro lado. Allá donde mirara, Philly veía caballeros vestidos de modo impecable y mujeres con atuendos suntuosos: joyas valiosas y brillantes, tocados imaginativos adornados con plumas y vestidos de colores pastel. Nunca había visto tanta gente entrando en una casa al mismo tiempo. Todo estaba tan abarrotado que, cuando Philly por fin logró traspasar el umbral, cruzar el vestíbulo y llegar al salón de baile, casi había perdido el resuello.

En primer lugar, le presentaron a lord y lady Worthing, y después a una fila de extraños que no se terminaba nunca. Tenía claro que su presencia constituía una novedad, pero jamás en su vida había sido objeto de tal curiosidad. La charla constante en voz baja a su alrededor y la sucesión de miradas apenas disimuladas incrementaron su timidez habitual casi hasta el infinito.

Tampoco ayudaba el que sintiera, por su atuendo, que iba casi desnuda. Llevaba un vestido de crepé fluido azul sobre una combinación delicada de satén. Las mangas eran un poco abombadas y el escote lo bastante bajo como para mostrar el nacimiento del pecho. La modista le había asegurado que cumplía todos los cánones de la moda más rabiosa del momento.

Los caballeros presentes daban muestras claras de aprobación. Pasados pocos minutos, el carné de baile de Philly ya estaba lleno, con la excepción del vals especial de la noche. Su tío le había ordenado de forma taxativa que lo dejara libre. Philly había recordado de inmediato al misterioso caballero que habían mencionado sus primas.

—¿Tiene en mente a alguien en especial para ese baile, tío?

El tío Edgar le dedicó una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Así es, Phyllida, así es.

Le empezó a latir con fuerza el corazón.

—¿De quién se trata?

—Lo sabrás cuando llegue el momento —zanjó el tío Edgar—. Si es que asiste. No quiero generar expectativas, por si fallaran.

Philly controló la irritación que le provocaba la falta de franqueza de su tío. Seguía preguntándose quién podría ser el misterioso pretendiente. ¿Alguien importante? ¿Alguien que la había visto, tal vez en el parque, y que había manifestado su interés en ella?

Pero no tuvo la ocasión de reflexionar sobre el asunto, pues necesitó poner los cinco sentidos en atender a la gente que la rodeaba. Había nombres que recordar, así como pasos de baile no del todo bien ensayados cuando comenzó a sonar la música.

El primer baile fue con un caballero algo mayor y el segundo con un joven muy enérgico. El tercero, una danza popular, lo había apalabrado con un caballero rubio exquisito, ataviado con una camisa blanca y un traje negro elegantísimos.

—Soy Forsythe —le recordó mientras Philly miraba con atención el carné de baile—. Es un nombre fácil de recordar, supongo.

—Si lo he olvidado ha sido porque he conocido muchísima gente en pocos minutos, ¡más que en toda mi vida! —se disculpó.

La tomó de la mano enguantada para conducirla a la pista, esbozando una sonrisa leve en los finos labios.

—Todo el mundo desea conocerla a usted esta noche, señorita Satterthwaite.

Las parejas se alinearon para colocarse frente a frente y empezó a sonar la música. Mientras daban los pasos, el señor Forsythe y ella se separaron varias veces por el desarrollo del baile, pero eso no impidió que el caballero conversara con ella cada vez que tenía la oportunidad. De hecho, parecía empeñado en captar su atención.

—¿Está disfrutando de Londres? —le preguntó llegado el momento de que las parejas bailaran juntas.

—Apenas he podido ver casi nada de la ciudad, señor. —Pero no había sido por falta de interés por su parte. Pese a que prefería la vida rural de Devonshire, le hubiera gustado visitar el Museo Británico al menos una vez y también le apetecía ver las actuaciones de los caballos en el anfiteatro de Astley. Pero, hasta ese momento, los focos de su visita no habían sido, ni mucho menos, el

entretenimiento ni la cultura. El tío Edgar y la señora Vale habían estado centrados en prepararla de forma adecuada para su presentación en sociedad, no en enseñarle los muchos atractivos de la ciudad.

—¿No ha probado los helados de Gunter's? —presionó el señor Forsythe.

—No, aún no —contestó—. Pero espero hacerlo pronto. —De haber ido a Londres con su abuelo, seguro que hubieran visitado ya el primer día el famoso salón de té Gunter's. Al abuelo le gustaban mucho los dulces, fueran del tipo que fuesen, y nunca desaprovechaba la oportunidad de degustarlos. Disfrutar de un helado mientras paseaban en un carruaje abierto durante una tarde de verano, habría sido una tentación irresistible para él.

—¿Y qué me dice de los jardines de Vauxhall? —preguntó el señor Forsythe.

—Tampoco he tenido la oportunidad de visitarlos.

Volvieron a separarse por un momento, pero enseguida volvieron a reunirse.

—Deje que haga de adivino... —dijo el joven sonriendo—. Su pasión son los libros. Prefiere acudir a la biblioteca para devorarlos.

Philly pensó en el número tan reducido de libros que se había llevado a Londres: dos novelas con tapas de cuero y un volumen de poesía recogidos de la amplia biblioteca de Satterthwaite Court. Desde un punto de vista de propiedad estricta, tendría que haberlos dejado allí. Ya no le pertenecían. Nada de lo que había en la hacienda era suyo ya, al menos desde el punto de vista legal. Ahora todo le pertenecía al tío Edgar.

—Me gusta mucho leer —admitió—, pero la verdad es que...

—¡No me diga que nunca ha ido a la biblioteca de préstamos! Me está tomando el pelo, señorita...

Tuvieron que separarse de nuevo antes de que Philly pudiera responder. Cuando volvieron a encontrarse, el joven le sonrió.

—Tiene usted que conocer algo de la ciudad, señorita Satterthwaite. Si alguna vez le apetece, estaría encantado de acompañarla y enseñársela. Lo único que tiene que hacer es decirlo.

Philly se limitó a sonreír y negar con la cabeza. Estaría encantada de ver la ciudad, pero no tenía claro que quisiera hacerlo en compañía del señor Forsythe. Cierto que era amable y tan atractivo como lord Darly, que iba a bailar con ella el siguiente turno, pero ninguno de los dos le hacía latir más deprisa el corazón. Y, desde luego, no la animaban a hacer el tipo de confidencias que sí había compartido con el capitán Heywood.

Conforme avanzaba la noche, a Philly empezaron a dolerle los pies, ya más

hinchados y constreñidos en las zapatillas de baile. Intentaba buscar a su pretendiente misterioso entre las caras de los caballeros con los que se cruzaba o que le hablaban, pero estaba claro que aún no se había presentado en el baile. Al cabo de no mucho tiempo, el cansancio sustituyó a la curiosidad. Le entraron ganas de volver a casa e irse a la cama a descansar. No obstante, el tío Edgar insistía en esperar hasta que se sirviera el refrigerio. Mientras se acercaba la hora, la señora Vale se sentó en un sillón en un rincón de la sala de baile y envió a Philly y a sus primas a por refrescos.

Libre de la presencia de su padre y su tía, Elizabeth empezó a compartir información y detalles sobre los caballeros con los que había bailado Philly.

—El bajito y regordete es heredero de una gran fortuna. Tiene la intención de encontrar esposa esta temporada y me han dicho que cualquier mujer le valdría. —Elizabeth tomó un vaso de limonada de la bandeja que le presentó un criado—. Su amigo más delgado tiene título, pero no fortuna. Así que, o se casa con una heredera, o no se casa con nadie.

—El caballero rubio con tan buena apariencia es el señor Forsythe —intervino Abigail—. ¿Crees que es atractivo?

—Puede que Reggie Forsythe sea atractivo, sí, pero no tiene a dónde agarrarse —afirmó Elizabeth—. También está buscando una heredera. La verdad es que no entiendo por qué te ha hecho tanto caso. Supongo que habrá sido por la novedad.

—Ojalá tengas razón —comentó Philly.

Elizabeth no había bailado mucho. Cada vez que Philly miraba hacia donde estaba, la veía sentada en una silla de respaldo alto pegada a la pared, abanicándose con vigor.

—Has tenido suerte de poder bailar con lord Darly. Me han dicho que es una pareja excelente. ¿Tú qué crees, Phyllida?

—Me da la impresión de que es muy educado y amable —contestó—, pero tampoco podría decirte si es buen bailarín. No tengo la capacidad de juzgarlo, la verdad.

—No es cierto. Lo que pasa es que no te gusta bailar; lo odias tanto como jugar a las cartas, ir de compras y todo lo demás. Da la impresión de que has decidido no divertirte y estar triste.

Philly miró pensativa a su prima. Elizabeth solo era un año mayor que ella, pero, en Londres, una diferencia de un año en una dama contaba mucho. Sobre todo, cuando dicha dama no había tenido éxito en el mercado del matrimonio. Philly no estaba segura de si el carácter irritable de su prima era la causa de dicha falta de

éxito o más bien su consecuencia, aunque sospechaba que se trataba de lo segundo.

—Eres muy dura, prima.

Elizabeth apretó los labios en una imitación muy conseguida del gesto de su tía.

—Digo lo que pienso.

—¡Mirad! —exclamó Abigail—. Ahí está lady Eliot.

Philly, que había estado distraída debido a su intercambio de pareceres con Elizabeth, alzó la cabeza y miró hacia la pista de baile.

—¿Quién es, Abigail?

—Lleva un vestido blanco y plata. Como una diosa griega.

A Philly le costó encontrarla, pero a los pocos segundos la multitud se desplazó y pudo contemplar por primera vez a Caroline Eliot, la dama que le había roto el corazón al capitán Heywood, del brazo de un caballero muy elegante.

Era de una belleza clásica, alta y delgada, aunque con un pecho magnífico que el escote amplio del vestido realzaba con atrevimiento. Sujetaba la melena de rizos rubios con una banda plateada adornada con una sola pluma de avestruz. Paseó distraída los ojos oscuros por el salón de baile, su gesto parecía expresar un gran aburrimiento ante lo que veía.

—¿No es la dama más elegante que habéis visto en vuestra vida? —preguntó Abigail con tono de enorme admiración.

Philly no tuvo más remedio que asentir, pese a que odió hacerlo.

—¿Quién es el caballero que va con ella?

—¿No lo sabes? —preguntó a su vez Elizabeth sonriendo con aire de superioridad—. El señor Ludlow, por supuesto, el amigo «muy especial» de lady Eliot.

Philly y sus primas pudieron comprobar que el señor Ludlow no dejaba de inclinar la cabeza hacia lady Eliot para susurrarle comentarios al oído. Y cada vez que lo hacía la dama echaba la cabeza hacia atrás y se reía, dejando al descubierto el cuello, largo y pálido.

—Son amantes desde hace más de un mes —susurró Elizabeth—. Antes de eso, lady Eliot veía a ese caballero de ahí, el corpulento con la cara tan colorada. He oído que le regaló una gargantilla con un diamante tan grande como un huevo de codorniz.

Philly miró alternativamente a ambos caballeros con escepticismo.

—¿Y cómo sabes todo eso?

Elizabeth se encogió de hombros.

—Lady Eustace y lady Eliot son amigas íntimas. Cada vez que voy a ver a lady Eustace, me pone al día de las... novedades.

—Se acerca a nosotras —susurró Abigail—. Puede que quiera conocerte, Phyllida.

Lady Eliot y su amante se acercaron a ellas sin pararse a saludar a nadie. Vista de cerca, la dama era incluso más hermosa. Tenía la piel pálida como el alabastro y el bordado complejo de hilo de plata que remataba su vestido brillaba a la luz titilante de los candelabros.

—Señorita Townsend —dijo arrastrando las sílabas con el acento de la alta sociedad—, le ruego que me presente a su prima.

Mientras Elizabeth se apresuraba a cumplir el deseo de lady Eliot, la dama recorrió con los ojos de arriba abajo a Philly.

—Es usted de lo más original —valoró, incluso antes de que Elizabeth hubiera terminado de hablar—. Debo decir que en mi vida había visto unos ojos como los suyos. ¿Los de su madre eran también así? ¿O los de su padre?

Philly miró de frente a lady Eliot y no encontró el más mínimo rastro de cordialidad, solo un punto de diversión y, sobre todo, frialdad.

—No, señora. Ninguno de los dos.

—¡Pues menudo misterio! —exclamó riendo lady Eliot—. Me pregunto si sus hijos heredarán unos ojos como los suyos. Y quizá también el pelo rojo. ¿Te lo puedes imaginar, Ludlow?

El señor Ludlow rio entre dientes.

—Sí, es bastante singular.

—Señorita Satterthwaite, tiene usted suerte de no tener pecas. No obstante, su pelo no es exactamente rojo, ¿verdad? —Lady Eliot estiró una de las manos enguantadas para agarrar entre dos dedos un mechón de pelo de Philly—. Marrón oscuro, me da la impresión. Con un reflejo rojizo. ¿Cómo lo definirías, tú, Ludlow?

—¿Caoba? —sugirió el aludido—. O algo parecido al caoba, sí.

Philly notó que se sonrojaba muchísimo. Tenía poca experiencia con ese tipo de cháchara y no sabía cómo tomársela, ni tampoco la forma en la que debía reaccionar.

—Pues yo lo dejaría en castaño —zanjó lady Eliot, retirando la mano—. Y eso será lo que diga al describirlo cuando hable de eso en mi salón la semana que viene. —Compuso una sonrisa lánguida y volvió a tomar del brazo al señor Ludlow—. Debo decirle que siento cierta envidia de usted, señorita Satterthwaite.

Mis humildes ojos castaños no son nada intrigantes comparados con los de usted.

—Sus ojos no tienen parangón, miladi —declaró Ludlow muy ufano—. Reto a quien sea a que diga lo contrario.

Lady Eliot sonrió a su pareja.

—Eso no es verdad. Esta noche, la señorita Satterthwaite me supera en todos los aspectos, sin excepción alguna —afirmó, y se inclinó lo mínimo y con gesto algo burlón ante Philly—. La felicito por su victoria.

Y tras una risa breve y falsa, se dio la vuelta de forma algo teatral, haciendo oscilar la tela plateada del vestido, y desapareció entre la multitud junto con su acompañante.

—No entiendo nada de lo que ha pasado —dijo Philly, que estaba muy confundida—. ¿He hecho algo para ofenderla?

Elizabeth soltó un suspiro de exasperación.

—¡Por Dios bendito, Phyllida! Está más claro que el agua.

—Ah, ¿sí?

—Es evidente que lady Eliot tiene envidia de ti, y hasta límites insospechados.

Philly, boquiabierta de puro pasmo, se quedó mirando a su prima. La idea de que una criatura tan adorable como lady Eliot encontrara en ella algo que envidiar la asombraba. No era que Philly valorase poco su aspecto, pero se había pasado la vida creyendo que, en realidad, era más rara que otra cosa. Las pocas veces que había pensado en eso, había llegado a la conclusión de que era mucho más diferente que guapa.

En Fox Cross, esas diferencias no influían demasiado en su vida. Sus abuelos la habían educado en la idea de que la apariencia no tenía excesiva importancia, que lo relevante era lo que había dentro de las personas. El corazón y el alma. Como resultado, aparte de cierta timidez por lo que respectaba al distinto color de los ojos, Philly apenas había tenido en cuenta su propia apariencia.

Sin más comentarios, siguió a sus primas y cruzó el salón de baile hacia donde se encontraba la señora Vale.

—Estoy hambrienta —confesó Abigail—. Gracias a Dios que no falta mucho para que sirvan el refrigerio...

—¡Vaya, aquí estás!

Una mano enguantada surgió de entre el hormiguero de personas que la rodeaban y se cerró sobre el antebrazo de Philly con tal fuerza que la joven dio un respingo del susto. Sentía en las sienes el pulso acelerado y tardó varios segundos en darse cuenta de que era la señora Vale quien la había agarrado. Tiró de Philly

para que se situara junto a ella.

—Mírame a la cara. Permanece erguida. Ahora vuélvete. Estate un momento quieta. Se te han soltado algunos mechones del moño. ¡Elizabeth, dame una de tus horquillas! ¡Rápido, niña!

Elizabeth se quitó una de las horquillas que le sujetaban el peinado y se la pasó de inmediato a su tía, que a su vez la usó para recolocar los mechones sueltos del recogido de Philly.

—¿Ya está aquí, tía? —Abigail se puso de puntillas y paseó la vista por la gente que la rodeaba.

La señora Vale no contestó.

—¿Cómo te encuentras? Espero que no estés aturdida ni demasiado cansada. No puedes marearte, bajo ningún concepto. No quiero que nadie piense que eres enfermiza.

—Estoy perfectamente, señora —dijo Philly. Lo cual no era del todo cierto. Le temblaban un poco las piernas y el corazón parecía querer salírsele del pecho.

Su misterioso pretendiente había ido. De inmediato se hizo cargo de la importancia del momento.

—Perfecto. —La señora Vale se estiró la falda de su severo atuendo y terminó de colocarle el pelo a Philly con ambas manos—. Pues entonces, vamos. Deprisa, señoritas, pero no demasiado.

Siguieron a la señora Vale hacia el otro extremo del salón de baile. A su paso, la gente se quedaba quieta. Más adelante, se había formado un círculo alrededor de un grupito de personas. La mujer puso una mano bajo el codo de Philly y la empujó hacia delante.

Lord y lady Worthing formaban parte del citado círculo, y también el tío Edgar. Junto a él estaba un caballero, vestido de modo impecable, que debía de ser diez años mayor que su tío como poco.

Era más alto que ella, de complexión recia y cabello plateado que formaba un pico de viuda muy acusado. Los ojos le brillaban como piedras negras luminosas y, junto a la nariz aguileña, le conferían la apariencia de un ave de presa peligrosa. Tan pronto como Philly se incorporó al círculo, notó que esos ojos depredadores se posaban en ella.

—Su excelencia, permítame que le presente a la señorita Phyllida Satterthwaite. —Philly nunca había oído semejante tono de veneración en la voz del tío Edgar —. Señorita Satterthwaite, su excelencia el duque de Moreland.

Philly hizo una reverencia mientras se le encogía el estómago de pura ansiedad.

Era la primera vez en su vida que le presentaban a una persona noble de rango tan elevado.

—Excelencia.

Moreland inclinó la cabeza a modo de saludo antes de dirigirse a ella.

—Señorita Satterthwaite. su tío me ha informado de que me ha reservado el vals.

Philly miró a su tío para confirmar la información y este hizo un rápido y algo impaciente gesto afirmativo.

—Así es, excelencia —indicó asintiendo.

La orquesta empezó a tocar los acordes de preparación de la pieza.

—Excelente. En el momento justo. —Moreland le ofreció el brazo—. ¿Me concede el honor?

El tío Edgar y la señora Vale observaron atentos cómo Philly colocaba con delicadeza la mano sobre el brazo del duque y le permitía conducirla hacia la pista.

No eran ni mucho menos los únicos interesados en Philly y su nueva pareja de baile. Según se abrían paso entre la gente, muchos se detenían para observarlos. Hubo incontables miradas cómplices y montones de susurros femeninos por detrás del movimiento frenético de los abanicos. Cuando la orquesta empezó a tocar la pieza, Philly se sintió algo aliviada, pues la atención de las parejas pasó a centrarse en el propio baile.

Moreland la condujo a una esquina de la pista bastante alejada y de repente, de forma abrupta, se detuvo y se volvió a mirarla de frente. Antes de que Philly pudiera volver a centrarse, el duque se acercó a ella y le rodeó la cintura con ambas manos en un abrazo firme y poderoso. La cosa era muy diferente de las ligeras sujeciones que practicaba su maestro de baile. Algo la hizo estremecerse de miedo.

El duque le agarró la mano y, sin detenerse, empezó a hacerla girar sobre el suelo de parqué. Philly estaba tan desconcertada que por un momento perdió el hilo de los pasos del vals.

El duque no ralentizó sus movimientos para ayudarla a recuperarse. Siguió con el mismo ritmo enérgico, arrastrándola con él.

A Philly le costó varios segundos recuperar la compostura, unos segundos largos y agónicos durante los que, sin la menor duda, había dado una imagen carente de gracia y de control. Menos mal que la señora Vale no la veía... ¡Tantas lecciones de baile para hacerlo tan mal en el vals principal de la velada!

—¿No le agrada el vals, señorita Satterthwaite? —preguntó Moreland, mirándola con fijeza—. ¿O es que no disfruta bailando?

—No se preocupe, su excelencia, no me ocurre nada —respondió Philly.

—Pues me da la impresión de que no está usted disfrutando. —Moreland la hizo girar con tanta violencia que, aunque abrió la boca para contestar, no fue capaz de hacerlo.

¿Acaso el duque se divertía desequilibrándola? ¿O solo se trataba de que le gustaba dominar por completo a su pareja?

—¿Le agradaría más dar un paseo por el parque?

El nudo en el estómago creció y se tensó aún más. ¿Un paseo por el parque? ¿Con el duque de Moreland? Nunca había ido a dar un paseo en carruaje con ningún caballero. Pensaba que eso estaba reservado a las parejas en fase de cortejo.

Sabía que una propuesta de ese tipo tendría que haber sido un halago para ella. En Inglaterra solo había un puñado de duques, que uno de ellos te cortejara era un auténtico sueño. Pero la situación de Philly en ese momento estaba muy lejos de ser un sueño. Más bien lo contrario: se parecía a una pesadilla. No podía quitarse de encima la sensación de miedo cerval y paralizante. ¿En qué situación la estaba colocando el tío Edgar?

—Su tío me ha informado de que puedo ir a visitarla el lunes por la tarde —informó Moreland sin dejar de mirarla a los ojos—. ¿Qué tiene usted que decir al respecto, señorita Satterthwaite?

—Para mí sería un honor, excelencia. —Philly no sabía muy bien qué más decir. Entre la incomodidad por la forma de bailar el vals del duque y la idea de que Moreland pudiera estar considerando la posibilidad de casarse con ella, lo cierto era que se sentía desbordada.

Moreland continuó llevándola de un lado a otro de la pista de baile casi sin dejar de mirarla ni un momento con sus ojos negros y penetrantes sin apenas pestañear. Era como si se tratara de una criatura extraña que hubiese descubierto en el Museo de Historia Natural.

Philly empezó a pensar en tópicos sobre los que podría hablar con el duque, más que nada como una forma de paliar el malestar que le causaba la situación. Pero no parecía el tipo de hombre capaz de apreciar lo que ella tuviera que decir. Estaba claro que la consideraba iletrada e inculta.

De forma espontánea, le vinieron a la mente el recuerdo y la imagen del capitán Heywood. Y, con ellas, una sensación inequívoca de tristeza. Esos momentos breves con él habían sido lo más parecido a sentirse de verdad acompañada que había experimentado desde que estaba en Londres. El modo en que la miraba, la atención con la que la escuchaba... Pero era algo más que eso. Estando con él

había sentido algo. Cercanía. Amistad. Una sensación compartida..., no sabía con exactitud cuál.

Moreland la arrastró a otro giro brusco, desconcertándola de tal manera que volvió a perder el hilo de los pasos y, por supuesto, de las sensaciones pasajeras relacionadas con el recuerdo del capitán Heywood.

Por fortuna, no transcurrió mucho tiempo hasta que la pieza llegó a su fin. Intentó separarse de Moreland de inmediato, pero él lo impidió sujetándola con firmeza durante unos segundos más de lo que podía considerarse decente antes de soltarla por fin.

—Permítame que la acompañe hasta la zona del refrigerio, señorita Satterthwaite —declaró, ofreciéndole el brazo y sin dejar alternativa alguna a la propuesta

Philly no tenía otra salida que aceptar que la condujera de vuelta con sus tíos y sus primas entre una multitud de curiosos ávidos e interesados en captar cualquier detalle que pudiera dar lugar a un comentario jugoso.

Llegaron al rincón en el que esperaban el tío Edgar, la señora Vale y sus primas, y todos se dirigieron en grupo hacia el salón adyacente en el que se servía el refrigerio.

—Su sobrina es una mujer de pocas palabras, Townsend —le detalló Moreland a su tío—. La verdad es que esa forma de ser silenciosa se adapta muy bien a mí.

El tío Edgar esbozó una sonrisa fría y dio una respuesta banal. Philly procuró no demostrar que había oído el comentario de Moreland.

Mientras avanzaban, los dos hombres siguieron hablando entre ellos, como si Philly no estuviera allí. Se sintió más aliviada que ofendida y, sobre todo, agradeció que aquello le apartara de la cara la mirada del duque, amenazadora e insoportable.

Capítulo 5

El lunes amaneció frío y cubierto de nubes. Philly deseaba con todas sus fuerzas que lloviera por la tarde para que, por esa razón, su paseo en carruaje con el duque se pospusiera. No le apetecía nada el plan. Todo lo contrario: odiaba la perspectiva. Pero, por otra parte, era muy consciente de su obligación para con el tío Edgar, que la había llevado a Londres para conseguirle un buen compromiso matrimonial. Y el enlace con un noble, ¡con un duque, nada menos!, era algo inmejorable. La boda del siglo.

Sin embargo, Philly empezaba a estar muy deprimida ante la perspectiva de lo que se avecinaba. Fue un alivio salir a pasear con los perros por el parque.

Desde el baile del sábado, la señora Vale se había vuelto aún más dictatorial en lo cuanto a la ropa que debía vestir cuando salía.

—Ahora todo el mundo va a tener los ojos fijos en ti. Has de tener un cuidado extremo con tu indumentaria.

Dado que no quería enfadar a la dama más de lo necesario, Philly escogió con mucho cuidado el atuendo para su paseo matinal. Se decidió por un vestido de paseo amarillo pálido y una pelliza corta de tafetán tupido de color ámbar oscuro.

—Espero que no volvamos a encontrarnos con ese hombre —murmuró Sara conforme entraban en el parque.

Philly sujetó con más firmeza a *Fox* entre los brazos. No le importó demasiado la impertinencia de la criada. Estando en Satterthwaite Court, siempre había animado al servicio a que se expresara con libertad.

—¿Por qué lo dices?

—No me parece adecuado. Y no tiene por qué hablar con usted en el parque.

—El capitán Heywood es un héroe de guerra —afirmó Philly con mucha

seguridad. Aunque no sabía nada de los servicios que Arthur Heywood había prestado en campaña, su instinto le decía que un hombre como él tenía que haberse comportado de forma noble y heroica.

—Pues no es eso lo que me han dicho, señorita.

Philly la miró de frente, de un modo inquisitivo.

—¿Y qué es lo que te han dicho?

—Solo que es peligroso y que es mejor tener cuidado con él.

—¿Quién dice eso?

—Todo el mundo en la zona del servicio —declaró Sara con gesto terco—. No es ningún héroe, señorita.

—Bien, pues tengo que decirte que sé con certeza que lo es. Lo hirieron luchando en España. Y, en el futuro, tengo la confianza de que corrijas a cualquiera de la servidumbre que afirme lo contrario.

Sara avanzó varios pasos con la boca fruncida antes de lanzar otro comentario.

—Cuando serví el té en la biblioteca al amo y sus visitantes, no le oí decir más que monosílabos. Sin embargo, la semana pasada ahí estuvo, sentado con usted, hablando de todo sin problemas. Me pregunto qué es lo que busca…

—Lo mismo se podría decir de mí misma —señaló Philly—. Yo no hablo demasiado cuando hay varias personas reunidas, y, sin embargo, no me cuesta conversar cuando estoy sola con alguien. Me atrevo a decir que a mí no me acusarías de estar… buscando algo.

—Mmm… No es lo mismo.

Philly miró con indulgencia a esa criada tan desabrida antes de seguir andando por delante de ella, como tenía por costumbre. Era lo bastante temprano como para no encontrarse con mucha gente. Además, pocos visitantes del parque transitaban el camino que le gustaba seguir. Prefería la soledad, ya que les daba a los perros más libertad para correr y jugar, y a ella le permitía reflexionar de forma tranquila y sosegada.

Conforme avanzaba, con Sara y los perros detrás, aunque no muy separados, volvió a inquietarla el paseo por el parque con el duque. No había vueltas que darle: Moreland no le había gustado. No sabía con exactitud por qué. Salvo mirarla con mucha fijeza y sujetarla con un poco más de fuerza de lo normal, la verdad era que no había hecho nada malo ni inapropiado. No obstante, se había encontrado incomodísima y solo había respirado aliviada cuando se separó de ella tras acompañarla al salón en el que se sirvió el refrigerio.

Dio por hecho que se había reunido con otros conocidos para cenar o que quizá

había ido a jugar a las cartas; pero, durante el trayecto de vuelta a casa en el carruaje, el tío Edgar la había informado de que, tras separarse de ellos, el duque se había marchado del baile.

La señora Vale se había mostrado exultante.

—Es una declaración de intenciones clara como el cristal. ¿Quedarse solo el tiempo suficiente para bailar contigo el vals de honor y acompañarte a la cena? Ahora ya nadie puede dudar de cuáles son sus propósitos. Y cuando te vean paseando con él por el parque el lunes que viene, todo el mundo sabrá que, con toda probabilidad, serás la próxima duquesa de Moreland.

Para Philly, la lógica de la señora Vale era impecable. Pero lo que no podía entender era el porqué de todo aquello. Un duque podía escoger a cualquier joven casadera de Inglaterra. ¿Por qué mostraba semejante interés en ella? Ya tenía veintitrés años; no disponía de ninguna fortuna ni estaba relacionada con nadie importante en la sociedad, y menos en la nobleza. Era una desconocida. Una pueblerina, no era nadie. Y tenía muy claro que no lo había deslumbrado con una conversación inteligente ni con una personalidad arrolladora. Todo era de lo más desconcertante.

Había intentado hablar de eso con sus primas, pero lo más que pudo obtener de ellas fue que el duque poseía una fortuna inmensa y una hacienda enorme que se llamaba Moreland Park. Ese secretismo era uno de los aspectos que más preocupaban a Philly, dado que Elizabeth siempre disponía de muchísima información sobre cualquier persona que perteneciera a la alta sociedad, por poca o ninguna relación que tuviera con ella. El que apenas dijera nada del duque era de lo más extraño y sorprendente.

Por supuesto, Philly no tenía amigos a los que preguntar. No se le había permitido acompañar a sus primas en sus visitas, ni tampoco había tenido la oportunidad de conocer a otras damas de su edad a las que hubiera podido recurrir. Desde que había llegado a Londres, la única persona con la que había tenido algo parecido a una conversación personal había sido Arthur Heywood, y la fortuna había decidido que ese día no acudiera a reunirse con su tío.

De hecho, esa mañana no se había presentado ninguno de los caballeros que solían reunirse con el tío Edgar, y, al avanzar por el pasillo de camino al vestíbulo de entrada, no había oído el rumor habitual de conversación procedente de la biblioteca.

Siendo así, se llevó una gran sorpresa cuando, al doblar un recodo del sendero del parque, tomando el mismo camino que el viernes anterior, vio al capitán

Heywood sentado justo en el mismo banco que aquel día.

* * *

Arthur no había dejado de observar el sendero y la vio de inmediato.

—¡Capitán Heywood! —exclamó Philly mientras se aproximaba.

Se levantó para recibirla, un tanto desconcertado por la calidez de su sonrisa.

—Buenos días, señorita Satterthwaite.

La criada estaba cerca, el gesto de desaprobación era más que evidente:

—Le ruego que me perdone, señorita, pero los perros están inquietos. Sería mejor no detenerse.

—Por supuesto. —La señorita Satterthwaite extendió la mano en dirección a uno de los animales cuando dio un salto para llamarle la atención—. ¿Harías el favor de ir con ellos a la hierba para que corran, Sara?

—¿Y usted, señorita?

—Pues... —Miró a Arthur—. ¿Le importa que me siente con usted un momento, capitán Heywood?

—No, ni mucho menos.

—Creo que voy a quedarme a descansar un rato, Sara. Ve por delante.

—Sí, señorita —obedeció la criada a regañadientes—. ¡Pero no voy a perderla de vista en ningún momento! —añadió con brusquedad antes de volverse y seguir adelante con los perros.

Arthur seguía de pie, apoyado en el bastón y algo tembloroso, mientras la señorita Satterthwaite se acomodaba en el banco. Esperó a que se colocara al perrito entre los brazos; solo entonces se sentó junto a ella. Había caminado hacia el parque demasiadas veces en los últimos días y, como resultado, sentía un dolor palpitante en la pierna derecha. De hecho, apenas podía doblarla, por lo que tuvo que dejarla estirada ante sí.

—Pensaba que le vería cuando viniera a visitar a mi tío —dijo la joven—. ¿No ha habido reunión de inversores?

—Su tío ha decidido convocar una cena para mañana por la tarde y anular la reunión de hoy. El domingo envió una nota en la que informaba de eso.

Arthur procuró no ceder a la urgencia de mirarla. Con la pelliza reluciente de color ámbar, estaba más deslumbrante que en las demás ocasiones en las que la había visto. Más que nunca, brillaba como la luz del sol de primavera y transmitía un resplandor impactante. Era una persona a cuyo alrededor el frío o la oscuridad eran inconcebibles. Un hombre como él, tan a menudo consumido por las

sombras, podía volverse dependiente, casi adicto, a la presencia de semejante dama. No era muy aconsejable seguir acercándose a ella de esa manera.

—¡Ah, sí! —reaccionó ella—. La cena de mañana. Casi se me había olvidado.

—¿Estará usted presente?

Dejó de sonreír.

—Supongo que debo acudir, sí.

—Parece que no le atrae mucho la idea.

—No es eso. Lo que pasa es que... —Dudó un momento—. Desde que llegué a Londres, a veces me resultan difíciles las reuniones sociales.

—La sociedad londinense debe de resultar muy distinta de la que estaba acostumbrada en Fox Cross.

—Me temo que en Fox Cross no había mucha actividad social disponible. Mi abuelo prefería una vida tranquila. Una o dos veces al año teníamos invitados y los domingos solíamos cenar con el vicario y su esposa. —Se interrumpió y alzó la vista para mirarlo—. Seguro que suena de lo más aburrido...

—Le aseguro que no, todo lo contrario. De hecho, se parece mucho a lo que es mi propia vida en Somersetshire. Tranquila y sin apenas interacción social.

—¿Y en qué emplea su tiempo?

Arthur reflexionó sobre los casi tres años que había pasado en el campo tras regresar de España. Se había aislado allí sin siquiera reclutar el número de criados necesarios para gestionar de modo adecuado la casa y la finca de Heywood House.

—A veces es como si el tiempo ni siquiera transcurriese. Y, si lo hace, no se nota. Estoy seguro de que su vida en Fox Cross era mucho más interesante.

—¿Va a regresar allí pronto?

—Dentro de una semana o dos. En cuanto el negocio con su tío se haya puesto en marcha del todo. —La miró durante unos instantes. En ese momento contemplaba pensativa la extensión abierta de hierba en la que corrían sus perros, de la misma manera que la última vez, cuando había estado sentado junto a ella en ese mismo banco—. ¿Le gustaría regresar algún día a Fox Cross?

No respondió de inmediato, sino que siguió con la mirada perdida en el parque, como si estuviera dilucidando un dilema personal.

—Deseo con todas mis fuerzas volver, capitán Heywood. Lo que ocurre es que no hay hogar al que regresar. Mi abuelo ya no está con nosotros y Satterthwaite Court se va a alquilar. No tengo más parientes que el tío Edgar, así que debo plegarme a las circunstancias y sacar lo mejor de ellas.

—A veces eso es mucho más fácil de decir que de hacer. Lo sé por experiencia.

—¿Qué otras opciones tengo? Uno no ha de rendirse.

Arthur no contestó a esa reflexión. El sentimiento que expresaba, lleno de decisión y esperanza en el futuro, solo le sirvió para sentirse más consciente de su propia ausencia de esperanza y optimismo.

—A su edad yo no era ni mucho menos tan pragmático como usted —acertó a decir por fin—. Y, de hecho, me temo que sigo sin serlo.

—Tengo veintitrés años, capitán Heywood. Así que quizá no soy mucho más joven que usted.

—Es usted nueve años más joven que yo, señorita.

—¿De verdad? —se asombró, alzando una ceja.

Observó su reacción de sorpresa sin entender muy bien las razones de su desconcierto.

—¿La he ofendido de alguna forma?

—No, por supuesto que no. Es solo que me he acordado de dos personas que conocí en el baile del sábado por la noche.

¿Estaba hablando del Coleccionista? De ser así, ¿quién era la otra persona a la que se estaba refiriendo? Algún caballero que le había llamado la atención, sin lugar a dudas.

—¿Se refiere al baile de los Worthing?

—Sí. ¿Conoce usted a lord y a lady Worthing?

—Sí, me los presentaron, aunque hace mucho tiempo. La verdad es que convocan actos sociales que suelen tener un gran éxito, si no estoy mal informado.

—Acudió muchísima gente, sin duda. Nunca había visto tantas personas juntas en un sitio, tanto en la pista como en el salón de baile y aledaños. Había momentos en los que no podía ni respirar.

El dolor y la pulsión en la pierna de Arthur eran más agudos que nunca. Fijó la vista en ella y sintió en las venas una frialdad que le resultaba muy familiar.

—Espero que se divirtiera bailando.

—Pues debo decirle que no. Me temo que no disfruto mucho de todo lo que se hace en Londres. He procurado con todas mis fuerzas adaptarme y estar a gusto, pero aquí la gente es muy distinta a lo que estoy acostumbrada. Después del baile, todo el mundo me miraba de forma extraña y me parecía que se burlaban de mí cuando me hablaban, incluso cuando se dirigían a mí con amabilidad. —Volvió a fijar la vista en el perro que tenía en el regazo—. Supongo que aún no soy lo bastante sofisticada para apreciar tales sutilezas ni para responder a ellas con cortesía. Estoy decidida a intentar hacerlo mejor.

Arthur se enfadó mucho por el rastro de tristeza que le vio en la mirada.

—Señorita Satterthwaite, esas sutilezas de las que habla no son otra cosa que crueldad disfrazada de diversión. No haga caso, no merece la pena. Y respecto a esas personas que conoció, si la han molestado de alguna manera...

—No, no me molestaron. Pero sí que me desconcertaron muchísimo. —Abrazó con fuerza a *Fox,* envolviéndolo por completo—. Capitán Heywood..., ¿no conocerá por casualidad al duque de Moreland?

La oleada de frío que le recorría el cuerpo pasó a ser heladora.

—Sí, lo conozco.

—Me lo presentaron en el baile —refirió con cara de turbación—. Bailó conmigo el vals.

—¿El vals? —La sola idea de que el Coleccionista hubiera bailado con ella una pieza tan íntima lo inquietó de forma profunda sin saber por qué. Sus sentimientos por la señorita Satterthwaite, si se podían denominar «sentimientos», estaban lejos de ser románticos. La joven le atraía, no podía negarlo, pero solo debido a cómo se sentía en su presencia. Era una atracción egoísta, nada más.

—Los Worthing decidieron que hubiera solo un vals en la velada y mi tío me indicó que debía reservarlo, pero lo cierto es que no supe para quién hasta el momento en el que me presentó al duque. Y ahora han acordado que me visitará esta tarde para llevarme a dar un paseo en carruaje. Me da la impresión de que quiere cortejarme, pero... —Se interrumpió, y no pudo evitar sonrojarse—. Le pido perdón. No tendría que dar por supuesto que usted...

—No tiene por qué disculparse. No ha hecho nada malo.

—Desde luego que sí. Cada vez que nos vemos doy por hecho que puedo confiarle todas mis preocupaciones. Es un comportamiento inexcusable. Lo único que puedo decir en mi defensa es que, desde que llegué a Londres, usted es la única persona con la que me siento a gusto. Supongo que suena estúpido, dado que apenas lo conozco.

Arthur apretó el mango del bastón con los dedos. No era un hombre elocuente, nunca lo había sido. Siempre había preferido la acción directa, a veces hasta brutal. Era una característica sobre todo física. No tenía facilidad de palabra.

—Señorita Satterthwaite, se lo ruego, no se inquiete. Lo que acaba de describir... —dudó un momento— no es muy diferente de lo que yo siento estando en su compañía.

Se volvió para mirarlo.

—¿Lo dice de verdad, señor? ¿No es para tranquilizarme?

Cuando Phyllida Satterthwaite le posó esa mirada dulce azul y ámbar en el rostro, algo dentro del pecho se le estremeció de forma casi dolorosa.

—Sí, claro que lo digo de verdad. Será un honor para mí escuchar todo lo que desee decirme. Lo que sea.

Phyllida soltó el aire.

—Gracias, capitán Heywood. Es usted muy amable.

—No, amable no. Yo diría que más bien egoísta.

Parecía que iba a rebatir su afirmación, pero no tuvo la oportunidad de hacerlo. En ese preciso momento, los perros se acercaron a ellos corriendo y saltando. Sara, la criadita, los seguía de cerca. La posibilidad de seguir conversando se había esfumado por completo. Lo que iba a decirle la señorita Satterthwaite sobre Moreland, fuera lo que fuese, tendría que esperar hasta otro día.

—¿Cómo se llaman? —preguntó cuando tuvieron a los perros al lado.

—Este es *Basil*. —Se acercó para rascarle las orejas, lobunas y peludas—. El colorado es *Jasper* y el del pelo moteado *Dash*. No suelen ser tan amigables con los extraños.

Arthur le acarició la cabeza a *Basil* de forma que los dedos enguantados tropezaron con los de la dama. Ella no los retiró.

—¡Señorita! —gritó Sara con voz aguda y perentoria según se acercaba—. No podemos perder más tiempo. La señora Vale dice que no ha de olvidar usted...

—Sí, Sara, gracias —contestó la joven, que se levantó del banco, siempre sujetando a *Fox*.

Pese al intenso dolor en la pierna, Arthur se levantó con cortesía, aunque no pudo evitar hacer una mueca.

—Capitán Heywood... —empezó, en un tono que le sonó extraño por la formalidad que imponía la presencia de la sirvienta.

—Dígame, señorita.

—Es la segunda vez que lo encuentro en este banco. Deduzco que tiene usted preferencia por él. Pero, de no ser así, me atrevo a recomendarle aquel de allí, el que está cerca del grupo de árboles. Cuando entro en el parque paso cerca y siempre pienso que es un lugar muy agradable.

El grupo de árboles que señalaba estaba cerca del extremo del parque, tan cerca de la entrada que tendría que andar menos de la mitad de la distancia que hasta el que estaban ahora.

Arthur la miró de frente, esperando hallar en ella alguna señal de pena, pero no

fue así.

—Desde luego, no es un lugar tan alejado como este —concedió él con precaución.

La criada entrecerró los ojos. No podía expresar más sospecha y desaprobación en los rasgos, pequeños y afilados.

—En efecto, no lo es —La señorita Satterthwaite expresó su acuerdo—. Pero si su intención es venir a menudo al parque... Quiero decir, si suele venir por las mañanas...

—Por las mañanas —repitió Arthur sin saber si había entendido del todo lo que la joven quería transmitirle.

—A esas horas el parque está mucho menos concurrido. —La señorita Satterthwaite le echó una mirada rápida a la criada antes de despedirse con una inclinación de cabeza mínima—. Buenos días, capitán Heywood.

—Buenos días, señorita Satterthwaite —se despidió Arthur tocándose el borde del sombrero.

No pudo dejar de mirarla mientras se alejaba, acompañada de la doncella y los perros. La pelliza color ámbar captaba la luz de la mañana a cada paso que daba.

«La obra de arte».

El duque de Moreland había bailado el vals con ella el sábado e iban a dar un paseo por el parque en carruaje esa mismísima tarde. Darly había apostado a que estarían comprometidos antes de quince días y, al ritmo al que progresaba Moreland, la fecha no iba nada desencaminada.

¿Era Phyllida Satterthwaite la clase de mujer joven que aspiraba a ser duquesa? Arthur no pensaba que fuera presa de ambiciones tan mercenarias. No obstante, no conocía a ninguna mujer que osara plantearse renunciar a un enlace matrimonial tan ilustre. De hecho, dudaba de que tal mujer existiera.

Capítulo 6

Esa tarde desterraron a los perros de Philly al jardín trasero de la casa, donde había un cobertizo en el que los recluían cuando no podían estar con su dueña. Philly odiaba estar separada de ellos, pero se sentía afortunada por haber podido hacer buenas migas con uno de los lacayos, un joven llamado William, que siempre le aseguraba que se ocuparía de ellos y los cuidaría.

—Tendrías que alegrarte de que se les permita a estos chuchos estar en la casa —le había dicho la señora Vale su primer día en Londres. Era un hecho que Philly tenía muy en cuenta, por lo que procuraba no quejarse demasiado de las separaciones temporales, pues siempre pendía la amenaza de una separación permanente.

Mientras los perros languidecían en el pequeño jardín, la señora Vale estaba sentada en una silla del dormitorio de Philly, situado en el ático, supervisando los preparativos para su paseo con el duque. Philly se había sentido al inicio algo avergonzada por la falta de intimidad, pero la señora Vale la había visto así tantas veces desde su llegada a Londres que ya se había resignado.

—Cuidado con el pelo, señorita —susurró Clarice, la doncella personal de su prima Elizabeth, mientras la ayudaba a ponerse el vestido de muselina azul pálido.

Philly apartó sus tirabuzones espesos para que la doncella pudiera abrochar los botones.

—No tendrías que haberte puesto esta mañana la pelliza ámbar —protestó la señora Vale—. Es la prenda de color más llamativo que tienes y te habría venido muy bien para el paseo por el parque.

—He pensado que usted preferiría la azul oscuro —repuso Philly—. De haber sabido que consideraba mejor la ámbar, no la habría llevado esta mañana.

—Ya... Las prendas azules van muy bien con tu ojo azul y las ámbar con el marrón. Madame Aubert dice que los dos colores son adecuados para tu tono de piel, pero yo no sabría decir cuál me gusta más. Nunca había estado en la tesitura de tener que escoger un guardarropa para una joven con ojos de diferente color, la verdad. —La señora Vale resopló por la nariz—. No voy a quejarme, por supuesto, ya que es el rasgo que más le gusta de ti a su excelencia. De todas formas...

—Ah, ¿sí? —Philly la miró con fijeza—. ¿Y cómo sabe usted eso? ¿Es que lo ha dicho?

—Al duque le gusta todo lo que se sale de lo normal. Un momento, Clarice. Levanta la pelliza azul celeste. Sí, muy bien... Y ahora, el sombrero de la pluma azul. ¿Qué te parece esta combinación? Creo que resulta de lo más atractivo.

Philly frunció el ceño.

—Si a usted le gusta.

—¿O tal vez el vestido de paseo azul profundo? Clarice, vuelve a traerlo. ¡No, chica estúpida! ¡El azul más oscuro! ¡Ese de ahí! Irá muy bien. ¿Con el sombrero de plumas azules? ¿O le vendría mejor ese otro sombrero no tan claro?

—¿Qué ha querido decir con «todo lo que se sale de lo normal»? —insistió Philly.

—¿Qué dices, niña? —La señora Vale alzó la cabeza y la miró con los ojos entrecerrados—. ¿Qué se sale de lo normal...?

—Usted ha dicho que al duque le gusta...

—Olvídate de eso —ordenó la señora Vale, haciendo un gesto desdeñoso con la mano—. Céntrate en tu tarea. No falta mucho para que llegue su excelencia.

—Pero apenas sé nada de él —insistió Philly—. ¿No me sería útil saber alguna cosa...?

—¿Y qué es lo que hay que saber? Ha venido a la temporada para buscar una nueva esposa, como el resto de caballeros en sus mismas condiciones.

—¿Una nueva esposa? ¿Eso significa que el duque ya ha estado casado?

—¡Vaya pregunta que haces! Es un hombre maduro, en su plenitud, no un jovenzuelo sin experiencia. ¡Mira, Clarice! Creo que esta servirá, a juego con aquel sombrero... ¡No, espera! Con este otro. ¡Por favor!, ¿es que tengo que encargarme yo de todo?

No hubo tiempo para más conversaciones. El duque de Moreland llegó a recoger a Philly a las cinco y media en punto, y, tras pedir permiso al tío Edgar y saludar con educación a la señora Vale, le ofreció el brazo a Philly y salieron juntos por la puerta principal de la mansión.

Su excelencia había acudido en el landó más lujoso que ella hubiera visto nunca, pintado de un negro brillante y con unas ruedas rojas que parecían llamear. Tiraban de él dos caballos, también negros, por supuesto, e idénticos, incluso en las canillas blancas como la nieve de las patas traseras.

El cochero, de librea impecable, permaneció en su sitio, impávido, con los ojos clavados al frente, en una postura rígida y muy forzada. Un criado con un atuendo igual salió del vehículo. Para alegría de Philly, sujetaba mediante sendas correas dos perros negros muy elegantes. Eran de morro chato y pelo suelto, patas largas y finas, y lomo grácil y curvado que finalizaba en una cola estrecha.

—Su tío me informó de que le gustan mucho los perros —dijo Moreland—. Puede que estos dos sean de su agrado.

—Son muy bonitos. —Estaba encantada. Los dos perros eran casi tan altos como *Basil,* pero mucho más refinados—. Nunca había visto un perro como estos.

El duque sonrió complaciente.

—Es que son los únicos ejemplares de su raza que hay en toda Inglaterra.

Philly extendió la mano enguantada hacia el perro que tenía más cerca con la intención de acariciarlo. El animal levantó el labio y emitió un gruñido amenazador. La joven retiró la mano de inmediato, pero el perro se lanzó hacia ella enseñando las mandíbulas, pese a que el criado tiraba con fuerza de la correa.

Antes de que Philly pudiera adivinar sus intenciones, Moreland dio un paso adelante y, en rápida sucesión, dio dos bofetadas al perro en el morro. El animal gimió de dolor y se cubrió como pudo al ver que Moreland levantaba la mano para golpearlo una tercera vez.

—¡Pare! —gritó Philly—. ¡Pare, por favor!

Moreland tardó unos momentos en recomponerse. Se recolocó el chaleco y estiró las mangas de la americana. Cuando se volvió hacia ella, aquello ojos negros desprendía tal frialdad y resultaban tan inescrutables como en el baile de los Worthing.

—Vamos, por favor... —masculló entre dientes—. No hace falta que se ponga en ridículo por esta nimiedad. —Extendió la mano para ayudarla a subir al landó.

Philly ni siquiera soportaba la idea de tocarlo. Estaba paralizada y atónita por su brutalidad.

Moreland no se tomó a bien su vacilación. Al ver que no le daba la mano de buen grado, se la tomó a la fuerza.

—Señorita Satterthwaite, no ponga usted a prueba mi paciencia. Empiezo a pensar que es usted tan estúpida como mis perros. Entre en el carruaje y

obsérvelos. Mi correctivo les ha venido bien.

Miró a los perros al tiempo que entraba en el landó. Estaban sentados en la misma postura elegante que adoptaron cuando ella salió de la casa. Pero eso, en lugar de tranquilizarla, la preocupó todavía más. «Los golpea a menudo», pensó, y la sensación de pavor se hizo aún más profunda. Los pobres animales se habían acostumbrado al maltrato. Era lógico que, al intentar acariciarlo, el perro le gruñera y le enseñara los dientes.

Moreland entró en el landó. Se sentó frente a ella y la estudió con intensidad, como había hecho cuando bailaron el vals. Los perros se acomodaron en el asiento junto a él y el criado trepó con habilidad para colocarse junto al cochero.

Cuando el landó inició la marcha, Philly pensó que un carruaje de esas características era ideal para los propósitos del duque, ya que así podía pasarse todo el paseo observándola.

Por su parte, ella era incapaz de mirarlo, así que fijó la vista en un punto un poco más allá del hombro derecho de Moreland. El corazón le latía con fuerza, tanta que notaba cómo le golpeaba la caja torácica. Le temblaban las manos, pese a que las tenía recogidas en el regazo. Quería volver a casa, pero lo único que podía hacer era quedarse sentada, muy quieta, y mirar a la distancia. De repente, cayó en la cuenta de que lo que había sentido en presencia de Moreland durante el baile de los Worthing había sido su crueldad.

No era tan ingenua como para pensar que ese comportamiento con los animales no fuera habitual. Había vivido siempre en el campo y por eso había visto que los humanos perpetraban muchos actos de crueldad contra los animales. De hecho, todos y cada uno de sus perros procedían de entornos de maltrato severo. No obstante, la forma en la que el duque había golpeado a ese can magnífico y precioso la había afectado en lo más hondo. Transformó el rostro en una máscara dura e impenetrable y vació los ojos de cualquier tipo de emoción.

Estaba segura de que no había golpeado al perro en un acceso de furor. De hecho, la acción había sido perpetrada con una sangre fría total y absoluta. Y supo más allá de toda duda que el duque de Moreland sería capaz de golpear a su esposa con la misma facilidad con la que golpeaba a sus perros.

Si Moreland estaba siendo capaz de adivinar el curso de los pensamientos de Philly, no lo demostró. Se limitó a permanecer sentado mirándola mientras el landó entraba al parque y se unía a la procesión de carruajes de la alta sociedad que iban a dar el paseo vespertino habitual.

La mañana, plomiza y gris, había dado paso a una tarde luminosa y soleada, y el

parque se había llenado de todo tipo de carrozas y jinetes. Philly vio damas con vestidos hermosísimos y con todos los tipos de sombreros que se pudieran imaginar, así como caballeros con chalecos a rayas muy llamativos que conducían carruajes de dos caballos. En una calesa paseaba lo que parecía ser una familia entera, pero también había calesines con parejas o con señores sin compañía femenina que intentaban flirtear con las damas que pasaban junto a ellos.

—Buenas tardes, excelencia —saludó un caballero joven vestido a la última moda que conducía un faetón de colores llamativos y al que acompañaba una dama sentada a su lado.

—Excelencia. —Otro caballero, mayor en este caso, saludó con una inclinación de cabeza.

Todas las personas que se cruzaban le presentaban sus respetos de una manera u otra al duque, que siempre reaccionaba con una inclinación de cabeza gélida, nada más. Algunos de los que le habían sido presentados a Philly en el baile del sábado también la saludaban. Incluso vio al señor Forsythe, que estaba de pie cerca de unos árboles en un extremo del parque. Miró con interés el carruaje del duque al verlo pasar, parecía bastante más serio que cuando bailó con Philly.

Habría esperado alguna forma de reconocimiento por su parte, pero el señor Forsythe ni siquiera dio muestras de haberla visto. No dejó de mirar a Moreland en ningún momento, y con bastante intensidad.

No le importó. Philly no tenía ganas de mantener conversaciones educadas y vacías. De hecho, cuando alguien se dirigía a ella para saludarla, su respuesta era de una cortesía tan fría como la del duque.

Nunca había participado en esa clase de intercambios sociales. De no haber estado tan conmocionada, se habría sentido cohibida. Desde el momento en el que el landó se mezcló con la multitud, todos los ojos convergieron en ellos. Nadie hizo el más mínimo esfuerzo para ser discreto con las miradas y los comentarios entre dientes.

—Toda esta atención la genera usted, señorita Satterthwaite —observó Moreland tras haber recorrido cierta distancia en completo silencio.

Era la primera vez que se dirigía a ella después de haberla ayudado a subir al carruaje. Philly se vio forzada a mirarlo. Los dos perros seguían impávidos en el asiento de al lado, respirando el aire fresco por las fosas nasales, al parecer disfrutando del paseo y sin mostrar el menor síntoma de estar afectados por el incidente anterior.

—Nadie ha visto antes a una mujer como usted, ni siquiera parecida —dijo con

satisfacción presuntuosa —. Y, con toda probabilidad, no lo harán jamás.

Philly se preguntó cuánto podría durar la tortura del paseo.

—Usted no busca la atención, ¿no es así, señorita Satterthwaite? Se limita a estar ahí sentada, tan callada y quieta como una estatua. Como si fuera usted una escultura esculpida en piedra. —Frunció la boca—. ¿Tiene alguna idea de cómo la llaman?

—No, excelencia.

—Por supuesto que no. Incluso sospecho que no le importa lo más mínimo.

Mantuvo las manos en el regazo. No tenía ningunas ganas de mantener una conversación con él.

—La «obra de arte» —proclamó Moreland—. Como si fuera usted un Botticelli o un Tiziano. Supongo que se le ocurriría a algún joven estúpido estando bebido, pero debo decir que es una denominación muy adecuada para usted, señorita. Cuando se case, quizá su marido encargue un retrato de usted.

Philly reprimió como pudo un estremecimiento. ¿«La obra de arte»? Supuso que se trataba de un cumplido, aunque le pareció bastante extraño. No se consideraba una belleza. Y, desde luego, nada que pudiera compararse con un cuadro famoso. ¿Se trataría en realidad de otra crueldad social? ¿Una falta de amabilidad disfrazada de comentario ocurrente?

El duque la observaba con la atención habitual. No obstante, al ver que fingía indiferencia, no hizo más comentarios y poco después pareció perder todo el interés en el asunto.

El resto del paseo transcurrió en silencio. Philly siguió mirando a ninguna parte y Moreland siguió mirándola a ella, pero sin hacer ningún comentario más. Se sintió muy aliviada cuando el carruaje enfiló la salida del parque urbano.

Al llegar a la mansión de su tío, el criado dejó su puesto junto al cochero y bajó para ayudar al duque. Una vez que Moreland hubo bajado, él mismo procedió a ayudarla a descender.

El tío Edgar y la señora Vale los estaban esperando en el vestíbulo principal cuando Philly, del brazo del duque, entró por la puerta. Moreland intercambió unas pocas palabras con los anfitriones y, tras hacer una breve inclinación dirigida a la joven, se despidió y se marchó.

La señora Vale planteó una catarata de preguntas una vez el duque estuvo de nuevo en el carruaje, pero el tío Edgard se limitó a mirarla un momento con su esa habitual cara de evaluación y desapareció camino de la biblioteca.

—Tengo un dolor de cabeza tremendo —se excusó Philly cuando ya no podía

aguantar más—. Le ruego que me disculpe, señora Vale.

Una vez se hubo librado de la presencia atosigante de la dama, Philly se dirigió al jardín trasero para reunirse con sus perros. William, el joven criado, la vio y se acercó para ayudarla.

—He ido a verlos tres veces mientras ha estado usted fuera, señorita. —William abrió el cobertizo y les colocó las correas a los perros grandes—. No ha habido ningún problema con ellos, no se preocupe.

—Gracias, William. —Philly notó que le temblaba la voz. Agarró en brazos a *Fox* y, con la otra mano, sujetó las correas de los otros cuando se las pasó el criado —. Te agradezco mucho tu ayuda.

—Lo hago encantado, señorita.

Volvió a darle las gracias por su amabilidad y se dirigió a la parte de atrás de la casa. Tan pronto como estuvo relativamente a salvo en su cuarto del ático, se libró del vestido de paseo y se tumbó en la cama en bata. *Fox* acudió a acurrucarse entre los brazos mientras que *Basil* se le acomodaba a los pies. *Jasper* y *Dash* no cabían de ninguna manera en aquella cama tan estrecha, por lo que se tumbaron en el suelo, a ambos lados, como si estuvieran montando guardia.

Rodeada de sus amigos perrunos, Philly cedió al llanto, algo inhabitual en ella. Trató de ahogar los sollozos en la almohada, pero, una vez comenzado, el mar de lágrimas parecía no tener fin. Lloraba por la pérdida de su abuelo y también por haber tenido que renunciar a su muy querido hogar de Fox Cross. Se lamentaba de lo sola e infeliz que se sentía en Londres, rodeada de esos extraños que se habían erigido de modo unilateral en su familia y de los que dependían, a todos los efectos, su presente y su futuro. Y lloraba también por su futuro, pues ya sabía hasta qué punto iba a ser sombrío y desolador.

Capítulo 7

Tras la conversación con Phyllida Satterthwaite la mañana del lunes en el parque, Arthur regresó a la mansión de su padre en Mayfair. No le apetecía nada volver al club; no le apetecía tampoco oír más cotilleos ni que le recordaran a personas del pasado. Tampoco deseaba recibir visitas, pese a que algunas personas habían parado en la puerta y dejado su tarjeta de visita al mayordomo.

Lo que hizo fue pasar el tiempo solo, acomodado en la biblioteca para intentar escribir una carta a su padre o, en otros momentos, leer un libro. Pero no era capaz de centrarse en ninguna de las dos actividades. Sus pensamientos fluían libres y tan pronto se sorprendía meditando acerca de lo adorable que era la señorita Satterthwaite como pasaba a la preocupación por las intenciones del duque de Moreland.

La historia melodramática de Reggie Forsythe sobre la muerte prematura de la última esposa de Moreland lo había preocupado bastante, pero la verdad era que no terminaba de creérsela del todo. Forsythe siempre había tendido a adoptar una actitud desdeñosa respecto a aquellos que lo superaban en rango social, y Arthur tendía a creer que despreciaba al duque de Moreland desde mucho antes de casarse con Molly Cartwright. La verdad era que hubiese estado dispuesto a apostar.

Si la señorita Cartwright había rechazado a Forsythe para casarse con el duque, mucho más rico y prestigioso que él, seguro que eso habría añadido combustible al fuego del resentimiento de Reggie. No le cabía duda de que la anotación del libro de apuestas del club que hacía referencia a la muerte de la duquesa de Moreland se había basado en un sentimiento de amargura muy parecido.

Por otra parte, no era tampoco el primer rumor de ese tipo que afectaba a Moreland. Recordaba que años atrás, cuando él todavía era un niño, había oído que el duque quería hacerse con un cuadro muy raro y especial. Se trataba de una pieza que no tenía precio, cuyo autor era un maestro flamenco y que había estado en poder de un miembro bastante temperamental de la aristocracia campesina de Hampshire que deseaba que el cuadro siguiera perteneciendo a su familia. El duque había intentado por todos los medios comprar el cuadro, pero en vano.

Dos semanas después de rechazar la cuantiosa oferta, el noble rural caprichoso le regaló el cuadro al prometido de su única hija, un *baronet* empobrecido que aceptó esa obra de arte a modo de dote, renunciando a cualquier cantidad de dinero.

Cuando el *baronet* trasladaba el regalo a su pequeña hacienda del condado vecino se encontró un salteador de caminos en la carretera. El incidente fue bastante extraño. El *baronet* no sufrió ningún daño y el ladrón no se llevó dinero ni joyas, ni del propio noble ni de los que lo acompañaban en el viaje. No obstante, durante el altercado, el cuadro quedó destruido por completo.

Había más historias parecidas: una pieza rara de porcelana china destrozada contra el suelo, un caballo de carreras famoso muerto en su establo durante un incendio y un broche con un zafiro, del que se decía que había sido encargado a un joyero por Pedro el Grande, que se había desvanecido como el humo en el aire sin más.

El duque no se había visto implicado en ninguno de estos casos, pero los rumores bastaron para que fuera acreedor de una siniestra reputación: si el Coleccionista quería algo, decía la gente, lo tendría, costara lo que costase. Y, si no era suyo, no sería de nadie.

Arthur se había pasado toda la tarde del sábado pensando en esos rumores, unas murmuraciones que le parecieron ridículas. Cuando se dio cuenta de que estaba casi decidido a ir al parque por la tarde para asegurarse de que la señorita Satterthwaite no corría ningún peligro en su paseo con el duque, se dio cuenta de que sus preocupaciones al respecto habían sobrepasado los límites de un mero interés informal para convertirse en un ataque de pura estupidez.

Porque, además, ¿qué era ella para él? Nada de nada. En realidad, apenas la conocía, ni tampoco la señorita lo conocía a él. Era sensible y gentil, eso seguro, y se sentía a gusto y cómodo en su presencia. También era amable y resultaba agradable su compañía. No obstante, pese a esa forma de ser cercana, no constituía ningún faro que iluminara el camino que debía seguir. Y, aunque fuera

tranquila y firme en sus convicciones, no podía considerarla un báculo al que agarrarse. No podía permitirse la equivocación de confundirla con ninguna de esas dos cosas.

Una semana más tarde, él regresaría a casa; poco tiempo después, ella se casaría con el duque. No tenía sentido pensar en ninguna situación alternativa a esa. El hacerlo solo iba a servir para que se sintiera más desesperado y patético. Y Arthur Heywood no estaba dispuesto a volver a sacrificar su dignidad.

Ni siquiera a cambio de algunos momentos de paz en presencia de Phyllida Satterthwaite.

* * *

El martes por la mañana, Philly desayunó en su habitación. No tenía ningunas ganas de volver a ser objeto de un interrogatorio de la señora Vale y estaba deseando cambiarse para salir a pasear por el parque. Ansiaba volver a encontrarse con el capitán Heywood y esperaba que hubiera seguido su consejo de andar solo lo necesario para sentarse en el banco cercano a la entrada del parque. Se había dado cuenta de que la pierna le estaba doliendo más y no deseaba que se incrementara su sufrimiento por culpa de ella.

Se puso un vestido de paseo de muselina blanca y una casaca *spencer* azul con adornos militares y bajó casi corriendo las escaleras, sujetando con una mano a *Fox* y con la otra el sombrero, y con los tres perros grandes pisándole los talones..., pero se encontró a sus primas, que la esperaban en el vestíbulo de entrada. Eso bastó para que tuviera que detenerse de modo abrupto y con el alma en los pies de puro disgusto.

—Menos mal que ya estás preparada, Phyllida —apuntó Elizabeth con tono arisco—. Llevamos por lo menos diez minutos esperándote.

—¿Vais a venir conmigo? —preguntó Philly incrédula

Abigail, que llevaba una falda adornada de flores de junquillo y un parasol de seda, dibujó una gran sonrisa.

—La tía Vale nos ha dicho que, de ahora en adelante, tenemos que acompañarte.

Elizabeth se estiró el sombrero para que los adornos se vieran bien.

—¿Dónde están tus guantes, Phyllida? ¿Y tu sombrero? ¿Es que no te lo vas a poner?

Philly, sin decir una palabra, se colocó los guantes y el sombrero.

Salieron de la casa con los perros rodeando a Philly y Sara detrás. Philly miró

solo una vez a la criada, que desvió los ojos y se puso muy colorada. Esa forma de reaccionar le explicó todo lo que tenía que saber. Sara tenía que haberle informado a la señora Vale de sus conversaciones con el capitán Heywood. Estaba claro que a la criada no le parecía bien que hablaran, con independencia de que fueran conversaciones cortas y con la presencia cercana de una carabina.

Muy decepcionada ante la imposibilidad de hablar a solas ese día con el capitán Heywood, la joven centró toda su atención en los perros mientras avanzaban en dirección al parque. Pese a todo, confiaba en verlo en el banco, esperando para saludarla.

Pero no estaba allí.

Intentó no mostrar su decepción para evitar que Sara se diera cuenta y adivinara el porqué.

Tal vez había olvidado la sugerencia que le había hecho y estuviera esperándola en el mismo banco de los dos días anteriores. Con esperanzas renovadas, siguió andando junto a sus primas.

—¿Vamos por aquí?

—Siempre vas por el mismo camino, Phyllida —se quejó Elizabeth—. Tienes unas costumbres muy monótonas. Vamos en dirección al lago. Veo dos caballeros allí.

—No puedo dejar a los perros correr junto al lago —explicó Philly—. Hay demasiada gente. Lo mejor es seguir este sendero. Al final hay una explanada de hierba que es perfecta para ellos.

—A mí sí que me gusta el sendero que sueles seguir, Phyllida —asintió Abigail —. Es muy tranquilo. A estas horas casi nunca hay nadie.

—Pues a mí me gustaría encontrarme con otras personas —protestó Elizabeth —. Me han dicho que el señor Goodrich suele pasear por el parque por las mañanas.

El señor Goodrich era otro de los socios de su tío. Un caballero joven y rico, o al menos eso era lo que pensaba Philly.

—La tía Vale me ha dicho que me voy a sentar con él esta noche en la cena — anunció Abigail, haciendo girar el parasol—. Dice que voy a tener a lord Darly a un lado y al señor Goodrich al otro.

Elizabeth la miró con los ojos entrecerrados.

—¡Menuda lianta! A mí me ha dicho justo lo mismo. Es imposible que las dos estemos sentadas entre ellos.

Philly miró hacia delante, segura de que vería al capitán Heywood. Pero el

banco se hallaba vacío. Se le cayó el alma a los pies. No había ido a verla.

Se sintió estúpida por haber albergado la seguridad de que estaría. Era un caballero con muchas responsabilidades. Para él sería una pérdida de tiempo acudir al parque todos los días. Además, en caso de que hubiera ido, tampoco habría tenido la posibilidad de sentarse a hablar con él. Sus primas iban con ella. No hubiesen podido hablar en privado, no como amigos.

—Creo que tú vas a estar entre lord Edgeworth y el capitán Heywood, Phyllida —dijo Elizabeth con una risita—. Seguro que eso te gustará, pues está claro que consideras al capitán muy amigable...

—Sí, así es —dijo Philly—. Parece un caballero muy amable y educado.

—¡Tonterías! Aún no te has cruzado con él en un baile o en una fiesta. Ya te darás cuenta esta noche de lo desagradable que es. Verás como ni te dirige la palabra en toda la cena.

—Lord Edgeworth tampoco lo hará —informó Abigail—. Considera que hablar con las damas jóvenes no está a su altura, que eso es rebajarse. De hecho, casi ni habla con su propia esposa.

—Entonces supongo que pasaré la cena en completo silencio —comentó Philly sonriendo un poco—. O puede que me dedique a escuchar las conversaciones animadas e ingeniosas que mantengáis vosotras con vuestros vecinos de mesa.

Elizabeth la miró con los ojos entrecerrados.

—Ríete todo lo que quieras, Phyllida, pero es un hecho que lord Darly y yo tenemos muchas cosas en común. Le encantan los musicales de Drury Lane y jura que lo que más le gusta en el mundo es una buena partida de julepe.

—Le he preguntado a padre si iba a venir el duque —intervino Abigail—, pero me ha dicho que la cena es solo para inversores

—¿El duque ha ido a cenar alguna vez a vuestra casa antes? —preguntó Philly.

—No. Pero ahora sí que podría venir, ya que te está cortejando.

«Cortejándome», pensó Philly, sombría. Siguió andando en silencio durante unos momentos.

—La señora Vale me ha dicho que ya ha estado casado —dijo por fin—. ¿Tuvisteis la oportunidad de conocer a su esposa?

Abigail intercambió una mirada fugaz con su hermana.

—¿Tía Vale te ha dicho eso? —preguntó Elizabeth mirándola con escepticismo.

—¡Claro que sí! —confirmó Philly con tono despreocupado—. Y también me ha contado bastantes cosas el propio duque, así que quedan pocos secretos por saber.

Elizabeth frunció el ceño y desvió la mirada.

—Sí, claro.

Philly miró a los ojos a su prima.

—La gente me llama «la obra de arte», ¿sabes? Un poco raro, ¿no te parece?

—Me parece muy halagador, Phyllida —intervino Abigail de inmediato—. Supongo que lo que quieren decir es que eres como un cuadro muy bonito o una escultura.

—Bobadas. —A Elizabeth le resultó imposible continuar en silencio—. La llaman así porque al duque le llaman el Coleccionista, y todo el mundo está dando por hecho que quiere tenerla. Creen que es un comentario brillante, pero a mí me parece del todo estúpido.

—¿El Coleccionista? —Philly sintió un estremecimiento frío y mortal por todo el cuerpo. Recordó lo que le había dicho la señora Vale el día anterior—. ¿Porque le gustan las cosas que se salen de lo normal?

—¿Que se salen de lo normal? —gruñó Elizabeth—. ¿Así defines las cosas que colecciona? Mira, lady Eustace me ha contado que la colección de arte del duque rivaliza con la que tiene el príncipe regente en Carlton House. Todo el mundo sabe que, si aparece algo muy raro o valioso, quiere tenerlo a toda costa. De no ser así, ¿por qué se iba a haber fijado en ti?

Philly abrazó con fuerza a *Fox* mientras recordaba cómo el duque no había parado de mirarla con atención desde el momento en el que fueron presentados.

—Por mis ojos...

—No te lo tomes como una ofensa, Phyllida. Si fueras poco agraciada, no tendría ninguna importancia de qué color tuvieras los ojos. Pero como eres tan hermosa...

—Es obvio, Abigail —continuó Elizabeth—. Pero, si sus ojos no fueran tan poco habituales, no importaría lo bella que fuera; no llamaría la atención del duque.

Philly no fijó la vista en ninguna de sus dos primas.

—Yo no soy hermosa.

—Es cierto, no lo eres —afirmó Elizabeth—. Al menos respecto a lo que se considera una belleza habitual. Y eso es justo lo que coincide con los gustos de su excelencia.

Abigail asintió.

—Él sólo quiere poseer cosas que sean únicas.

A Philly casi no le salía la voz del cuerpo.

—¿Su anterior esposa era única?

—No como tú —dijo Abigail—. Pero la consideraban una mujer de gran belleza. Delicada como un pajarillo, con el pelo negro azabache y una piel blanca y cremosa.

—Era una niñata. —Elizabeth volvió a interrumpir a su hermana—. Acababa de salir del colegio. No sé cómo se las arregló para cazar al duque y llevarlo al altar; pero, por lo que pude ver, Molly Cartwright no era más que una...

—¡No se ha de hablar mal de los difuntos! Además, yo creo que era muy amable. Siempre estaba alegre y riéndose, y decía cosas muy ocurrentes.

—Si se ahogó en una fuente, no podía ser tan lista —espetó Elizabeth.

A Philly se le aceleró el pulso.

—¿Se ahogó en una fuente?

Elizabeth la miró algo desconcertada.

—No debí enterarme bien —Philly reaccionó enseguida—. Pensaba que se había ahogado en un... estanque.

—¡Desde luego que no fue en un estanque! Ocurrió en la gran fuente de Moreland Park. Resbaló, se cayó dentro y las ropas empapadas y pesadas la arrastraron bajo el agua. —Abigail bajó la cabeza—. Descanse en paz.

Elizabeth le dio un pellizco en el brazo a su hermana.

—¡Pero si apenas la conocías! No finjas que sí, no tienes ninguna necesidad.

—¡Eres despreciable! —espetó Abigail frotándose el antebrazo—. Sabías que me iba a poner el vestido de manga corta. ¡Me va a salir un cardenal! —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. ¡Te odio, Lizzie!

La discusión fue *in crescendo* y Philly siguió adelante por el sendero, aprovechando para analizar todo lo que había oído. Si el duque tenía la afición de coleccionar cosas únicas y raras, eso explicaba en gran parte por qué había mostrado tanto interés en ella casi sin conocerla.

Pero ella no era ni un cuadro ni una escultura. Era un ser humano.

¿Acaso el duque coleccionaba personas y no solo obras de arte? De ser así, ¿a quién más había coleccionado previamente? ¿Y qué pasaba con la muerte de su esposa anterior? Un accidente trágico, con toda probabilidad. ¿Había estado casado alguna vez más antes de eso? Con la edad que tenía, podía ser. ¿Y qué le había pasado a esa otra esposa? ¿Habría muerto también?

Philly pensó en los preciosos perros del duque. Le había dicho que eran los dos únicos ejemplares de su especie que había en toda Inglaterra. Pero el hecho de que fueran muy raros y, con toda seguridad, muy valiosos no impedía que los tratara

con crueldad.

Todo resultaba de lo más inquietante y solo de pensarlo se echaba a temblar; se dijo que debía ser razonable. Nada que tuviera que ver con el duque importaba en esos momentos. Tenía muy claro que no le gustaba al duque. De hecho, casi ni la había mirado al despedirse el día anterior por la tarde.

Cualquier atracción inicial que hubiera sentido por ella seguro que había llegado a su fin.

Capítulo 8

Arthur llegó a la mansión de Edgar Townsend a las siete y media. Vestía de negro con chaleco blanco y corbata. Su indumentaria ya no le sentaba tan bien como en otras épocas. Solo en el campo, y a menudo sumido en una profunda melancolía, había muchos periodos en los que incluso ni comía como debía. Su apariencia no era ni mucho menos tan enfermiza como a su regreso a Inglaterra, hacía ya dos años y medio, pero tampoco había recuperado el porte atlético que lo caracterizaba antes de ir a luchar a la península ibérica.

—¡Nuestro elegante capitán Heywood! —había comentado una dama en uno de los de los bailes de Londres a los que acudió poco antes de partir con su regimiento. Parecía haber transcurrido toda una vida de eso.

Mientras subía los escalones de piedra que conducían a la puerta principal de la mansión vio llegar a lord Darly. El joven se bajó del carruaje y se apresuró a unirse a él.

—¿Cómo estás, Heywood? Nos espera una tarde bastante penosa con las hermanas Townsend. La pequeña es agradable, lo reconozco; pero si Townsend tiene esperanzas de endilgarnos a alguno de nosotros a la mayor...

Darly dejó de hablar en el momento en que el anciano mayordomo de Townsend abrió la puerta para recibirlos. Los saludó a los dos con tono sombrío y los informó de que el resto de los asistentes ya estaban en la sala de estar. Después los acompañó hasta el primer piso.

Los escalones, bastante empinados, suponían un reto para Arthur, pero no eran algo imposible. Tras un día y medio de descanso, el dolor en la pierna había bajado de intensidad hasta niveles normales, de modo que, aunque con paso lento e inestable, se las arregló para subir al primer piso sin mayores dificultades.

Darly aprovechó el avance lento de Arthur y le habló como si el mayordomo no estuviera a solo unos pasos de ellos.

—El último plan de Townsend es bastante arriesgado, lo sé, pero a mí me gusta apostar. El conde piensa lo mismo, si no recuerdo mal, así que no termino de entender tus dudas. ¿Tienes la intención de unirte a nosotros e invertir con él? ¿O has decidido no hacerlo?

La falta de entusiasmo de Arthur tenía más que ver con el hecho de que Edgar Townsend le desagradaba que con cualquier otra cosa. Pero eso era algo que, fuera como fuese, no pensaba compartir con Darly.

—Creo que Goodrich tampoco lo tiene del todo claro.

—Goodrich nunca tiene claro nada. Al final, hará lo que hagamos los demás, acuérdate de lo que te digo. —Darly bajó la voz—. Apuesto a que Townsend nos presionará para que digamos nuestra última palabra cuando nos quedemos solos para el oporto. De no ser así, ¿por qué se iba a haber molestado en organizar una cena, con las molestias y el gasto que eso implica? Si decides no implicarte, seguro que esperará que los demás invirtamos mucho más para cubrir lo que tu padre no aporte. Y eso sería un gran inconveniente, Heywood. A algunos de nosotros ya nos presionó mucho de entrada para aumentar los fondos. Creo que, si tú te retiras, todo el plan se vendría abajo. Espero que lo tengas en cuenta.

Cuando llegaron al descansillo del primer piso, el mayordomo cruzó con ellos el vestíbulo en dirección a la sala de estar. Apenas habían avanzado unos pasos cuando se oyó un sonido suave que procedía de la escalera que llevaba a la segunda planta. Darly miró en esa dirección y una sonrisa le iluminó la cara. Arthur oteó también y vio que la señorita Satterthwaite bajaba las escaleras apoyándose en el pasamanos. Sintió la presión en el pecho ya familiar y se detuvo.

Llevaba un vestido de seda color ámbar con un bordado delicado de hilo de plata y cristales que relucían al recibir la luz de los candelabros. Las mangas llegaban a la altura de los hombros y permitían apreciar la redondez esbelta de los brazos, y el escote era tan amplio como para permitir que se apreciara la curva suave del pecho. La joven no miraba en dirección a él, estaba claro que sus pensamientos iban por otros derroteros; se quitó un mechón de la cara y volvió a colocarlo en el peinado elegante con el que se recogía el pelo. No fue más que un gesto habitual y muy femenino, pero Arthur notó una punzada en el corazón al contemplarlo.

Llegó al descansillo y se dio la vuelta en dirección a la sala de estar. Cuando los vio, se detuvo, dudando por un momento entre saludarlos o seguir andando hacia

la habitación.

—Buenas tardes, señorita Satterthwaite —dijo de inmediato Darly con una inclinación—. Perdone que la miremos de esta forma tan impertinente. Luce usted espléndida esta noche, hasta le diría que incluso mejor que en el baile de los Worthing. Esa noche iba de azul, ¿no es así? Recuerdo muy bien mi admiración cuando bailamos por lo bien que le sentaba.

Arthur, molesto, le lanzó una mirada de pocos amigos a Darly. Pensó por un momento lo mucho que disfrutaría dándole un puñetazo en esa cara de dandi petimetre, pálida y rodeada de pelo rubio. Lo cierto era que no hacía falta demasiada imaginación. Habían boxeado juntos en Jackson's antes de la guerra y más de una vez un directo de izquierda limpio había dado con lord Darly en la lona. Arthur saboreó el recuerdo incluso mientras salvaba a la señorita Satterthwaite de tener que contestar a semejante estupidez.

—Espero que esté usted bien, señorita.

—Muy bien, señor, gracias. —Al mirarla a los ojos, vio que la joven dibujaba una sonrisa apenas perceptible.

Arthur se quedó sin palabras.

Darly, por su parte, se echó a reír.

—Heywood no sabe cómo hablarle a una mujer hermosa. Permítame acompañarla a la sala de estar, señorita Satterthwaite. Prometo no aburrirla.

—Se lo agradezco, milord, pero creo que no debo. Mis primas llevan toda la tarde esperando estar en compañía de usted y, si entrara de su brazo en el salón, seguro que les daría un disgusto.

La sonrisa de Darly se esfumó.

—¡Ah, claro! Sus encantadoras primas... ¿Cómo se me han podido olvidar?

Arthur no fue consciente de lo que le llevó a actuar como lo hizo. Tenía claro que no debía entrar junto a Phyllida Satterthwaite al salón. No era para él. Y establecer un vínculo de esa clase con ella no traería nada bueno. No obstante, tras presenciar el rechazo de la joven a lord Darly, dio un paso adelante con toda naturalidad.

—Si le parece bien, señorita... Supongo que sus primas no podrán ninguna objeción a que sea yo quien la acompañe.

—No, no creo —respondió, y, para la enorme satisfacción de Arthur, le apoyó la mano en el brazo con mucha suavidad.

El resto de los asistentes ya se habían reunido en la sala de estar. Goodrich estaba junto al pianoforte, conversando de naderías con las dos hermanas, que no

paraban de reír nerviosas. Darly se acercó al trío. Townsend estaba sentado en un sillón junto a la chimenea, enfrascado en una conversación con Edgeworth. La hermana de Townsend, la señora Vale, y la formidable esposa de Edgeworth, una mujer corpulenta cuyo escote exponía gran parte del pecho voluminoso, estaban sentadas una junto a la otra, charlando en el sofá. Lady Edgeworth, cuya voz sonora retumbaba en toda la habitación, se quejaba ante la señora Vale de lo inapropiada que había resultado la guerra.

—Sí, de lo más inapropiada —coincidió la señora Vale.

Para Arthur, fue como si el salón estuviera vacío. Su atención se centraba en exclusiva en la joven dama que llevaba del brazo. En ese momento en que la tenía tan cerca pudo admirar las joyas que le decoraban el pelo. Granates, o quizá rubíes. Brillaban como el fuego, de una forma tan lucida y vibrante como todo en ella.

—Capitán Heywood, creo que también será usted quien me acompañe a la mesa —le comunicó al tiempo que se sentaba en un sofá pequeño y tapizado de seda.

—¿Eso cree? —Arthur se sentó a su lado, igual que lo había hecho en los bancos del parque para hablar.

—Sí. Mire, mi tío acompañará a lady Edgeworth, lord Edgeworth a la señora Vale, lord Darly a la señorita Elizabeth Townsend y el señor Goodrich a mi prima Abigail. No estoy segura de si ese es el protocolo exacto, pero... —Dejó de hablar e hizo una mueca de arrepentimiento—. Le ruego que me disculpe. No tengo el menor talento para las conversaciones intrascendentes.

—Pues lo estaba haciendo muy bien.

—No, de verdad, soy un caso perdido. Me temo que voy a ser para usted una vecina de mesa de lo más aburrida.

—Será la vecina de mesa perfecta. Por mi parte, lo que me pregunto es qué clase de vecino voy a ser yo para usted.

—El mejor que podría tener. De verdad, capitán Heywood, si no hubiera usted venido esta noche, mi plan era alegar una horrible jaqueca, excusarme e irme a la cama.

Arthur abrió la boca para contestar, pero desde el otro extremo del salón les llegó la voz estentórea de lady Edgeworth y se interrumpió. La conversación sobre la guerra había pasado de un intercambio de opiniones banales a un diálogo estúpido y ofensivo.

—... a nuestros soldados les encanta luchar —rugía con condescendencia

absurda—. Y no podemos reprochárselo. Pero, desde mi punto de vista, señora Vale, sería mucho mejor para ellos morir con todos los honores en el campo de batalla que volver a casa sin oficio ni beneficio. En nuestro propio pueblo, Edgeworth y yo hemos visto hombres que...

Arthur apretó con fuerza el mango del bastón.

—Podríamos excusarnos los dos en este mismo momento.

—¿Y a dónde iríamos, señor?

—A donde usted dijera, señorita. Cuanto más lejos, mejor. Me pongo por completo a su servicio.

—¿Podríamos llevarnos a los perros?

Arthur se volvió para mirar a la joven a los ojos. Su disgusto con los comentarios de lady Edgeworth casi había desaparecido.

—Por supuesto. Aunque eso, en cierto modo, limitaría nuestras opciones.

—No necesariamente. Podemos ir al parque, que está al lado.

—A estas horas, no creo que sea una buena idea. Estará oscuro como la boca del lobo y sin duda lleno de todo tipo de facinerosos.

Philly alzó las cejas, dubitativa.

—¿De verdad lo cree así?

—No me extrañaría.

—Bueno, pues entonces me temo que no hay nada que hacer. Tendremos que quedarnos aquí e intentar que las cosas se desarrollen lo mejor posible.

—Puedo asegurarle que hay destinos peores.

La joven sonrió.

—Hablando en serio, el parque no puede ser tan peligroso a estas horas, ¿o sí?

—Londres es una ciudad peligrosa, señorita Satterthwaite. Me alegro de que no vaya demasiado lejos con los perros y la doncella.

—Y con mis primas.

—¿Los perros, la doncella y sus primas? Es un grupo bastante numeroso, la verdad.

—Demasiado, diría yo. Por desgracia, se me ha informado de que, a partir de ahora, mis primas han de acompañarme en todas mis salidas, incluso al parque.

Ante eso, Arthur se puso en guardia de inmediato.

—¿Y por qué cree que se ha tomado esa decisión? —preguntó con tono preocupado.

—Es bastante ridículo, pero creo que Sara ha informado a la señora Vale de que se siente incómoda con las charlas que mantengo durante mis salidas; sobre todo,

con quién las mantengo.

Arthur apretó la mandíbula. La preocupación había dado paso al enfado.

—No ha hecho usted nada inadecuado. Estaré encantado de hablar del asunto con quien se atreva a decir otra cosa.

—¡Oh, no, capitán Heywood! —lo frenó ella poniéndole la mano sobre la manga—. No diga usted nada. Por una parte, no estoy segura de si Sara ha mencionado su nombre; y, por otra, no tengo ningún deseo de causarle ninguna dificultad con mi tío.

Lo amable del tono y el peso de la mano femenina sobre el brazo le aceleraron el corazón. Absurdo. Ya no era un adolescente enamoradizo.

—No hay ningún problema. Hablaría con su tío.

—Es usted muy atento, señor, pero debo insistir en que no diga nada, se lo suplico. Solo serviría para alarmar más a... mi familia, y solo Dios sabe lo que harían en ese caso. ¡Hasta podrían prohibirme salir a la calle, incluso acompañada! No lo soportaría.

—No se preocupe. No diré nada si eso es lo que desea. Pero debo decirle que... esa doncella suya le ha jugado una muy mala pasada.

La señorita Satterthwaite retiró la mano.

—Sí, seguro que eso es lo que parece, aunque no creo que lo haya hecho con mala intención.

—¿Eso piensa?

—Solo es sobreprotectora conmigo. Eso es todo.

Arthur tenía claro lo que estaba pasando. Sin duda la doncella, atenta y observadora, soñaba con estar algún día al servicio de la duquesa de Moreland, y ese sueño difícilmente podría hacerse realidad si se veía a la candidata al puesto encontrándose en el parque con caballeros solteros.

Estaba seguro de que la criada se había ido directa a hablar con la señora Vale tras su última entrevista con la señorita Satterthwaite. Le había visto la expresión de sospecha en la cara cuando la dama sugirió un banco concreto y comentó que por las mañanas había mucha menos gente en el parque. La muy maleducada y entrometida de la sirvienta se había dado cuenta de inmediato de algo en lo que su señora, mucho más inocente, no había caído: sus encuentros casuales en el parque llevaban camino de convertirse en citas amorosas.

Capítulo 9

Pese a las predicciones de sus primas, lord Edgeworth habló mucho con Philly durante la cena. Estaba sentado entre la joven y la señora Vale, y, cuando se vio forzado a elegir entre ambas, escogió a Philly como beneficiaria de sus lecciones llenas de palabrería hueca.

Habló de los trabajos en su hacienda, del exilio de Napoleón en la isla de Elba y de las penalidades que sufría un hombre maduro como él, afectado de gota, durante los viajes en carruaje. Era un hombre de una corpulencia considerable y se sirvió con entusiasmo y generosidad de todos los platos ofrecidos en la cena. Al hacerlo, se olvidó de sus obligaciones sociales con las damas que tenía al lado. En ningún momento se le ocurrió ayudarlas a con las viandas y tampoco ofreció un poco más de carne ni a Philly ni a la señora Vale.

Por fortuna, el capitán Heywood estaba sentado a la derecha de Philly y, aunque no habló demasiado, demostró en todo momento una cortesía infinita y le sirvió los mejores bocados de todos los platos que tuvo a su alcance. Mientras lord Edgeworth exponía en voz alta que el valor de un caballo de huesos largos y finos era muy cuestionable cuando se trataba de transportar a un hombre de su envergadura, el capitán Heywood capturó un trozo de carne de cordero pequeño pero jugoso y lo colocó en silencio en el plato de Philly. Sus modales en la mesa solo pusieron de manifiesto lo que esta ya sabía sobre él: Arthur Heywood, con independencia de los defectos de comportamiento social al uso que pudiera tener, era un caballero educado, amable y juicioso.

—Usted ha pasado toda su vida en el campo, señorita Satterthwaite —afirmó Edgeworth tras un gran trago de vino tinto—. Me atrevo a suponer que es una buena amazona.

—Sí, milord. —Philly escuchó solo a medias sus palabras mientras el capitán Heywood le servía una ración de conejo al curry.

La mesa estaba iluminada con velas titilantes y, mientras inclinaba sobre el plato la cuchara de servir, vio que el dorso de la mano de su vecino de mesa estaba lleno de cicatrices. En las demás ocasiones en las que se habían visto, el capitán Heywood había llevado guantes, pero ahora se los había quitado para cenar, por lo que pudo ver con nitidez las secuelas de lo que bien podía ser una herida de guerra brutal. Las marcas se cruzaban hasta la base de los dedos.

Se trataba de cicatrices antiguas, por lo que le pareció. ¿Habría sufrido esas heridas en España? No podía imaginarse cómo. ¿Alguien le habría apuñalado el dorso de la mano durante el combate cuerpo a cuerpo? Una vez, quizá sí; pero tantas, era difícil.

—Ahora todos los caballos tienen los huesos muy elegantes, por así decirlo —continuaba perorando lord Edgeworth—. Por eso resulta complicado encontrar una montura que merezca la pena. Patas y lomo fuertes, señorita Satterthwaite. La apariencia y la belleza no son lo importante a la hora de montar, en mi opinión.

Philly levantó la vista de la mano del capitán Heywood y, para su desazón, vio que este la miraba, pensativo y taciturno; estaba claro que se había dado cuenta de dónde había fijado la mirada. Sintió un nudo de ansiedad en el estómago. Siempre se había ocupado de mostrar que no centraba la atención ni en sus heridas ni en las dificultades que le suponían, y le horrorizaba haber hecho algo, aun sin darse cuenta, que lo hubiera hecho sentirse herido o humillado.

—¿No está usted de acuerdo, señorita Satterthwaite? —preguntó lord Edgeworth—. No es muy elegante, pero Dios sabe que es práctico.

Philly no tenía la menor idea de lo que trataba la pregunta.

—Sí, milord —dijo sin dejar de mirar al capitán. Quería disculparse con él, pero estaba segura de que tal cosa empeoraría más la situación. Lo que hizo fue intentar comportarse de la forma más natural posible.

—Capitán Heywood, ¿le importaría pasarme los champiñones hervidos?

La solicitud rompió la tensión forzada entre ambos. De hecho, pareció que el capitán se sentía aliviado por el hecho de que le hubiera encomendado una tarea con la que ayudarla.

—Lady Edgeworth opina que los caballeros de cierta edad y corpulencia harían bien en dejar de cabalgar —continuó lord Edgeworth—. Sin embargo, yo creo que, si un hombre tiene que dejar de cabalgar, sería mejor para él renunciar también a seguir viviendo.

Philly hizo una mueca ante esa reflexión.

—No puedo estar de acuerdo con semejante cosa, milord.

Lord Edgeworth era impermeable a la sutileza y siguió demostrándolo.

—Heywood, si no recuerdo mal, tú tenías un caballo magnífico. —Se asomó para esquivar a Philly y poder mirar al capitán—. Le pusiste un nombre griego, creo. Un purasangre de la yeguada del conde. No lo perderías en la Península, espero...

—No.

Lord Edgeworth esperó en vano que el capitán añadiera alguna información adicional.

—¡Menos mal! Conozco a bastantes militares que perdieron allí sus monturas. Les dispararon desde muy cerca. Un desperdicio, ya le digo. Unos caballos tan magníficos pudriéndose en un campo de batalla...

—Yo tenía una yegua maravillosa en Devonshire —intervino Philly.

Lord Edgeworth se la quedó mirando.

—¡Ah, vaya!

—Se llamaba *Perséfone.*

—¿Otro nombre griego? Condenada coincidencia. ¿Cuál era el nombre de tu caballo, Heywood? No consigo acordarme...

—No era tan esbelta y bien formada como alguno de los caballos que ha estado usted describiendo, milord —continuó Philly con decisión, evitándole al capitán el contestar—. De hecho, creo que era un cruce desafortunado entre un caballo de tiro y una yegua de caza. Le mezcla dio lugar a una montura muy recia y resistente.

—¿Un caballo de tiro, ha dicho? Eso podría ser una buena idea. ¿Qué tipo de caballo de tiro? ¿Shire o Suffolk? Mire por dónde, conozco a un individuo que...

Tras conseguir desviar a lord Edgeworth de temas de conversación que pudieran molestar al capitán Heywood, Philly pudo dedicarse a comer un poco mientras el hombre de más edad seguía proponiendo cruces equinos que fueran capaces de dar lugar a un caballo adecuado a sus propósitos.

—¿Qué ha sido de su yegua, señorita Satterthwaite?

La voz profunda del capitán Heywood interrumpió los pensamientos de Philly. Se volvió hacia él, ofreciéndole una sonrisita.

—Mi tío no me permitió traerla a Londres —dijo en voz igual de baja que la que había empleado él—. Se ha quedado en Satterthwaite House.

—¿La van a vender?

A Philly le tembló el tenedor en la mano y lo dejó sobre el plato.

—Disculpe mi pregunta, se lo ruego —rectificó él—. No es asunto mío.

—No se preocupe, no tiene por qué excusarse. Lo único que pasa es que la cuidé desde que nació, ¿sabe? Puede que la vendan, sí, aunque existe la posibilidad de que los inquilinos de Satterthwaite Court permitan que permanezca allí. Es una montura perfecta para una joven o una niña. Espero de verdad que todo vaya bien.

—Yo también espero que así sea, señorita Satterthwaite —dijo el capitán Heywood—. Lo espero con todas mis fuerzas.

* * *

Transcurrió una hora antes de que tanto Arthur como los otros caballeros pudieran unirse de nuevo a las damas. Cuando por fin entraron en la sala de estar principal, todos ellos tenían cara de pocos amigos y expresión acalorada. Incluso a Darly, un individuo que casi siempre estaba de buen humor, parecía como si se le hubiera obligado a tomar una medicina amarga.

Las hijas de Townsend se acercaron a Darly y Goodrich, que durante la cena les habían prometido jugar con ellas una partida de julepe. Los caballeros no parecían muy dispuestos a mantener su palabra hasta que Edgeworth dijo que él también se uniría al juego. El conde era famoso por ser muy mal jugador y apostar de forma extravagante.

Arthur encontró a la señorita Satterthwaite sentada junto al alféizar del gran ventanal. Tenía en el regazo un bastidor de bordado y movía la aguja con destreza elegante. La miró admirado durante unos momentos antes de dirigirse a ella.

—¿Puedo sentarme con usted?

—¡Por supuesto que sí! —Dejó a un lado el bastidor mientras él se acomodaba a su lado.

—¿Le apetece a usted jugar, señorita Satterthwaite? —se interesó Darly mientras preparaba la mesa para la partida.

—No, ella no juega —se adelantó la señorita Townsend—. Además, no tiene dinero para apostar.

—Hemos intentado enseñarle —intervino la hermana pequeña—, pero no lo hace muy bien.

La señorita Satterthwaite no hizo intención de contestar a lo que se le había preguntado y tampoco pareció importarle que sus primas respondieran por ella con semejante falta de tacto. Arthur se preguntó cómo podía mostrar tanta contención.

—¿Le gusta jugar a las cartas?

—No demasiado, la verdad.

—Tengo que reconocer que a mí tampoco —dijo Arthur—. Además, da la impresión de que se van a pasar la noche haciéndolo y lo cierto es que yo no voy a poder quedarme mucho tiempo más.

—Por supuesto. Con tan poco entretenimiento, me temo que la noche se le haría eterna.

—No, señorita Satterthwaite, no lo digo por eso, ni mucho menos. Es que... —Buscó las palabras adecuadas durante un momento—. No es por aburrimiento. Sería un verdadero placer, y también un honor para mí, estar aquí sentado con usted durante toda la noche. Lo que pasa es que mi relación de negocios con su tío ha llegado a su fin y mi presencia aquí no resulta ya muy bienvenida. De hecho, creo que su tío hubiera preferido que me marchara de inmediato tras el oporto.

Lo miró a los ojos bastante sorprendida.

—¿Ha dejado de tener relación de negocios con mi tío?

—Me he dado cuenta de que así debía ser.

—Entonces..., ¿va a regresar de inmediato a Somersetshire?

—Espero salir el mismo viernes por la mañana.

—¿Tan pronto? —Lo miró con los ojos muy abiertos—. ¿No podría quedarse un poco más? Quizá si volviera a reunirse con mi tío...

—Me temo que no hay nada que hacer a ese respecto. He tomado una decisión sobre el asunto y me da la impresión de que su tío también.

—Entiendo.

Hizo un mohín de frustración y hasta pareció que la melena oscura y tupida, arreglada de modo tan artístico al inicio de la velada, estaba empezando a no responder a la sujeción de los adornos coloridos que la sostenían. Arthur no la había visto nunca tan vulnerable ni tampoco tan hermosa.

—Sea como fuere, me habría marchado la semana que viene. Son tan solo unos días de diferencia... —Se interrumpió al ver que uno de los alfileres incrustados de rubíes empezaba a caérsele del pelo. Sin pararse a pensar en lo íntimo del gesto, acercó la mano y se lo quitó con mucha suavidad.

La joven se ruborizó de inmediato.

—No se preocupe. Creo que ya he perdido unas cuantas horquillas esta noche.

Arthur movió el alfiler entre los dedos para que lo iluminara la luz. Entre el pelo de la señorita Satterthwaite le había parecido una joya preciosa, pero en su mano no parecía distinto a lo que era: una horquilla bañada de pintura dorada sobre la

que se habían fijado algunos cristales como los que adornaban el vestido. En ese momento cayó en la cuenta de que, sin la menor duda, Phyllida Satterthwaite poseía el don poco habitual de transformar todo lo que tenía cerca en algo mucho mejor de lo que era en realidad. De haber sido un caballero más elocuente, al estilo de lord Darly o Reggie Forsythe, tendría que habérselo dicho.

—¡Phyllida! —la llamó la señorita Townsend—. Toca algo al pianoforte, ¿quieres? Me apetece algo de música.

—Sí, Phyllida. —Abigail Townsend se unió a la petición—. Toca *Robin Adair*.

—¡Magnífico! —exclamó estentóreo Edgeworth desde su lugar en la mesa de juego—. Siempre es muy adecuado escuchar una melodía escocesa.

La señorita Satterthwaite dudó por un momento, pero de inmediato le rogó a Arthur que la disculpara y se levantó para hacer lo que le habían pedido sus primas.

—Me temo que voy a tener que estar al pianoforte durante la próxima hora por lo menos.

Arthur se levantó a su vez.

—Pues entonces creo que me voy a marchar.

—¿Ya? —Lo miró, primero con expresión de cierta sorpresa, y después con una triste resignación que le partió el alma—. Ah, sí... Por supuesto. Entiendo que ha de hacerlo.

Le ofreció el adorno del pelo.

—Quédeselo —dijo.

—Señorita Satterthwaite, no podría de ninguna manera...

—Por favor. Es solo un objeto pequeño, lo sé, y no tiene el más mínimo valor, pero quiero pensar que..., si lo guarda..., no me olvidará tan pronto.

Arthur cerró los dedos sobre el alfiler. Cuando logró hablar, su voz le sonó rara a él mismo.

—No tengo la menor intención de olvidarla.

—Ni yo a usted, señor. —Le sonrió con levedad—. Adiós, capitán Heywood.

Arthur no podía dejar de mirarla. En ese momento supo, con una seguridad tremenda y absoluta, que nunca iba a volver a verla.

—Adiós, señorita Satterthwaite.

No deseaba el final que contenían esas palabras, tan duras para él. La vio alejarse y en ese momento todo el frío y la oscuridad de su vida lo envolvieron de nuevo. La luz y el amparo que había sentido en proximidad de Phyllida Satterthwaite se esfumaron con la misma facilidad que la llama de una vela al soplarla.

Capítulo 10

Al día siguiente, Philly se quedó en su habitación casi toda la mañana. Suponía que nadie en los pisos de abajo lo notaría ni se preocuparía por su ausencia, pues toda la casa sufría los efectos secundarios de la noche anterior. Los sirvientes estaban muy cansados, ya que habían trabajado hasta tarde y trasnochado. La señora Vale, quien sin duda había abusado del jerez, permanecía en su habitación presa de un dolor de cabeza muy fuerte. Y tanto Elizabeth como Abigail dormían hasta bien entrado el día.

Solo el tío Edgar parecía no pagar las consecuencias del festejo de la noche anterior. Se había levantado tan temprano como todos los días y, tras el desayuno, se había marchado directo a la biblioteca y había cerrado la puerta tras de sí.

A las once y media Philly llamó a la doncella para que la ayudara a vestirse y a las doce menos cuarto salía por la puerta delantera de la mansión ataviada con uno de sus vestidos de paseo favoritos, con *Fox* bajo el brazo y *Basil, Jasper* y *Dash* corriendo cerca. Sara y sus primas iban tras ella, menos habladoras de lo normal, ya que estaban cansadas después de trasnochar y enfadadas por tener que hacer de carabinas de Philly en sus salidas al parque.

—Si por lo menos fueras de vez en cuando en una dirección distinta, tal vez no sería tan aburrido acompañarte en tus paseos —gruñó Elizabeth antes de caer en un silencio hosco y prolongado.

Philly no respondió. No tenía la menor intención de sopesar otros posibles itinerarios. Pese a que lo más probable era que no volviera a ver nunca más a Arthur Heywood, aún guardaba una esperanza mínima de encontrarlo en el mismo banco en el que habían coincidido ya dos veces. Mientras avanzaban hacia la senda habitual, el corazón empezó a latirle más fuerte por las expectativas. Pero,

cuando pudo ver el banco, comprobó que estaba vacío. No había rastro de él en los alrededores.

La noche anterior se había ido de la fiesta solo unos momentos después de que ella se sentara al pianoforte. Se sintió tan deprimida al verlo marchar que apenas encontró fuerzas para terminar de tocar la canción de amor escocesa que le habían solicitado sus primas que interpretara. Hasta ese preciso momento no se había dado cuenta de lo mucho que Arthur Heywood significaba para ella.

Su abuela lo habría llamado «ternura». Y su abuelo, «amor adolescente». Philly no estaba muy segura de cómo calificarlo. Lo único que sabía era que se sentía mucho más cercana y le tenía mucho más afecto a Arthur Heywood que a cualquiera de los caballeros a los que había conocido desde su llegada a Londres. De hecho, había sido el único amigo que había hecho allí. No tenía la menor esperanza de encontrar ningún otro tan amable y comprensivo como lo era él.

Por supuesto, entendía su deseo de regresar a su hacienda en el campo, a su hogar. No había nada que lo mantuviera en la gran ciudad y prefería una vida tranquila, que era exactamente lo mismo que le pasaba a ella. No obstante, cuando le había hablado de su casa en Somersetshire, no le había parecido que tuviera muchas ganas de volver allí. Por el contrario, se había mostrado serio y melancólico al referirse a lo despacio que transcurría el tiempo en el campo, como si fuera un hombre desterrado y condenado a algo así como a una existencia incompleta.

Entendió que iba a estar muy solo allí, mucho más de lo que ella lo estaba en Londres, y no era eso lo que deseaba para él. La preocupaba mucho y deseaba que fuera feliz. También se preguntaba qué era lo que podría hacer que lo fuera y, en ese momento de reflexión abierta, de inmediato le surgió en la mente de forma diáfana la imagen de lady Eliot envuelta en su maravilloso vestido blanco y plateado. Una vez presente, resultaba muy difícil de eliminar.

Con un suspiro descorazonado, intentó apartar esos pensamientos tristes y enfocarse en otros. No era un día para sentir pena. El sol brillaba con fuerza y no se veía ni una nube en el cielo, casi cegador de tan luminoso. Cerró los ojos y se puso frente al sol para sentir la calidez en la cara. Al cabo de un momento, mientras caminaba seguida por los perros, su estado de ánimo empezó a mejorar un poco.

El sol tuvo similar efecto revitalizante en sus primas. Al cabo de poco tiempo, el silencio taciturno de Elizabeth y Abigail dio paso a una charla animada. Al cabo de una hora, su forma de actuar había pasado a ser la de siempre, tan discutidora y

agresiva que ninguna de las dos era capaz ni siquiera de terminar una frase.

Basil, Jasper y *Dash* corrían en círculos alrededor de la pequeña procesión, mientras que *Fox,* al que Philly sujetaba bien entre los brazos, alzaba la cabeza para mirar a sus congéneres. Sara las seguía de cerca casi trotando, tan nerviosa y preocupada como siempre, recordándoles cada poco tiempo a las tres jóvenes que no debían prolongar demasiado su estancia en el parque, no fuera a ser que la señora Vale se enfadase con ellas.

—No creo que hoy vaya a pasar eso —comentó Elizabeth al tiempo que le daba una patada a una piedra con la punta de la bota de media caña que calzaba—. Cuando me he acercado esta mañana a su habitación, apenas era capaz de abrir los ojos.

—Constance Penniman suele decir que la bebida es el diablo —declaró Abigail con cierto aire de autoridad—. Una verdadera dama nunca se propasa con el jerez de la forma en que lo hizo anoche la tía Vale.

—Si eso de verdad pasó, estoy segura de que fue porque lady Edgeworth hizo lo mismo —apuntó Philly.

Elizabeth hizo una mueca.

—Lady Edgeworth tiene mucho aguante con la bebida. Me atrevo a decir que tanto como su marido con la comida.

Por una vez, Abigail estaba muy de acuerdo con su hermana.

—Siempre toma muchísima tarta de Saboya.

—¡Como si fuera un muerto de hambre!

—Por el contrario, lord Darly y el señor Goodrich se comportaron en la mesa como caballeros, tanto en sus modales como…

—Me da la impresión de que ya te crees toda una experta en lord Darly y el señor Goodrich solo por el hecho de que te has sentado entre los dos en una estúpida cena.

De inmediato comenzó una discusión abrupta y fuera de tono. Philly hizo lo que pudo para mantenerse al margen. Elizabeth estaba celosa por el hecho de que su hermana hubiera sido colocada entre dos caballeros elegibles para el matrimonio, aunque Philly pensaba que tenía sentido que la señora Vale hubiera organizado la mesa de esa forma. Después de todo, Elizabeth llevaba varios años en el escaparate matrimonial sin el más mínimo éxito ni perspectiva de que cambiaran las cosas. Así que no era descabellado darle a su hermana menor la oportunidad de obtener un triunfo que a Elizabeth le había sido esquivo.

—¡Y encima también tuviste que ponerte en evidencia jugando a las cartas! —

En ese momento de la discusión, Elizabeth acusaba a Abigail por su forma de jugar—. Fingías que no sabías cuándo jugar o cuándo pasar para que el señor Goodrich te ayudara.

—¡Yo no hice eso!

Philly se dio cuenta de que los perros jadeaban. Hizo visera con la mano para mirar la posición del sol en el cielo.

—Deben de ser cerca de las dos. Sería mejor que diéramos la vuelta antes de que se haga más tarde.

Sara soltó un suspiro de alivio.

—¡Las dos! ¿Por qué no lo has dicho antes, Phyllida? —Elizabeth se dio la vuelta y echó a andar a toda prisa, con Abigail siguiéndola de cerca—. He quedado en visitar a lady Eustace a las tres.

Volvieron hacia la mansión a un paso bastante rápido. Evans, el mayordomo, se anticipó a su llegada y les abrió la puerta antes de que terminaran de subir los escalones de la entrada principal de la casa. Su gesto, de ordinario plano y servil, mostraban ese día preocupación: estaba muy colorado y le caían algunas gotas de sudor de las cejas.

—Señorita Townsend, señorita Abigail, señorita Satterthwaite —dijo cuando hubieron entrado—, la señora Vale ordena que se reúnan de inmediato con ella en la sala de estar.

—¿Se puede saber qué pasa, Evans? —preguntó Elizabeth mientras se desataba las cintas del sombrero—. Parece como si hubiera visto un fantasma.

Evans hizo una mueca de sufrimiento.

—Señorita Townsend, le ruego que modere el tono. Su padre tiene un visitante muy distinguido. Ambos están en la biblioteca. Todas ustedes han de ir a ver a la señora Vale. Ha insistido mucho en que no hagan ruido en el vestíbulo. —Se volvió hacia Philly—. Señorita Satterthwaite, hay que trasladar a sus perros al jardín trasero.

—Por supuesto. —Philly no deseaba aumentar la ansiedad del anciano sirviente —. Los llevaré ahora mismo...

—No, señorita. Usted tiene que ir a la sala de estar. No sé cómo transmitirle la urgencia de la situación. —Dirigió la mirada hacia las puertas cerradas de la biblioteca del tío Edward—. Sara puede encargarse de sus perros.

—Ve a buscar a William, Sara —indicó Philly a la doncella, que se había acercado a ayudarla—. Él sabe cómo manejarlos.

—Sí, señorita.

Al dejar a *Fox* en brazos de la criada, sintió cómo el pequeño terrier se tensaba. Toleraba a la criadita, pero no le gustaba nada.

Evans parecía estar sufriendo muchísimo.

—Señorita Satterthwaite, tenemos que atender a lo esencial.

Philly esperó hasta que Sara logró controlar a los perros más grandes y después subió las escaleras tras los pasos de sus primas.

Encontraron a la señora Vale medio reclinada en uno de los sofás de la sala de estar. Tenía los ojos muy rojos y el rostro tan gris como el vestido severo de pana que utilizaba. Cuando las vio entrar, se puso de pie de inmediato. El simple movimiento hizo que el tono gris amarillento del rostro pasara a ser verde. Durante unos segundos pareció como si fuera a vaciar el estómago sobre la alfombra de la habitación. Buscó a tientas en el vestido y al fin sacó un frasco de sales de plata grabada que agitó debajo de la nariz. Dio resultado de inmediato.

—¡En nombre del cielo! ¿Se puede saber dónde habéis estado? —exclamó en tono bajo pero de mucha urgencia—. Esto es imperdonable.

—Solo hemos ido al parque, tía. —Elizabeth se dejó caer en un sillón—. Phyllida insistió en dar su paseo habitual y tú nos ordenaste a Abigail y a mí que la acompañáramos siempre.

La mirada inyectada en sangre de la señora Vale se fijó en la ropa que vestía Philly y el rostro le enrojeció de cólera.

—No me lo puedo creer, de verdad lo digo. ¿Así es como vistes cuando yo no estoy para aconsejarte? ¿Es que no has aprendido nada pese a mis esfuerzos? ¡Me va a dar algo por tu culpa! —Tiró de una campanilla y casi al instante apareció un criado—. Que venga Clarice. La necesito aquí de inmediato. ¡De inmediato he dicho!

Abigail la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Se puede saber qué ocurre, tía?

—¿Qué ocurre, preguntas? Pues que ha venido el duque de Moreland, niña. Ahora está con tu padre en la biblioteca.

A Philly se le heló la sangre en las venas.

—Es muy posible que llame a su presencia a la señorita Satterthwaite y hasta hace un momento nadie en esta casa sabía dónde estaba. Y ahora que ha vuelto no está presentable. ¡Después de todo lo que he trabajado contigo, niña! Me va a estallar la cabeza. —Agarró a Philly del codo con mucha fuerza y la empujó fuera de la habitación—. No tenemos ni un minuto que perder. Elizabeth, Abigail, no os entretengáis. Id a vuestras habitaciones a cambiaros. Enviaré a Clarice en

cuanto haya acabado con la señorita Satterthwaite.

Philly casi ni podía pensar con coherencia mientras subía por las escaleras a toda prisa en dirección a su habitación del ático. La despojaron del vestido y se quedó en camisola. La señora Vale hurgó en su guardarropa hasta escoger un vestido de muselina delicada de color blanco con escote bajo que Philly pensaba que sería más adecuado para un baile o una recepción.

—Virginal. Lo más adecuado para estas circunstancias. ¡Ven aquí, Clarice! —La señora Vale chascó los dedos y señaló el montón de chales y pañoletas—. El chal azul celeste, diría yo.

Clarice le pasó el chal a Philly, que, agradecida, se lo colocó con habilidad para cubrir en parte el amplio escote.

—No —indicó desabrida la señora Vale al tiempo que se levantaba de la silla para quitárselo con brusquedad—. Colócatelo alrededor de los brazos, con cierta gracia, no como has hecho antes. Y ahora, por la espalda. Así, así. Muy elegante. Muy griego... Clarice, ¡los alfileres para el pelo con los ramilletes de cristal, deprisa! —exigió con la habitual falta de tacto y metiendo prisa, mientras que la doncella iba de acá para allá como un pollo sin cabeza—. ¡Chica estúpida! ¿Es que no ves? ¡Si los tienes delante de las narices!

Philly se vio obligada a sentarse delante de la mesita de tocador de madera mientras la pobre Clarice se afanaba en arreglarle el pelo y decorárselo con los alfileres bajo la supervisión estrecha y agobiante de la señora Vale.

Tan pronto como la doncella le hubo colocado el último, la señora Vale obligó a Philly a darse la vuelta.

—¡Bueno, vamos a ver! ¡Date la vuelta! Sí, queda bastante bien...

—¿Por qué está aquí el duque? —preguntó Philly a la primera oportunidad que tuvo de hablar—. ¿Es que quiere volver a llevarme de paseo en carruaje? Porque debo decirle, señora Vale, que no tengo la menor intención de...

—Clarice, ve directa a ver a la señorita Townsend y después a Abigail. Quiero que estén en la sala de estar de inmediato. —La señora Vale empujó hacia delante a Philly—. Tenemos que darnos prisa. No dejes caer al suelo el chal.

Alguien llamó a la puerta de forma impaciente. Todo el mundo se quedó quieto donde estaba.

—Adelante —invitó la señora Vale con tono crispado.

Una criada entró en el dormitorio. Tenía los ojos muy abiertos y gesto nervioso.

—El señor Townsend requiere la presencia inmediata de la señorita Satterthwaite en la biblioteca, señora.

La señora Vale, emocionada, se cubrió la boca con las manos, ahogando un suspiro de satisfacción.

—¡Lo sabía! Ha salido según lo habíamos planeado...

A Philly se le aceleró el pulso. Solo habían pasado dos días desde el paseo en carruaje con el duque. ¿Significaba esta segunda visita, tan cercana a la anterior, que la estaba cortejando de forma oficial? ¿Era esa la razón por la que todo el mundo en la casa estaba en semejante estado de nervios? ¡Qué embrollo tan horrible! ¿Y cómo era posible que sus familiares estuvieran tan entusiasmados con esa posibilidad? No podía ser. Cuanto antes dejara claro lo que pensaba de la situación, mucho mejor para todos.

—Señora Vale, me temo que ha habido un malentendido...

—No hay ningún malentendido. ¡Date prisa! Toda la que puedas. —La señora Vale la empujó fuera de la habitación—. Pero pon atención, no vayas a tropezar con el chal. Si a estas alturas te partieras el cuello, todo se habría perdido.

—¿Está usted segura de que el duque sigue aquí? —preguntó Philly mientras bajaba las escaleras volviendo la cabeza para mirar a la señora Vale—. Puede que se haya ido y que sea solo el tío Edgar el que quiere verme. De hecho, creo que debe de ser así. Su excelencia y yo no congeniamos ni lo más mínimo. Seguro que ya no tiene ningún interés en mí.

Fue como si la señora Vale se hubiera quedado sorda.

—Ahora despacio. Sé consciente de cada paso. Que cuando entres en la habitación no dé la impresión de que vas sin aliento.

Evans estaba esperando en el vestíbulo principal. Había logrado recomponerse, pues, una vez más, sus rasgos solo dejaban traslucir indiferencia.

—Señorita Satterthwaite, su excelencia y el señor Townsend la esperan en la biblioteca.

—Gracias, Evans. ¿Tiene usted alguna idea de por qué quieren...?

—¡No tenemos tiempo para esto! —estalló la señora Vale casi gritando—. Y ahora, escúchame. ¿Pero qué pasa aquí? ¿Estás temblando? Bueno, no importa. Seguro que a su excelencia le va a gustar. Significa que le tienes un temor que resulta apropiado y que eres consciente de la inferioridad de tu posición respecto a él. Pero no te encojas. ¡Atenta a la postura! No pierdas la atención, ni la concentración, ni el juicio. Y no hables a no ser que se dirijan a ti.

Antes de que Philly tuviera la oportunidad de hablar o protestar, uno de los lacayos abrió las puertas de la biblioteca y la señora Vale la empujó dentro sin ningún miramiento.

Capítulo 11

Tan pronto como Philly entró en la biblioteca, su tío, el duque y un hombre bajo de aspecto quisquilloso y con lentes se levantaron de sus asientos. Los ojos de Moreland seguían siendo tan negros y brillantes como los recordaba, y de inmediato se posaron en ella. Le recordaron a los de un halcón fijando la mirada depredadora en un ratón de campo.

El Coleccionista.

Recordar el apelativo fue más que suficiente para hacerle sentir un estremecimiento frío por la espina dorsal. Ahora sabía por qué la miraba a la cara con esa intensidad, pero el hecho de saberlo no lo hacía más soportable.

—Señorita Satterthwaite. —El duque le dirigió una inclinación de cabeza rígida y escasa.

—Excelencia. —Philly le dedicó la reverencia correspondiente.

El tío Edgar movió la cabeza en dirección al individuo que no conocía.

—El señor Pritchard, abogado de su excelencia.

¿Su abogado?

Al discurrir las implicaciones, Philly sintió que se le secaba la boca.

—Señor Pritchard.

El individuo bajito se acercó a saludarla. La joven pudo notar al momento que era de esos caballeros que sustituían el baño frecuente con cantidades copiosas de colonia. Llevaba el pelo empolvado y sudaba con profusión, lo que hacía que las lentes se le resbalaran casi hasta la punta de la nariz.

—Señorita Satterthwaite. —Se aclaró la garganta—. Es un auténtico honor y un privilegio conocerla.

—Siéntate, Phyllida —ordenó el tío Edgar con la manos juntas por detrás de la

espalda.

La biblioteca era la guarida privada de su tío. Los muebles eran más grandes, más oscuros y mucho más masculinos que los del resto de la mansión. Un poco alejado de los tres sillones recios en los que habían estado sentados Moreland, Pritchard y su tío había un sofá tapizado de terciopelo. Philly se sentó con toda la delicadeza de la que fue capaz en el borde para evitar que el mueble la absorbiera, cosa que habría ocurrido de haberse apoyado en el respaldo.

Moreland volvió a sentarse. El tío Edgar y Pritchard permanecieron en pie.

—Phyllida —empezó de nuevo el tío Edgar—, su excelencia desea hablar contigo a solas. Su excelencia. —Inclinó la cabeza en dirección al duque—. No estaré muy lejos. Señor Pritchard, ¿le apetece acompañarme a la sala de estar para tomar algún refresco?

—Por supuesto, caballero. —El señor Pritchard se secó la frente con un gran pañuelo blanco mientras el tío Edgar lo acompañaba hacia la puerta—. Quedan muchos detalles por concretar. Resulta agotador.

Un criado se encargó de cerrar las puertas tras ellos y a Philly le pareció como si se sellara una tumba.

—Señorita Satterthwaite. —La voz nítida de Moreland rompió el silencio.

Alzó la cabeza para mirarlo. Tenía los ojos clavados en ella.

—Mis intenciones no deben de suponer ninguna sorpresa para usted.

Se le paró el pulso.

—Desde luego que no. —Sus intenciones no podían estar más claras. ¡Había ido con su abogado, por el amor del Dios! Un caballero acompañado por su abogado no tenía en mente plantear un cortejo. Lo que deseaba era el matrimonio —. Pero sí estoy algo confundida, su excelencia.

—¿Respecto a qué?

—Después del baile y de nuestro paseo por el parque, pensé que se había dado cuenta, lo mismo que yo, de que no tenemos apenas nada en común, lo cual implica que el cortejo esté descartado, y no digamos...

—No he venido aquí a cortejarla, señorita Satterthwaite, sino a hacer una oferta por usted. Mi abogado se ha pasado dos horas estableciendo todos los detalles con su tío.

Se le paró la respiración y sintió una presión muy fuerte en el pecho.

—¿Los detalles? ¿Qué detalles?

—Los acuerdos y todo lo demás. Y ya está todo claro.

—¿Y eso cómo puede ser? Yo no dispongo de otra cosa que un estipendio

exiguo que me dejó mi abuelo y que apenas llega para vestirme de forma modesta. En lo que respecta a dote, no la tengo, ninguna.

—Desde luego que no la tiene.

Philly juntó las manos en el regazo. Casi había olvidado hasta qué punto era capaz el duque de hacerla sentirse incómoda y también lo mucho que parecía disfrutar con eso.

—Lo siento. No logro entenderlo.

Moreland siguió mirándola sin pestañear ni mostrar emoción alguna.

—Señorita Satterthwaite, ¿tiene usted idea de lo que yo sería capaz de pagar por una obra de arte?

—No, excelencia.

—Pues le puedo asegurar que su tío sí que la tiene.

Se lo quedó mirando con asombro.

—¿Quiere decir que le ha dado dinero a mi tío? ¿Para poder casarse conmigo?

—Veo que he logrado desconcertarla. —Moreland torció un mínimo la comisura de la boca en un remedo de sonrisa—. Quizá le parezca de mal gusto. O tema que haya sido infravalorada.

—Su excelencia, yo...

—No tenga la menor duda, señorita Satterthwaite, usted no ha sido barata. Su tío ha recibido todo lo que usted vale. No obstante, si le digo la verdad, de habérmelo exigido, hubiera pagado mucho más por usted.

En las entrañas de Philly surgió una chispa de indignación.

—Yo no soy ninguna obra de arte, su excelencia, con independencia de cómo me llame la gente. No se me puede adquirir como si fuera un cuadro o una escultura de mármol o de porcelana.

El duque levantó una ceja.

—¿De verdad cree que no? Entonces, ¿qué cree que he estado haciendo durante las últimas dos horas?

—Pues, dadas las circunstancias, me atrevería a decir que perdiendo el tiempo.

—Puedo asegurarle que no, señorita Satterthwaite. Creo que he invertido muy bien tanto mi tiempo como mi dinero. —Se inclinó hacia delante—. Hay una pasión que me consume, ¿sabe? Si veo algo excepcional, tengo que poseerlo. Me es imposible descansar hasta que me pertenece por completo, hasta que es mío y solo mío.

Philly se echó hacia atrás, apoyándose en los cojines del sofá.

—Parece un problema difícil de sobrellevar —dijo mostrando más valentía de la

que en realidad acumulaba—. Porque tiene que saber que hay algunas cosas que no se pueden comprar.

—Rara vez he experimentado tal cosa. Todo tiene precio.

—Un objeto quizá, pero...

—Acaba de dar en el clavo, señorita Satterthwaite, y justo esa es la fuente de insatisfacción que me produce la colección que poseo ahora. Los objetos pueden comprarse; los cuadros y las esculturas de mármol o de porcelana, como acaba usted de decir. Se pueden tener, enseñar, pero no poseerlas en toda su extensión y significación. No tienen cuerpo. Ni alma. —Se iba inclinando hacia ella cada vez más, lo suficiente como para notar su estremecimiento—. Sin embargo, una mujer es algo que un hombre puede poseer por completo, en toda la extensión y todos los sentidos de la palabra...

Philly sintió una oleada potente de calor en la cara.

—Excelencia, debo protestar...

—Su tío es un hombre muy inteligente que ha sido capaz de pensar en eso. Yo no me lo había planteado nunca... Pero, en cualquier caso, ¿cuántas mujeres, por muy bellas que sean, podrían definirse como verdaderas obras de arte? Yo no conozco a ninguna, salvo a usted. —Despacio y claramente a regañadientes, Moreland se echó hacia atrás en el sillón—. Un periodo de noviazgo largo no se puede ni contemplar. En agosto debo atender ciertos negocios en el oeste del país y después regresaré a Moreland Park. Nos casaremos la segunda semana de junio.

—Va usted demasiado lejos, excelencia, se lo digo de verdad —dijo Philly, armándose de valor—. No me ha permitido la oportunidad de darle una respuesta.

—¿Una respuesta? —Su asombro era genuino.

—Usted me está pidiendo en matrimonio —insistió, haciendo caso omiso de su aparente incredulidad y obligándose a continuar para no perder los nervios—. Soy consciente del gran honor que me hace con su propuesta, pero no puedo casarme con usted. Ni en junio ni ningún mes de este año ni de los venideros. Lamento de verdad que haya malgastado usted la tarde...

Moreland se levantó del sillón de forma abrupta.

—Se confunde usted conmigo, señorita Satterthwaite. No espero ninguna respuesta porque no le he hecho ninguna petición.

Philly lo miró, atónita una vez más.

—Yo no he venido aquí esta tarde a pedir su mano en matrimonio, como usted acaba de plantear de forma encantadora. A lo que he venido es a hacer una oferta

por usted. Una oferta igual a la que haría por cualquier obra de arte que quisiera incorporar a mi colección. —Sonrió, los ojos negros relucientes—. Y esa oferta fue aceptada hace un par de horas.



Capítulo 12

Philly miró estupefacta cómo el duque de Moreland daba un tirón nervioso del cordón de la campanilla, grueso y rematado en una borla, que colgaba en las cercanías de la chimenea. Pasados solo unos segundos, un criado abrió la puerta y el tío Edgar entró en la biblioteca a grandes zancadas.

—Excelencia… —empezó.

—Townsend, su sobrina tiene en mente rechazarme. —Moreland no dejó traslucir más sentimiento que una irritación ligera—. No voy a perder ni un minuto más en el asunto. Volveré el sábado por la tarde. Espero que eso le dé el tiempo suficiente para convencerla.

El tío Edgar endureció rostro de modo visible.

—Me ocuparé de eso.

Moreland inclinó la cabeza con cortesía en dirección a Philly y, sin decir nada más, salió de la biblioteca.

Philly desvió la mirada hacia su tío. No esperaba ni muchísimo menos que fuera comprensivo con su rechazo. De hecho, estaba convencida de que lo reprobaría. Pero no estaba preparada para lo que vio. Pareció transformarse en un completo extraño, un hombre al que no había visto en toda su vida.

—¿Debo entender que tienes objeciones a este enlace? —El tío Edgar hundió su ahora cadavérico porte en la misma silla en la que había estado sentado el duque hacía solo unos momentos.

Philly tuvo un presentimiento espantoso y se estremeció de forma ostensible. Tuvo claro que algo muy malo estaba ocurriendo. Lo cierto era que no lo conocía muy bien. De hecho, solo hacía dos meses que lo trataba. Le había parecido un hombre impasible, bastante indiferente y siempre centrado en sus planes de

inversión; tampoco parecía mostrar un interés excesivo en las mujeres que compartían con él su hogar. Pero ahora tenía muy claro que el hombre que la miraba con los mismos ojos era otro muy distinto.

—¿Y bien, señorita Satterthwaite?

¿Señorita Satterthwaite? No recordaba que se hubiera dirigido nunca a ella con un tratamiento tan formal. Desde el momento en que se conocieron la había tratado por su nombre de pila. El que hubiera dejado de hacerlo contribuyó a intensificar la sensación de que estaba ante un completo extraño.

—El duque y yo apenas nos conocemos —acertó a decir.

—Muchos matrimonios se acuerdan tras un solo encuentro y en un salón de baile abarrotado. Usted ha estado tres veces con el duque. Han sido presentados y se conocen lo bastante bien. Y tendrá mucho tiempo para conocerlo mejor después de la boda.

—Me lo imagino, pero el duque es demasiado... —Quería explicarle que el duque la había aterrorizado, que hasta podía estar loco. Pero se hallaba tan desconcertada con el cambio en la forma de comportarse de su tío que le costaba encontrar las palabras adecuadas—. Es demasiado...

El hombre entrecerró los ojos.

—¿Demasiado viejo?

—¡No, no es eso! Bueno, sí, es mayor, pero no era eso lo que iba a decir...

—¿Acaso esperaba un matrimonio por amor? ¿Un joven atractivo y de gran fortuna, quizá? ¡Vamos, por favor, yo pensaba que era usted una persona juiciosa y práctica!

—Creo que soy ambas cosas, señor, pero...

—Cuando la traje con nosotros desde aquel pueblucho miserable de Devonshire lo hice dando por sentado que, una vez en Londres, se avendría a establecer un matrimonio ventajoso. Y ahora que está aquí y que me he gastado una pequeña fortuna en convertirla en una dama presentable ante la sociedad, ¿se echa atrás de lo que acordamos?

—No, por supuesto que no, pero...

—Debo advertirle, señorita Satterthwaite, que tengo anotado cada penique que me he gastado en usted y que, si no cumple su parte del trato, espero que se me devuelva hasta esa última moneda gastada.

Philly se encogió ante esas palabras. Su tío nunca había sido cariñoso con ella, eso era cierto, pero tampoco le había dado razones para pensar que fuera a ser cruel ni a portarse de una forma tan ruin. De hecho, la había acogido en su casa y

hasta le había permitido llevarse a sus perros.

—Mi intención es conseguir un matrimonio adecuado, si me es posible.

El tío Edgar soltó una risa carente de humor.

—Y, siendo así, ¿pretende rechazar al duque de Moreland? ¿Acaso cree que podría aspirar a algo mejor? ¿Tal vez un príncipe? ¿O puede que hasta esté pensando en un rey?

—No lo rechazo porque piense que puedo aspirar a algo mejor en el aspecto social. Lo rechazo porque sé que es imposible que nos llevemos bien. No pienso en una gran historia de amor ni en un hombre joven y guapo, pero no puedo casarme con alguien a quien le produce placer atormentarme.

—¡Atormentarla, dice!

—Sí, está claro que disfruta haciéndolo. —Dudó sobre si debía decir algo más, insegura de la reacción del hombre—. Y eso no es todo. Pretende hacerme creer el delirio de que... me ha comprado.

El tío Edgar mantuvo un silencio siniestro tras la última frase, por lo que continuó.

—Afirma que le va a pagar una gran suma de dinero a cambio de que me entregue usted a él en matrimonio. Si le ha prometido algo, una compensación por todo lo que con tanta generosidad ha gastado en mi bienestar, siento haberle defraudado en sus expectativas, pero...

—En ningún caso voy a sentirme defraudado, señorita Satterthwaite, se lo aseguro.

—No sabe lo que me alegra oír eso, señor, porque no puedo casarme con él. No lo haré. De ninguna de las maneras.

El tío Edgar la miró con frialdad muda durante unos momentos.

—¿Sabe usted cómo me gano el pan de cada día, señorita Satterthwaite? —preguntó por fin—. Descubriendo oportunidades de inversión. Se podría decir que tengo una habilidad innata y sobrenatural para eso. Pero las inversiones siempre implican cierto riesgo. Cada vez que fallo, pierdo la confianza de los caballeros que invierten conmigo. Y pierdo dinero. El dinero que hace, por ejemplo, que mis hijas lleven vestidos bonitos y de calidad. Y que sirve para proveer sus dotes.

Las implicaciones de lo que decía cayeron como una losa sobre ella.

—No me había dado cuenta de que pasaba por dificultades económicas, señor.

—Todavía no estamos en la ruina, aunque la... debacle de la noche pasada no ha ayudado a mejorar la situación. Si Heywood se hubiera mantenido en la carrera...

—El tío Edgar negó con la cabeza—. Pero nada de eso importa a la luz de su matrimonio inminente con el duque de Moreland. Una alianza como esa arreglaría todos los fallos de los últimos seis meses. Y también aseguraría mi posición social... y la de mis hijas.

Philly no sabía muy bien qué decir. No pretendía hacer sufrir a sus primas por causa de su decisión. Odiaba la idea. Pero ¿casarse con el duque de Moreland? ¿Un individuo tan frío y cruel? Todo su ser se rebelaba ante la sola idea de hacerlo. Se había pasado la vida siendo obediente y amable, haciendo siempre lo que se esperaba de ella, aun a costa de su propia felicidad. Pero esto era demasiado.

—Quiero ayudarle, pero no puedo hacer lo que me pide.

Una vez más, a mirada de su tío destiló frialdad.

—¿Cómo es posible que sea tan inconsciente respecto a su situación? Debo decirle que me parece asombroso. Carece de fortuna, no tiene relaciones... En pocas palabras, nada que ofrecer excepto una belleza que podríamos calificar de única.

Controló la indignación que le habían producido sus palabras.

—Mi abuelo era un caballero. Y mi abuela, como bien sabe usted, era hija de un conde. Puede que no disponga de un patrimonio, pero soy de familia noble.

—Usted no tiene familia, señorita Satterthwaite.

Fue como si la abofeteara. Incluso peor.

—Debo hacerle pensar con mucho cuidado en lo que la esperaría si se viera obligada a marcharse de mi casa con sus cuatro chuchos. ¿Con quién se iría? No hay nadie que pueda acogerla y Londres no es un lugar muy recomendable para una mujer sola.

Se apretó las manos, que descansaban en el regazo, para evitar que le temblaran.

—No tiene por qué pensar en echarnos de su casa, señor —dijo, intentando no demostrar lo mucho que le habían afectado sus palabras—. Mi intención es conseguir un buen matrimonio y voy a trabajar en eso con denuedo. Solo he acudido a un baile. Si tiene paciencia, le aseguro que conoceré a un hombre mucho más adecuado. En el próximo baile...

—No, señorita Satterthwaite, no habrá más fiestas ni más bailes. De hecho, creo que lo mejor será que se quede en su habitación hasta que vuelva el duque el sábado.

Philly se quedó clavada en el sofá, sin poder moverse siquiera, mientras el significado completo de las palabras de su tío permeaba en su entendimiento. Repasó a toda velocidad lo que había pasado desde el día que Edgar Townsend

había llegado a Satterthwaite Court. Con claridad nauseabunda, todo adquirió relieve y significado. Lo único que podía preguntarse ahora era cómo podía haber sido tan ingenua y estado tan ciega como para no haberlo visto venir.

—Pensaba que se me había traído aquí durante la temporada para conseguir un matrimonio ventajoso con alguien —dijo—. Con cualquiera. Pero no era así, ¿verdad? Toda la preparación no era para la temporada en sí, sino para un hombre en particular.

—No se lo voy a negar.

—Por eso solo he ido al baile de los Worthing y por eso no me ha permitido ir de visita a ninguna casa con Elizabeth y Abigail. Y por eso mis paseos por el parque se han controlado de una forma tan estrecha. Por eso no se me ha permitido encontrarme con nadie ni hablar con nadie. —Philly, angustiada, frunció las cejas—. No querían que conociera a ningún otro caballero que buscara esposa, ¿no es cierto? Solo estaba aquí para el duque, para nadie más...

—Moreland es uno de los hombres más ricos de Inglaterra —recalcó el tío Edgar con tono de impaciencia—. ¿Le sorprende que haya trabajado para que se encontraran?, ¿que me haya volcado en conseguir este enlace?

—No —confirmó Philly en voz baja—. No me sorprende lo más mínimo. Hace tiempo que me di cuenta de que tanto la señora Vale como usted albergaban esperanzas a ese respecto. Pero nunca habría podido imaginar que... —Incrédula, negó con la cabeza—. Cuando usted llegó a Satterthwaite Court dijo que me costearía una temporada para que encontrase una pareja adecuada. No me dijo que no iba a tener la posibilidad de escoger al hombre con el que casara, ni, por supuesto, tampoco me informó de que ya había escogido usted por mí. De haber conocido todos los pormenores del plan, jamás hubiera aceptado venir.

—En cualquier caso, ahora está usted aquí. Tras unos cuantos días de reflexión, creo que terminará haciendo lo que debe. —Se levantó—. Ya hemos hablado suficiente por hoy, señorita Satterthwaite. Creo que el asunto la está sobrepasando.

Philly también se puso de pie. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero no había peligro alguno de que se desmayara.

—No estoy sobrepasada y tampoco soy una niña. He cumplido veintitrés años. Tengo derecho a casarme con quien quiera.

—¿Que tiene derecho? —La miró alzando la cabeza y arrugando la nariz—. ¿Quiere usted saber cuáles son mis derechos? Tengo derecho a expulsarla de mi casa en este mismo momento, a echarla sin darle ni un penique. Tengo derecho

también a acabar con esos cuatro chuchos que me destrozan el jardín. Los dos tenemos derechos, señorita. No se olvide de eso.

Se lo quedó mirando, asombrada del todo.

—¿Está usted amenazando a mis perros, señor?

—Yo no me dedico a amenazar, señorita Satterthwaite. Soy un hombre de negocios. Trabajo solo con hechos y cifras. Y el hecho es que puedo ser muy tolerante con usted mientras se comporte como una invitada agradecida y obediente; pero, si actúa de otra manera, debo decirle que esas bestias están a punto de agotar mi paciencia. Permití que los trajera aquí como un gesto de buena voluntad, pero no veo a ninguno de esos animales demasiado apto para la vida. De hecho, uno de ellos ni siquiera puede andar.

Con cada palabra que pronunciaba, Philly se iba quedando más fría. Todo lo que se le había venido a la cabeza para argumentar con lógica y razones moría en sus labios. Por primera vez vio a Edgar Townsend como lo que era: un demonio.

Capítulo 13

La biblioteca del conde de Gordon y la de Edgar Townsend eran tan diferentes como la noche y el día. La del conde no estaba pensada para los negocios ni las altas finanzas, y el mobiliario no se había escogido para intimidar ni abrumar. Era una habitación pensada para leer o estudiar con tranquilidad, con estanterías innumerables de madera oscura llenas de libros que se notaba que habían sido utilizados, un gran globo terráqueo al que sostenía un pedestal de caoba y mapas de los continentes colocados en los extremos de la mesa, enorme y protegida por un cristal. Las paredes, decoradas con paneles de madera que no agobiaban, y el suelo, cubierto de alfombras de tonos rojizos, contribuían al confort del lugar. Toda la habitación transmitía moderación, buen gusto, tradición y lujo discreto.

Tras un almuerzo ligero, Arthur se había recluido allí, como hacía cuando estaba en la capital. Sentado en una butaca de cuero frente a la chimenea, tenía un libro apoyado en el regazo e intentaba concentrarse en la lectura, pero la mayor parte del tiempo se sorprendía mirando las llamas temblorosas de la chimenea. Se distraía con facilidad tras haber abandonado la fiesta posterior a la cena que había ofrecido Edgar Townsend la víspera. No era capaz de concentrarse en nada.

Pensaba sobre todo en cómo se habría enfrentado a la situación que estaba viviendo si en esos momentos fuese el hombre que era antes de ir a la guerra. ¿Regresaría a Somersetshire? ¿Se resignaría a no volver a ver nunca a la señorita Satterthwaite?

No.

El antiguo Arthur Heywood se quedaría en Londres y emplearía todas sus fuerzas y capacidades para conseguirla. Iría a todos los bailes a los que ella

acudiera y le solicitaría el vals de honor. La invitaría a cabalgar y a dar largos paseos por el parque. Se ofrecería a acompañarla, a ella y a sus primas, a la ópera, al anfiteatro de Astley y a contemplar los fuegos artificiales de los jardines Vauxhall. Acudiría a todas las diversiones londinenses que había evitado durante la mayor parte de su vida. Haría todo lo necesario para estar en su presencia, lo que fuera para ganarse su corazón.

Se trataba de una fantasía sin sentido que no servía para otra cosa que para hundirlo más en el estado melancólico en el que se encontraba. Nunca había perseguido a una mujer de una forma tan decidida y le resultaba ridículo imaginarse haciéndolo. Por otro lado, incluso aunque no hubiese resultado herido en la guerra, no era nada probable que la señorita Satterthwaite pensara en él como en algo más que un amigo. Estaba a punto de convertirse en duquesa, nada menos. Y, como había dicho Reggie Forsythe, ¿qué era un segundo hijo en comparación con un duque?

Arthur estaba en mangas de camisa, sin corbata ni pañuelo al cuello, y con el pelo despeinado. Su apariencia reflejaba muy bien el estado de ánimo inquieto en el que se encontraba. No podía hacer otra cosa que soportarlo y, si acaso, darse a la bebida. No era ni mucho menos su costumbre, y en general desdeñaba a quien actuaba de esa manera, pero, tras despedirse de la señorita Satterthwaite en la sala de estar de Townsend, no veía otra alternativa mejor.

Iba a servirse brandi del decantador, que descansaba sobre la mesa auxiliar de mármol situada al lado del sillón, cuando el mayordomo de su padre entró en la biblioteca sin hacer apenas ruido.

—Hola, Underhill. ¿Ocurre algo?

—Ha venido un joven que quiere verle, capitán Heywood. Le he dicho que usted no desea recibir visitas, pero insiste mucho. Dice que se le ha encomendado entregarle una nota urgentísima.

Desde su llegada a Londres, Arthur no había recibido ni una sola visita. No tenía ninguna intención de empezar ahora.

—Puede dejarle la nota a usted sin ningún problema.

—Eso le dije, pero insiste en entregársela en persona.

Por primera vez, Arthur miró con cierto interés al mayordomo.

—¿Le ha dicho de dónde viene?

—Su nombre es William, señor. Trabaja para el señor Edgar Townsend.

Arthur frunció el ceño. ¿Qué diablos podía querer de él Townsend? Le había dicho al inversor, en términos que no dejaban lugar a dudas, que su padre no iba a

hacer negocios con él. Así que no había nada que añadir al respecto.

—¿Quiere que le mande a un lacayo para que le... obligue a marcharse? —preguntó Underhill con tono indiferente—. No parece dispuesto a hacerlo de buen grado, señor.

Arthur juró entre dientes. ¡Qué descarado era el maldito Townsend!

—Hágalo pasar. Ya me encargo yo.

Underhill salió de la habitación y volvió al cabo de unos segundos con el criado de Townsend pisándole los talones.

Arthur se apoyó en el respaldo del sillón y miró al joven. La librea que llevaba lo identificaba como miembro del servicio de Townsend.

—¿Tienes una nota para mí?

—Sí, señor. —William miró de soslayo a Underhill, que seguía de pie muy cerca de él—. Se me ha encargado que se la entregue en privado.

Arthur suspiró. Empezaba a cansarse un poco del asunto.

—Déjenos, Underhill.

El mayordomo inclinó la cabeza y salió sin decir palabra.

—¿Y bien? —lo apremió Arthur.

William sacó una carta del chaleco y se la ofreció a Arthur.

—Puede irse —dijo Arthur tras recogerla—. Ya ha cumplido el encargo.

—No, señor. La señorita me indicó que debía quedarme hasta que tuviera usted una contestación.

Arthur se puso rígido y, muy despacio, alzó los ojos para mirar a la cara al joven criado.

—¿La señorita...?

—Sí, señor, la señorita Satterthwaite. Dijo que me quedara con usted mientras leía la carta y que... —William dudó—. Por favor, señor, debo regresar con una respuesta. Ella la espera.

Arthur abrió el sobre con un movimiento rápido. Era una nota corta, escrita con letra uniforme y elegante. La leyó deprisa y, al terminar, la releyó.

Querido señor:

Perdone mi atrevimiento al escribirle. Jamás me habría atrevido a hacerlo si no se tratase de un asunto de importancia extrema. Usted es mi único amigo en Londres y espero de todo corazón que halle la forma de hacerme el favor que le voy a pedir. ¿Podría reunirse conmigo mañana al amanecer en el banco en el que hablamos por primera vez?

Espero su respuesta.

Su amiga,
P.

Arthur se quedó con la vista fija en la hoja de papel, víctima de emociones intensas y contradictorias. Phyllida Satterthwaite no le había parecido el tipo de mujer capaz de escribirle una carta a un caballero soltero y mucho menos de solicitar y organizar una reunión clandestina con él. Y el que lo estuviera haciendo lo preocupaba muchísimo.

—Hay una cosa más, señor. Me pidió que le dijera... —William frunció el ceño —. Me pidió que le dijera que, tomara usted la decisión que tomase, la buena opinión que tiene de usted no se vería alterada. Me pidió que me asegurara de que usted lo entendía.

—¿Sabes qué está pasando, lo que hay detrás de todo esto? —preguntó Arthur —. ¿Ha pasado algo en casa de Townsend?

El joven criado bajó la mirada.

—No tendría que decir nada, señor. El señor Townsend es... A veces puede ser... Bueno, sea como fuere, estoy a su servicio.

—Pero allí ha pasado algo malo, ¿verdad?

—Sí, señor.

—William, mírame.

El joven criado alzó la mirada de inmediato.

—Sí, señor.

—¿La señorita Satterthwaite está bien?

—No, señor, no —contestó William negando con la cabeza—. Está muy preocupada. De hecho, no la había visto así desde que llegó. Espero que su respuesta la ayude a estar mejor. Si me facilita su nota, podré volver a casa del señor Townsend enseguida. Si sigo aquí más tiempo, el señor Evans va a notar mi ausencia y de ser así voy a tener muchos problemas. Hasta podría perder mi trabajo.

Arthur volvió a mirar la nota. Lo dominaba la frustración. Sus limitaciones actuales le pesaban más que nunca. No tenía capacidad de intervención. Fuera lo que fuese lo que había pasado en casa de Townsend, seguramente no podría hacer nada para ayudar a la señorita Satterthwaite. ¿Por qué se había dirigido a él? ¿Cómo esperaba que pudiera ayudarla? ¿Acaso no se daba cuenta de que él ya no estaba en condiciones de ayudar a nadie en nada?

—William —dijo de repente.
—¿Sí, capitán Heywood?
—Dígale a la señorita Satterthwaite que mi respuesta es sí.

Capítulo 14

Arthur le ordenó al cochero que lo dejara en la entrada del parque. No sin dificultades, avanzó por la poco transitada senda que conducía al banco en el que iba a encontrarse con Phyllida Satterthwaite. A esas horas, cubría el parque una capa profunda de niebla que rodaba cercana al suelo y se colgaba de los árboles florecidos. Por el horizonte asomaba un destello mínimo y plateado de luz solar, todavía demasiado débil como para aportar algo de calor al ambiente.

No tuvo que esperar demasiado para oír en la distancia el ladrido de un perro. No era algo raro a primeras horas de la mañana y de entrada no le prestó excesiva atención. Pero cuando el perro volvió a ladrar, y bastante más cerca, se levantó del banco expectante.

Segundos más tarde surgió de la niebla la figura gigantesca y peluda de *Basil*. La señorita Satterthwaite estaba a su lado, los jirones de niebla le rodeaban la capa de terciopelo marrón claro. Mientras se aproximaba, se echó hacia atrás la capucha que le cubría la cabeza. En ese preciso instante, el sol asomó desde detrás de los árboles, iluminándole el pelo y la cara con un halo de luz dorada.

—¡Capitán Heywood! —exclamó al tiempo que exhalaba un suspiro de alivio.

Arthur se quedó mirándola, resplandecía a la luz temprana del sol.

—Señorita Satterthwaite.

La joven se sentó en el banco, desparramando la capa a su alrededor.

—Le agradezco mucho que aceptara este encuentro, señor.

Arthur se sentó a su lado. Ahora que los rayos del sol no le incidían en paralelo contra la cara, pudo darse cuenta de que llevaba suelto el pelo, que le caía sobre uno de los hombros en una masa de ondas oscuras y lustrosas apenas sujeta por una cinta de satén. Le costó contenerse y no contemplarlo durante más tiempo de

lo que resultaba apropiado.

—El criado que me entregó su nota dijo que en casa de Townsend había sucedido algo que la había disgustado.

—¿Eso le dijo? —Bajó la cabeza—. Pues... la verdad es que las cosas no han ido bien desde la última vez que nos vimos.

—Siento oír eso, señorita.

—No me gustaría que pensara que actué a la ligera al escribirle la nota. De no haber sido imprescindible, ni se me hubiera ocurrido actuar con tanto atrevimiento. El caso es que, tal como le decía en la cartita, usted es el único amigo que tengo en Londres, por lo que no puedo acudir a nadie más. Espero que no se lo tome a mal...

—No se preocupe lo más mínimo —la tranquilizó Arthur—. Estoy a su servicio.

Pareció animarse ante esas palabras. Lo miró con ojos más brillantes de lo habitual.

—Señor, ¿puedo preguntarle si sigue siendo su intención salir mañana hacia Somersetshire?

—Sí. Me iré a primera hora de la mañana.

—En tal caso, me gustaría pedirle, más bien rogarle, que se llevara a mis perros al campo con usted.

Arthur parpadeó de puro asombro.

—¿Quiere que me lleve a sus perros?

—Sí, eso es lo que quiero. Con todas mis fuerzas. Desde el primer momento me di cuenta de que hacían buenas migas con usted. Hasta *Fox* permite que lo toque. ¿No se acuerda? No le darán apenas problemas. De hecho, se desenvolverán muy bien en el campo. Y sé con certeza que no será cruel con ellos, capitán Heywood, porque he comprobado lo amable que es usted. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. *Fox* tendrá que permanecer dentro de la casa durante la noche, ya que su lesión requiere calor. El resto de los perros puede pernoctar sin problemas en el establo. *Jasper* y *Dash* son muy buenos cazadores de ratas, y *Basil* es el perro guardián más aterrador que se puede tener en una hacienda. Si pudiera...

—Señorita Satterthwaite —la interrumpió con delicadeza—, ¿qué ha pasado?

* * *

Philly se frotó los ojos con las manos para intentar eliminar las lágrimas que se le iban acumulando y cuando las retiró vio que el capitán Heywood le ofrecía un

pañuelo de lino para que se las enjugara. Lo tomó agradecida.

—Mi tío dice que va a acabar con ellos. —La confesión le produjo un sollozo que trató de controlar como pudo—. No creo que sea una amenaza vana. Si no hago lo que él quiere, no tendrá ningún problema en cumplirla, en acabar con ellos, como ha dicho. Me lo ha dejado muy claro.

El capitán Heywood se acercó un poco más a ella, adoptando una postura protectora bastante peculiar.

—¿Por qué ocurrió eso? ¿Qué es lo que quiere que haga?

Philly se secó las lágrimas con el pañuelo e intentó recomponerse. Su intención había sido hablarle solo de los perros, pero al mirarlo se dio cuenta de que tenía los ojos fijos en ella con la misma expresión comprensiva que ya le había visto muchas veces antes. Era su único amigo. Si no compartía con él sus desgracias, ¿con quién iba a hacerlo? No había nadie más.

—¡Oh, capitán Heywood! —susurró—. Ayer, el duque de Moreland hizo una oferta de matrimonio. Y, como no la acepté...

—¿Rechazó al duque de Moreland?

—Así es, capitán. Jamás me casaría con un hombre como él. Pero no va a aceptar mi negativa. Me dijo... me dijo que me había comprado a mi tío. Que me había adquirido como a cualquier otra obra de arte de su colección.

—¡Maldito canalla! ¿Eso ha hecho?

—Me temo que sí, señor. Vino acompañado de su abogado, que preparó los papeles con mi tío. Se pasaron dos horas negociando el precio. —Volvió a llevarse el pañuelo a los ojos tras un nuevo sollozo—. He averiguado que mi tío estaba detrás de todo el plan desde el día que me conoció en Fox Cross. Me mintió y me engañó. Toda la ropa, las lecciones de baile, absolutamente todo..., ¡nada era para la temporada! Pretendía aislarme de todo el mundo, excepto del duque.

El capitán Heywood permaneció en silencio mientras atendía al relato. Y fue justo ese silencio, que le pareció comprensivo, el que animó a Philly a compartir mucho más de lo que pretendía. Antes de que se diera cuenta, toda la historia le había brotado de la boca como un torrente tras una tormenta. No se dejó nada.

Le habló del comportamiento del duque en el vals en el baile de los Worthing, de la forma perversa de golpear a sus perros en el carruaje durante el paseo por el parque, de la forma de amenazarla en la biblioteca y de lo mucho que disfrutaba viéndola sufrir. Le repitió todo lo que le había dicho, incluso las afirmaciones que le habían causado una vergüenza profunda en su femineidad. Y, lo más doloroso de todo, le reveló la participación de su tío en todo el asunto y la decepción

enorme que sufrió al conocer su auténtica naturaleza.

Mientras hablaba, el capitán Heywood mantenía la mirada fija en la distancia y una expresión inescrutable. Con cada nueva frase, parecía ensimismarse más.

—Sospecho que el único motivo por el que me permitió traer a los perros a Londres fue que pensaba utilizarlos para obligarme a aceptar su plan —afirmó Philly—. De haberme conocido, aunque solo fuera un poco, se habría dado cuenta de que esas amenazas iban a tener el efecto contrario. En cuanto me las hizo, tomé la decisión de abandonar su casa para siempre. Estoy convencida de que podré encontrar un puesto de acompañante, incluso de institutriz. Tengo la intención de acudir hoy mismo a una agencia de colocaciones, pero primero debo asegurarme de que mis perros estén sanos y salvos. Por eso le escribí, capitán Heywood.

Al principio, Philly no se había dado cuenta de que el capitán había dejado de prestar atención. No obstante, tras ir acercándose al final de la historia sin que dijera una sola palabra, se dio cuenta de que lo estaba aburriendo o, incluso peor, enfadándolo por lo que le decía.

Con independencia de lo que él hubiera querido saber cuando le preguntó, estaba claro que le había contado demasiado. ¿Tal vez había revelado demasiadas cosas sobre el comportamiento de Moreland? Estaba claro que no era adecuado que una dama revelara los defectos de un pretendiente, al margen de que las quejas estuvieran justificadas. Estaba a punto de compartir con él esas reflexiones cuando se le anticipó.

—Señorita Satterthwaite, su situación es muy infortunada, pero, como puede ver, yo no estoy en condiciones de hacer nada al respecto. —Su tono parecía tener un punto de amargura.

Philly nunca le había oído hablar así, lo cual la puso en guardia de inmediato.

—Creo que me ha malinterpretado, capitán. No era mi intención que usted hiciera nada..., excepto, bueno, tengo la esperanza de que se pueda llevar mis perros a Somersetshire.

—Moreland la ha insultado a usted muy gravemente.

—Todo irá bien, no se preocupe. Siempre y cuando...

—Y Townsend también.

Philly no sabía qué le estaba pasando. Se comportaba de una forma muy extraña.

—Eso no importa. Me da igual lo que hayan hecho.

—Por supuesto que importa, señorita Satterthwaite. Como un caballero que

soy, me importa a mí. Y, sin embargo, no puedo hacer nada al respecto. Apenas soy capaz de andar, así que, ¿cómo voy a poder retar a ninguno de ellos...?

—¡Ni se me ocurriría permitir que lo hiciera! —protestó, horrorizada ante la perspectiva—. La única razón por la que le escribí fue para...

—Para que me llevara a sus perros. Ha sido usted insultada y amenazada, pero mi labor como caballero es salvar y cuidar a sus perros.

—¿No lo va a hacer?

—Por supuesto que lo voy a hacer. Al menos sus perros estarán a salvo. —El capitán Heywood apretó el bastón con mucha fuerza—. Pero ¿qué me dice de usted, señorita Satterthwaite? ¿Quién la mantendrá a salvo a usted?

—No hay motivo para que se preocupe por mí, señor. Estoy convencida de que todo va a ir bien. No tengo tanto orgullo como para que me importe trabajar y ganarme la vida, y no me da ningún apuro buscar un empleo. Tal vez hasta pudiera encontrar un trabajo en el campo, lejos de Londres.

—Moreland no la va a dejar en paz, señorita. Nunca. ¿Es que no se da cuenta de eso? Da igual que usted huya de Townsend. Si la busca, la va a encontrar, y también la manera de tenerla. Ya fuera como institutriz o como dama de compañía, sería usted tan vulnerable o incluso más de lo que lo es ahora.

Sintió un escalofrío en la columna. Era verdad. El día anterior, en la biblioteca, Moreland le había dicho más o menos lo mismo.

—Señor, lo que usted dice da a entender que mi situación es desesperada, que no tengo salida. Y es muy posible que así sea. Pero ¿qué me propone que haga? ¿Que renuncie a mi plan de irme y trabajar, y consienta en casarme con el duque para convertirme en una de sus propiedades?

—Hace tres años le habría propuesto que yo acabara con él de un balazo —dijo con crudeza el capitán Heywood—. Pero ahora no estoy en condiciones de ofrecerle esa salida. En realidad, señorita Satterthwaite, lo único que ahora puedo ofrecerle es... mi apellido, pese a que no vale nada y a que seguro que usted no lo desea.

Philly se lo quedó mirando. No fue capaz de encontrar ninguna emoción en el gesto de él, que seguía con la mirada perdida en la distancia. Además, no había comprendido el significado de sus palabras.

—¿Perdone?

—Solo hay una forma de conseguir que usted esté fuera del alcance de Moreland, y es que se case con otro. Si de verdad está tan desesperada, puede que... tomara en consideración la posibilidad de casarse conmigo.

—¿Casarme con usted? —Philly no salía de su asombro.

—Sería un matrimonio nominal, por supuesto —explicó—. Una forma de protegerla, de mantenerla a salvo de Moreland.

Su comportamiento la confundía por completo. No había compasión en sus ojos ni en su tono. Al contrario, hasta parecía enfadado. ¿Y por qué no la miraba? ¿Acaso había hecho algo mal?

El capitán dejó de hablar y Philly se quedó sin palabras durante lo que le pareció un periodo de tiempo interminable.

De haber sido una verdadera propuesta de matrimonio, porque se hubiera enamorado de ella y deseara que fuera su esposa, habría sabido cómo contestar. ¿Pero un matrimonio solo nominal? ¿En qué consistía eso, qué era? ¿Viviría con él en Somersetshire como si fuera una pariente lejana a la que hubiera acogido en su casa? ¿Se responsabilizaría de gestionar su hogar como en su momento había hecho con Satterthwaite Court para su abuelo?

Había sido un planteamiento desapasionado que se parecía más a una oferta de trabajo como ama de llaves que a una propuesta de matrimonio. Habría tenido que sentirse insultada. No obstante…

Cuanto más lo pensaba, más le atraía la idea. ¿Vivir con el capitán Heywood y no sentirse constreñida cada vez que quisiera hablar con él o estar a su lado? ¿Poder gestionar una casa y una hacienda que fuese suya de verdad? ¿Vivir de nuevo en el campo y pasear sin restricciones? Philly jamás se hubiera atrevido a soñar con una solución tan feliz. De hecho, ni siquiera se había imaginado que pudiera haberla.

Pero cuanto más se ilusionaba con la perspectiva, un peso en el estómago le indicaba más a las claras que era impensable. Había algo intolerable que se desprendía de la situación, tanto para él como para sí misma.

—Capitán Heywood —empezó.

El capitán se estremeció un poco, pero siguió sin mirarla. Apretaba con tanta fuerza el mango del bastón que parecía querer hacerlo astillas.

—Le agradezco muchísimo su amable oferta —dijo—, pero me es imposible aceptarla.

Al oírla, cerró los ojos un momento.

—No puedo permitir que haga usted tal sacrificio. Sería muy cruel para usted y muy injusto. No importa cómo me pueda sentir yo ni lo desesperadas que sean mis circunstancias, nunca podría inmiscuirme entre un caballero y la dama de la que está enamorado.

—¿Se puede saber de qué diablos está usted hablando, señorita? —El capitán Heywood por fin se volvió para mirarla.

La intensidad de su gesto la asombró tanto que no pudo evitar echarse hacia atrás de forma instintiva.

—Pues de lady Eliot, por supuesto. Todo el mundo sabe que está usted enamorado de ella.

—Ah, ¿sí?

—Sí... —confirmó Philly, aunque ahora con ciertas dudas—. Mis primas me lo dijeron el día que fuimos todos a pasear al parque. Me contaron que... tras regresar usted de la guerra, ella rompió su compromiso y se casó con otro, pero que usted seguía enamorado de ella. Y ahora que ha enviudado...

—Señorita Satterthwaite, cuando regresé de la guerra, Caroline Battersby era lo último que tenía en la cabeza. Mi compromiso con ella fue una acción descerebrada propia de un joven sin apenas capacidad de juicio y sin ninguna inteligencia. Cuando ella lo rompió y se casó con otro, para mí fue una bendita liberación. Antes de la guerra no la amaba y ahora ni siquiera pienso en ella.

Hablaba con total convicción. Philly estaba segura de que decía la verdad. Lo que en ese momento se preguntaba era cómo, para empezar, había sido capaz de creer a sus primas.

El capitán la observaba, atento a su reacción.

—Lo cierto es que esperaba que usted, pese a lo poco que la conozco, se hubiera dado cuenta de que mi deseo de soledad no podía tener nada que ver con la necesidad de olvidarme del amor de una dama de la alta sociedad. Puedo asegurarle, señorita Satterthwaite, que, desde hace mucho tiempo, es usted la única persona cuya compañía puedo tolerar.

El corazón le latió con fuerza.

—Capitán Heywood, yo...

—Me repele tanto como a usted la idea de que se case con el duque —la interrumpió, aprovechando sus dudas a la hora de completar la frase—. Tiene usted toda la razón, es un individuo cruel que seguro que le haría vivir una existencia lamentable. Me gustaría muchísimo estar en condiciones de poder ayudarla a evitarlo de una forma más radical, pero en estos momentos apenas soy capaz de caminar por un salón sin ayuda. Y aunque, como ha podido comprobar, sí que puedo ayudarla a trinchar el cordero, sería incapaz de apuntar una pistola con la mano izquierda.

Philly se dio cuenta de que intentaba dar un matiz irónico a su tono, lo cual

contribuyó a que se sintiera muy triste, pese a que no entendía del todo el porqué. Sin pensar en la incorrección social del gesto, con mucha dulzura le colocó la mano sobre el brazo. El capitán se puso rígido de inmediato.

—Su apellido es más que suficiente, capitán. Será un honor para mí llevarlo.

Quedó muy claro que esa no era la respuesta que esperaba el capitán Heywood. Al oírla, la miró a la cara con un gesto que parecía cercano a la desesperación.

—Señorita Satterthwaite..., creo que no la he entendido bien. ¿Ha querido decir que va a casarse conmigo?

—Sí, capitán. Voy a casarme con usted. Pero me siento obligada a decirle una cosa... Puede que no haya tenido usted en cuenta que... la solución que me ofrece solo implica beneficios para mí.

No respondió de inmediato. De hecho, le pareció que seguía estando muy afectado por su respuesta. Pero, cuando por fin contestó, la amargura y la frustración que había transmitido su tono hasta ese momento habían desaparecido.

—Estoy seguro de que no tiene razón, señorita.

Philly le retiró la mano del brazo.

—Me gustaría que no fuera así, pero el hecho es que, en lo que se refiere a fortuna y relaciones, no tengo nada que ofrecer. No cabe la menor duda: si se casa conmigo, estaré siempre colgada de su brazo a todos los efectos.

—Ese tipo de beneficios a los que se refiere no significan nada para mí.

—¿Lo dice de verdad?

—Menos que nada.

—Me alegra oírlo, pero me temo que hay más cosas. —Philly bajó los ojos, lamentando que su conciencia la obligara a ser tan honesta con él—. Me pregunto si ha pensado en lo que ocurriría si, en algún momento, encontrara a una dama por la que sintiera verdadero afecto.

—Señorita Satterthwaite, a ese respecto no ha de sentir la menor preocupación. Le puedo asegurar con total convencimiento que nunca habrá otra mujer con la que desee casarme.

Philly alzó la vista para mirarle a los ojos.

—Estoy segura de que usted piensa que me preocupo por nimiedades, pero si no dijera nada sería muy egoísta por mi parte.

—Es usted la persona menos egoísta que he conocido. Y ahora, dígame, por favor, ¿tiene alguna otra advertencia que hacerme?

—No... Bueno, quiero decir que tal vez habrá más, pero en estos momentos no

soy capaz de pensar en ellas.

La miró con gesto solemne.

—¿Y su respuesta a mi proposición sigue siendo afirmativa?

—Sí, por supuesto que sí. Pero ¿cómo vamos a poder llevarla a cabo? El duque va a volver el sábado y mi tío puede cumplir la amenaza respecto a los perros en cualquier momento. No hay tiempo...

—Hay tiempo suficiente. No tendré problemas para obtener una licencia especial de matrimonio que evite las amonestaciones públicas. Podemos casarnos mañana por la mañana y salir sin demora hacia mi hacienda en el oeste. A no ser que... —El rostro se le revistió de una expresión de gravedad—. ¿Cree que sería seguro para usted pasar otra noche en casa de Townsend?

A Philly empezó a darle vueltas la cabeza. ¡Casarse a la mañana siguiente!

—Sí, supongo que sí, pero... ¿de verdad quiere que nos casemos mañana por la mañana?

—Eso nos permitiría salir de inmediato a Somersetshire. Ya tengo organizado el plan de viaje y, cuanto antes se aleje usted de Londres, mucho mejor.

—Pero si usted fuera a visitar a mi tío y le informara de sus intenciones, quizá...

—Su tío jamás recibiría bien una propuesta mía. Moreland y él hasta podrían tomar medidas para impedir nuestro matrimonio. No. Es mucho mejor que no sepan nada hasta que todo esté hecho.

—Sí, tiene toda la razón. —Se sentía abrumada, pero también algo más tranquila al ver que el capitán Heywood controlaba la situación. De hecho, parecía justo lo que había sido: un oficial planificando una campaña militar.

—Voy a organizarlo todo. Usted solo tiene que preocuparse de encontrarse conmigo por última vez mañana por la mañana. —La miró a los ojos—. Confíe en mí, señorita Satterthwaite, es lo único que le pido.

—Confío en usted, capitán Heywood —dijo con toda el alma—. Confío en usted tanto como para poner mi destino, y el de mis perros, en sus manos. Sé que no nos va a defraudar.

La miró con una intensidad extraordinaria.

—Pondré todo mi empeño en que las cosas salgan bien.

Capítulo 15

Al salir del parque, Arthur le ordenó al cochero que lo condujera al Colegio de Abogados Civiles. El sirviente reaccionó con una mirada de sorpresa, pero obedeció sin decir palabra. Una vez allí, Arthur se encargó de formalizar el papeleo en la oficina del arzobispado y se sentó a esperar al empleado que iba a redactar la licencia especial de matrimonio.

Mientras aguardaba, se dedicó a planificar los siguientes pasos, intentando centrarse de la forma más desapasionada posible en las tareas que había que hacer. Permanecer tranquilo le resultó más difícil de lo que pensaba, porque cada pocos minutos la realidad de la situación volvía a caerle encima con todo su peso y experimentaba una sensación extraña de euforia al darse cuenta de que, de hecho, iba a casarse con Phyllida Satterthwaite.

No había planeado pedirle matrimonio. De hecho, su propuesta había comenzado como una reacción a toda la confianza que había depositado en él. Al principio esa franqueza había dado lugar a una frustración inmensa ante la imposibilidad de ayudarla, pero, en un momento dado, tuvo claro como el agua que ese era el camino, que debía hacerla su esposa.

Fue esa certeza, esa determinación de mantenerla en su vida a cualquier precio, lo que lo llevó a pronunciar esa frase fatídica: «Sería un matrimonio nominal, por supuesto». Entonces no pensaba ni por asomo que ella pudiera aceptar, e incluso en ese momento, cuando esperaba la licencia que les permitiría casarse, seguía pareciéndole algo imposible. Quizá llegase el momento pactado para el encuentro, el día siguiente por la mañana, y ella no acudiera. O tal vez esa misma tarde le llegase una nota en la que le informara de que había cambiado de opinión.

La joven lo había aceptado bajo la influencia de una emoción intensa. Estaba

asustada y preocupada, abrumada por todo lo que le había pasado con Moreland y Townsend. Tras reflexionar con calma, llegaría a la conclusión de que un matrimonio con él, incluso un matrimonio puramente nominal, no le merecía la pena.

De modo que todos los planes que estaba haciendo no servirían para nada. Terminaría haciendo el tonto. Era una posibilidad bastante clara, pero no se dejó amilanar por ella y continuó con la planificación.

Una vez obtenida la licencia, Arthur le indicó al cochero que lo llevara a la oficina del abogado de la familia, el señor Ombersley.

Ombersley era muy ducho en casi todas las ramas de la abogacía y no puso ninguna objeción a llevar a cabo los encargos que le hizo Arthur para actuar en su nombre. También le facilitó la dirección de un clérigo que no tendría inconveniente en oficiar la ceremonia a una hora tan temprana y avisado con tan poca antelación.

Una vez obtenida la información, Arthur marchó a ocuparse del siguiente recado.

A cada nueva parada que hacía, el esquema del plan iba tomando cuerpo y al cochero cada vez le costaba más no mostrar el asombro que lo embargaba. Cuando Arthur le indicó que se desplazara a una joyería de Bond Street, el criado, en general inexpresivo, no pudo reprimir una sonrisa.

Arthur nunca había estado tanto tiempo fuera de casa en toda su estancia en Londres. Estaba exhausto, pero, pese a que le dolía la pierna tras el trasiego de la mañana, en realidad no le causaba ni mucho menos la agonía que hubiera esperado. Empezaba a pensar de modo vago que todos esos paseos por el parque para hablar con la señorita Satterthwaite hasta podrían haberle venido bien.

En cualquier caso, seguía muy lejos de hallarse en las condiciones adecuadas. Si el aliciente no hubiera sido tan grande, no se habría arriesgado a una visita a Bond Street. En ese momento del día las tiendas estaban llenas de compradores y las calles atestadas de carruajes, vendedores ambulantes y peatones. Era más que probable que se encontrara con algún conocido o, aún peor, con algunos de los muchísimos cotillas que siempre estaban a la búsqueda de nuevos rumores que propagar en la alta sociedad de Londres.

Por fortuna, la joyería no estaba abarrotada y, dado que se trataba de un establecimiento del que la familia Heywood era cliente desde hacía varias generaciones, reconocieron a Arthur, a quien el propietario atendió casi de inmediato.

—¿Una alianza ha dicho, capitán Heywood? —El joyero estaba exultante—. Por supuesto, caballero.

La intención de Arthur era adquirir un anillo simple de oro, algo digno y sin romanticismo. Pero estaba apoyado en el mostrador cuando un destello le llamó la atención de manera muy parecida a como le había ocurrido ya muchas veces con la señorita Satterthwaite.

El joyero, sagaz, siguió la mirada de Arthur y, sin decir palabra, le puso delante el anillo para que lo examinara. Era de oro, con cinco rubíes ovalados incrustados, y lo adornaba una guirnalda floral intrincada. Se trataba de una alianza estrecha y muy elegante.

—Como puede apreciar, las piedras son perfectas. Y el labrado manual es exquisito.

Al observar ese anillo tan delicado, recordó su error al confundir con rubíes los adornos de cristal de los alfileres del pelo de la señorita Satterthwaite. De repente, sintió la necesidad de entregarle rubíes de verdad y, tras un regateo breve con el joyero, se formalizó la compra.

Mientras esperaba a que se lo envolvieran, echó un vistazo al resto del género de la joyería. Había mariposas de filigrana con ojos de zafiros, collares relucientes de perlas y tabaqueras con distintos tipos de incrustaciones. Entre los adornos relucientes, le llamaron la atención unos pendientes de rubíes. No eran muy distintos de la alianza que había adquirido y, cuando el propietario volvió con la caja envuelta con elegancia, Arthur le pidió que se los enseñara.

Mientras estaba de pie frente al mostrador mirando los pendientes, entraron en la tienda dos nuevos clientes.

—¡Heywood! ¡Menuda coincidencia! —tronó Reggie Forsythe desde la puerta.

Arthur se volvió y en ese momento se dio cuenta de que Forsythe no estaba solo. Colgada de su brazo estaba Caroline Eliot.

Vestía de blanco, con una capa de piel de estilo cosaco alrededor de los hombros. Un sombrerito llamativo remataba el arreglo artístico de la melena rubia y rizada. Al verlo, se llevó la mano enguantada a la boca en señal de sorpresa.

—¡Capitán Heywood! No lo veía desde hace una auténtica eternidad.

Arthur saludó a la pareja con educación, si bien distante. Caroline apenas había cambiado desde la última vez que la había visto, ya hacía varios años. Era tan fría como recordaba y continuaba actuando de forma igual de artificial.

—Por lo menos han pasado seis años desde la última vez que nos encontramos. —Lo miró de arriba abajo, los ojos oscuros muy atentos—. Tiene que contarme

cómo le va.

—Por lo que parece, le va muy bien. —Forsythe se acercó al mostrador—. Comprando rubíes para alguna dama a la que quiere enamorar. Unas baratijas bastante costosas, ¿eh, Heywood? ¿De quién se trata? ¿Alguien que yo conozca?

Caroline se unió a ellos. Agarró uno de los pendientes para examinarlo más de cerca.

—Cuando Forsythe me dijo que le había visto en el club, no me lo podía creer. Ni siquiera sabía que estuviera en la ciudad. Me habría gustado que viniese a hacerme una visita.

—Heywood no está en la ciudad para socializar, querida. Tiene negocios con Edgar Townsend. —Forsythe se apoyó en el mostrador de forma muy estudiada para que su atuendo destacara todo lo posible—. Y, por cierto, Heywood, ¿por qué diablos no me dijiste que ya conocías a la sobrina de Devonshire de Townsend? Tuve que enterarme por Darly. Podrías haberme dado información interesante antes de apostar...

—Capitán, tiene que saber que me remuerde la conciencia desde que le escribí —prosiguió Caroline como si Forsythe no la hubiera interrumpido—. Hasta había sopesado la posibilidad de visitarle cuando acudiera el mes que viene a la fiesta en casa de los Markham. Hasta ese punto me acosa la moral. —Fingió una expresión de pena que perdió cualquier credibilidad cuando se colocó el pendiente junto al lóbulo de la oreja—. Tras la muerte de mi marido, bueno..., me he arrepentido de ciertas cosas.

—Por lo que a mí respecta, no viene al caso. —Arthur negó con la cabeza mirando al joyero, que enseguida retiró los pendientes de rubíes del mostrador.

—Me la presentaron en el baile de los Worthing —continuó Forsythe, a lo suyo —. Y también bailé con ella. Una obra de arte, sin la menor duda. Si hubiera apretado un poco más, igual podría estar en la cola de aspirantes.

—¿Desea usted que le enseñe algo más, capitán Heywood? —preguntó el propietario.

—Eso es todo, gracias.

—No creo que sea nada especial —opinó Caroline con languidez.

—No es rival para ti, ni que decir tiene —apuntó Forsythe de inmediato—. Ni punto de comparación.

—Usted nos ha visto a las dos, capitán Heywood. —Caroline curvó la boca en una felino amago de sonrisa—. ¿Qué opinión tiene? ¿Tiene razón el señor Forsythe? ¿O cree que la señorita Satterthwaite podría rivalizar conmigo?

Arthur la miró solo un momento.

—Phyllida Satterthwaite no tiene rival. —Antes de que pudiera recobrarse de esa afirmación tajante, les dio los buenos días y salió de la joyería.

Capítulo 16

La huida de Philly de casa de su tío en la mañana del viernes fue bastante menos sencilla de lo previsto en la conversación del día anterior. Tras decidirse por un vestido de espiga de muselina y la capa *spencer* azul, se pasó un buen rato intentando peinarse en condiciones. Tenía el pelo tan denso que, cuando lograba colocarse las horquillas y alfileres, volvía a su situación inicial. Tras varios intentos fallidos, por fin consiguió estar más o menos presentable. Después metió en una maleta todos los vestidos que pudo y procedió a bajar las escaleras con los perros.

Al bajar el último tramo de escaleras y dirigirse de la forma más silenciosa posible a la puerta principal de la mansión, oyó voces bastante altas que procedían del vestíbulo de entrada. Prestó atención y se dio cuenta de que se trataba de Evans, el mayordomo, que reprendía a William.

—Puede que sea así, chico —estaba diciendo Evans en un tono mucho menos amable y educado que el que utilizaba de ordinario—. Pero tú no trabajas para la sobrina del señor Townsend, ¿verdad? Trabajas para el propio señor Townsend. Basta de escapaditas al jardín trasero. Si quiere que alguien vigile a sus perros, que lo haga ella misma...

—¡Buenos días! —saludó Philly con alegría mientras bajaba por las escaleras que daban al vestíbulo—. Voy a la explanada de hierba de enfrente a pasear a los perros.

Evans se volvió para mirarla y fijó la vista en la maleta que llevaba.

—Señorita Satterthwaite, son las cinco y media de la mañana.

—Tampoco es tan temprano. En el campo me levanto muchas veces a esa hora, incluso antes. Además, no puedo dormir y me apetece respirar aire fresco. Si nadie

puede acompañarme, no hay problema: iré sola con mis perros...

—El señor Townsend y la señora Vale no lo permitirían —afirmó Evans con el ceño fruncido—. ¡Yo no lo voy a permitir!

Controló la ansiedad creciente que sentía y avanzó decidida hacia la puerta de entrada.

—Basta de tonterías, Evans. Estoy decidida a salir y no voy a perder ni un segundo más —dijo con sequedad.

—¡Espere un momento! —Evans avanzó hacia ella como si pretendiera cortarle el paso o incluso sujetarla.

Basil gruñó amenazador y *Fox* lo imitó desde los brazos protectores de Philly. Evans, precavido, dio unos pasos hacia atrás.

Aprovechó la oportunidad. Rodeada de sus perros, avanzó hacia la puerta y la abrió.

—¡William! —llamó Evans—. ¡Ve tras la señorita Satterthwaite! Asegúrate de que no vaya más allá de la explanada. ¡Y de que regrese pronto! —Los miró a ella y a los perros—. Tendré que enviar a una doncella para que despierte a la señora Vale. El señor Townsend y ella ordenaron que no saliera de la casa...

—Haga lo que crea que debe —contestó Philly y, sin esperar más, salió por la puerta de la mansión.

Se le aceleró el pulso mientras, acompañada de cerca por los perros, bajaba los escalones hasta la calle. No dijo una palabra y se limitó a caminar en dirección al parque a buen ritmo.

—¡Espere, señorita! —exclamó William cuando la alcanzó—. Pensaba que íbamos a la explanada de hierba de enfrente...

—No, William. Yo voy a otro sitio. No quiero que tengas más problemas por mi causa, así que, si lo deseas, puedes volver. La verdad es que creo que eso sería lo mejor.

—¿Y dejarla a usted aquí?

—Como puedes ver, estando con los perros no voy a tener ningún problema.

En ese momento, tuvo que sujetar con fuerza la correa de *Jasper,* que intentaba salir corriendo y a punto estuvo de tirarla al suelo.

—Permítame, señorita. —William se hizo cargo de los tres perros grandes sin mostrar la menor intención de dejarla allí sola—. ¿A dónde vamos?

—A la entrada del parque.

—¿De verdad quiere dar un paseo por el parque con los perros? ¡Pero si yo le he prometido al señor Evans que iríamos solo a la explanada cercana! Como no

volvamos enseguida, me va a despedir...

Philly se mordió el labio inferior. Pensó en la gran ayuda y confianza que le había dispensado William. Siempre se había portado bien con ella. No iba a traicionarla en ese momento.

—No... no voy a pasear por el parque, solo a la entrada. Allí me espera el carruaje del... capitán Heywood.

—¡Del capitán Heywood!

Philly notó que se sonrojaba.

—No tienes por qué preocuparte, William. El capitán Heywood es un caballero. No va a pasar nada indecoroso.

—Esto va a ser el fin para mí —se lamentó William mientras la seguía camino del parque—. Para empezar, fui yo quien le entregó la carta. Y ahora, si usted no regresa, me acusarán de haberla ayudado a huir. El señor Townsend me despedirá sin referencias. Sé que lo hará. Me moriré de hambre en la calle.

—No permitiré que pase eso, William —prometió Philly—. Se lo explicaré al capitán Heywood y, si él no está en condiciones de hacer algo, seré yo quien... — Se tomó un momento para pensar qué tipo de ayuda estaba en condiciones de aportar por sí misma—. Yo pagaré su salario con el estipendio que me dejó mi abuelo.

William protestó por su generosidad, pero al menos la promesa pareció calmarlo. El resto del camino transcurrió en silencio.

Cuando torcieron la esquina que conducía a la entrada del parque, Philly vio el carruaje de ciudad del capitán Heywood. Era de color negro reluciente, con el escudo de armas incrustado en la puerta y un grupo de bayos muy elegantes sujetos por las riendas. El cochero llevaba librea, al igual que el lacayo que esperaba de pie sobre el estribo.

Cuando Philly, William y los perros se aproximaron, el lacayo saltó al suelo y abrió la puerta del carruaje.

Arthur Heywood bajó de inmediato. Llevaba atuendo campero, con pantalones bombachos de ante, botas altas y un abrigo azul oscuro de finura extrema que se le adaptaba muy bien a los hombros anchos.

A Philly se le aceleró el corazón y se riñó. Era el capitán Heywood, nada más. Su amigo y confidente. Pero lo encontró magnífico, tan alto y atractivo, y mucho más poderoso que el día anterior en el parque. Supuso que no se trataba de otra cosa que de los nervios de la boda; una explicación racional, con toda seguridad. No obstante, mientras se acercaba a él, seguía costándole no mirarlo embelesada.

—Señorita Satterthwaite —saludó. El tono habitual de voz, grave, traslucía cierta inseguridad—. Espero que no haya habido ningún problema.

¡Por Dios bendito! ¿Acaso había pensado que no se iba a presentar?, ¿que no iba a cumplir con su palabra? La sola idea le aportó algo de valentía.

—Buenos días, capitán Heywood. Perdone que llegue tan tarde. —Se interrumpió cuando él le quitó la maleta de la mano y se la pasó a lacayo, que estaba esperándola—. Surgieron algunas dificultades, pero ya se han resuelto. Todas menos...

—¿De qué se trata? —preguntó de inmediato—. Lo solucionaré si está en mi mano.

—Se trata de William, capitán. Me ha acompañado con amabilidad por encargo del mayordomo y ahora, dado que no voy a volver a la casa, es probable que pierda su puesto al servicio de mi tío.

El capitán Heywood hizo un gesto indefinible. ¿Fue alivio?

—Ya, lo entiendo. —Se volvió hacia William—. Resulta que voy a necesitar a alguien que esté en condiciones de ayudar con los perros de la señorita Satterthwaite cuando sea necesario. Si no le importa dejar el servicio del señor Townsend y venir al oeste, puedo ofrecerle un puesto con nosotros.

William los miró alternativamente, presa del desconcierto.

—¿Con... nosotros? —repitió—. ¿Quiere decir... con los dos?

—La señorita Satterthwaite y yo vamos a casarnos esta mañana.

William estaba estupefacto.

—Bueno, jamás habría sido capaz de... Esto es increíble... —Enseguida mostró una sonrisa amplia—. Sería un honor para mí, señor. En cuanto recoja mis cosas de casa del señor Townsend y...

—Preferiría que se viniera con nosotros ahora, William —interrumpió el capitán Heywood—. Ya enviaré a alguien a recoger sus pertenencias después de la boda.

—Por supuesto, señor. Lo que usted disponga. —Les dio las gracias con fervor y ayudó a Philly y a *Fox* a entrar en el carruaje.

El capitán Heywood esperó a que *Basil, Jasper* y *Dash* saltaran dentro del vehículo antes de entrar él y sentarse frente a Philly.

—Había empezado a temer que no viniera —dijo en cuanto se pusieron en movimiento—. Y, cuando hubo pasado media hora, estaba casi seguro de que no lo haría.

Una vez segura dentro del carruaje, Philly empezó a asimilar todos los efectos de

su nefasta experiencia. Y el valor que había exhibido para dejar atrás a Evans se esfumó.

—Yo también empecé a pensarlo —reconoció con voz temblorosa—. Cuando bajé al vestíbulo, allí estaba Evans con William, ¡tan temprano! Intentó detenerme e impedir que me marchara, pero *Basil* y *Fox* lo atemorizaron. Estaba muy asustada.

El capitán Heywood cambió de asiento y se colocó junto a ella.

—Dijo que iba a despertar a la señora Vale, ya ha debido de hacerlo. Ella y mi tío se habrán enterado de que he huido. ¿Cree que tendrán alguna idea sobre cómo encontrarme? ¿Cree que intentarán...? —Dejó de hablar cuando el capitán Heywood le tomó la mano enguantada y se la apretó con suavidad. Lo miró, el corazón le latía muy fuerte en el pecho.

—¿Le importa que haga esto?

Se mojó los labios.

—No, nada.

—Ya no ha de tener miedo, señorita Satterthwaite. Ahora está a salvo. Excepto William, nadie sabe que ha venido a encontrarse conmigo, y ya me he asegurado de que no pueda decir nada hasta que nos hayamos casado.

—No había pensado en eso. En realidad, se me han escapado muchas cosas importantes.

—¿De veras?

La mano parecía delgada y pequeña en la de él. Era la mano izquierda, la que había sufrido esas tremendas heridas. Ahora no podía ver las cicatrices, dado que llevaba guantes, pero el recuerdo de estas hizo que se la acariciara. El capitán Heywood reaccionó de inmediato y, en un gesto protector, la cerró alrededor de la de ella.

—¿Qué tipo de cosas?

Philly tragó saliva.

—Como puede ver, he venido con usted casi sin nada, a excepción de los perros. Lo poco que he podido guardar en la maleta apenas me servirá para vestirme un par de días. Tenía la esperanza de enviar a recoger el resto de mis pertenencias una vez que llegáramos a Somersetshire, pero, ahora que lo pienso, no creo que la señora Vale tenga ningunas ganas de entregarlas.

—Me he encargado de que todas sus cosas viajen con nosotros cuando nos marchemos de Londres. No tiene que preocuparse lo más mínimo.

—¿Eso ha hecho? ¿Cómo? —La afirmación la había alarmado—. No estará

pensando en que pasemos por casa de mi tío antes de salir de Londres. No creo que sea conveniente. Todos estarán furiosos y montarían una escena, se lo aseguro.

—No se preocupe. Nunca en su vida tendrá que volver a ver a su tío si no quiere, se lo aseguro. Será mi abogado quien trate con él. Los criados serán quienes guarden todas sus cosas y los baúles vendrán detrás de nosotros en el vehículo del equipaje. Como mucho, estará sin el resto de su ropa durante una noche.

Philly exhaló un suspiro inquieto.

—Gracias, Arthur. Veo que has pensado en todo.

El capitán Heywood se puso algo rígido. En ese momento, su gesto era inexpresivo.

—Es la primera vez que me tuteas.

—Supongo que sí. Pero, si nos vamos a casar hoy, creo que es permisible y hasta adecuado.

—Mucho más que eso. De hecho, me encanta. —Hizo una pausa—. De ahora en adelante, ¿puedo llamarte Phyllida?

—Si lo prefieres, de acuerdo, pero me gustaría mucho más que me llamaras Philly.

—¿Philly?

—Antes de venir a Londres, nadie me llamaba Phyllida. —Lo miró a los ojos. Estaba muy serio y expectante—. Para mi familia... verdadera, siempre he sido Philly.

Le pareció que entendía de inmediato el significado de lo que acababa de decirle.

—Entonces, para mí también serás Philly. —Le acarició la mano con el pulgar —. Salvo en ocasiones muy formales, cuando me veré obligado a llamarte señora Heywood.

—Señora Heywood... —repitió Philly—. Parece que te estás refiriendo a otra persona. No obstante, dentro de menos de una hora voy a ser yo.

—Sí —afirmó—. Sin duda, lo serás.

Capítulo 17

Nada más llegar a la mansión londinense del duque de Gordon, Philly se excusó durante unos minutos para arreglarse tanto el peinado como el vestido. Con la ayuda de una doncella muy competente, se quitó la capa *spencer,* bajo la que llevaba el vestido de muselina estampado con motivos florales que usaba los domingos para ir a la iglesia en Fox Cross. No era tan espectacular como la mayor parte de los vestidos recién comprados en Londres, pero, en su opinión, era el mejor que tenía, y le encantaba por su elegancia y simplicidad. La doncella la ayudó a arreglarse el pelo y, tras volver a sujetarlo con horquillas y alfileres, se lo roció con un perfume suave de flores silvestres usando un vaporizador. Al mirarse al espejo, se encontró muy bien.

Cuando regresó al piso de abajo, Arthur y el vicario estaban esperándola en la sala de estar, adornada con magnificencia para la ocasión con grandes floreros repletos de todo tipo de flores, y adornos en las paredes y el mobiliario. El mayordomo del conde, William, el abogado y dos sirvientas servían de testigos. El entorno era igual al de cualquier boda y, cuando se situó al lado de Arthur y el vicario empezó a oficiar la ceremonia con las fórmulas habituales, se le hacía difícil pensar que el suyo era un matrimonio solo nominal.

Cuando, por vez primera, Arthur le tomó la mano desnuda, el corazón le empezó a latir con tanta fuerza que pensó que él lo oiría. Y cuando le colocó el anillo de rubíes, precioso y brillante, en el dedo anular, tuvo que contener la respiración.

Si Arthur también estaba afectado, no lo demostró. Dejó traslucir una satisfacción tranquila ante su reacción al ver la alianza, pero también parecía querer terminar cuanto antes con la ceremonia. En un momento dado, a Philly le

pareció que le temblaba la mano al tomar la de ella, pero pensó que estaba equivocada. Arthur había luchado en España, así que una ceremonia de boda difícilmente podría ponerlo nervioso.

A ella, por el contrario, cada palabra que pronunciaba el vicario la llevaba a un nivel más profundo de sensibilidad. Una vez finalizada la ceremonia, estaba tan emocionada que apenas podía hablar. Los felicitaron todos los sirvientes, sobre todo un William entusiasmado que fue el primero en dirigirse a ella como «señora Heywood», y, con algo más de serenidad, Underhill y el resto del servicio. Se sirvió el desayuno nupcial tradicional aunque nadie tenía excesivo apetito. Y por fin, antes de que Philly se diera cuenta, la misma doncella que la había ayudado al llegar procedió a asistirla en la tarea de volver a ponerse la ropa de viaje, la misma con la que había salido de casa de su tío. Arthur y ella se acomodaron en el lujoso carruaje condal y emprendieron viaje en dirección al oeste de Inglaterra.

Era una mañana fría, por lo que Philly no se quitó los guantes, para mantener las manos calientes, pero sí el sombrero, en cuanto entró en el vehículo. Lo dejó sobre el asiento corrido sobre el que se acomodaban *Fox* y *Dash*. *Jasper* descansaba junto a Arthur, con el morro entre las patas delanteras, y *Basil* se las había apañado para tumbarse en el suelo y parecía estar muy a gusto.

Philly había tomado de la biblioteca del conde un ejemplar de la *Odisea* y lo tenía sobre el regazo. Era una edición ilustrada con exquisitez y encuadernada en cuero. Se pasó la primera hora del viaje mirando los preciosos dibujos, mientras el carruaje se desplazaba a toda prisa por la carretera de Bath. Cada vez que levantaba la vista del libro, veía a Arthur mirando por la ventanilla, inmerso en sus pensamientos, al parecer melancólicos.

—¿No te gusta hablar durante los viajes largos? —preguntó.

Arthur volvió la cabeza al oírla.

—¿Perdona?

—Si no quieres hablar, no te preocupes, estoy disfrutando con el libro. Pero, si te apetece, podemos hablar.

—Como tú quieras. ¿De qué te gustaría hablar?

Philly le acarició la cabeza a *Fox* con la mano enguantada.

—Tengo alguna pregunta sobre mi papel en tu casa.

—¿Tu papel? —preguntó alzando la ceja—. Eres mi esposa, por supuesto.

—Sí, claro que sí, pero tú dijiste que iba a ser solo un matrimonio nominal. No quiero dar nada por supuesto.

—¿A qué te refieres?

—Pues... a si nuestro matrimonio se va a desarrollar como cualquier otro... —Se detuvo, algo avergonzada—. Lo que quiero decir es que una recién casada, al llegar a casa de su marido, empezaría a supervisar todo lo relativo a la organización del hogar. Reunirse con el ama de llaves y...

—No me he casado contigo para tener una sirvienta más que gestione la casa.

—No, claro que no, no es mi intención ocuparme de tu hogar como lo haría una sirvienta. Yo... —dudó durante una fracción de segundo—. A mí me gustaría ser la señora de la casa, Arthur, como cualquier esposa. Pero si prefieres que no intervenga...

—Tienes toda la autoridad que te otorga el apellido Heywood, Philly. Puedes actuar como consideres conveniente. No olvides que nadie está al tanto de lo que hemos hablado tú y yo. Para el mundo eres mi esposa, nada más, pero también nada menos, con todos los derechos que eso conlleva. No voy a contradecir nunca lo que decidas respecto a nuestra casa.

Había accedido tan rápido a lo que le había sugerido que Philly tendió a pensar que Arthur tenía muy poco interés en la dirección de su hogar. No obstante, se sintió muy feliz.

—No te defraudaré. Tengo un talento especial para llevar una mansión, ¿sabes? Fíjate, ya gestionaba Satterthwaite Court cuando todavía no había aprendido a coser.

—No me cabe la menor duda. —Volvió de nuevo la vista a la ventanilla con expresión de desaliento—. Puede que Heywood House no sea tan grande como te la esperas.

—¿No?

—No me interpretes mal: se trata de una casa grande, muy antigua, pero la mayor parte de ella permanece cerrada y sin uso, y el número de sirvientes es limitado.

Philly asintió.

—Has preferido una vida tranquila.

—No sé si ha sido una preferencia, la verdad, pero así es como he vivido desde que volví de la guerra en la Península.

Philly dudó. Arthur nunca se había referido a ningún aspecto de la guerra desde que lo conocía. Tenía miedo de decir algo inapropiado.

—¿Nadie fue a vivir contigo cuando regresaste? Tu padre o quizá tu hermano...

—Al principio sí, tuve mucha compañía, hasta demasiada para mi gusto. Pero

no me acostumbré, lo pasaba mal. No soportaba tanto ruido ni tanta actividad. Y tampoco era capaz de actuar con amabilidad con los huéspedes. Al cabo de dos meses, para mi felicidad, todo el mundo se había ido y me había quedado solo otra vez. Desde entonces, nadie se ha quedado conmigo y he recibido pocas visitas. Para mí es... más fácil.

—¡Oh, Arthur! Voy a alterarte la vida por completo, ¿verdad?

Volvió la vista y la miró con intensidad.

—No, Philly, no. Tú no.

—Intentaré no molestarte. Pero, incluso en una casa grande, no vamos a poder evitarnos por completo.

—¿Crees que eso es lo que quiero que hagamos, evitarnos?

—Esperaba que no fuera así, pero no estaba segura. Todo ha sucedido muy deprisa y no ha habido apenas tiempo de hablar. No sé nada de Heywood House ni de la servidumbre. Por no saber, hasta desconozco el nombre del pueblo.

—Heycombe.

—¿Heycombe? Tu familia debe de llevar allí muchísimo tiempo.

—Bastantes generaciones. Heywood House era la hacienda de Richard Heywood, el segundo hijo del conde de Gordon, hace más de cien años. Cuando su hermano mayor resultó muerto, Richard heredó el ducado y le donó Heywood House a su segundo hijo. Desde entonces ha sido la residencia de los segundos hijos de los condes de Gordon.

—¿Así que tú te haces cargo de la hacienda con independencia total de tu padre?

—Sí, mientras viva.

—Supondrá mucha responsabilidad.

—No excesiva. La tierra es buena, las fincas son prósperas y los arrendatarios se mantienen bien, sin la menor penuria. Mi administrador se encarga de la mayor parte de la gestión del día a día. De hecho, lo haría sin problemas sin mi intervención, así lo hizo durante los años en los que no estuve en casa.

—¿Cómo se llama?

—Bernard Pebmarsh.

Philly memorizó el nombre.

—¿Y tu ama de llaves?

—La señora Lamb.

—La señora Lamb —repitió para sí—. ¡Tendría que haber traído lápiz y papel! Así podría tomar notas sobre todo esto.

—No te preocupes, Philly. Si considerases que es mejor despedir a todo el servicio y empezar desde cero, no pondría ningún problema. No son criados de toda la vida, como los que tenías en Satterthwaite Court. Salvo Pebmarsh y algunos más, contraté a la mayoría cuando volví de la guerra de España.

—No me gustaría empezar mi gestión de la casa despidiendo a todo el personal nada más casarme contigo. Prefiero conocerlos y llevarme bien con ellos. Lo normal es que no me aprecien mucho al principio…

—¿Y por qué demonios no te iban a apreciar?

—A los criados les gusta estar preparados para los retos para así hacer las cosas lo mejor que puedan y sepan. Suelen sentirse orgullosos de su trabajo. Seguro que los pone nerviosos que la señora nueva aparezca de una forma tan inesperada…

—Nos esperan, Philly.

Lo miró sorprendida.

—¿De verdad?

—Ayer por la mañana le envié un mensaje exprés a Crofton, el mayordomo, informándolo de que llegaríamos esta tarde a última hora y de que llevamos cuatro perros con nosotros. Así que la servidumbre habrá tenido tiempo suficiente para asegurarse de que todo esté preparado.

—¡Vaya, Arthur! Sí que has pensado en todo. —Philly se arrellanó en el asiento —. Quiero empezar bien, tanto con los sirvientes como con la gente de Heycombe.

—¿También con los aldeanos? —preguntó, alzando las cejas de la sorpresa.

—Por supuesto. En Fox Cross acompañaba a la esposa del vicario, la señora Webb, en sus visitas a los pobres y a los enfermos. Les llevaba cestas que preparábamos en Satterthwaite Court y a veces, si querían, les leía en alto o les ayudaba a coser.

—Un ángel misericordioso, eso eras.

—Ni mucho menos. La mayoría de los aldeanos no querían vernos ni en pintura. La señora Webb tenía la costumbre desagradable de sermonear a todas las personas que visitábamos, pobres infelices. Lo soportaban, cómo no, pero yo pensaba que pagaban un precio muy alto por solo una cesta con frascos de caldo, eso sí, muy nutritivo, y de gelatina reconfortante.

—¡Por Dios bendito! No serían de la Gelatina Reconfortante del Doctor Ratcliffe…

—¿La conoces?

—Más de lo que me gustaría —contestó Arthur con una mueca de rechazo.

—Es horrible, sí —confirmó Philly—. Pero no te preocupes. La próxima vez que te pongas enfermo, solo te alimentaré a base de pasteles de crema y tartas de mermelada, nada de gelatinas medicinales.

Según pronunció esas palabras, se arrepintió, pues daban a entender que ella sería la encargada de cuidarlo cuando estuviera enfermo, como si fuera una esposa de verdad y el suyo un matrimonio también de verdad.

Pero a Arthur no parecieron importarle las connotaciones de intimidad que implicaba la frase. Se retrepó contra el respaldo del asiento, estiró las piernas todo lo que daba de sí la amplitud del carruaje en el que viajaban y respondió con una galantería muy agradable.

—Pues, en ese caso, tendré que contribuir y ponerme enfermo más a menudo.

Pese a la sorpresa, Philly rio. ¿Estaba flirteando con ella? Quizá no y solo se trataba de una broma en el contexto de la charla informal que mantenían, esa forma halagadora de dirigirse a las damas que solían utilizar los caballeros. No obstante...

—Nunca te había viso reír —añadió él.

Philly pestañeó, de nuevo sorprendida.

—¿De verdad es la primera vez?

—Sí. Me había preguntado a veces cómo sonaría tu risa.

De no haber hablado con tanta seriedad, Philly habría pensado que le tomaba el pelo. ¿Había estado pensando en ella?, ¿preguntándose cómo era su risa? En ese momento no supo a dónde mirar.

—Seguro que te ha decepcionado —supuso. Menos mal la velocidad a la que le latía el corazón no le afectó al tono de voz.

—Todo lo contrario. Supera con mucho lo mejor que me podía esperar.

Esperó a ver si ampliaba lo que acababa de decir, pero no lo hizo. Por el contrario, reanudó el tema de conversación anterior donde lo habían dejado, como si no se hubiera producido ninguna interrupción.

—¿Te apetecerá seguir con las actividades caritativas cuando estemos en Heycombe? —preguntó.

—Sin duda. ¿Por qué lo preguntas? ¿No crees que sea adecuado?

Arthur cruzó los brazos y el gesto le permitió ver cómo los hombros anchos se le marcaban contra la tela del abrigo.

—Te iba a decepcionar. El pueblo es muy pequeño y hay poca gente a la que merezca la pena visitar. No hay esposa del vicario. Con toda franqueza te digo que no habría mujer en el mundo capaz de serlo por voluntad propia. El señor

Fordham es un tipo adusto y miserable, más cercano al fuego y al azufre que a la caridad cristiana.

Philly frunció el ceño.

—Algunos vicarios mayores son complicados. Se aferran a su forma de comportarse y muy a menudo la edad avanzada hace que sean cascarrabias e impacientes. Quizá se podría intentar convencerle de que se jubilara pronto, ¿no?

—El vicario Fordham aún no ha cumplido los treinta —precisó Arthur. Y, por primera vez desde que se conocían, la cara se le iluminó con una media sonrisa que Philly captó de inmediato.

—Piensas que soy muy boba, ¿a que sí?

—Pienso que eres muy dulce.

Enrojeció de placer y timidez. Para su sorpresa, el propio Arthur se sonrojó un poco. Philly hizo algo que pensaba que nunca se atrevería a hacer ni decir, pero el hecho de comprobar su turbación la animó tanto que, sin pararse a pensarlo, le dijo:

—Si estuviera sentada a tu lado, te tomaría la mano, igual que has hecho tú esta mañana.

Arthur se la quedó mirando de hito en hito con una expresión difícil de desentrañar.

—¿De verdad lo harías?

Pareció notar cierto reto en la pregunta.

—Sí, estoy segura de que lo haría.

Arthur echó un vistazo al espacio escaso que había entre *Jasper* y él.

—Por desgracia, tu perro no te deja sitio.

—Ya veo... —Guiada más por el impulso que por el sentido común, Philly se levantó del asiento. En ese preciso momento, el vehículo se tambaleó con fuerza y se inclinó hacia un lado, y salió lanzada hacia delante.

Arthur reaccionó de inmediato y la sujetó de la cintura antes de que cayera al suelo.

—¡Cuidado!

Philly se le agarró por instinto al cuello para no caer y, pegada a su pecho y con la cara solo a centímetros de la de ella, se encontró en la situación especial de que, por primera vez en su vida, el capitán Arthur Heywood la tuviera entre los brazos.

—¡Dios mío! —dijo con voz entrecortada—. ¿Se ha roto una rueda?

—No. Me da la impresión de que el cochero no ha podido salvar un buen bache de la carretera. —El tono de voz era más profundo de lo normal—. ¿Estás bien?

—Sí, muy bien. —Le colocó las manos sobre los hombros e hizo un esfuerzo para incorporarse.

Arthur la ayudó a separarse y a sentarse junto a él.

—No creo que sea conveniente que vuelvas a levantarte mientras el carruaje se esté moviendo...

—La verdad es que yo tampoco.

Basil alzó la cabeza para ver qué estaba pasando, mientras que *Fox* movió las orejas, al parecer molesto por lo que había pasado; pero, en cuanto el carruaje retomó el ritmo de avance habitual sobre la carretera lisa, ambos perros volvieron a las posturas habituales con indiferencia somnolienta.

—Parece que a los perros no les ha asustado la sacudida. —Philly echó una mirada furtiva de soslayo a Arthur y vio que él la seguía mirando. Se sentía tímida. El impulso de tomarle la mano ahora le parecía torpe e infantil, algo más normal en una adolescente que en una mujer recién casada.

Se preguntó que habría hecho lady Eliot en una situación como esa. Para empezar, era demasiado sofisticada como para haber perdido el equilibrio y caído. Pero, de haberlo hecho, no se habría sonrojado ni habría bajado los ojos cuando la abrazara Arthur, ni se habría retirado de inmediato. No. Lady Eliot habría permanecido en sus brazos, esperando a que la besara. O lo habría besado ella misma.

¿Se habrían besado ellos dos antes? La idea le resultó hasta dolorosa. Arthur le había dicho que nunca había amado a lady Eliot, pero en algún momento tuvo que sentir algo por ella si le había propuesto matrimonio. Y, como había observado en el baile de los Worthing, lady Eliot dominaba el arte del flirteo y podía presumir de tener muchos admiradores, incluso amantes. Desde luego, no era el tipo de mujer a la que le habría dado vergüenza besar a su prometido.

—Philly.

La voz tranquila de Arthur la arrancó de esas reflexiones tan descorazonadoras. Alzó la cabeza hacia él.

—Dime.

Extendió la mano hacia ella.

De nuevo le palpitó el corazón en el pecho. Lo miró por un momento y, sin pararse a cuestionar lo que iba a hacer, se quitó el guante de la mano izquierda. Tras hacerlo, vio con el pulso acelerado cómo Arthur se quitaba el guante derecho.

Una vez tuvieron ambos las manos desnudas, Arthur volvió a tendérsela.

Respondiendo a su invitación, deslizó la mano con suavidad en la de él, quien cerró los dedos, que sintió fuertes y templados, sobre los de ella.

Ninguno de los dos habló, pero, en ese mismo instante, todo pensamiento sobre lady Eliot se le borró de la mente.

Capítulo 18

Tras la salida apresurada de Londres, gracias al buen tiempo y a la magnífica amortiguación del carruaje habían avanzado rápido y sin contratiempos. Las paradas habían sido breves y por pura necesidad. En ningún momento hablaron del peligro que pudiera correr Philly por causa de su tío o del duque de Moreland. De todas formas, Arthur se daba cuenta de que, en el fondo, ella entendía la urgencia de llegar lo más deprisa posible a Heywood House para sentirse del todo a salvo.

Él no creía que ni Moreland ni Townsend fueran a enviar a nadie a recuperarla. ¿Cómo se podría siquiera concebir una acción semejante? Philly no era una jovencita alocada que huía con su amante a Gretna Green para una boda furtiva. Era una mujer hecha y derecha que se había casado con él en una boda respetable, oficiada por un vicario, en el salón principal de la residencia londinense del conde de Gordon. Su matrimonio no podía deshacerse. Townsend seguramente se habría enterado como mucho a las dos horas de su salida de Londres, y el duque poco después.

No. Si el duque tomaba la decisión de enviar a alguien tras ellos, no sería con el objetivo de «recuperar» a Philly. El objetivo sería la venganza.

Pero ¿qué clase de venganza podría esperar que se tomara el duque?

La sociedad londinense se había referido a Philly denominándola «la obra de arte», sí, pero no había ningún cuadro que pudiera ser hecho pedazos por un salteador de caminos. Por otra parte, aunque abundaban las historias sobre represalias rápidas y brutales de Moreland contra todos aquellos que le habían denegado la pertenencia de los objetos que había deseado poseer, ninguna de ellas se había demostrado ni había prueba alguna. Con bastante probabilidad, no se

trataría de otra cosa que de inventos siniestros pergeñados por caballeros que habían abusado del brandi.

Arthur no había parado de repetirse esas reflexiones desde que habían salido de Londres. No obstante, y pese a que miraba a su esposa sentada feliz junto a él en el vehículo, pasando con dedos delgados y elegantes las páginas del libro que estaba leyendo, las historias sobre las venganzas de Moreland, historias de robos, incendios premeditados y hasta asesinatos, ya no le parecían tan increíbles. Se sentía poseído por la urgencia ancestral de proteger a Philly y mantenerla alejada de cualquier peligro.

Philly lo miró, como si sintiera que pensaba en ella, y pareció darse cuenta por primera vez de la intensidad con la que la miraba. Cuando sus ojos se encontraron, suavizó la expresión y dibujó una sonrisa.

Arthur sintió un calor intenso y repentino en el cuello. Volvió a sentir de forma acuciante el mismo deseo fuerte y doloroso que lo había acompañado desde que comenzaron el viaje.

«Si estuviera sentada a tu lado, te tomaría la mano, igual que has hecho tú esta mañana».

¿Podía ella imaginarse hasta qué punto le habían afectado esas palabras?, ¿hasta qué punto habían espoleado su esperanza? ¡Y después, cuando se quitó el guante! ¿Cómo había sido capaz de contenerse y mantener las formas? Tuvo unas ganas inmensas de abrazarla. De besarla en esa boca suave y llena, de acariciarle el pelo con los dedos.

En lugar de eso, estuvieron más de una hora con las manos entrelazadas. Periodos de amistoso silencio solo interrumpidos por conversaciones breves sobre Heycombe o Heywood House. De no haberse despertado *Fox* y haberse puesto a escarbar en el asiento de enfrente, aún seguirían agarrados de la mano.

—Debe de estar asustado —supuso Philly, agarrando entre sus brazos al pequeño terrier—. Seguramente se estará acordando de aquella gente espantosa que lo arrojó del carruaje en Fox Cross.

Pero cuando abrazó al perro con afecto, hasta el punto de estamparle en la cabeza peluda un beso que ya habría querido para él, habría jurado que el animalito lo miraba con gesto de astucia. Era como si quisiera dejar claro que ocupaba una posición superior a la suya en el afecto de su ama. Arthur no recordaba haber estado más enfadado con un animal en toda su vida.

—¿Quieres mirar el grabado? —le preguntó Philly colocando el libro para que lo pudiera ver—. Es Odiseo cautivo en la cueva de Calipso.

Las llamas titilantes de las lámparas del carruaje apenas iluminaban las páginas del libro.

—¿Cómo eres capaz de leer nada con una luz tan escasa?

—Ayuda el que conozco muy bien la historia. Se la leía a mi abuelo en voz alta, aunque su ejemplar de la *Odisea* no era tan magnífico como este. ¿Tu padre encargó los dibujos?

—Puede que sí. Pregúntaselo cuando lo conozcas.

Philly volvió otra página.

—¿Crees que vamos a conocernos pronto?

—Si no me equivoco, dentro de un mes, más o menos.

—¡Un mes! —exclamó, mirándolo sobresaltada.

—Ayer, cuando estaba reunido con mi abogado, le mandé un mensaje urgente a mi padre informándolo de nuestra intención de casarnos. —Arthur hizo una pausa breve antes de continuar—. No le habría gustado nada enterarse por otras fuentes.

—¿Y quién podría habérselo dicho? Lo sabe muy poca gente.

—Dentro de una semana lo sabrá toda Inglaterra. Le he encargado a mi abogado que publique la noticia de nuestro matrimonio en todos los periódicos. —Arthur hizo una mueca ante el gesto de alarma de Philly. Durante un segundo pensó que tal vez hubiera debido consultarlo con ella y no actuar por su cuenta tan deprisa—. En cualquier caso, los cotilleos se habrían extendido como un incendio en un campo seco. La intención era contrarrestarlos dejando claro que todo se había hecho de forma apropiada y correcta. Por desgracia, no había tiempo para llevarte a conocer a mi padre, que en estos momentos ya habrá recibido mi mensaje. Si lo conozco bien, ya estará organizándose para dejar Hampshire dentro de poco más de dos semanas.

—Sí, sí, lo entiendo. Hiciste muy bien en informar a tu padre, por supuesto, pero ¿por qué va a querer venir tan pronto? ¿Crees que... se enfadará contigo por haberte casado?

—¿Enfadarse? —A Arthur le sorprendió mucho que llegara a esa conclusión—. Ni mucho menos. Estará entusiasmado.

El paisaje campestre brillaba con suavidad a la luz de la luna, y, en la distancia, pudo ver la torre alta de la iglesia del pueblo.

—Mira por la ventana, Philly.

La joven obedeció y se le iluminó la cara.

—¿Es Heycombe?

—Sí. Heywood House está justo detrás de esas colinas. Estaremos allí dentro de algo menos de media hora. Y, cuando lleguemos, te recomiendo que te vayas directa a la cama. William se hará cargo de los perros.

—No estoy cansada.

La miró de forma valorativa. Pese a que admiraba su belleza, no podía engañarse: Philly parecía agotada, ni más ni menos. El vestido estaba arrugado por todas partes, se le habían descolocado casi todas las horquillas del pelo y, pese que en algún momento le había apoyado la cabeza en el hombro, apenas había cerrado los ojos durante las más de quince horas que había durado el viaje.

—No, cansada no: lo que estás es exhausta —concluyó.

Lo miró por encima del hombro y los ojos le brillaron con súbito humor.

—Me da la impresión de que sí —admitió—. Lo que pasa es que estoy demasiado entusiasmada como para darme cuenta.

* * *

Al coronar la última colina del camino, Heywood House estuvo frente a ellos, envuelta en la luz blanca de la luna. Era una estructura típica de estilo palladiano construida en granito, que se había erosionado con los años. A la luz pálida nocturna, la casa parecía estar formada por sombras plateadas en lugar de piedra gris. Las proporciones del edificio eran perfectas, sin las mezcolanzas arquitectónicas que caracterizaban Satterthwaite Court. Se hallaba situado en medio de un campo montaraz.

—¿Te gusta? —preguntó Arthur.

—Sí, mucho —respondió Philly—. Muchísimo, de verdad.

Mientras el carruaje avanzaba por el camino amplio de acceso, Philly pudo ver cómo el campo había crecido y se había desarrollado alrededor de la gran casa. Era salvaje y rústico como un bosque, lo que aportaba a Heywood House un aire encantado, como si hubiera permanecido aislado de la presencia humana durante varias generaciones y congelado en el tiempo debido a algún hechizo.

El camino a la entrada principal estaba marcado con antorchas. Mientras el carruaje reducía la velocidad hasta pararse, surgió de la casa un grupo grande de sirvientes que salían a recibirlos. Nada más detenerse, un lacayo se adelantó para abrir la puerta del carruaje y bajar el estribo. William acudió a su lado para ayudar con los perros.

A lo largo del viaje interminable, el lacayo había demostrado ser de mucha ayuda. En cada parada se había hecho cargo de los perros, calmando a *Basil*

cuando gruñía, evitando que persiguieran a un jinete que pareció no gustarles y controlando a *Fox* para que no le mordiera la mano a un niño que pretendía acariciarle la cabeza. En ese momento, se movió con rapidez y eficacia para controlar a los tres perros grandes mientras salían del carruaje.

Arthur descendió detrás de ellos y ayudó a Philly a bajar.

—Seguro que hay fuego en la cocina —le dijo a William—. Puedes llevarlos allí.

—Sí, William —confirmó Philly al tiempo que le entregaba al pequeño *Fox*—. Seguro que le duele la pata por el frío. No me extraña que estuviera tan enojado.

—Los cuidaré a todos, señora —asintió William—. Usted no se preocupe.

Una vez los perros estuvieron en buenas manos, Philly aceptó el brazo que le ofrecía Arthur. La condujo hasta la escalera de piedra que custodiaba la entrada principal de Heywood House. Lo miró y le sorprendió la expresión de orgullo del rostro. Orgullo por ella, su esposa, comprendió sorprendida. En ese momento decidió que por nada del mundo lo iba a decepcionar.

Los aguardaban Crofton, el mayordomo ya anciano de pelo cano, y la señora Lamb, el ama de llaves de aspecto severo, así como un grupo de sirvientes que, alineados, recibieron a la nueva señora de la casa. La visión de los ojos de Philly produjo sorpresa generalizada y muchos de los criados no pudieron evitar mirarlos con un desconcierto indisimulado. A pesar de eso y de su propia timidez, Philly tuvo palabras amables y una sonrisa afectuosa para todas y cada una de las personas que la saludaron.

Pocos se la devolvieron. Esa acogida tan tibia la descorazonó un poco.

—Si tienen hambre, hemos preparado un refrigerio —les informó la señora Lamb cuando entraron en la casa—. Carne fría y un poco de vino. Está encendida la chimenea de la habitación, que se ha limpiado a fondo, y se han colocado ropa de cama y toallas nuevas. ¡Violet! Ve a atender la colocación del equipaje de la señora Heywood. Señora Heywood, Violet estará a su servicio hasta que contrate a una doncella personal.

Una joven de pelo oscuro y cara pálida y enjuta saludó a Philly con una reverencia.

—No la apartaré de sus obligaciones durante mucho tiempo —la informó Philly—. Espero haber contratado a una chica del pueblo antes de que termine el mes.

—¿Del pueblo, señora Heywood? —El tono de voz de la señora Lamb resultó tan frío y hostil como su expresión—. No encontrará ninguna chica de Heycombe apta para las labores de doncella personal. Con toda seguridad,

ninguna tiene ni la menor idea sobre cómo cuidar vestidos de calidad ni peinar de manera adecuada.

—La falta de experiencia no me preocupa, señora Lamb. En Satterthwaite Court enseñaba yo misma a mis doncellas personales, que escogía de entre las chicas del pueblo.

La señora Lamb parecía escéptica, pero no replicó.

Tras el revuelo inicial de la llegada, las cosas se calmaron lo suficiente como para permitirle a Philly hablar de nuevo con William sobre el cuidado de los perros. Tras asegurarse de que todo iba a ir bien durante la noche, se sentó con Arthur a la inmensa mesa de madera de caoba del salón para comer algo.

Había visto que la casa estaba decorada por dentro con el mismo estilo clásico que la caracterizaba por fuera. Los techos lucían molduras gráciles de yeso y jalonaban las paredes blancas cubiertas por paneles algunas columnas jónicas colocadas de forma estratégica. Las chimeneas, todas de mármol tallado, eran enormes, al igual que algunos cuadros de paisajes que cubrían espacios grandes de las paredes. El mobiliario, aunque antiguo y pasado de moda, mantenía una elegancia discreta y confortable; predominaban la seda adamascada y el terciopelo, este algo desgastado.

Tras una cena frugal, Arthur le sugirió que se retirara a descansar. Parecía cada vez más preocupado desde que se habían sentado juntos. Philly dio por hecho que tendría algún asunto que resolver en relación con la hacienda antes de irse a la cama.

—Que duermas bien —se despidió de ella cuando la señora Lamb acudió para acompañarla a su habitación.

—Buenas noches. —Le hubiera gustado decir algo más. Darle las gracias diciéndole que nunca olvidaría lo que había hecho por ella, que siempre se lo debería.

Pero tales palabras hubieran resultado inapropiadas en presencia de los criados.

Siguió a la señora Lamb por el recibidor, muy amplio, y subieron la gran escalera, que dibujaba una curva en su ascenso hacia los pisos superiores. El ama de llaves la condujo por un pasillo poco iluminado y se detuvo ante una puerta panelada y ancha que enseguida abrió para que Philly la franqueara.

—Enviaré a Violet. Si necesita algo más de lo que ella pueda ofrecerle, que venga a llamarme, por favor.

Philly le dio las gracias al ama de llaves y le deseó buenas noches. Tras cerrar la puerta, se dio la vuelta para ver su nuevo dormitorio. No parecía tan bien

mantenido como otras zonas de la casa que había visto. De hecho, tuvo la sensación de que esta habitación en especial había permanecido cerrada durante mucho tiempo. Era muy grande y le dio cierta impresión de desolación, aunque las alfombras gruesas Aubusson que cubrían el suelo, así como el fuego alegre del hogar, hacían que resultara más acogedora.

Recorrió el dormitorio en toda su extensión, pasando la mano por los muebles de madera de caoba tallada, así como por los doseles azules de seda adamascada que caían de los cuatro postes de la cama. Había un guardarropa cuya amplitud era en verdad monstruosa, un espejo de pie algo deslustrado y un escritorio pequeño aprovisionado con folios, cálamos y tinta. Otra puerta panelada conducía a un vestidor muy bien equipado en cuyo extremo había una segunda puerta que parecía comunicar con otro dormitorio.

Llena de curiosidad, Philly se acercó a ella y probó a accionar el pomo, que se movió sin dificultad. Empezó a abrirla para echar un vistazo y de inmediato se dio cuenta de a quién pertenecía, casi con seguridad, el dormitorio conectado con el de ella.

Retiró la mano del pomo y sintió una punzada de ansiedad aguda y súbita, rápida y potente como un relámpago.

¿Sabía Arthur que los sirvientes la habían acomodado precisamente en la habitación contigua a la de él? Y, ¿por qué la puerta de conexión no tenía cerrojo?

Sacudió la cabeza. ¡Por Dios bendito! No había ningún motivo para actuar como una niña. Era la esposa de Arthur. Por tanto, resultaba de lo más lógico que los ubicaran en habitaciones adyacentes. Ellos no estaban al tanto de que solo era su esposa nominal.

Volvió a centrar la atención en su propio dormitorio y pasó unos minutos examinándolo. Después se sentó frente a la mesa entelada del tocador para quitarse las horquillas del pelo. Se lo cepilló a conciencia y esperó a que llegara Violet para ayudarla a desvestirse.

Tuvo claro que la doncella ya había estado en la habitación, porque las escasas pertenencias que Philly había podido trasladar se hallaban fuera de la maleta. El jabón con aroma a rosas y el polvo para los dientes estaban en la estantería correspondiente; el camisón verde claro reposaba en el borde de la cama, así como el salto de cama blanco con volantes. Cuando terminó de cepillarse el pelo, fue a sentarse junto a ellos.

Pasado un rato, y dado que Violet no aparecía, Philly empezó a desvestirse por su cuenta.

No tuvo problemas para quitarse el vestido y quedarse solo con la camisola y el corsé. Cuando intentó desatárselo, se dio cuenta de que era incapaz de deshacer los nudos. Hizo muchos esfuerzos, volviendo la cabeza hacia atrás al tiempo que intentaba manejar las cintas con los dedos.

No había manera. Con las prisas de la mañana al vestirse, había apretado tanto los nudos que iba a ser imposible deshacerlos sin la ayuda de una doncella.

Con un suspiro sonoro, Philly se sentó en la butaca grande de terciopelo que estaba en un rincón de la habitación a esperar la llegada de Violet. Pensó en la posibilidad de llamar a alguien, pero no quería hacer sonar la campanilla a esas horas tardías de la noche. Estaba segura de que a Violet le habrían encargado otra tarea, pero que terminaría por llegar.

Transcurrió una hora. Demasiado cansada para esperar más, Philly se resignó a dormir con el corsé puesto. Se levantó del sillón.

Pero de inmediato se quedó rígida.

En la habitación contigua sonaron voces a la que siguió el ruedo de la puerta al cerrarse. Sin duda era Arthur, que por fin se retiraba a dormir. Quizá se había despedido de su ayuda de cámara.

Philly se mordió el labio. Si podía evitarlo, no quería dormir con el corsé puesto. Y Arthur no solo era su marido, también era su amigo. Quizá no le importaría desatarle los nudos de la dichosa prenda antes de acostarse. Pero le daba vergüenza pedirle ayuda y cambió de opinión varias veces hasta que se puso de nuevo la camisola y se acercó a la puerta de conexión. Respiró hondo para tranquilizarse.

Por fin llamó a la puerta.

Capítulo 19

Arthur ya se había quitado la casaca y el pañuelo de cuello cuando oyó la llamada tímida a la puerta. Sintió una punzada de alarma. Philly se había ido a su habitación hacía horas. No esperaba volver a tener contacto con ella hasta la mañana siguiente. ¿Iría algo mal?

Cruzó la habitación y abrió la puerta de conexión, sin preocuparse de la escasa ropa que llevaba. Abrió la boca y...

Se le olvidó por completo lo que iba a decir, fuera lo que fuese se lo llevó el éter. La visión que tenía delante lo privó de la palabra, y también del aliento.

Philly estaba en camisola, el pelo oscuro color caoba le caía en una cascada magnífica sobre los hombros.

Le costó unos segundos recomponerse.

—¿Qué ocurre? —preguntó con voz ronca—. ¿Algún problema?

—No, no. Es que... —Philly le miró el pecho, los hombros y, por fin, el cuello desnudo, y se mojó los labios—. La cosa es un poco absurda. La criada no ha venido a ayudarme a desvestirme...

—¿Y has estado esperando todo este tiempo?

—Sí, pero...

—Voy a llamar para que venga alguien.

—No. —Lo agarró del brazo mientras empezaba a andar hacia la cinta de la campanilla. Se quedó quieto enseguida—. No lo hagas, Arthur, por favor. Es muy tarde, todos estarán durmiendo y yo he esperado demasiado. Me sentiría avergonzada. Me las he arreglado bastante bien sola y no falta más que un detalle con el que espero que tú me puedas ayudar. Eso será todo. Así mañana podré empezar con el servicio sin... historias previas.

Arthur frunció el ceño. No entendía de ninguna manera la preocupación de Philly respecto a lo que pudieran pensar de ella los criados, pero tampoco deseaba hacer nada en contra de sus deseos.

—¿Cómo te puedo ayudar?

—No puedo desatarme el corsé.

—¿El corsé?

—Esta mañana he tenido que vestirme sola y no sé ni cómo me he hecho los lazos; deben de estar fatal, con nudos apretados. He estado intentando desatármelos durante más de una hora, pero me temo que lo he empeorado...

A Arthur se le aceleró el pulso. No sabía qué decir. Allí estaba Philly, preciosa y vulnerable, y no sólo sentía que debía protegerla, sino que también deseaba poseerla. Era su esposa. Con independencia del acuerdo por el cual habían llegado a ese punto, ahora ella le pertenecía. ¿De verdad el estrecharla entre sus brazos sería una falta de caballerosidad y de honor por su parte?

—Arthur, ¿te importaría intentar desatarme los nudos? —le apremió.

—No, por supuesto. —Desvió la vista hacia el bastón y se tranquilizó—. Pero, a no ser que, al contrario que yo, creas que puedo hacerlo con una sola mano, creo que tendremos que sentarnos.

—¡Ah, por supuesto! —Philly echó un vistazo por la habitación hasta que al final fijó la mirada en la cama. Se trataba de un mueble enorme de madera de caoba tallada con cuatro columnas, no muy distinto del de su propia habitación.

Arthur le siguió la mirada y, tras unos segundos, se dirigió hacia ella.

—Por favor, siéntate.

Philly se sentó en el borde del colchón, él lo hizo lo mismo y esperó. Tras un momento fugaz de duda, se puso de espaldas a él, se desabrochó la camisola y dejó que se le deslizara desde los hombros hasta la cintura. Después se sujetó la melena abundante con ambas manos y la retiró para que él pudiera ver lo que hacía. No habría logrado componer una escena más seductora que aquella ni aunque hubiese tenido esa intención.

Arthur era incapaz de separar los ojos de ella: la curva del cuello suave y grácil; los brazos, desnudos y redondeados; y los dedos, largos y delgados, enredados en esa mata de pelo espectacular. Le hervía la sangre y se le quedó seca la boca. Solo logró evitar acercarse y abrazarla centrándose con intensidad decidida en deshacer los nudos del corsé.

—Supongo que tenías negocios que atender esta noche —dijo Philly.

—¿Negocios? ¿Qué negocios?

—Te he notado preocupado desde que llegamos y has subido tarde a la habitación. Pensé que...

Se le quedó rígida la mano.

—Perdona —se disculpó Philly—. No es mi intención curiosear.

—No hay nada que perdonar. Tienes razón. He estado preocupado desde que llegamos, sí, pero no tiene nada que ver con asuntos de negocios.

No le preguntó nada más y él, tras unos segundos tensos, reanudó los esfuerzos para deshacer los nudos del corsé. Ella estaba tan quieta como una estatua y solo se movió una vez para agarrar unos mechones de pelo que habían escapado de su control.

—¿Has hecho algún progreso?

—No, de momento no —confesó Arthur entre dientes. El nudo estaba tan apretado que era incapaz de ver dónde empezaba y dónde acababa. Siguió intentándolo durante un rato con frustración creciente. Cuanto más lo intentaba, más lo frustraba lo absurdo de la situación. Era casi cómica—. ¿No te has dado cuenta de lo que es esto, Philly? ¡Es el maldito nudo gordiano, ni más ni menos!

Philly lo miró sonriendo por encima del hombro.

—Creo que voy a tener que aplicar la solución de Alejandro. —Se levantó y se acercó al escritorio a buscar unas tijeras—. ¿Te importa que corte las cintas? —preguntó mientras se volvía a sentar en la cama detrás de ella.

—Si no hay otra forma...

—Voy a tener muchísimo cuidado. —Colocó las tijeras contra la parte de atrás del corsé y, con un movimiento preciso y rápido, cortó el nudo—. Ya está. Te he liberado.

Philly soltó el pelo y metió las manos en las mangas de la camisola. Le costó un poco abrochársela alrededor de la cintura, pero lo solucionó enseguida y se dio la vuelta para mirarlo a los ojos.

Arthur le mantuvo la mirada, sintiendo que el deseo se le apoderaba del cuerpo sin que pudiera evitarlo. Todo el control que había sido capaz de mantener mientras trabajaba con el nudo se esfumó como por ensalmo. Sin poder contenerse, estiró el brazo y le acarició un mechón de pelo. Lo sintió lustroso y recio entre los dedos, con una tibieza brillante a la luz de las velas.

—Llevo deseando hacer esto desde el día en el que te conocí.

Philly tragó saliva.

—¿Lo dices de verdad? No creía que pensases en... ese tipo de cosas.

—Las pienso cada vez con mayor frecuencia. De hecho, ha sido el mayor

motivo de preocupación desde la ceremonia de nuestra boda.

—¿El que desearas acariciarme el pelo?

—Entre otras cosas...

—No me lo imaginaba. —Al parecer animada por la audacia de Arthur, Philly levantó la mano para, con dos dedos, tocarle la cara con suavidad. Al sentir la caricia se quedó rígido como la piedra, sin hacer el más mínimo movimiento—. ¿Te gusta esto? —preguntó en un susurro.

—Sí. —La voz le salió ronca, casi cascada, pero los ojos transmitieron una ternura infinita.

Le acarició la mejilla con toda la mano.

—No tienes la cara tan suave como esta mañana. Me hubiera gustado sentirla en ese momento.

—Y a mí me habría gustado que la hubieras sentido.

En los ojos de Philly brilló una chispa de humor.

—Hubiese sido un tanto atrevido por mi parte.

—Eres mi esposa. Puedes tocarme cada vez que quieras.

—¿A pesar de que nuestro matrimonio es... inusual?

Arthur no contestó a esa pregunta. Lo que hizo fue retirarle la mano del pelo y acariciarle la cara con una suavidad casi idéntica a la que ella empleaba en ese momento.

—Tu piel es más suave que la seda. —Bajó los dedos para recorrer la línea delicada del mentón. Dejó allí la mano y le acarició los alrededores del labio con el pulgar—. Nunca había tocado nada parecido.

—Nunca había tocado nada como tú.

Arthur le dedicó una sonrisa breve.

—No esperaba otra cosa.

Ella le devolvió la sonrisa. Prosiguió el juego de imitar los gestos de Arthur, acariciando la piel recia de la mejilla, la del mentón con barba incipiente e incluso el cuello, muy sensible, que siempre quedaba oculto con un pañuelo de cuello elegante y bien anudado.

Mientras lo examinaba, Arthur estaba atento a sus reacciones y al notar la caricia en el cuello no pudo evitar acercarse a ella, atraído como un imán.

—Por Dios, Philly, ¡eres adorable!

Ella lo miró a los ojos con intensidad.

—Tú también eres muy guapo, Arthur.

El corazón pareció brincarle dentro del pecho.

—¿De verdad? —Hizo un esfuerzo por mantener un tono normal—. No tenía ni idea. De hecho, no sospechaba que pudiera gustarte hasta que me amenazaste con agarrarme de la mano.

Philly le retiró la mano del cuello de inmediato.

—No bromees con eso, Arthur, te lo pido por favor.

—No lo hago. Si me río de la situación es por cómo reaccioné.

—No noté ninguna reacción en especial.

—Por fuera, puede que no, pero te aseguro que, por dentro, tenía tantas ansias de tomarte de la mano como un joven inexperto que corteja a su primera novia.

—Pues a mí me gustaría que actuaras conmigo como si fueras un joven inexperto.

Al oír esas palabras, Arthur se la quedó mirando con expresión atormentada.

—Lo siento mucho —dijo Philly de inmediato—. No tenía que haber dicho eso. Es solo que... —Se sonrojó sin poderlo evitar—. Supongo que las damas a las que has cortejado antes debían de ser muy sofisticadas. Cada vez que digo o hago algo, pienso que me estarás comparando con ellas.

Arthur no supo cómo responder a semejante confesión.

—¿De verdad que eso te preocupa?

—No tendría que habértelo dicho, lo sé. Es estúpido e infantil, y...

—No te comparo con nadie, Philly.

Levantó los ojos, sorprendida por la vehemencia de su afirmación.

—Desde el día en el que te conocí, no he vuelto a pensar en ninguna otra mujer. De hecho, casi no he podido pensar en ninguna otra cosa que no fueras tú. —Le acarició un mechón de pelo que le caía sobre la cara—. Y respecto a esas damas a las que he cortejado antes que decías, no han sido tantas como supones. Por otra parte, hace mucho tiempo de eso y ninguna merece ser recordada. Estoy mucho más interesado en vivir el presente que en recordar el pasado. Vivirlo aquí, contigo.

No dejaba de acariciarle la cara y el pelo, y su ternura hizo que la ansiedad y la timidez que Philly había sentido solo unos momentos antes desaparecieran sin dejar rastro. Al cabo de poco tiempo lo estaba acariciando a él con igual ternura que él a ella.

—¿Qué voy a hacer contigo, señora Heywood? —preguntó casi en un susurro.

—¿Hacer conmigo...?

—Te prometí que nuestro matrimonio sería solo nominal, pero ahora esa promesa me resulta extraordinariamente difícil de mantener.

—Eso no me importa.

—Creo que no piensas con claridad, cariño mío. No desde que te encontraste conmigo ayer por la mañana en el parque. Ya me he aprovechado de ti con esta boda tan rápida. No voy a incrementar los daños rompiendo esa promesa que te hice.

—¡No te has aprovechado de mí!

—Te ofrecí matrimonio cuando estabas preocupada y desesperada. Si las circunstancias hubieran sido otras…

—Mi respuesta a tu oferta de matrimonio hubiese sido la misma. Te lo aseguro, Arthur. Si después de la cena que ofreció mi tío me hubieses propuesto que me casara contigo, te habría dicho que sí.

Asombrado, Arthur la soltó.

—¿Cómo dices?

—¿No te diste cuenta de lo desolada que estaba cuando nos despedimos en la sala de estar? No quería perderte, tenía roto el corazón.

—Philly… —Arthur negó con la cabeza—. No me conoces. No sabes qué clase de hombre soy. Si lo supieras…

—¡Claro que lo sé! Eres un hombre de honor. El único al que pude acudir en mis momentos de dificultad.

—Estás agradecida, eso es todo.

—Es mucho más que gratitud. ¿Es que no lo ves? ¡Si hasta te di el alfiler del pelo para mostrarte mi afecto! ¿No te diste cuenta de lo que sentía por ti cuando lo hice? Reconozco que fue un gesto casi infantil, pero… —Las palabras le murieron en los labios cuando Arthur metió la mano en el bolsillito del chaleco y sacó el alfiler dorado con adornos de cristal. Philly lo miró incrédula antes de volver a levantar los ojos hacia él—. ¿Lo has guardado?

—Estaba deseando creer que te importaba. Que era para ti algo más que un amigo. Pero me parecía imposible. No me atrevía a tener esperanza…

—Me importas, Arthur. Me importas tanto, tantísimo…

Arthur la miró. Le temblaba el pecho de la emoción y, ya liberado de restricciones mentales, la tomó entre los brazos, se acercó a ella y la besó con fiera ternura.

Philly abrió los labios de la sorpresa, por lo que el beso inicial se volvió mucho más íntimo de lo que Arthur había previsto. Se dio cuenta de que la había sorprendido, tal vez hasta asustado. Estaba claro que era la primera vez que alguien la besaba. Pero no protestó ni lo empujó para apartarla de él. Arthur no

habría sabido cómo reaccionar si lo hubiera hecho.

—Arthur... —musitó, con una mano apoyada débilmente sobre la tela del chaleco.

—Lo sé, mi amor. Todo está bien.

Lo miró con los ojos brillantes y volvió a besarla. La apretó más contra el pecho y movió la boca alrededor de la de ella. Philly se mostraba confiada y al mismo tiempo vulnerable. Hubiera resultado muy sencillo dejarse llevar. No parecía importar que ahora estuviese más cerca de ella de lo que nunca había estado. Y aún no era suficiente. Quería aún más de ella. Necesitaba más de ella.

Pero no se dejó llevar.

Lo que hizo fue suavizar el beso; ir poco a poco, enseñándola, hasta que Philly cerró los ojos y entregó a las caricias de los de él los labios, unos labios hechos para besar. Eran voluptuosos y suaves, el superior algo más grande que el inferior. Recogían cualquier presión, hasta la más ínfima, y se moldeaban con una sensualidad inconsciente que le aceleró el pulso sin control.

No le devolvió el beso. Aún no. Pero la notaba tibia, dulce y temblorosa de pasión. Le tomó la cara entre las manos, la miró un momento y volvió a cubrirle la boca con la suya.

Un nuevo beso.

Y después otro.

Cada uno era más profundo y completo que el anterior.

Philly le rodeó el cuello con los brazos y se apoyó sobre él, y, la siguiente vez que acercó la boca, fue ella quien tomó la iniciativa.

Arthur reaccionó con todo el cuerpo, mostrándose receptivo.

—Así que esta va a ser mi recompensa, ¿verdad? —preguntó con voz algo pastosa cuando por fin se separaron.

—¿Qué recompensa?

—La que me corresponde por cortar el nudo gordiano. —Le besó la piel delicada del cuello. Le acarició el pelo y fue como si el cuerpo de Philly se fundiera. Podía notar cada pliegue, cada contorno exquisito de esa figura tan femenina bajo la tela fina de la camisola. La respiración se volvió más pesada y los besos más urgentes.

—¿El nudo gordiano...? —murmuró con voz susurrante—. ¡Ah, claro! Por supuesto. —Le besó el labio inferior.

Arthur reprimió como pudo un jadeo. Hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer, pero es que, además, nunca había experimentado nada semejante a eso.

La pasión innata de Philly le invadía los sentidos. Era dulce y suave, generosa y abierta. Y cuando lo miraba, con las mejillas encendidas y los labios ya algo hinchados por sus besos, se daba cuenta de que era lo que llevaba buscando toda su vida sin haberlo sabido.

—¿Cuál fue la recompensa que reclamó Alejandro Magno? —preguntó mientras él le acariciaba los brazos y la espalda, y la atraía hacia la cama—. No lo recuerdo.

—Se convirtió en rey de Asia. —Arthur se agachó para recogerla en brazos—. Pero, no me preguntes por qué, esta recompensa me parece mucho más satisfactoria.

Capítulo 20

Muchas horas más tarde, Philly se despertó y aún estaba entre los brazos de Arthur. Durante unos instantes no supo dónde estaba ni cómo había terminado allí. Y cuando lo recordó, una oleada de rubor le recorrió todo el cuerpo.

Su matrimonio con el capitán Arthur Heywood había dejado de ser solo nominal. Se había consumado por completo y con todas las de la ley. En toda la extensión de la palabra. De hecho, tras un breve periodo de descanso, y tras asegurarle varias veces que no le desagradaba la idea, sino que, por el contrario, lo deseaba con todas sus fuerzas, Arthur la había poseído por segunda vez.

Philly nunca había experimentado nada tan maravilloso. Ni tan aterrador. Su ignorancia sobre las intimidades del lecho matrimonial era total y no sabía qué podía esperar al respecto. Pero cualquier preocupación hubiera sobrado: Arthur había sido un maestro leal y del todo fiable que la persuadió, la acarició y suavizó los miedos de la inexperiencia a base de palabras y gestos de dulzura. Le había dicho que era preciosa, que era su esposa, el objeto de su cariño, hermosas palabras que todavía resonaban en lo más profundo de su ser.

No le había dicho que la amaba, no con esas palabras exactas, pero cada beso y cada caricia parecían proclamar la profundidad de sus sentimientos, y, en el momento en el que Philly se durmió entre sus brazos, se sentía segura por completo de su amor.

Arthur aún la rodeaba con los brazos y le apoyaba la mano sobre la cadera de forma extrañamente posesiva. Philly suspiró. Se sentía segura donde estaba, pero pronto saldría el sol y, con independencia de la intimidad compartida con Arthur en la oscuridad, era demasiado tímida como para despertarse abrazada a él y que la

sorprendiera la luz del día sin ninguna ropa encima.

Con eso en mente, se deshizo de su abrazo con mucho cuidado y se levantó de la cama para buscar la camisola. La encontró en el suelo, no lejos del maltrecho corsé y de la camisa y el chaleco de Arthur. Se introdujo por la cabeza la prenda ligera de lino y, tras pasarse los dedos por el pelo encrespado para intentar arreglárselo un poco, volvió a meterse en la cama.

Una vez de nuevo en el colchón, mientras se preparaba para introducirse de nuevo entre los brazos de Arthur, oyó un murmullo profundo e ininteligible procedente del lado de la cama que ocupaba Arthur.

Se quedó muy quieta, escuchando. ¿Había dicho algo? Si había sido así, no había podido entender las palabras. En la oscuridad, se acercó un poco más a él, justo en el momento en que se volvía entre sueños hacia la almohada.

La invadió un sentimiento súbito de compasión. Estaba teniendo una pesadilla, el pobre. Le colocó la mano sobre el pecho para intentar despertarlo con la mayor suavidad posible.

Fue el último movimiento que pudo hacer.

No hubo advertencia alguna. Ninguna posibilidad de gritar o de apartarse. Arthur se despertó de repente y, con un movimiento poderoso, salvaje e increíblemente violento, la agarró por el cuello.

Philly dio un grito ahogado y abrió los ojos llena de estupor. Apenas podía respirar, el corazón le latía contra las costillas y el pulso le golpeaba los oídos con mucha fuerza. Empezó a luchar de forma instintiva, pero la respuesta fue una mayor presión de los dedos. Entró en pánico.

Y, tan de repente como empezó, el ataque terminó.

Fuera cual fuese la pesadilla oscura que agobiaba el sueño de Arthur, se esfumó y, de forma tan brusca como la había agarrado, la soltó.

Philly se retiró para apoyarse sobre la cadera, luchando por recuperar la respiración y el aliento. No podía dejar de temblar y las lágrimas le emborronaban la visión. Aun así, fue capaz de ver el gesto de horror de Arthur al comprender lo que había pasado.

—¡Dios mío, Philly! ¿Qué te he hecho?

Su voz, rota y angustiada, era irreconocible en la oscuridad. Se movió hacia ella y estiró los brazos como si quisiera envolverla y protegerla, pero se detuvo en seco antes de tocarla siquiera. Philly se dio cuenta de que no se atrevía a abrazarla, ni siquiera a rozarla. Sería lógico que ella también estuviera asustada. Asustada de él y de lo que le pudiera hacer. Pero no tenía miedo. Se acurrucó en sus brazos sin

dudarlo.

—Estabas soñando —dijo entre lágrimas—. No sabías quién era.

Arthur se quedó lívido, sin un atisbo de color en la cara.

—¿Estás bien? —preguntó con voz ronca—. Por favor, Philly, dime que estás bien.

Respiró hondo:

—Estoy bien. —Retiró la mano de él para enjugarse las lágrimas—. No sé por qué estoy llorando.

—Porque te he hecho daño. —Se volvió hacia el yesquero que estaba sobre la mesita de noche y, con manos temblorosas, intentó provocar una chispa para prender una vela—. Por favor, amor mío, déjame ver cómo estás.

A la luz vacilante de la vela, Philly pudo apreciar lo pálido y afectado que estaba Arthur. Fuera cual fuese el malestar que le hubiera producido debido a la pesadilla, no tenía ni punto de comparación con lo atormentado que se sentía en ese momento por haberla atacado.

—Estoy de maravilla, de verdad —repitió mientras le retiraba el pelo hacia atrás —. Me has soltado de inmediato. No has podido hacerme ningún daño.

Arthur no hacía caso de sus razonamientos. Parecía decidido a considerar su acción desde el peor punto de vista posible para él mismo. Le miró el cuello y, al verle las marcas de los dedos sobre la piel, dibujó una expresión de profundo autodesprecio.

—Te he hecho daño —insistió. Había desesperación en el tono.

—No. Solo me has sorprendido. Por eso lloraba, porque me he asustado un poco. Pero ahora estoy bien. Del todo.

—¿Cómo vas a poder perdonarme por esto?

Intentando apartarlo de la evidencia de lo que había hecho, lo rodeó con los brazos y le apoyó la cara sobre un hombro. Sabía que, por mucho que le asegurara que no tenía importancia, la situación tan desfavorable en la que se encontraba no iba a mejorar. En cualquier caso, lo intentó.

—No hay nada que perdonar, Arthur. Era solo un sueño. Un mal sueño.

Arthur la atrajo hacia sí. El abrazo fue menos intenso que el anterior. La envolvió con cuidado, como si fuera de porcelana fina. Como si, en cualquier momento, pudiera romperse en mil pedazos.

Philly no dijo nada más. Las lágrimas de susto ya habían cesado y ahora pensaba que ella lo reconfortaba a él, más que al revés. Le acarició el cuello con suavidad para calmarlo. No sabía si notaba siquiera sus caricias, pues permanecía quieto y

callado, enfrascado en sus propios pensamientos. Le dio la sensación de que estaba decidiendo sobre algo y no le sorprendió que, tras unos segundos más, la apartara de él.

Esperaba que le explicara lo que había pasado, que se disculpara de nuevo o incluso que le contara la pesadilla, pero Arthur se limitó a agarrarle entre dos dedos un mechón de pelo, lo mismo que había hecho la noche anterior tras cortar los nudos del corsé.

—Es muy temprano —dijo con una voz plana y extraña—. Sería mejor que regresaras a tu cama.

Philly se lo quedó mirando.

—¿Cómo dices?

—Aunque, si prefieres quedarte aquí, entonces debo irme yo.

Pestañeó, tanto de asombro como para intentar alejar la lágrimas que amenazaban de nuevo con asomar.

—¿No quieres que sigamos juntos?

La pregunta pareció apenarlo. Le retiró la mano del pelo.

—No importa lo que yo quiera. Estando así, no puedo fiarme de mí mismo. Ni siquiera me he dado cuenta de lo que estaba haciendo y...

—No te atormentes pensando en lo que podría haber pasado. Te lo pido por favor. Te despertaste y ahora todo está bien.

—No, no está bien, ni mucho menos.

—Pero yo no estoy en peligro.

Negó con la cabeza.

—No sigas, Philly, te lo ruego.

—¿No podemos seguir un rato juntos? ¿Hasta que amanezca, por lo menos? Si me contaras tu pesadilla, quizá yo podría...

—Hablar sobre ella no cambiaría nada.

—Pues entonces no hablemos, pero no me eches de tu lado, Arthur. Ahora no, por favor. No quiero dejarte cuando estás mal, tan preocupado. Eso sería peor que cualquier otra cosa.

—No, no sería peor que cualquier otra cosa —dijo, controlando un súbito acceso de mal humor—. Lo que de verdad sería peor que cualquier otra cosa es que te matara.

Sintió una oleada de pavor que le recorrió todo el cuerpo e hizo lo que pudo por alejarla.

—¿Cómo puedes pensar algo tan horrible? Nunca has...

—¡Te estaba apretando el cuello con las manos, Philly!

Hizo una mueca de dolor. Lo que había dicho era la pura verdad, pero enturbiada con una implicación tan siniestra que Philly sabía que nada de lo que pudiera decir iba a ser capaz de convencerlo. Arthur estaba tan afectado por lo que había hecho que le resultaba imposible analizarlo de manera racional.

—No hace falta que digas nada más. Si es lo que quieres, me voy ahora mismo a mi dormitorio.

La reacción calmada de aquiescencia de Philly pareció inquietar a Arthur tanto como sus protestas anteriores por la idea de tener que marcharse de su lado. Cuando se estaba levantando de la cama, la agarró por la muñeca.

—No es lo que quiero —susurró en voz baja y en apariencia tranquila—. Pero he hecho voto de protegerte, Philly. Y voy a hacerlo. Incluso si debo protegerte de mí mismo.

Capítulo 21

Al despuntar el día, Violet entró en el dormitorio de Philly llevando una bandeja de desayuno. Mientras descorría las cortinas y encendía el fuego, se excusó por no haber subido la noche anterior. Explicó que había apoyado la cabeza sobre la mesa de la cocina para «cerrar los ojos y descansar un momento» y que había terminado durmiéndose del todo. Continuó refiriéndole que sus perros estaban comiendo en la cocina bajo la supervisión de William y que Arthur se había levantado bastante antes del amanecer y se hallaba en la biblioteca despachando con el señor Pebmarsh asuntos importantes de la hacienda. Le indicó de modo literal:

—El señor Crofton dice que nadie los interrumpa.

Philly escondió su disgusto. Había esperado desayunar con Arthur. De hecho, había permanecido despierta hasta que amaneció pensando en lo que sucedería cuando volvieran a encontrarse. Imaginó distintos escenarios, pero no había previsto que ni siquiera desease verla. ¿De verdad tendría asuntos tan importantes e inaplazables con su administrador? ¿O solo la estaba evitando?

Cualquiera que fuese la razón, el resultado era el mismo. Iba a estar sola en una casa desconocida, rodeada de sirvientes desconocidos. Suficiente para poner a una persona entre la espada y la pared.

Pero Philly no iba a dejarse amilanar por malos presagios ni a sentir lástima de sí misma. Con independencia de lo que hubiese pasado esa madrugada entre Arthur y ella, seguía siendo la señora de Heywood House. Tenía mucho que aprender y aún más que hacer: lo suficiente como para estar muy ocupada durante semanas.

La cocinera era con quien primero iba a hablar. La cena fría que les habían servido la noche anterior no había sido digna de mención, ni para bien ni para

mal, pero el desayuno que le había llevado Violet en la bandeja había sido horrible. El té, repugnante; la comida, o bien poco hecha, o bien quemada; y nada estaba caliente.

—Violet, ¿cuánto tiempo lleva en la casa la cocinera? —preguntó.

—Va a hacer un año, señora. Pero a la señora Davies no le gusta ser cocinera.

Philly removió con el tenedor un bulto gris muy sospechoso que tenía en el plato.

—Ah, ¿no?

—En su trabajo anterior era ama de llaves. —Violet estaba sacudiendo la ropa de viaje de Philly y metiéndola en el ropero—. Pero no hay muchas posibilidades de conseguir buenas cocineras por la zona, y la señora Lamb dice que la señora Davies lo hace lo bastante bien para la casa de un soltero.

Incapaz de seguir comiendo aquella bazofia, Philly dejó a un lado la bandeja.

—Violet, de ahora en adelante, no hace falta que me traigas una bandeja a la habitación por la mañana. Tomaré el desayuno abajo, en el salón de desayunos.

—Sí, señora, pero... ¿El salón de desayunos ha dicho? —La voz de Violet fue perdiendo intensidad mientras levantaba el corsé de Philly y observaba con curiosidad indisimulada las cintas cortadas.

Philly reprimió el sentimiento de vergüenza.

—Puedes dejar eso, Violet. Yo lo arreglaré. —Esperó hasta que la criada obedeciera antes de preguntar—. ¿Es que en Heywood House no hay salón de desayunos?

—Me parece que fue uno de los salones que se cerraron.

—¿Dónde se le sirve el desayuno al capitán Heywood? ¿En el comedor?

—No, señora. El señor recibe su bandeja en la biblioteca. Se pasa la mayor parte del tiempo allí.

Philly frunció el ceño. No tenía la intención de perturbar ni de darle la vuelta a la forma de vivir de Arthur, pero estaba claro que había que introducir algunos cambios.

Envió a Violet a por agua caliente y, una vez sola, entró en el vestidor. Se echó hacia atrás el pelo y se miró con atención en el espejo. Pese a que aún notaba cierta sensibilidad cuando se tocaba, no tenía ninguna marca visible. Suspiró aliviada. No había llevado ningún vestido de cuello alto en la maleta, ni tampoco pañuelos o chales con los que cubrirse; un hematoma en esa zona hubiera sido imposible de explicar a los criados. Le alegraba no tener que preocuparse por eso.

De hecho, esperaba que el incidente pudiera resolverse sin más. No estaba

enfadada con él. ¿Cómo iba a estarlo? No había sido su intención herirla y, aunque la había asustado lo suficiente como para hacerla gritar y llorar, no había sufrido ningún daño. Pero sí que se preguntaba el porqué de su acción. Sin duda tenía que ver con la pesadilla que había tenido, una pesadilla que daba por hecho que tenía que ver con acontecimientos que ocurrieron en España. Ojalá supiera de qué se trataba. Por desgracia, la escasa información de la que disponía acerca de las experiencias de Arthur en la guerra procedía de sus dos nada fiables primas.

¿De verdad lo habrían dado por muerto en el campo de batalla? ¿Y qué tipo de heridas habría sufrido?

Tras lo sucedido la noche anterior, y pese a que la habían pasado juntos, Philly no tenía más información ni era capaz de entender nada. Arthur había apagado las velas bastante antes de desvestirse. Pero en la oscuridad, al tocarle el pecho desnudo y los hombros, había notado las cicatrices. Le pareció que eran muy semejantes a las que le había visto en la mano izquierda. ¿Cómo se había hecho las heridas que las causaron? ¿Quién se las había hecho?

Hasta ese momento su modo de enfrentarse al pasado de Arthur había sido fingir que no existía. Le había parecido más considerado no recordarle la guerra y todo lo que había tenido que soportar mientras luchaba. Pero, tras esa noche, tenía claro que se había equivocado al no preguntar. Arthur no iba a olvidar lo ocurrido solo por no hablar de eso. Su pesadilla era prueba suficiente.

Cuando Violet volvió, Philly se lavó con el jabón con aroma a rosas que había llevado de casa de su tío y después se puso un vestido estampado de muselina. Una vez que Violet la hubo peinado con poca pericia, con un resultado no mucho mejor del que Philly habría conseguido por sí misma, la envió a que avisara a la señora Lamb.

Su abuela siempre le había enseñado que, para gestionar de modo adecuado una casa grande, la dueña y el ama de llaves tenían que trabajar en armonía. Philly quería empezar pronto a hacerlo.

Poco después, la señora Lamb llamó a la puerta del dormitorio. Era una mujer de pelo negro, alta, delgada, de ojos caídos y labios oblicuos, como un retrato medieval que hubiera cobrado vida. A primera vista, no se podía saber si era cruel o amable, inteligente o calculadora.

Philly la hizo pasar y la invitó a sentarse en uno de los sillones cercanos a la chimenea y empezaron a hablar. Al cabo de diez minutos, ya había llegado a la conclusión de que la señora Lamb, pese a su apariencia siniestra, no era ni cruel ni calculadora. Solo era un ama de llaves infeliz, muy descontenta e insatisfecha que

deseaba mantener su escasa autoridad.

—El capitán Heywood es un buen patrón —afirmó—. Paga un buen salario, pero no hay nada que hacer en Heycombe y bastante poco en la mansión, con tantas habitaciones fuera de uso. Siempre he dicho que mantener una casa para un caballero soltero que no recibe invitados y que casi nunca se asoma fuera de la biblioteca, desde el alba hasta el ocaso, es un trabajo complicado. La he gestionado lo mejor que he podido, aunque me atrevo a decir que va a encontrarse con muchas quejas sobre cómo hago las cosas.

Philly no dio importancia al tono defensivo de la señora Lamb. Comprendía los problemas que enumeraba el ama de llaves. Por otra parte, una nueva señora en una casa en marcha siempre perturbaba el orden de las cosas, a veces para peor.

—¿Un trabajo complicado? ¿A qué se refiere?

—No resulta fácil retener a los buenos sirvientes cuando su trabajo es poco motivador y no tienen mucho que hacer ni se les presenta la oportunidad de mostrar sus verdaderas capacidades. Nuestra antigua cocinera es un buen ejemplo. En su empleo anterior estaba acostumbrada a elaborar postres, pasteles y pudines magníficos. No disfrutaba preparando cenas sencillas para un caballero soltero que siempre cenaba solo. Se despidió al cabo de dos meses. Y pasa lo mismo con las doncellas y los criados más jóvenes: prefieren una vida más ajetreada e intensa en Bath o en Melton Abbey al servicio de un caballero y su esposa con más vida social.

—Queda claro, lo entiendo muy bien. —Philly hizo una pausa—. ¿Dónde está Melton Abbey?

—Es la hacienda de lord y lady Markham. No está muy lejos de aquí. Siempre organizan en la casa fiestas a las que acude lo mejor de la sociedad de Londres.

Philly, pensativa, frunció el ceño. No había considerado la posibilidad de que Arthur tuviera vecinos con tanta actividad social, de los que ofrecen fiestas para damas y caballeros londinenses. ¿Su tío visitaría Melton Abbey? ¿Y el duque de Moreland? El mero hecho de pensarlo le revolvía el estómago.

—Aunque debo decir que los invitados suelen ser bastante... aventureros, por decirlo de alguna manera —continuó la señora Lamb—. Jóvenes que van de acá para allá con el carruaje a toda velocidad. El año pasado incluso hubo un duelo a pistola en el prado norte del señor Tuttle.

—¡Por Dios bendito!

—Así, fue, señora. Un escándalo, sí señor. Y precisamente ese fue uno de los acontecimientos interesantes que hicieron que dos de nuestros criados jóvenes se

marcharan. Ahora trabajan en los establos de Melton Abbey, o eso me han dicho, al menos. ¡Que les vaya bien!

—No me cabe duda de que a los miembros del servicio les consta que trabajar en una casa respetable y tranquila tiene muchos beneficios. Saben que nadie se va a jugar a las cartas el dinero de su salario, pongo por caso, y que ningún vividor se va a tomar libertades con las doncellas jóvenes durante una fiesta desenfrenada.

—Ni que decir tiene que Heywood House es una hacienda de lo más respetable y que el capitán Heywood es un hombre de honor. Nadie va a ponerlo en duda jamás. Pero no se abre nunca a nadie, y eso es excesivo, me atrevo a decir. No soporta la compañía, supongo que sabe a qué me refiero. Ya tiene bastante con enfrentarse a un estado de ánimo tan sombrío. Cuando leí el mensaje en que nos informaba de que volvía con su esposa estuve a punto de caerme redonda de la sorpresa. «Esta casa no es adecuada para una dama —me dijo Crofton cuando leyó la carta—. Ni tampoco el señor». —La señora Lamb miró a Philly a los ojos con gesto serio, incluso triste—. Pero bueno, aquí está usted, señora, y tenemos que hacerlo lo mejor que podamos, ¿no es así?

Philly le devolvió la mirada sin pestañear.

—En efecto, así será, señora Lamb.

* * *

Arthur no pudo dormir después de que Philly se marchara a su habitación, así que se levantó y bajó a la biblioteca. Intentó mantenerse ocupado, no tener ni un momento libre para pensar y reflexionar sobre lo que le había hecho a su esposa. Pero, incluso transcurridas varias horas de lo más tediosas revisando al detalle la gestión de la hacienda con su administrador, no podía alejárselo de la mente.

Las pesadillas eran habituales desde que regresó de España. Con el transcurrir de los años, la frecuencia se había ido reduciendo, pero no habían cesado por completo. Cada pocas semanas volvía a tener la misma, una y otra vez, y se despertaba empapado en sudor frío mientras volvían a asaltarlo los recuerdos espantosos de su última batalla en la Península.

La pesadilla era muy relista, pero Arthur nunca había pensado que debido a ella pudiera dañar a alguien, y mucho menos a Philly. De haber sabido que existía la más mínima posibilidad de que pasara eso, no se habría permitido quedarse dormido a su lado. Y, además, no habría hecho el amor con ella. De hecho, se habría alejado de Philly todo lo que hubiera podido. Lo que fuese para mantenerla fuera de peligro.

¿Qué podría haber pasado si no se hubiera despertado cuando lo hizo?, ¿si hubiese seguido inmerso en la pesadilla durante unos momentos más? Era muy frágil, se hallaba indefensa frente a él. Estaba seguro de que la habría matado. El que no lo hubiese hecho había sido solo una cuestión de suerte.

Philly aún no era capaz de apreciar todas las implicaciones de lo que había ocurrido. Todavía no. Pero ¿cuánto faltaba para que empezara a arrepentirse de haberse casado con él? ¿Cuánto faltaba para que empezara a odiarle?

Todo el problema era resultado de su propio egoísmo. Porque era egoísmo, sin más. No podía llamarlo de otra manera. Con toda seguridad, el matrimonio no era la única vía para salvar a Philly de las garras de Moreland. Y, sin embargo, la había urgido y empujado a casarse con él prometiendo que solo sería un matrimonio nominal y para la galería, una promesa que había roto de forma bastante espectacular la noche anterior, ¡la primera de su matrimonio!

Se llevó las manos a la cabeza mientras reflexionaba sobre los acontecimientos. Le dolía el corazón.

Ya era por la tarde cuando Pebmarsh se marchó. El sentimiento de culpa que sentía por su ataque se incrementó por haberla dejado sola durante gran parte de su primer día en Heywood House. Parecía que no era capaz de hacer nada bien en relación con su esposa.

Agarró el bastón. Le dolía más la pierna que durante el tiempo que había estado en Londres. No era de extrañar, tras las quince horas de viaje en carruaje de la víspera. Y tampoco ayudaba el hecho de haberse pasado la mitad de la jornada sentado en el sillón del escritorio.

Se levantó con esfuerzo y salió al vestíbulo principal. Dos criadas se apresuraban a ir a alguna parte con artículos de limpieza. Llevaban el delantal sucio y el pelo desarreglado. Al verle, se detuvieron y lo saludaron con inclinaciones torpes. No sabía el nombre de ninguna de las dos.

—¿Saben dónde está la señora Heywood? —preguntó.

—Bajó a la cocina con la señora Lamb hará una hora más o menos, señor —respondió la más alta de las dos.

—Y después salió, señor. A pasear con sus perros —añadió la más baja.

Arthur se dio la vuelta apoyándose en el bastón. Le iba a resultar difícil seguir el rastro de Philly en una casa tan grande como esa. Y, con la pierna dándole aún más problemas de los habituales, tampoco podía recorrer los alrededores en su busca, una razón más para que hubiera hecho el esfuerzo de verla a la hora del desayuno. Tendría que haber averiguado qué planes tenía para pasar el día, así no

habría necesitado preguntar al servicio dónde se hallaba y qué había estado haciendo.

Salió de la casa y se dio cuenta de lo inestable que era su paso nada más empezar a andar por el terreno. Nada de eso contribuyó a mejorar su humor, todo lo contrario.

Por fortuna, no tuvo que ir demasiado lejos, pues *Basil, Jasper* y *Dash* estaban tumbados al sol junto a la entrada norte del terreno de los establos. Cuando lo vieron, movieron la cola de forma amistosa, pero ninguno de ellos hizo el menor ademán de levantarse para acercarse a él. El hecho de que permanecieran junto a las puertas de madera fue la confirmación de que Philly estaba dentro.

Entró y la vio apoyada en la puerta de una de las cuadras individuales. Le acariciaba el lomo a *Hiperión,* su gigantesco alazán purasangre.

Al verla, se le encogió el corazón. Llevaba unas botas marrones de media caña muy gastadas y estaba de puntillas, con un brazo apoyado sobre el borde de puerta del cubículo y el otro estirado hacia el lomo de *Hiperión* mientras susurraba algo que no entendió. La tela fina del vestido se le amoldaba con suavidad a las curvas del cuerpo. Ese vestido de muselina no era más sugerente que los que la había visto llevar en otras ocasiones, pero, después de la noche que habían pasado juntos, era como si fuera transparente. Conocía el tacto de ese cuerpo y mientras la miraba sintió calor en las venas por primera vez en todo el día.

Hasta que fijó la vista en la piel delicada del cuello. No había heridas ni hematomas, y las huellas rojas de dedos habían desaparecido. Pero eso no le alivió el sentimiento de culpabilidad. No paraba de recriminarse lo que había hecho.

¿Qué se podía esperar de su matrimonio después de una situación como esa? No podrían volver a compartir la cama, de eso estaba seguro. Y entonces, ¿qué? ¿Volverían al acuerdo inicial? ¿Su matrimonio iba a ser solo nominal, después de todo?

En eso estaba pensando cuando Philly miró hacia donde él estaba y lo vio. Se le enrojecieron las mejillas de inmediato.

—¡Arthur! Pensaba que todavía estabas en la biblioteca.

—Por hoy he terminado con Pebmarsh. —Se acercó a ella y empezó a acariciar a *Hiperión* en la testuz con aire ausente. Pensó también en acariciarla a ella, pero, tras lo ocurrido al final de la noche, no le pareció adecuado tomarse tal libertad. Se preguntó si volvería a hacerlo alguna vez.

—Siento haber estado ocupado tanto tiempo.

—La gestión de la hacienda debe de ser bastante agotadora.

—No, yo... —Se volvió a mirarla de frente y se dio cuenta de que estaba más centrada en el caballo que en él—. Lo que quiero decir es que siento haber estado tanto tiempo sin ti.

—No te preocupes por mí. —Retiró la palma de la mano del lomo de *Hiperión* y dejó que el caballo la husmeara—. He estado haciendo cosas toda la mañana. A decir verdad, este es el primer rato de ocio que paso en todo el día. Iba a dar un paseo por el bosque con los perros, pero me he parado a admirar a tu precioso caballo.

—Se llama *Hiperión*.

—*Hiperión*... —repitió para sí—. ¿Es el purasangre que mencionó lord Edgeworth en la cena de mi tío?

—Sí.

—¿Y cómo supo de él lord Edgeworth? No me dio la impresión de que fuerais buenos amigos.

—Te aseguro que no lo somos. *Hiperión* es hijo de *Titán,* un semental muy famoso que perteneció a mi padre. *Titán* solo engendró tres potros a lo largo de su vida. Te aseguro que Edgeworth se considera un experto en genealogía equina, aparte de en otras muchas cosas en la que también cree que es una autoridad...

Philly sonrió un poco mientras seguía acariciando la barbilla peluda del corcel.

—Está claro que expresa sus opiniones sin ningún comedimiento. Y de forma estentórea.

—Sí. Su esposa y él se parecen mucho en eso.

Tras unas cuantas caricias más a *Hiperión* en la barbilla, Philly salió de la cabina semiabierta del caballo y miró de frente a Arthur.

—¿Te apetece dar un paseo conmigo? —A Arthur le pilló por sorpresa la invitación. Philly apenas lo había mirado a los ojos. Lo último que se esperaba era que quisiera pasar más tiempo en su compañía—. Entendería que no quisieras...

—Estoy a tu disposición. —Le dolía tanto la pierna que le palpitaba, pero por nada del mundo habría rehusado—. ¿Quieres caminar mucho?

—No, no mucho. —Recogió a *Fox* de una de las cabinas semiabiertas donde el desgreñado terrier había estado descansando, acomodado con todo confort sobre una pila de hierba fresca—. La señora Lamb me ha hablado de una senda por el bosque que conduce a un estanque. Dice que es muy agradable.

—Sí, conozco bien ese camino.

Philly se acercó a donde él estaba y, antes de que se lo ofreciera, lo agarró del brazo, sujetándolo con la misma determinación con la que lo había hecho la

primera tarde en la que pasearon juntos por el parque.

—Muy bien, señor. Pues entonces le permitiré que sea usted mi guía.

Capítulo 22

Philly no había esperado sentirse tan cohibida en presencia de Arthur. Era una persona muy sensata y creía que, cuando se volvieran a encontrar, hablaría y se relacionaría con él con la misma normalidad con la que lo había hecho desde que se conocían. Sin embargo, cuando se aproximó a ella en el establo, los pensamientos racionales se evaporaron. Sintió mariposas en el estómago y la mente saturada con el recuerdo de los besos, las caricias y las palabras de amor que había pronunciado la noche anterior.

¿Sentía lo mismo Arthur? Tenía la impresión de que no. Cuando salieron del establo y echaron a andar apenas le dijo nada, y según avanzaban se mantuvo serio, casi solemne y en silencio. Philly sospechaba que, en lugar de acordarse de la intimidad compartida en la noche de bodas, todavía se echaba en cara lo que había ocurrido durante la pesadilla.

No intentó sacarlo de su actitud melancólica. Todavía no. Pero sí lo agarró fuerte del brazo y cada poco tiempo movía la mano a lo largo de la manga del abrigo para reconfortarlo sin palabras.

El camino que siguieron por el bosque los condujo por una zona vasta de vegetación densa compuesta de flores silvestres, arbustos y árboles que formaban un dosel casi completo. Algún retazo de luz del sol brillaba entre las ramas, y los cantos entremezclados de currucas, lavanderas y bisbitas arbóreas llenaban el aire.

En un recodo del sendero, el bosque se abrió de forma inesperada en un claro en cuyo extremo había un estanque amplio y tranquilo. El agua se curvaba con suavidad hacia las orillas de hierba, flanqueadas de bancos de piedra vieja en mal estado y llenas de hojas caídas y pétalos de flores.

La señora Lamb estaba en lo cierto. Era un lugar encantador.

Philly soltó el brazo de Arthur.

—¿Nos sentamos un momento?

—Como tú quieras.

Mientras se acercaban a uno de los bancos de piedra, una ardilla salió corriendo de la espesura y los sobrepasó. *Basil, Jasper* y *Dash,* encantados y enardecidos, emprendieron una persecución feliz mientras *Fox* se removía inquieto entre los brazos de Philly, que, con mucho cuidado, lo dejó en el suelo. Sin dudarlo un instante, el terrier salió corriendo detrás de los tres perros grandes, aunque, eso sí, tanteando con precaución el terreno de vez en cuando con la pata mala.

Philly lo miró encantada.

—Llevaba mucho tiempo esperando este momento.

—¿Que volviera a andar solo?

—Si hubiera querido, habría podido poner la pata en el suelo hace meses. —Philly echó a andar a lo largo de la orilla del estanque. El agua era verde y oscura, muy turbia en la zona central, lo que hacía pensar que tenía bastante profundidad. Si el sol no se hubiese reflejado en ella, habría parecido algo siniestra—. Lo único que le faltaba era la voluntad. —Se sentó en uno de los bancos de piedra—. Estaba esperando a que, en algún momento, algo lo empujara a hacerlo.

Arthur se sentó a su lado. Dejó el bastón apoyado sobre el extremo del banco y se masajeó la pierna.

—Supongo que habrá visto bastantes ardillas antes que a esta.

—No ha sido la ardilla la que lo ha devuelto a su ser habitual. Solo era el momento adecuado y la ardilla ha actuado como la llama que enciende la mecha. —Philly volvió la cara despacio hacia él con la idea de decir algo más sobre la reacción del perro, pero, cuando lo miró a los ojos, se quedó muda. Se cubrió de un rubor intenso, primero el cuello y después la cara. Muy aturullada, volvió a mirar el agua del estanque.

—Philly.

Al oír de nuevo la voz de Arthur, le entró un temblor cuyo motivo no fue capaz de identificar. El tono fue bajo y grave, muy distinto del que utilizaba de forma habitual con ella.

—Desde que nos hemos encontrado en los establos hemos hablado de mi caballo y de tus perros, pero todavía no has dicho una sola palabra sobre lo que sientes… después de esta noche pasada.

Hizo un esfuerzo ímprobo para no volver a ruborizarse por los maravillosos momentos pasados. Si el calor intenso en las mejillas era un indicio, en esos

momentos debía de estar roja como un tomate.

—Estoy muy bien.

—¿De verdad? No me lo creo. Ni siquiera eres capaz de mirarme.

¿Era eso lo que pensaba? ¿Que no podía soportar mirarlo a los ojos? ¡Qué tonto era! Volvió la cara hacia él. Había adoptado una expresión era tan grave como la voz.

—Supongo que te refieres a después de la pesadilla, no a lo que pasó entre nosotros antes…

Philly vio cómo a Arthur se le empezaba a enrojecer el cuello entre los pliegues del pañuelo elegante.

—Y lo digo solo porque…, bueno, me parece que te has olvidado de la noche que pasamos juntos.

—¿Que me he olvidado? —repitió—. La recordaré mientras viva.

Se le aceleró el pulso:

—¿Lo dices de verdad?

—No lo dudes. —La miró a la cara con cierta aprensión—. Y espero que tú también…

—Sí. Aunque tengo que confesarte que…

—¿Qué? —preguntó Arthur de inmediato.

—Solo que… —Philly se alisó la falda sin ninguna necesidad—. Si me resulta difícil mirarte a la cara es porque me da mucha vergüenza. Me imagino que debe de ser una reacción normal en una mujer recién casada, pero resulta un poco complicado. Llevo todo el día deseando verte, y sin embargo ahora…

—¿De verdad tenías ganas de verme?

—Por supuesto. —Dejó de toquetearse el vestido—. Pareces sorprendido.

—Después de como terminó nuestra noche juntos, pensaba que no tendrías ningún interés en volver a tenerme delante.

—¿Por qué no? Espero que no creas que te culpo de lo que pasó.

—¿Y a quién ibas a culpar sino a mí?

—A ti no, desde luego. Fue un accidente infortunado. Y, como puedes ver, estoy bien y no me ha afectado.

Arthur estaba incrédulo.

—Un accidente…

—Sí, para mí es un accidente. No lo hiciste a propósito.

—A propósito o no, fue imperdonable. ¿Qué tipo de persona sería capaz de tratarte así? Desde luego, ningún hombre con una pizca de honor. No un

caballero, por supuesto. Fue el acto de un animal. De un salvaje.

—No —rebatió con suavidad—. Fue el acto de una persona que estaba teniendo un sueño horroroso. Nada más.

Arthur se quedó rígido. Durante un instante casi inapreciable, un espasmo de angustia infinita le cruzó el rostro, tan atractivo.

—Da igual la razón por la que ocurrió. Es un hecho reprobable y no tiene excusa. Y no volverá a ocurrir. Te lo aseguro y te lo prometo.

—¿Crees que podría volver a ocurrir?

Arthur estaba frustrado y enfadado, se le notaba en la cara.

—Sí. Ahora sé que sí. Si es que volvemos a compartir la cama alguna vez.

—¿Si volvemos a...? —Philly estaba asombrada—¿Era eso lo que tenías en mente cuando me dijiste que ibas a protegerme de ti mismo?, ¿que viviríamos separados?

—Vivamos como vivamos, no podemos volver a estar como estuvimos anoche. Tengo esos sueños, esas pesadillas, con demasiada frecuencia. Tendría que haberme dado cuenta... Pero no pensé en las consecuencias que podían traer cuando te propuse matrimonio. Me cegó el egoísmo.

Philly frunció el ceño.

—Yo no recuerdo que la propuesta tuviera nada que ver con tu egoísmo.

—¡Pero era así! Te convencí de que era noble, de que te estaba rescatando, pero la verdad es que solo pensaba en mí mismo. No me porté mejor que el propio Moreland.

Ante una afirmación tan nefasta, Philly se quedó muda. Apartó la vista de él y la fijó en la superficie del estanque. ¿Que se había portado como Moreland? Era la mayor barbaridad que había oído en la vida. Y, sin embargo, estaba convencido de eso y decidido a condenarse sin juicio solo por esos segundos de confusión en los que la había agarrado por el cuello tras despertarse de repente en plena pesadilla.

Intentó pensar en algo que decir para ayudarle a aliviar la angustia que le producía lo que había hecho, pero no se le ocurrió nada capaz de provocar algún cambio. ¿Cómo podría manejar la situación? Su experiencia a la hora de ayudar y curar se limitaba a animales, no la tenía con personas. Y no podía tratar a Arthur como si fuera un perro maltratado y herido.

No obstante, en lo esencial, tampoco tendría por qué ser tan distinto, ¿no?

—Te he molestado —aventuró Arthur en voz baja cuando, después de unos largos momentos, aún no le había contestado y ni siquiera se había vuelto hacia él.

Lo miró.

—No me has molestado, Arthur. Solo estaba pensando en algunas de las cosas que has dicho. —Despacio y con aire distraído, empezó a quitarse los guantes estilo *york* que le cubrían las manos—. Arthur, quiero enseñarte algo, aunque me temo que te va a impresionar.

—Me extrañaría.

Philly se lo tomó como un permiso tácito y, antes de que se le pasara la audacia, se subió las faldas por encima de las rodillas hasta mostrar las medias a la altura de las ligas.

—¡Pero qué demonios...! —Arthur se colocó delante de ella casi de un salto para así protegerla de la visión de quien pudiera acercarse por el camino.

—No me va a ver nadie —le aseguró—. Al claro solo se llega por el sendero.

Se quitó la liga derecha y la depositó en el banco, junto a los guantes. La brisa fresca de la tarde la hizo volar hasta caer sobre la hierba, justo al lado de las botas de Arthur, que recogió el trozo delicado de satén y lo miró con atención durante un momento antes de guardárselo en el bolsillo del chaleco.

Philly esperaba que pusiera alguna objeción, pero no dijo nada más. Se limitó a mirarla a la cara, y después las piernas expuestas, como si distintas emociones lucharan dentro de él. Sintió el peso de su mirada mientras se bajaba la media por la pierna, dejando desnudos el muslo y la rodilla.

—Tienes que acercarte para ver lo que te quiero enseñar.

—¿Y qué se supone que tengo que ver?

—Mira, justo aquí. En la parte de atrás de la pierna. Justo encima de la rodilla. —Se colocó de forma que tuviera un mejor ángulo de visión.

Se dio cuenta del momento exacto en el que Arthur vio la cicatriz, ya que oyó una exclamación ahogada. Justo después, le acarició la zona con su mano grande y la sujetó la pierna para poder apreciar más de cerca las marcas, ya borrosas.

—¿Cómo te hiciste esto?

Philly suspiró mientras le acariciaba la cicatriz con el pulgar.

—Me lo hizo un perro.

—¿Un perro?

—Sí, lo sé. Parece como si hubiera sido algo más serio. —Empezó a estirar de nuevo la media para cubrir la pierna y Arthur retiró la mano—. ¿Me pasas la liga, por favor?

Arthur extrajo la pequeña prenda del bolsillo y se la ofreció en la palma de la mano.

Philly se la volvió a colocar y sujetó la media de nuevo.

—En Fox Cross a veces caía la niebla temprano por la mañana y envolvía el pueblo —explicó mientras se colocaba la falda—. Un día, hace cinco años, fue tan densa que apenas se podía ver nada. Cuando levantó, ví un perro que yacía herido en el jardín de la cocina. No sabíamos de dónde había venido ni cómo había llegado a Satterthwaite Court.

—Tenía que ser un perro muy grande, dadas las dimensiones de esa cicatriz que tienes en la pierna.

—Sí que era grande, sí. Estaba moribundo, delgadísimo, y sangraba por una herida espantosa en un costado. Me arrodillé junto a él para poder ver bien la herida y, de forma inesperada, adelantó la cabeza hacia mí y me mordió en la pierna. De no haber estado tan débil, seguro que me habría hecho una herida mucho más grande. En cualquier caso, el farmacéutico insistió en hacerme una sangría, me aplicó unas cataplasmas horrorosas y me ordenó que me aplicara frío durante más de un mes.

—Pensaban que era un perro rabioso.

—Sí, algunos de los criados lo creían. Pero tanto mi abuelo como yo sabíamos que no. Solo estaba loco de dolor. Pensaba que estaba defendiéndose, nada más.

Arthur la miró a los ojos durante un buen rato antes de volver a hablar.

—Philly, no puedes comparar lo que yo te he hecho esta noche con lo que te pasó con el perro.

—Por supuesto que no. Lo que me hizo el perro fue mucho peor.

—No es lo mismo. Hay cosas que son…

—Imperdonables. Sí, lo sé. Ya me lo has dicho. No quiero ni imaginarme el tipo de castigo espantoso que le hubieras infligido al pobre perro por lo que había hecho. Según tus criterios, era una criatura que no merecía salvación alguna. No importaba en qué circunstancias me había atacado y herido, solo que lo había hecho. —Miró hacia la zona cercana del claro en la que sus perros se habían tumbado a descansar tras la persecución infructuosa de la ardilla—. Si hubiera juzgado a ese perro de la forma tan dura en que te juzgas a ti mismo, ahora no dispondría del defensor más leal y fiero que tengo.

Arthur siguió su mirada.

—¿Fue *Basil*?

—Claro que fue *Basil*.

Al oír su nombre, *Basil* alzó la cabeza peluda y gris. Fijó la mirada por un momento en Philly, como si estuviera comprobando que no le pasaba nada. Una vez satisfecho, emitió una especie de suspiro perruno y volvió a esconderla entre

las patas.

—Ha sido mi compañero más fiel y fiable durante los últimos cinco años, y ni una sola vez ha permitido que nadie me hiciera daño, nunca. De hecho, mi abuelo decía que, si alguna vez me encontrara en verdadero peligro, *Basil* daría de buen grado su vida para salvar la mía. No creo que vaya a haber ocasión de que eso ocurra, gracias a Dios, pero justo ayer me protegió de Evans. De no haber estado él allí conmigo, quién sabe lo que podría haber ocurrido...

Arthur, que había estado contemplando al perro, se volvió hacia ella.

—¿Y nunca ha vuelto a intentar morderte?

—No. En los primeros días, a veces me ladraba, como si quisiera asustarme, pero no creo que lo deseara de verdad. Siempre parecía aliviado cuando yo no escuchaba sus amenazas y me quedaba junto a él. —Dudó un momento antes de seguir—. Esta noche tendría que haber hecho lo mismo contigo y no haberte hecho caso.

—¿No haberme hecho caso? ¿Cuándo?

—Cuando me pediste que me marchara de tu habitación.

—Philly...

—No entiendo por qué dejé que me alejaras de tu lado, salvo..., bueno..., quizá pensé que era más educado o amable hacer lo que me habías pedido. Pero te garantizo que no fue amable. Ni tampoco lo fue no mostrar apenas curiosidad por saber lo que te pasó en la guerra.

Se tensó de modo visible ante la mención de la guerra, pero no se alejó. De hecho, mantuvo la misma actitud protectora que había asumido cuando se subió las faldas y se quitó la liga, con el cuerpo ancho algo inclinando hacia ella.

—¿De verdad crees que has mostrado poca curiosidad?

—No de forma intencionada, si te digo la verdad, pero al final el resultado ha sido el mismo. En estos momentos no sé nada de la naturaleza de tus heridas ni de tus experiencias en España. ¿No crees que ayudaría hablar sobre esas cosas de una manera más abierta? Estoy segura de que, si me hubiera quedado contigo la noche pasada y me hubieses hablado de tu pesadilla...

—No habría cambiado nada.

—Es posible. Pero creo que te hubiera venido bien compartirlo conmigo, y te habrías ahorrado al menos parte de la angustia que has sufrido hoy. —Le dio un apretón cariñoso en el brazo—. Aún no es tarde. Puedes contármelo ahora, si quieres. Me puedes explicar por qué tu pesadilla te angustia tanto. Y puedes contarme qué fue lo que te ocurrió en España.

—Entiendo que quieras conocer qué sentido tiene todo esto, y Dios sabe que tienes todo el derecho a preguntarme por qué anoche te hice lo que te hice, pero no estoy acostumbrado a hablar con nadie de todo eso. Con nadie.

—Pero, Arthur..., supongo que convendrás conmigo en que yo no soy para ti como los demás.

La miró con expresión inescrutable.

—No —admitió al cabo de unos momentos—. Desde luego que no. Me doy cuenta de que nunca lo has sido.

El corazón se le expandió de alegría al oír esas palabras. Con un movimiento rápido, se acercó a él y, antes de que Arthur pudiera percatarse de su gesto o expresar sorpresa ante su audacia, ya le había entrelazado los brazos alrededor del cuello y tenía la cabeza enterrada en el pañuelo que le tapaba el cuello.

Arthur respondió de inmediato envolviéndola en un abrazo tan intenso que apenas la dejaba respirar.

Durante varios minutos no pronunciaron palabra, solo permanecieron enganchados el uno al otro. Cuando Philly por fin recuperó el habla, se dio cuenta de que los argumentos racionales se le habían escapado del cerebro. En ese momento, abrazados, ya no era capaz de seguir formulando los razonamientos suaves que antes le había ofrecido. En lugar de eso, le habló al oído con fiereza, con urgencia, susurrándole contra el cuello lo que la había hecho sentirse tan turbada desde el momento en el que él se lo había dicho.

—¡No vuelvas a decirme nunca que eres igual que el duque de Moreland!

—No lo haré, te lo prometo —murmuró con voz entrecortada y ronca.

—Y nunca digas que casarnos ha sido una equivocación. No lo soporto.

—No. Jamás.

Philly sucumbió a la ternura recia de su voz. De alguna manera, a un nivel muy femenino, entendía ya que Arthur necesitaba ese consuelo físico incluso más que el que le proporcionaban con sus palabras. El mero acto de abrazarlo hizo más por aliviarle el espíritu torturado que cualquier otra cosa que hubiera dicho o hecho.

—Nunca volveré a permitir que me eches de tu lado, Arthur —le dijo también en un susurro apagado por el abrazo—. Me dará igual que me mires mal, que me gruñas o que intentes asustarme. Eres mi amigo más querido. Nunca voy a abandonarte.

Su respuesta fue abrazarla con fuerza. Sintió que apretaba la cara contra la de ella. Parte de la tensión pareció esfumarse, pero la fuerza del abrazo no cedió.

—Las pesadillas son siempre las mismas. Siempre sueño con el mismo hombre.

Philly no dijo nada, solo se colgó de él y esperó a que siguiera cuando estuviera listo para hacerlo. Se daba cuenta de que ya no necesitaba alentarlo y no quería decir ni hacer nada que lo desanimara o le hiciera perder la confianza.

—Cuando te inclinaste hacia mí en la cama y me tocaste, reaccioné como si fueras ese hombre. Y ahora no puedo dejar de pensar en lo que te podría haber hecho de no haberme despertado. Me vuelve loco. Si tú supieras... Si pudieras entenderlo...

—Lo entiendo.

Con mucha lentitud, fue aflojando el abrazo y se retiró solo lo suficiente para poder mirarla a los ojos. Mostraba una expresión dura.

—¿Cómo puedes entenderlo?

Philly le deslizó las manos hacia el pecho, a la altura del chaleco, y las dejó allí mientras lo miraba.

—El hombre de tu pesadilla es un soldado enemigo, ¿verdad? No pasa nada, Arthur, lo he deducido; es lo único que explica que estés tan seguro de que podrías haberme hecho mucho más daño. Si el hombre con el que me confundiste era un soldado enemigo al que mataste en una batalla...

—No era un soldado enemigo, Philly.

—¿Ah, no?

—No —dijo Arthur—. No era un soldado, ni mucho menos. Pero tienes razón. Sí que lo maté. Lo agarré del cuello igual que te agarré a ti anoche. Lo ahogué con las manos.

Capítulo 23

Aun estando entre sus brazos, Philly se quedó helada.

—¿Por eso estabas tan seguro de que habrías podido matarme? ¿Por lo que le hiciste a ese hombre?

Arthur sintió un vacío en el estómago al tiempo que la miraba.

—Te he asustado.

—Sí, la verdad es que un poco. No te creí cuando me dijiste que podrías haberme hecho daño. Pensé que solo estabas angustiado. Pero ahora... —Estaba temblorosa—. Si te despiertas en plena pesadilla y piensas que soy ese hombre...

—No tendría que habértelo contado. Solo ha servido para que te preocupes y te asustes. Para nada más...

—Ahora eso ya no viene al caso. Tienes que seguir. Cuéntamelo todo. —Apretó los dedos contra el chaleco—. ¿Quién era, Arthur? ¿Por qué tuviste que matarlo de una forma tan brutal?

Si no le hubiera contado ya tanto, no habría añadido nada más. Pero, dadas las circunstancias, Philly tenía razón, debía explicarlo todo. Suspiró y continuó.

—La última batalla en la que participé en España... fue en La Albuera.

Philly juntó las cejas, intentando recordar.

—Me temo que el resultado no fue del todo bueno, ¿verdad?

—Ganamos la batalla —informó Arthur escueto—. La caballería francesa nos destrozó los flancos, el fuego de mosquetes nos diezmó y sufrimos una auténtica masacre en casi todos los aspectos, pero... ganamos la batalla. Por desgracia, quedamos muy pocos para celebrar la victoria.

—¡Oh, Arthur!

—Mi regimiento luchó con denuedo hasta casi la aniquilación. Fue un

verdadero caos, Philly: fuego continuo de cañón, humo, lluvia torrencial... Franceses saliendo de las colinas en oleadas y en todas direcciones como una riada, y nuestros hombres, y también los españoles y los portugueses, rodeados y desbordados en número. Mi caballo, *Lucius,* un alazán magnífico, recibió un tiro de mosquete en el hombro, y yo otro en la pierna. Seguí peleando pese a la herida hasta que un cañonazo me separó de *Lucius.* Al mismo tiempo, un proyectil de mosquete me rozó la nuca. Antes de caer al suelo ya estaba inconsciente.

Philly cada vez le apretaba con más fuerza el pecho, estrujando la tela del chaleco con los dedos.

—Había demasiados heridos que recoger y tratar, y aquellos de nosotros que no podíamos abandonar el campo de batalla sin ayuda nos quedamos allí tirados. Llovió toda la noche, incluso más que durante la propia batalla, y había ruidos de todo tipo: aullidos de lobos, chillidos de las aves carroñeras que venían a alimentarse de los cadáveres, gritos de hombres que pedían ayuda y el sonido de los estertores de la muerte. Permanecí durante más de un día en aquel campo de batalla, sangrante e insensible, medio hundido en el lodo y rodeado de los cadáveres de mis hombres. Cuando pasaron los equipos de recogida de heridos, no me vieron.

El sonido del viento entre los árboles y del agua al moverse en la superficie del estanque había desaparecido. Arthur tenía la sensación de estar en un lugar muy lejano.

—Cuando volvió a caer la noche empezaron a llegar los carroñeros humanos, los saqueadores de cadáveres. Buscaban en los cuerpos para llevarse cualquier cosa que tuviera algo de valor. Si en el soldado al que robaban aún había un hálito de vida, lo remataban con una navaja o a golpes de maza. Durante la segunda noche, un hombre me encontró medio hundido en el barro. Se inclinó sobre mí para quitarme los botones del abrigo. Eso bastó para que recuperara el conocimiento. Abrí los ojos y lo vi. Me había puesto una mano sobre el pecho, había cerrado el puño alrededor de uno de los botones. Le agarré la mano para indicarle que estaba vivo y me ayudara, pero, cuando lo hice, sacó la navaja que llevaba al cinto.

Philly perdió el poco color que aún conservaba en el rostro.

—No sé de dónde pude sacar fuerzas para defenderme, pero, cuando vi la navaja, lo agarré por el cuello. —Arthur flexionó la mano izquierda, llena de cicatrices—. Empezó a asestarme navajazos donde pudo, sobre todo en la mano, intentando que lo soltara. Pero daba igual. Estaba dominado por la ira y el afán de supervivencia. Cuanto más me cortaba con la navaja, más le apretaba yo el cuello,

hasta que al fin se lo estrujé del todo. Me pareció que aquello duró horas, aunque en realidad debieron ser pocos minutos, incluso segundos. Por fortuna, uno de los equipos de búsqueda y rescate vio la pelea, y se acercó a investigar lo que estaba pasando. Así fue como me encontraron.

—¡Pero tenías que matarlo, Arthur! ¡Luchabas por tu vida!

—Lo sé. No me arrepiento lo más mínimo de haber matado a ese hombre. Solo Dios sabe por qué llevo tres años soñando con él. Me imagino que es por el estado en el que me encontraba cuando intentó saquearme: débil y vulnerable, incapaz de defenderme como debía.

Philly apretó los labios.

—Creo que te defendiste de forma extraordinaria.

Al notar en su tono de voz un rastro evidente de orgullo, Arthur esbozó una sonrisa leve.

—Puede que sí.

—Sé que no habría que desearle un final como ese a ningún ser humano, pero da la impresión de que era un verdadero canalla, una sabandija, un hombre sin rastro de honor. ¿Robar los botones de un soldado herido en combate? ¿Y apuñalarte de una forma tan cruel? —Le tomó la mano izquierda entre las de ella y se la llevó al regazo—. Y, no obstante, creo que hasta tendría que estarle agradecida a ese villano. Al fin y al cabo, si no hubieras luchado con él de una manera tan violenta, el equipo de búsqueda nunca te habría encontrado ni rescatado.

—Es una forma de verlo, está claro.

Le pasó los dedos por las cicatrices de la mano en una caricia suave y tierna. Arthur se preguntó si Philly podría imaginarse siquiera el efecto que le producía.

—¿Te llevaron directo al hospital?

—No había hospital en las cercanías. Me llevaron a un puesto de primeros auxilios en el que solo había un cirujano agobiado y agotado practicando amputación tras amputación. Tendría que haberme cortado la pierna y eliminado parte del cráneo, pero tenía tanta fiebre que pensó que no iba a sobrevivir.

Philly abrió mucho los ojos de puro asombro.

—¿Eliminar parte del cráneo? Pero ¿por qué?

—La metralla me había golpeado la cabeza durante la batalla y me había fracturado el cráneo. El cirujano pensaba que eliminando parte del hueso aliviaría la presión sobre el cerebro. Y estaba en lo cierto, pero yo ya estaba medio muerto y había un número interminable de soldados a los que tenía que atender y cuyas

posibilidades de recuperarse de las heridas eran muy superiores a las mías. No podía emplear sus fuerzas en mí, que parecía no tener remedio, en lugar de en otros a los que sí que podía salvar. Y así se lo dije, que prefería que me dejara morir. Total, que me limpiaron las heridas, me las vendaron y me dejaron en el suelo, bajo la lluvia, junto al resto de los hombres que habían sufrido amputaciones. Ya no había sitio en las tiendas para tantos heridos.

»Más tarde, y dado que aún no había muerto, me colocaron junto con otros soldados en una carreta tirada por bueyes para ser evacuado a Lisboa. Muchos hombres murieron por el camino y los que sobrevivimos llegamos a Lisboa mucho peor de lo que estábamos al salir de La Albuera. En Lisboa pasé varios meses en un hospital, recuperándome de las heridas.

—Y al final volviste a casa —remató Philly apretándole la mano.

—Lo que quedaba de mí. —No pudo evitar la amargura en el tono—. Quizá debería de estar agradecido por no haber regresado con heridas aún más graves, pero tengo que reconocer que no me servía de consuelo saber que muchos hombres habían vuelto en condiciones todavía peores que las mías. Durante un tiempo sufrí dolores de cabeza horribles, la pierna me causaba agonía y la mano... Ese saqueador me apuñaló tan hondo que ya no podía ni sostener una pistola y apuntar con un mínimo de precisión. Puedo soportar el dolor; pero perder las habilidades, la posibilidad de defenderme, de ser útil... —Se detuvo, incapaz de continuar.

—¿No puedes aprender a disparar con la otra mano? —preguntó Philly.

—Siempre he sabido disparar con la mano derecha, aunque nunca con tanta precisión como con la izquierda. En otras circunstancias habría hecho el intento de practicar, de mejorar mi situación, pero tengo que usar la mano derecha para apoyarme en el bastón, por lo que no podría disparar ni aunque quisiera.

Philly siguió acariciándole la mano que le sujetaba sobre el regazo. En un momento dado, Arthur empezó a devolverle las caricias, de modo que entrelazaron las manos hasta que de nuevo él permitió que se la retuviera entre las de ella.

—Puede que algún día dejes de necesitar el bastón.

—Dudo que ese día llegue. La bala de mosquete provocó muchos daños. Hicieron falta tres sesiones de cirugía para extraerla por completo. No perdí la pierna de verdadero milagro. No, creo que siempre voy a necesitar el bastón. Aunque durante un tiempo...

—¿Qué? —La mirada azul y ámbar brilló de expectación.

Arthur lamentó de inmediato haber hablado. Lo último que deseaba era crearle falsas expectativas.

—No creo que sea significativo, pero al final de mi estancia en Londres tuve la impresión de que todo lo que caminé allí podría haber producido alguna mejoría.

—¿No te aumentó el dolor?

—Al principio sí, pero el último día me dolió un poco menos. Estoy casi seguro de que no fue nada, ya que hoy me duele mucho, tanto como antes de irme de Somersetshire. De hecho, creo que todas las heridas seguirán siempre como ahora.

—¿Y las pesadillas? ¿Piensas que nunca van a terminar?

Frunció el ceño.

—Antes venían mucho más a menudo. Ahora pueden pasar varias semanas sin que las tenga. Tengo la esperanza de verme libre de ellas algún día. Me gustaría saber cuándo va a llegar ese día.

Philly pareció pensar en esto último durante unos momentos.

—Arthur...

—Dime, querida mía.

—¿Nunca te habías despertado de una pesadilla estando con una mujer, de la misma manera que te has despertado hoy conmigo?

Notó calor bajo el pañuelo de cuello. Un caballero no debía hablar de esas cosas con una dama, ni siquiera con su esposa. Pero Arthur se sintió obligado a ser sincero con ella.

—Philly, desde que regresé de la guerra no he compartido mi cama con nadie, excepto contigo ayer. Créeme: si algo así hubiera sucedido alguna vez antes, si hubiese tenido algún señal, algún aviso, jamás me habría...

—Te creo. —Le apoyó la cabeza en el pecho colocando la mejilla contra la tela algo arrugada del chaleco.

La abrazó con fuerza. Estaba seguro de que se había agobiado con la historia. Y no solo con lo que le había contado acerca de la batalla y las heridas, sino también por todo lo que había ocurrido entre ellos desde que le había propuesto matrimonio de una forma tan inesperada esa mañana en el parque.

—Hace tres años yo estaba en Fox Cross con mi abuelo. En ese momento ni siquiera te conocía, por supuesto. No obstante... —El tono de voz se volvió más grave de la emoción—. Pensar que yo estaba a salvo y feliz en Devonshire mientras tú sufrías tanto dolor, y tan lejos de tu casa..., es casi más de lo que puedo soportar.

Arthur sintió que algo surgía de él desde las entrañas.

—¿Esas lágrimas son por mí?

—No estoy llorando.

—Por supuesto que no. —Le acarició la espalda con suavidad—. Pero, si tuvieras ganas de hacerlo, te ruego que no malgastes las lágrimas. Se trata del pasado. Ya no vivo angustiado con tanto dolor. Ahora estoy en casa.

No había una mujer que se preocupara y llorara por él mientras estaba en la península ibérica. Ni una madre, ni una amante, ni siquiera una novia. Aunque tampoco le había importado tanto. En honor a la verdad, nunca había añorado la comprensión y el apoyo de una mujer en los momentos de dificultad. De hecho, no creía que esa ayuda femenina pudiera servir para algo. Pero ahora, incluso habiendo pasado tres años, el hecho de saber que las lágrimas de Philly eran por él, por lo que había sufrido, lo emocionó mucho más de lo que hubiera podido imaginar.

—No me extraña que hayas preferido permanecer solo en el campo estos años. Qué estúpido y vacío debe de parecer todo después de todo lo que has pasado.

—Toma, querida. —Arthur le tendió un pañuelo de lino que sacó del bolsillo.

Philly lo aceptó y se separó de él solo lo necesario para poder limpiarse las mejillas de lágrimas.

—Y después, tener que volver a Londres para aguantar la palabrería estúpida e ignorante de un individuo como lord Edgeworth... ¿Cómo pudiste soportar todas las barbaridades que dijo en la cena de mi tío?

—En realidad, no tuve que soportarlo. Una adorable joven salía a rescatarme cada vez que Edgeworth intentaba llevarme a su terreno.

Se sonó con suavidad la nariz.

—¿Tan obvia resultó mi forma de proceder?

—Es muy difícil ser sutil con un individuo como Edgeworth. —Arthur le sujetó con una horquilla una hebra de pelo rebelde. Fue un gesto mínimo, pero que le produjo una fuerte sensación de posesión. Philly era suya. Suya de forma completa e irrevocable. Lo sentía con todas las fibras de su ser—. ¿Te sientes mejor?

Lo miró. Aún le brillaban los ojos.

—¡Oh, Arthur! Tenía la intención de reconfortarte y al final te has visto obligado a consolarme tú a mí.

—No puedo decir que me parezca una obligación tenerte entre mis brazos.

—No necesitas mostrar tanta galantería conmigo. Debes de pensar que soy una de esas damas que estallan en lágrimas a la menor provocación.

—Te puedo asegurar que no creo eso.

—Lo que sí te aseguro es que en estos últimos días he llorado más que en toda mi vida.

—Han pasado cosas por las que es lógico y merece la pena llorar.

—Tienes razón.

Arthur le escrutó la cara, esa cara tan bonita, calmada y seria con la que, un poco inclinada, lo había estado mirando mientras le contaba, sin dejarse nada, lo que le había ocurrido en la batalla de La Albuera. Lo había escuchado con toda el alma puesta en el relato, extrayendo de él, con su silencio, mucho más de lo que nadie había logrado a base de preguntas. Y tenía razón. Se sentía mucho mejor después de haberlo compartido todo con ella.

Pero estaba claro que Philly no se sentía mejor. Conocer todo lo que había sufrido era muy doloroso para ella. Y estaba cansada. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Estaba pálida como el mármol y tenía sombras oscuras debajo de los ojos.

—¿Has dormido algo esta noche después de volver a tu habitación? —preguntó de repente.

—No —reconoció.

Frunció el ceño. Su forma de ser le pedía de forma instintiva indicarle el peligro de que se pusiera enferma por no descansar. Pero, en esos momentos, y tal como la había tratado desde que la conocía, le parecía bastante hipócrita.

—No te preocupes por mí —se adelantó ella—. No soy frágil. No creo que una noche o incluso dos sin dormir vayan a matarme.

—No bromees con esas cosas.

Una brisa suave acunaba las hojas de los árboles y rizaba la superficie del agua. *Dash* alzó la cabeza recia de la hierba y gruñó quedo cuando el viento movió los arbustos que había junto a él.

Philly se volvió a observar a los perros durante un momento para ver si estaban bien.

—Tal vez sería bueno que volviéramos a casa antes de que empiece a hacer más frío, ¿no te parece? —sugirió.

—Lo que tú quieras.

Arthur recuperó el bastón y se levantó del banco de piedra.

—Puedes echarte y descansar un rato antes de la cena —propuso mientras ayudaba a Philly a levantarse.

—No estoy tan cansada. Y no voy a permitir que te conviertas en uno de esos

maridos que siempre están mandando a la esposa a su habitación.

—Haré todo lo que pueda para no sucumbir a esa tentación. —Arthur le ofreció el brazo, que ella aceptó sin ninguna reserva, como siempre hacía.

Los perros se alzaron para acompañarlos por el sendero de vuelta a la casa. *Fox* se puso a la altura de Philly sin dar la menor muestra de querer que su dueña lo llevara en brazos. De vez en cuando trotaba para ponerse a la altura de los otros perros y pronto se situó al frente del grupo junto a *Jasper,* como si ambos supieran por intuición a dónde quería dirigirse su ama.

De camino a casa.



Capítulo 24

Las dos semanas siguientes transcurrieron a toda velocidad y muy pronto los días empezaron a seguir una especie de patrón. Cada mañana, cuando Philly bajaba al salón habilitado para el desayuno, Arthur la estaba esperando. No hablaban mucho, pero él nunca dejaba de preguntarle cuáles eran sus planes para el día. Philly pronto se dio cuenta de que, por la razón que fuera, era importante para él saber dónde se encontraba en todo momento. No ponía impedimentos, pues le parecía algo sin importancia y que podía ser hasta lógico estando recién casados y en sus circunstancias especiales.

Tomaban juntos todas las comidas, salían a pasear y después de la cena tocaba para él el pianoforte viejo y desafinado de la sala de estar. No había muchas partituras en Heywood House y todas estaban anticuadas. Tras unas cuantas interpretaciones que Arthur no criticó, pero que Philly sabía que habían sido deplorables, renunció al piano para terminar las veladas escuchándole leer en alto alguno de sus libros griegos clásicos favoritos.

Arthur en ningún momento mostró el menor arrepentimiento por haber renunciado a su soledad para estar con ella. De hecho, Philly empezó a pensar que, en realidad, prefería su compañía. Seguía pasando en la biblioteca muchas horas al día, pero salía en su busca cada vez más. En una ocasión había ido al cuartito en el que bordaba y cosía, y desde entonces había convertido esa visita en una costumbre. Se unía a ella, bien para leer el periódico, bien para solo verla coser hasta que llegara la hora del almuerzo.

Pese a que siempre deseaba estar con ella durante el día, por la noche nunca acudía a su habitación. Philly había llegado a la conclusión de que estaba dispuesto a cumplir lo que le había dicho que haría en la conversación que

mantuvieron el primer día en el claro junto al estanque. Nunca volverían a estar juntos de la misma forma que en la noche de bodas. Estaba segura de que temía hacerle daño y aún se reprochaba con dureza lo que le había hecho tras la pesadilla. En cualquier caso, ella no había vuelto a abordar el asunto; entre otras razones, porque no sabía cómo hacerlo.

De todas maneras, no estaba bien que se quejara, dado que todo lo demás era maravilloso. Ahora el apellido de Arthur era el suyo, y también su hogar. Tanto ella como sus queridos perros se habían adaptado a la perfección a la casa y sus alrededores. A veces echaba de menos la vida en Fox Cross, pero no se sentía ni aislada ni confinada. Arthur le proporcionaba compañía suficiente y, cuando no estaba con él, encontraba ocupaciones muy provechosas reorganizando la casa y su funcionamiento para mejorar el confort de ambos.

Todavía no había logrado imponer su autoridad ante los sirvientes. Al menos, no del todo. Aunque la señora Lamb daba muestras de ir acercándose más a ella, seguía mirándola con suspicacia de vez en cuando. Y más de una vez Philly había pillado a las criadas chismorreando y riendo entre dientes a su costa.

Para empeorar las cosas, al cabo de pocos días el servicio había sabido de sus relaciones previas con el duque, lo que era motivo de muchas especulaciones. Sin ir más lejos, el día anterior había sorprendido a Violet cotilleando en susurros con otra joven criada en el vestíbulo de su propio dormitorio.

—¡Y pensar que podría haber sido duquesa! —había exclamado Violet—. ¿Y lo dejó pasar para irse con el capitán Heywood? A mí me parece muy raro.

—Podría ser una unión por amor —había replicado la otra joven criada.

Violet había hecho un ruido despectivo ante ese comentario.

—Es imposible que esté enamorada de él. Apostaría a que la forzó y se vio obligada a casarse con él.

La conversación molestó a Philly lo bastante como para mencionársela a la señora Lamb a la mañana siguiente. Ante esa información, el ama de llaves hizo un gesto de disconformidad.

—Esas dos chicas tienen menos conocimiento que dos pollos recién salidos del cascarón. Yo me las veré con ellas, señora Heywood, no tenga la menor duda.

Philly volvió a llenar la taza de la señora Lamb y las mangas amplias y largas del vestido mañanero de batista se agitaron con gracia y estilo. Tras la llegada, por fin, del carro que transportaba el equipaje, el guardarropa elaborado en Londres había llegado completo, sin que faltara nada. En su momento pensó que había sido un error. Estaba segura de que los sirvientes de su tío habrían recibido instrucciones

de incluir solo la ropa pasada de moda que había llevado desde Satterthwaite Court. No había reclamado los vestidos elegantes que había comprado para ella el tío Edgar. Pero, cuando habló con Arthur de ese error, le explicó con toda la calma del mundo que había sido cosa suya. Le había pagado a su tío todos y cada uno de los vestidos, así como los chales, pellizas, medias y ropa interior. Philly solo podía agradecerle tanta generosidad utilizando esa ropa que había comprado para ella.

—No es necesario que riña demasiado a las criadas, señora Lamb —medió Philly.

—Lo que han de hacer esas cabezas locas es trabajar más —afirmó el ama de llaves—. Si tuvieran cosas que hacer, no les sobraría tiempo para pararse a cotillear como cotorras. No, señora Heywood, no voy a reñirlas mucho, pero les voy a aumentar las tareas diarias, eso sí que se lo aseguro.

—Me parece lógico que cotilleen —reflexionó Philly—. Sabe Dios que se trata de cosas muy poco habituales que llaman mucho la atención. Pero todo ha sido de lo más simple y claro: rechacé la oferta de matrimonio de un caballero y acepté la de otro. De verdad que no hay nada más y espero que no sigan perdiendo el tiempo elucubrando e imaginando estupideces y falsedades.

—Desde luego, señora, pero, si me permite...—La señora Lamb se removió nerviosa en el sillón—. Sospecho que es la identidad del caballero al que usted rechazó lo que da pie a los cotilleos y las especulaciones.

Philly dejó la taza de té sobre la mesita auxiliar de madera labrada. El salón de mañana era la habitación más femenina que había en Heywood House. El suelo estaba enmoquetado, las paredes empapeladas y el mobiliario tapizado en tonos crema y azul claro. Los muebles, muy delicados, eran en su mayoría de madera de nogal. Disfrutaba de su aspecto magnífico a la luz que entraba a borbotones por las ventanas, todo limpio como el oro y brillando al sol que entraba a borbotones por los ventanales. Resultaba difícil de creer que hasta hacía solo unos días el mobiliario estaba cubierto con sábanas que tapaban la capa de polvo tras décadas de desuso.

—No me molesta por mí, señora Lamb, ni lo más mínimo —detalló—. Es mi marido quien me preocupa. No quiero que bajo ningún concepto llegue a oír esa clase de comentarios.

La señora Lamb asintió muy seria.

—Por supuesto, señora. El señor no reaccionaría de una forma tan comprensiva como usted.

Nada más terminar de hablar la señora Lamb, un ligero ruido las alertó de que ya no estaba solas. Philly volvió la cabeza y vio a Arthur apoyado en el marco de la puerta. Le dio un vuelco el corazón.

Iba vestido con el atuendo habitual: ropa de ante y botas altas, un abrigo muy bien cortado y pañuelo al cuello. Lucía austero e imponente, y se comportaba con la reserva habitual, tan militar, que captó el primer día que lo vio, cuando paseó con él en el parque.

La señora Lamb se levantó de inmediato.

—Capitán Heywood... Le ruego que me perdone, señor, no le había visto.

Asintió sin darle importancia. Tenía los ojos fijos en su esposa.

—¿Puedes acompañarme un rato fuera?

—Todos los ratos que hagan falta —respondió sonriendo.

* * *

Arthur se apartó de la puerta para dejar paso al ama de llaves, aunque sin dejar de mirar a Philly en ningún momento. Se había dado cuenta de que a la joven se le había iluminado el rostro al verlo. No era una reacción que hubiera captado muy a menudo desde el inicio de su matrimonio y, desde luego, no pensaba que fuera a acostumbrarse a ella. Siempre se iba a alegrar mucho al observarla.

—¿He interrumpido una conversación importante?

—¡Por supuesto que no! —Philly se acercó a él apretándose el ceñidor que llevaba a la cintura—. Aunque voy a cambiarme de vestido antes de salir a pasear. Con este no iría bien.

—No vamos a salir a pasear. Todavía no. —Le ofreció el brazo y ella lo tomó—. ¿De qué hablabais la señora Lamb y tú?

Philly alzó la mirada hacia él.

—De nada importante. ¿Por qué? ¿Has oído algo?

—Lo suficiente.

Los perros esperaban a la puerta de la sala de estar. Cuando Philly y Arthur los sobrepasaron, se levantaron para seguirlos.

—Sobre cotilleos estúpidos de las criadas —explicó Philly—. Le he pedido a la señora Lamb que se encargue de que acaben.

—¿Y cómo es que las criadas tienen información sobre Moreland? Supongo que por William.

—No tiene por qué ser por él. Todos los sirvientes que volvieron con nosotros desde Londres pueden conocer las circunstancias en las que nos casamos.

También los que recogieron mis cosas de casa de mi tío pueden haber sabido algo por medio del servicio de la casa. Cualquiera de ellos puede haberles contado la historia.

—Me da igual que mis sirvientes cotilleen, pero si lo hacen sobre ti, eso es otra cosa...

—Todos los sirvientes cotillean. Aunque unos son más discretos que otros. —Philly le apretó el brazo—. Ya me encargo yo de estos temas domésticos. No hace falta que te molestes.

Arthur no dijo nada más sobre el asunto mientras la conducía fuera. Se dirigieron a la zona de los establos.

Había estado paseando con Philly al menos una vez al día y, aunque las salidas no eran largas, no podía negar que habían resultado beneficiosas. El aire fresco y la luz del sol contribuían a subirle el ánimo, y el ejercicio estaba mejorando de forma gradual tanto la estabilidad como el dolor en la pierna. Pero no solo el sol, el aire fresco y el ejercicio contribuían a la mejoría. Sobre todo, era la proximidad de Philly.

Muchas veces durante las dos semanas anteriores se había acordado del alfiler del pelo que le había regalado la noche de la cena de Townsend. En ese momento pensó que la joven tenía la habilidad de mejorar todo lo que había a su alrededor. No se había equivocado. Se trataba de un fenómeno extraño y que no era capaz de entender del todo, pero lo experimentaba en carne propia.

Desde que Philly vivía con él, las cosas habían empezado a cambiar. No de una forma drástica, claro; y estaba seguro de que la mayor parte de los efectos que producía no eran intencionados, pero existían, igual que existía esa mejora en la pierna.

Philly manejaba Heywood House con pericia y su mera presencia convertía la casa en un verdadero hogar. Pero era más que eso. Era la forma en la que lo miraba desde su lugar en la mesa cuando cenaban. Era la manera tan airosa de sentarse en la sala de estar para trabajar en su labor. Y cada noche, al acostarse, era la certeza de que, en el dormitorio de al lado, estaba haciendo lo mismo, incluso aunque él no se permitiera el lujo y el privilegio de unirse a ella en su cama.

Un día, al salir de su reunión con Pebmarsh, había visto a varios lacayos subiendo por las escaleras una bañera metálica para que Philly tomara un baño. Otro día, se había acercado mientras practicaba con el pianoforte y la había oído cantar quedo para sí. Y una noche, tras la cena, cuando le preguntó qué estaba cosiendo, le pasó un trozo de tela para que Arthur viera por sí mismo el resultado

de su trabajo y se le encogió el corazón al ver que le estaba remendando uno de sus pañuelos de cuello.

Su presencia, llena de femineidad, era tranquila y sutil, pero allí estaba, y Arthur la sentía muy hondo. Había crecido en una casa sin mujeres. Su madre no había podido superar una infección puerperal y había muerto poco después de que naciera, y el conde no se había vuelto a casar. Había convivido con sirvientas, por supuesto, y de vez en cuando iba a casa una tía anciana, pero eso no tenía nada que ver con la presencia continua de una dama elegante y educada en la casa. No se había dado cuenta de lo muy necesaria que era dicha presencia hasta que llegó Philly.

—Hace un día estupendo —observó Philly cuando llegaron al patio del establo —. Esta tarde podríamos caminar hasta el huerto de manzanos.

—Puede que cambies de opinión sobre cómo quieres pasar el resto del día — dijo él muy misterioso.

—No lo creo, pero si tú prefieres hacer otra cosa…

No terminó la frase. El responsable del establo, el señor Greene, estaba de pie frente a ella sujetando por las riendas a una yegua de color rojizo oscuro y porte alto. Era de huesos potentes, ancha de lomos y con un brillo terco en los ojos pardos y líquidos. Al acercarse, expulsó el aire y soltó un relincho ligero de reconocimiento.

Philly se quedó mirando a la yegua durante unos segundos sin entender, pero casi de inmediato se soltó del brazo de Arthur y se acercó al animal. Le abrazó la cabeza con alegría.

Desde la distancia, Arthur pudo oírla hablándole con suavidad a la yegua.

—¡Oh, *Persy*!

Sintió una gran satisfacción. No importaba que Philly casi hubiera olvidado su existencia durante un tiempo. Durante toda la semana anterior había estado imaginándose cómo sería la reacción de Philly al ver de nuevo a su yegua y había albergado la esperanza de que fuera tan alegre y gozosa como en realidad había sido.

No era el único que tenía la atención puesta en Philly. Varios mozos de cuadra, y también algunos sirvientes de la casa, se habían parado a mirar. ¿Es que no tenían ningún trabajo que hacer? ¿O es que estaban allí para tener más motivos de cotilleo con el resto del servicio?

Estaba a punto de enfadarse cuando Philly se separó de la yegua, recorrió el patio del establo y regresó a su lado. Se detuvo frente a él, tan cerca que tuvo que

inclinar la cabeza para mirarla a los ojos.

—¿Cómo lo has hecho?

Arthur la miró con fijeza. Le brillaban los ojos y tenía las mejillas encendidas. Todo el frontal del bonito vestido de estilo francés estaba manchado de polvo.

—La víspera de nuestra boda organicé su compra por medio de mi abogado.

—¿Lo mismo que con la ropa nueva?

—Sí.

—Pero mi tío...

—No tienes que preocuparte ni lo más mínimo por Townsend. Todo se ha tratado con mucha discreción.

Se acercó todavía más a él y le habló en voz muy baja.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No había forma de saber si se iba a poder formalizar la compra. No quería decepcionarte. No con algo tan querido para ti como tu yegua.

Sin avisar, Philly se puso de puntillas sobre los delicados zapatos y, en escorzo, le rodeó el cuello con los brazos.

—Nunca me has decepcionado, Arthur. Y sé que nunca lo harás.

Arthur la agarró de la cintura. De repente, dejó de importarle que los criados estuvieran mirando. Le hundió la cara en el pelo e inhaló el aroma dulce y floral que emanaba de ella.

—Después de que mostraras tanto apego a tu yegua y la elogiaras en la cena de tu tío, temí que Edgeworth quisiera comprarla. —Notó que curvaba en una sonrisa el borde de los labios mientras apretaba la mejilla sedosa contra la de él—. No podía permitir que se diera un destino tan cruel a ninguna criatura viviente, si es que podía impedirlo.

—¿Así que fue ese el motivo?, ¿frustrar a lord Edgeworth?

—¿Acaso podía haber otro motivo?

Philly se echó hacia atrás solo lo suficiente como para poder verle la cara y, sin más, en medio del patio del establo, frente a Greene y a todos los demás criados, le dio un beso en plena boca.

Arthur se quedó atónito. Por puro reflejo la rodeó con el brazo en el momento en que ella empezó a besarlo. Inclinó la cabeza para devolverle el beso, pero solo tuvo unos instantes para hacerlo antes de que ella se retirara.

Philly bajó los brazos y le colocó las manos sobre el pecho. Tenía las mejillas algo sonrojadas.

Arthur no vio otra forma de aliviar su vergüenza que continuando la

conversación como si no hubiera pasado nada indecoroso. No fue tarea fácil porque tenía el corazón desbocado y la sangre parecía rugirle en las venas.

—No me limité a comprar tu yegua y organizar su traslado aquí —refirió, todavía sujetándola por la cintura con el brazo—. Le encargué a mi abogado que procurara comprar todo lo que pudiera haber sido tuyo y estuviese todavía en Satterthwaite Court. Los hombres que han entregado la yegua han traído también dos baúles. Creo que contienen libros, ropa y joyas.

—¿Las joyas de mi abuela? —preguntó en un susurro asombrado.

—¿Es que Townsend te obligó a que las dejaras atrás?

—Dijo que formaban parte de la hacienda y que le pertenecían a él. —Su expresión dejó entrever una parte mínima de la pérdida y el dolor que había sufrido tras la muerte de su abuelo—. No pensaba que pudiera volver a verlas nunca, Arthur. Ninguna de ellas.

—Son tuyas, querida. Si Townsend fuese un caballero, jamás te las habría quitado. —Arthur le dio un beso en la frente y, de mala gana, la libró del abrazo —. Tengo que volver a la casa. Los hombres que han entregado la yegua me están esperando. Tengo que hablar con ellos antes de que vuelvan a Devonshire. No tardaré mucho y después podemos ir a dar nuestro paseo..., si es que sigues teniendo algún interés en mí ahora que tu yegua está aquí.

De nuevo sonrió un poco.

—¡No seas absurdo!

—¡Capitán Heywood! ¿Guardo la yegua nueva en el establo? —gritó Greene.

—¡Yo lo haré, Greene! —intervino Philly de inmediato, y salió casi corriendo por el patio de las caballerizas—. *Perséfone* es bastante quisquillosa respecto a cómo llevarla de las riendas. Le enseñaré cómo lo hago siempre para que después usted pueda enseñar a los mozos de cuadra.

Arthur se la quedó mirando unos momentos más antes de dirigirse de nuevo hacia la casa.

Crofton lo esperaba en el vestíbulo principal.

—Ha llegado el correo, señor. Lo he colocado sobre su escritorio

Arthur asintió.

—Los dos hombres han pedido un refresco —continuó el mayordomo mientras seguía a Arthur hacia la biblioteca—. Cuando termine de despachar con ellos pueden bajar a las cocinas, con su permiso. —Abrió la puerta de la biblioteca para que pasara Arthur.

Los hombres que le esperaban dentro vestían de forma pobre y tenían el rostro

curtido y quemado por el sol. Arthur les dio las gracias de forma escueta y, una vez sentado frente al escritorio, procedió a leer los papeles que habían traído consigo. Había una carta de un tal señor Renquist, el intermediario que el señor Ombersley había utilizado para negociar la transacción en Devonshire. También había un inventario de todo lo que había comprado, inventario que había sido elaborado por el agente inmobiliario en Satterthwaite Court y refrendado por el señor Renquist.

Tras revisar los documentos y pasar alrededor de media hora escuchando a los dos hombres hablar del tiempo («¡La verdad es que está muy nublado, pero hace un calor inusual, señor!»), del estado de las carreteras («¡Llenas de baches en muchos tramos y suaves como la seda en otros, señor!») y del mal genio de la yegua de Philly («¡Un verdadero peligro! ¡Mordiscos y coces, y hasta trató de derribarme, señor!»), Arthur los despidió dándoles los buenos días y los envió a las cocinas para que se refrescaran y comieran.

Aún era temprano para el paseo con Philly. Lo más probable era que estuviese todavía en las caballerizas. A Arthur le apetecía volver a reunirse allí con ella, pero no quería entretenerla más de lo necesario. No sabía en qué momento podría empezar a considerar su presencia constante más una molestia que un placer. Por lo que se refería a sí mismo, estaba al tanto de que, pese a que se contenía todo lo que podía, corría el peligro de comportarse como un enamorado estúpido todavía más de lo que ya lo hacía.

Así que, para estar ocupado, empezó a revisar el correo de la mañana.

Clasificó con rapidez las cartas, la mayoría de las cuales tenían que ver con asuntos y negocios de la hacienda, y podían ser gestionadas por Pebmarsh. En un momento dado, un sobre de aspecto extraño le llamó la atención. Estaba entre los ejemplares de *The Times* y *The Gentleman's Magazine*.

Estaba sellado con cera negra, como si contuviera noticias luctuosas o hubiese sido enviado por una persona que guardaba luto. El nombre y la dirección de Arthur estaban escritos con una caligrafía descuidada y poco legible. No había dirección de remite.

Arthur era incapaz de deducir quién podría haberlo enviado. No sabía de nadie conocido que hubiera sufrido una pérdida reciente. Tras revisarlo con atención, vio que la nota no tenía ninguna marca ni sello postal. No había llegado por correo. Alguien la había entregado en mano.

Cada vez más intranquilo, rasgó el sobre, sacó el folio que contenía y lo dejó sobre el escritorio.

No se trataba de una carta. Solo contenía una frase, escrita con letras grandes y amenazadoras:

Tiene usted algo que me pertenece.

Capítulo 25

El contenido de la nota se podía considerar más una acusación que una amenaza y la cera negra puro artificio, pero la forma de entrega le dejó claro a Arthur cuál era el verdadero mensaje que quería transmitir el autor de la nota. Habían llevado la carta a Heywood House en persona y le estaban comunicando con toda claridad que su casa no estaba a salvo. Más en concreto, que su esposa no estaba a salvo.

Lo invadió una cólera fría que jamás había experimentado hasta ese momento. No era un hombre que se dejara llevar por las pasiones. Tampoco era reactivo ni imprudente. En la batalla, era conocido por su forma de actuar metódica y ordenada, y por su capacidad para tomar decisiones acertadas y coherentes, incluso aunque se viera rodeado por el caos. Pero en todo lo que tenía que ver con Philly se estaba volviendo irracional a toda velocidad.

No obstante, incluso en ese momento en que el instinto de protección hacia su esposa tendía a nublarle el juicio, pudo ver con total claridad que había algo que fallaba en la nota.

Si Moreland de verdad quisiera vengarse, ¿se molestaría en mandar notas anónimas? Era un hombre avaricioso y obsesivo; había quien diría que incluso un loco. Pero nunca perdía el tiempo. Cuando ejercía la venganza, lo hacía de inmediato. Sin avisar. Nada de jugar al gato y al ratón, ni tampoco medias tintas. Todas las historias sobre Moreland terminaban igual, con la destrucción plena y total del objeto a cuya propiedad no había podido acceder.

Si Moreland estaba buscando venganza, no se molestaría en avisar a Arthur. Le haría daño a Philly.

Arthur se levantó del asiento y no se detuvo a agarrar el bastón. Dominado por

el furor, dio varios pasos sin ayuda antes de que un dolor intenso y repentino en la pierna lo obligara a recobrar el sentido. Recuperó el bastón maldiciendo entre dientes y, tras tirar una vez de la cinta de la campanilla, salió de la biblioteca.

William atravesaba a toda prisa el vestíbulo para responder a su llamada.

—¿En qué puedo servirle, señor?

—¿Dónde está mi esposa? —preguntó con enorme urgencia.

William palideció al notar su tono.

—Pues... ha estado fuera, en el patio de los establos, con la yegua nueva. Puede que después haya vuelto a la casa, pero yo no la he...

—La señora Heywood está en su habitación, señor. —La voz autoritaria de la señora Lamb procedía de lo alto de las escaleras—. ¿Quiere que vaya a buscarla?

Arthur alzó la vista y vio que el ama de llaves bajaba los escalones para unirse a ellos en el vestíbulo. Detectó cautela y alarma en la mirada sesgada de la señora Lamb. Nunca había mostrado emociones intensas delante de los criados. Quizá creían que la causa de su enfado era su mujer y sin duda pensaban que iba a ser Philly quien sufriera lo peor de su furia.

—No es necesario, gracias —negó—. ¿Los dos hombres de Devonshire siguen en la cocina?

—Hace diez minutos seguían allí, señor —respondió la señora Lamb.

—Pídales que vuelvan a la biblioteca, por favor. No pueden irse hasta que haya hablado de nuevo con ellos. —Arthur empezó a subir las escaleras—. Y dígale a Crofton que también quiero verlo a él.

La señora Lamb se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos.

—Sí, capitán Heywood.

El vestíbulo enmoquetado que conducía a la habitación de Philly estaba vacío. No se veía ni oía ningún criado, lo cual no era extraño. El personal de Heywood House no era demasiado numeroso y no era fácil encontrárselo por los pasillos. No obstante, teniendo en cuenta la nota anónima, el vacío parecía casi siniestro. Como si el peligro acechara en cada rincón, en cada sombra.

Al aproximarse a la puerta, Arthur oyó el tono suave de la voz de Philly, que estaba hablando con su doncella. Todo iba como debía.

Exhaló un nervioso suspiro. ¿Qué había temido? ¿Que Moreland fuera a secuestrarla?, ¿que ya yaciera muerta en algún sitio? Apretó los dientes al pensar en semejantes situaciones y maldijo a Moreland, a Townsend y a quienquiera que fuese el autor de la nota.

Tenía que volver al piso de abajo y hablar con los dos hombres de Devonshire.

También necesitaba hablar con Crofton para que se encargara de interrogar a los criados de la forma más discreta posible. No obstante, lo que de verdad deseaba era conversar con Philly, verla, estar con ella. Tendría que haberle bastado con oír su voz y de ese modo saber que estaba a salvo, pero no era así. Los hombres de Devonshire, Crofton y el resto de los criados tendrían que esperar.

Arthur entró en el dormitorio y la encontró arrodillada junto a unos de los baúles que habían llegado de Satterthwaite Court, el pelo suelto se le desparramaba sobre los hombros y la espalda. A ambos lados había apilado los artículos que había sacado de los baúles hasta ese momento. Tenía en el regazo un gran joyero forrado de terciopelo.

Desde la noche de bodas no había vuelto a verla con el pelo suelto y el contemplarla en ese momento, de forma tan inesperada, lo dejó paralizado.

—Es muy bonito —estaba diciendo Violet, sentada en el suelo junto a Philly—. Casi tan bonito como uno de los collares que tenía mi anterior señora.

Philly había sacado del joyero una joya de granates. Las piedras delicadas se le deslizaban entre los dedos.

—Sí, es muy bonito.

—No sé cuándo va a poder ponerse estas joyas aquí en Heycombe. Parece un desperdicio tenerlas si no se las puede poner... —Violet dejó de hablar de repente y se puso de pie casi de un salto—. ¡Capitán Heywood!

Arthur apenas la miró.

—Déjanos, por favor.

Tras una reverencia breve, salió de la habitación a toda prisa y cerró bien la puerta.

Philly alzó la vista.

—Es una gargantilla de mi abuela. Antes que a ella perteneció a su madre, la condesa de Merrivale.

Admiró la preciosa joya y después extendió la mano hacia ella.

—Ven, siéntate conmigo un momento.

Philly guardó la gargantilla en un estuche y dejó que la ayudara a levantarse del suelo. Se dirigieron al sofá que estaba frente a la chimenea y se sentaron juntos.

—¿Qué ocurre, Arthur? ¿Pasa algo malo?

—¿Es que tiene que pasar algo malo para que me apetezca verte?

—Por supuesto que no, pero...

—¿Pero?

—Nunca habías venido a mi habitación.

Arthur la miró con fijeza.

—Tienes razón. Pero no tengo la intención de inmiscuirme en tu privacidad, no te preocupes.

—¡No, por favor! No te inmiscuyes, siempre serás bienvenido. Lo único que pasa es que, de haber sabido que ibas a venir, me habría adecentado un poco. Tengo que ponerme un vestido limpio y Violet todavía no me ha arreglado el pelo.

—Pues estás muy guapa.

—Gracias, pero...

Le agarró la mano para que dejara de hablar.

—Acércate, querida —dijo, atrayéndola hacia él con urgencia—. Deja que te abrace.

Philly abrió mucho los ojos, con gesto interrogativo y silencioso, pero no se resistió. Se acercó a él, pero se quedó boquiabierta cuando, en lugar de limitarse a abrazarla, la agarró por la cintura y la colocó cerca de su regazo. Philly se aferró a la casaca de Arthur, las amplias faldas le rozaban los bombachos y la piel de las botas.

—Acércate más —urgió él—. Te necesito más cerca de mí.

Philly no necesitó que la animara más para pasarle los brazos alrededor del cuello y apretarse contra él.

Solo en ese momento consiguió Arthur relajarse un poco y sintió que se disipaba la tensión acumulada. No le había bastado oírla ni tampoco verla, le había hecho falta tenerla entre los brazos. Lo cierto era que, tras el susto que se había llevado con la nota, la necesitaba en su cama.

—Dime algo, Philly, por favor —susurró con los labios entre el pelo suelto de su esposa—. Lo que sea. Incluso aunque sea que quieres que te deje marchar.

Philly tenía la cara apretada contra el pañuelo de cuello y habló tan bajo que casi fue un milagro que la oyera.

—No me dejes marchar nunca.

Cerró los ojos aliviado. ¿Qué había estado pensando y haciendo al apartarse de ella durante las semanas anteriores? ¿Con qué propósito lo había hecho? Más de quince días cuya máxima intimidad había consistido en besos castos en la mejilla o en la frente, y cada noche, sin excepción, un debate sobre si debía acudir o no a su habitación para estar con ella. ¿Por qué demonios se había puesto en esa situación?

Era la conciencia la barrera que lo había obligado a eso. Le había parecido muy

inadecuado, mucho más que una falta de caballerosidad, tomarse libertades con Philly después de hacerle daño. Pero, después de que ella tomara la iniciativa y lo besara en el establo, esa caballerosidad tan resuelta había empezado a flaquear. Y el miedo a perderla debido a algún plan vil de Moreland había terminado de desmoronarla. Ahora, con ella entre los brazos, se daba cuenta de que la caballerosidad se había evaporado del todo.

—¿Te gustaría que viniera a tu dormitorio más a menudo? —preguntó con cuidado.

Philly no respondió de inmediato. Lo pensó durante un momento en el que pareció buscar las palabras adecuadas, como lo había hecho él.

—Sí, pero solo si te apetece.

Arthur no supo si reír o llorar. ¿De verdad que era eso lo que ella había estado pensando? ¿Que no le apetecía estar con ella?

—Pues claro que me apetece. Me apetece muchísimo. —Le acarició la espalda esbelta poco a poco, de arriba abajo—. De hecho, creo que, si paso un día más sin estar contigo, me voy a volver loco. Estaría contigo ahora mismo si pudiera.

—¿No puedes?

—Por desgracia no. Tengo asuntos que atender sin falta en la biblioteca.

Philly apretó la mejilla contra la de él y la restregó con suavidad.

—Entonces no te entretengo más —dijo, y empezó a separarse de él. Sin embargo, Arthur se lo impidió y la apretó contra él con fuerza.

—Quédate así conmigo un momento, amor mío.

Se preguntó si Philly estaría sorprendida por su extraño comportamiento, pero en respuesta a su ruego se acurrucó más, como si fuera lo más natural del mundo el que hubiera entrado en su habitación sin avisar y la hubiera tomado en brazos.

—Arthur, ¿todavía tienes el alfiler de pelo que te di?

—Claro. Lo guardaré siempre. —Le acarició los mechones densos—. ¿Por qué lo preguntas? ¿Es que tienes pocos alfileres y lo necesitas? ¿Por eso llevas el pelo sin recoger a estas horas del día?

Le sonrió con suavidad.

—No tiene nada que ver con eso. Tenía el pelo tan enmarañado cuando regresé de dejar a *Persy* en el establo que tuve que quitarme los alfileres. Violet iba a arreglármelo de nuevo cuando termináramos de deshacer los baúles.

—Yo que tú me lo dejaría suelto. Me gusta.

—¿De verdad? Reconozco que no me importaría, pero seguro que los criados pensarían que estoy loca del todo.

—Si viviéramos solos en algún sitio, sin nadie alrededor, sin ni siquiera un criado... —Retiró el pelo para poder darle un beso en el cuello—, te pediría que lo llevarás así siempre, todos los días.

Philly cerró los ojos por un momento y Arthur volvió a besarla.

—¿Sabes lo que me gustaría si viviéramos los dos solos?

—¿Qué te gustaría, querido?

—Que siempre estuvieras vestida solo con la camisola que llevabas en nuestra noche de bodas —Le acarició la mejilla—. Aquello te gustó, ¿verdad?

—Sí. Pensé que eras muy atractivo, casi en exceso... —Las palabras de Philly se disolvieron en el momento en el que Arthur colocó la boca sobre la de ella y le dio un beso lento y acariciador.

Insistió con suavidad, pues esperaba que lo recibiera con la misma y tierna timidez de principiante de cuando se besaron en el patio de las caballerizas. Sin embargo, Philly reaccionó con calidez, devolviéndole el beso con tanta urgencia que le hirvió la sangre.

—Amor mío —murmuró Arthur—. Mi amor dulce y precioso.

Philly enrojeció ante los susurros amorosos, y, cuando la envolvió de nuevo en un abrazo estrecho y pensaba que iba a ceder en sus caricias, enredó los dedos en el pelo de Arthur, instándole a que la besara de nuevo.

Arthur tuvo la tentación de mandar al diablo a Crofton y a los tipos de Devonshire. De hecho, estuvo a punto de hacerlo. Pero tras unos cuantos besos fogosos más y varias frases cariñosas, recuperó lo suficiente la cordura como para recordar las circunstancias que lo habían llevado a la habitación de su esposa.

A duras penas, logró apartar la boca de la de ella y le dio un beso final en la mejilla antes de apartarse del todo.

—Philly, tengo que pedirte una cosa.

Lo miró con interés.

—¿El qué?

—Quiero que me prometas que no vas a salir a cabalgar con tu yegua sin que te acompañe un mozo de cuadra.

Le acarició la mejilla, mirándolo con afectuosa indulgencia.

—Si eso es lo que quieres, te lo prometo.

—Y también quiero que no salgas a pasear si no te acompaña un criado.

Sorprendida, dejó de acariciarle la mejilla.

—¿No puedo pasear sola? —Frunció el ceño—. Pero ¿por qué? No creo que sea peligroso si no salgo de los límites de la hacienda.

Arthur pensaba en los bosques que rodeaban Heywood House. No le costaba imaginarse a algún secuaz del duque escondido entre los árboles, a la espera del paseo de Philly. ¿Y qué decir del claro del estanque? Philly podría ahogarse en él igual que Molly Cartwright se había ahogado en la fuente de Moreland. Había peligro en todas partes.

—No, peligroso no —dijo, pues no deseaba alarmarla—. Pero sí desaconsejable. Ahora eres mi esposa. Preferiría que alguien te acompañara.

—Siempre llevo conmigo a los perros.

Pensó que quizá no debía pasarse de precavido. Philly tenía razón: cada vez que salía de la casa iba acompañada de los perros. No le cabía duda de que estaría a salvo si *Basil* la acompañaba. Era uno de los mejores perros guardianes que Arthur había visto en su vida, la cicatriz de la pierna de Philly era buena prueba de su poder. Si había hecho eso cuando estaba a punto de morir, ¿qué podía hacer estando en plenas facultades? Un perro como ese era capaz de mantener a raya a cualquier hombre que intentara hacerle daño.

A no ser que ese hombre tuviera una pistola.

—Es necesario un acompañante... humano —aclaró con firmeza.

Philly lo escrutó.

—Pensaba que ya no tenía por qué preocuparme de esas cosas después de haber dejado Londres. Tenía muchas ganas de recuperar por completo la libertad. —Volvió a fruncir el ceño—. Pero, por supuesto no quiero hacer nada que te inquiete. Si crees que es mejor que alguien me escolte... Bueno, supongo que Violet podrá acompañarme hasta que contrate una doncella personal.

—Prefiero que te acompañe un criado.

—¿Un criado? No lo entiendo, Arthur. Hasta en Londres era suficiente una doncella. Y estoy segura de que Londres es más conflictivo que Heycombe.

—Sí que lo es en muchos aspectos, pero... —Arthur no deseaba imponerle su voluntad sin darle una explicación—. Puede haber cazadores furtivos u otros indeseables que podrían molestarte —dijo por fin—. Esta hacienda abarca mucho terreno y ni siquiera el guardabosques puede garantizar que no vaya a haber intrusos. Me dejaría tranquilo saber que hay contigo alguien capaz de reaccionar si surge algún problema.

El gesto de duda le desapareció del rostro.

—No había pensado en posibles intrusos ni en cazadores furtivos. Y, desde luego, no quiero que estés preocupado cada vez que vaya a dar un paseo.

—¿Entonces harás lo que te estoy pidiendo? ¿Cada vez que salgas a pasear?

—Si piensas que es lo mejor, sí, lo haré —Volvió a acariciarle la mejilla—. Por supuesto, me apetece mucho más pasear contigo que con un criado, pero supongo que estarás muy atareado.

—No voy a estarlo tanto —anunció con voz algo ronca—. Me atrevo a decir que si eres capaz de soportar mi lentitud...

—¿Lentitud? Menuda tontería. Andamos al mismo ritmo. —Acercó la cara a la de él y, tras darle un beso leve en la mandíbula, lo abrazó de nuevo.

Arthur se dejó hacer durante unos momentos, pero enseguida se separó de ella para marcharse.

—Hay un par de cosas más que tengo que tratar con los hombres que han traído tu caballo. Creo que no tardaré mucho. ¿Puedes esperarme aquí, en tu habitación? Termina de sacar las cosas de los baúles y, cuando haya terminado, yo mismo vendré a recogerte.

Philly volvió a mirarlo con fijeza, aunque terminó aceptando lo que le pedía, igual que había aceptado todo lo demás. Pero, cuando cerró la puerta de la habitación, Arthur captó en el rostro de su esposa la misma expresión grave y triste que tantas veces había visto en Londres. La estaba encerrando igual que había hecho Edgar Townsend y no le cabía la menor duda de que ella se estaba dando cuenta.

Capítulo 26

Arthur interrogó por sí mismo a los dos hombres de Devonshire y no le sorprendió que negaran tener ningún conocimiento de la carta anónima. Los creyó. Eran granjeros sin malicia que se expresaban de forma simple y clara. De haber mentido, estaba seguro de que se lo habría notado en la cara.

Sin embargo, le resultaba más difícil interpretar el rostro de Crofton. El anciano mayordomo llevaba décadas controlando sus emociones tras una máscara de deferencia algo desdeñosa. No obstante, tras un interrogatorio breve, Arthur quedó convencido de que sabía tan poco como los granjeros de Devonshire.

Arthur no preguntó en persona al resto de los criados. Sabía que se ponían nerviosos delante de él y no tenía la menor intención de tener que lidiar con doncellas llorosas y lacayos balbuceantes. Así que le encargó la tarea a Crofton. Pero, cuando el mayordomo regresó a la biblioteca tiempo después, le indicó no solo que todos habían negado saber nada del asunto, sino también que pensaba que decían la verdad.

—Llevo en el servicio doméstico toda la vida, capitán Heywood —dijo—, y sé muy bien cuándo un criado está mintiendo y cuándo es sincero. Puede estar seguro de que aquí nadie sabe nada de esa carta.

—Espero que haya sido discreto.

—Descuide, señor. Todo el mundo está al tanto de que a la señora Heywood no se la ha de molestar ni preocupar.

—Por el bien de todos, esperemos que así sea. —Arthur se cruzó de brazos—. La señora Heywood tiene una actitud tolerante respecto a los cotilleos del personal, pero no es mi caso. Si descubro a algún miembro del servicio hablando de este asunto, lo despediré *ipso facto* y sin referencias.

—Si, capitán Heywood. —Crofton asintió sombrío—. Me aseguraré de que todos lo entiendan con claridad.

Arthur lo miró según salía de la biblioteca. Crofton parecía estar convencido de que el servicio no sabía nada de la nota. Si así fuera, ¿quién la había llevado? Moreland en persona no, por supuesto. Ni Townsend. No eran el tipo de hombres que se ensuciaran las manos. Seguro que habrían contratado a alguien para hacerlo.

Los dos hombres de Devonshire eran los sospechosos más obvios. Eran extraños y sin duda habrían estado encantados de hacer el trabajo a cambio de una suma adecuada. Pero, si no habían sido ellos, como tendía a pensar tras interrogarlos, ¿entonces quién? ¿Un antiguo sirviente? ¡Un intruso desconocido?

Tuvo la idea de que alguno de los invitados aburridos y amorales de los Markham pudiera ser quien estaba detrás de todo. Seguro que su matrimonio con Philly era en esos momentos la comidilla de la alta sociedad de Londres, y las fiestas disparatadas de los Markham en Melton Abbey atraían a montones de descerebrados e impertinentes desde Londres. Ni mucho menos podía descartarse que alguno de ellos hubiera escrito la carta y organizado la entrega. Era el tipo de broma maliciosa y cruel que ciertos miembros de la alta sociedad encontrarían divertida. Pero también tuvo que descartar esa teoría, pues muy pronto descubrió que los Markham estaban en Bath en ese momento y que no regresarían al vecindario hasta pasada una semana, como poco.

Tras pensarlo mucho, llegó a la conclusión inevitable de que la nota la podía haber escrito cualquiera y de que, por solo unas monedas, también cualquiera podría haber accedido a entrar en su casa. No podía interrogar a todo Heycombe por mucho que deseara hacerlo. En lo que tenía que centrarse en esos momentos era en mantener a Philly a salvo de cualquier peligro.

* * *

Esa noche, la cena con Philly fue bastante tensa. Ella estaba pensativa y poco comunicativa, centrada sobre todo en la comida, aunque sin apenas comer. En circunstancias normales, Arthur habría hecho esfuerzos por entablar conversación, pero, dada su propia situación, no se vio capaz de hacerlo.

Philly había estado distante con él desde el paseo que dieron juntos hasta el huerto de los manzanos. En principio pensó que su actitud se debía a las limitaciones que le había impuesto respecto de sus salidas, pero no tardó en llegar a la conclusión de que estaba mucho más preocupada por el abrazo apasionado

que se habían dado en la habitación que por el hecho de que tuviera que pasear acompañada siempre de un criado.

Sentado frente a ella en la mesa del comedor, estaba convencido de que se arrepentía de la respuesta que le había dado cuando le preguntó si podía acudir a su habitación más a menudo. Estaba seguro de que, tras reflexionar, la petición que le había hecho la había obligado a recordar cómo la había atacado la última vez que compartieron la cama porque en realidad tenía miedo de que volviera a atacarla y hacerle daño.

Tras la cena, fueron a la sala de estar. Philly había recuperado algunas de sus partituras junto al resto de sus cosas de Satterthwaite Court. Arthur esperaba que pasara bastante tiempo tocando el pianoforte. Sin embargo, tras interpretar solo tres piezas cortas, se levantó y le dijo que se retiraba a su habitación.

Se levantó a su vez, se sentía bastante desanimado.

—Sí, por supuesto. Han pasado muchas cosas hoy.

Philly no se acercó a él para darle el beso de despedida al que lo había acostumbrado cada noche desde su llegada. De hecho, quedó claro que ni siquiera le iba a desear las buenas noches. Pasó a su lado sin mirarlo y se dirigió directa a la puerta. Al alcanzarla, se detuvo, se dio la vuelta y se dirigió a él en voz baja.

—Dentro de media hora estaré preparada para ir a la cama.

Arthur se la quedó mirando con los ojos como platos, sin entender nada en principio y sin poder pronunciar palabra. Se limitó a inclinar la cabeza con una solemnidad desmañada antes de que ella saliera de la habitación.

A los pocos minutos, ya estaba en su propio dormitorio. Se despojó de la casaca y del chaleco y los arrojó sobre la cama. Después se quitó el pañuelo de cuello y siguió desnudándose. Tras servirse una copa de brandi, se sentó en un sillón frente al fuego. Le pareció que había pasado más de media hora desde que había subido a su habitación, pero cuando miró el reloj las manecillas estaban prácticamente en la misma posición en la que las había visto al entrar.

Se obligó a tener paciencia durante los siguientes diez minutos, dando sorbos al brandi y reflexionando acerca de lo mal que había interpretado el estado de ánimo de Philly. Lo cierto era que se había comportado con la misma timidez con la que se hubiese conducido cualquier recién casada, y, en lugar de haber contribuido a tranquilizarla, lo que había hecho él había sido traspasarle de forma imaginaria sus propias dudas y miedos sobre su matrimonio.

Era él y solo él quien no podía olvidar lo que había ocurrido la última vez que habían dormido juntos. Era él y solo él quien estaba aterrorizado por la

posibilidad de hacerle daño. Si sus pensamientos no hubieran estado tan concentrados en la preocupación por la nota, se habría dado cuenta y hubiese actuado en consecuencia.

Tras un buen rato reprochándose su propia estupidez, oyó la voz inconfundible de Philly que despedía a su doncella. Aún no había pasado la media hora completa, pero no esperó más.

Philly respondió casi de inmediato a su llamada a la puerta de conexión y cuando entró en la habitación la encontró sentada en la cama con un camisón de algodón adornado con cintas y el pelo suelto cayéndole sobre los hombros. El ejemplar de su padre de la *Odisea* descansaba junto a ella sobre las sábanas.

—¿Intentabas leer? —La alfombra gruesa amortiguaba por completo el ruido del bastón al avanzar hacia ella.

—No estaba segura de que fueras a venir.

Se sentó en la cama a su lado.

—No estaba seguro de que quisieras que viniera.

—¿Y cómo es posible que pensaras eso?

—Porque la estupidez me vuelve ciego.

Philly sonrió ante su respuesta y, al verla, Arthur se inclinó hacia ella y la estrechó entre los brazos. Se dejó hacer sin reparos, casi con impaciencia, abrazándolo con fuerza y enterrando la cara en la camisa de lino.

—Siento mucho ser tan tímida en todo —susurró sin separarse de él.

—¿Eres tímida? No me había dado cuenta. —La besó en la mejilla al tiempo que le acariciaba el pelo con todos los dedos de la mano derecha. La calidad recia del cabello evidenciaba por qué perdía horquillas y alfileres con tanta facilidad.

—¿Esta noche sentías timidez por mí?

—Sí.

Volvió a besarla, esta vez deslizó los labios por la piel tibia y sedosa.

—No tengas miedo de mí. Te prometo que no volveré a hacerte daño nunca.

—No tengo miedo de ti, Arthur. Solo estoy un poco nerviosa.

—¿Nerviosa por mí?

—No. De verdad que no. Bueno, quiero decir, supongo que… en realidad sí. Tal vez un poco.

Arthur le levantó la cara para mirarla a los ojos. Una línea de preocupación le atravesaba la frente.

—¿Te puedo preguntar qué es lo que he hecho para ponerte nerviosa?

—No es nada que hayas hecho.

—Me alegra mucho oír eso.

Ella le colocó las manos en el pecho y agarró con la punta de los dedos el tejido grueso de la camisa.

—Es solo que... todo esto es tan nuevo para mí... Si tuvieras un poco de paciencia conmigo, seguro que...

—¿Piensas que soy impaciente?

—No, desde luego que no. —Frunció un poco los labios—. Lo único que digo es que espero que con el tiempo... Espero... A ver... Estoy decidida a ser más... sofisticada con este tipo de cosas.

Arthur la miró con mucha atención y seriedad.

—No quiero que seas distinta a como ya eres —afirmó en voz baja—. Eres perfecta, Philly.

Se sonrojó y bajó la mirada.

Con cuidado infinito, le sujetó la barbilla con la mano e inclinó la cabeza para que no tuviera otro remedio que mirarlo a los ojos.

—Eres tan perfecta que, cada vez que te miro, apenas puedo creer que seas mía. —La voz le salía ronca de pura ternura—. Pero lo eres, gracias a un milagro que no comprendo. Y no te merezco, pero mi objetivo es merecerte aunque tarde toda la vida en conseguirlo.

—Arthur...

—Mientras tanto, eres tú quien ha de ser paciente conmigo. Nunca había tenido un tesoro tan valioso que guardar. A veces tiendo a decir y a hacer lo que no debo. —Le acarició el borde delicado de la barbilla—. Cuando pase eso, si te preocupo, o si hago algo que no te guste o te haga sufrir, dímelo de inmediato, por favor. No puedo soportar no saber qué sientes. Y cuando te quedas en silencio, cuando no me miras o no me sonríes, por mi propia naturaleza tiendo siempre a pensar lo peor.

—Si alguna vez tienes dudas de lo que siento, lo único que tienes que hacer es preguntarme, pero... —Dudó por un momento—. Bueno, tengo que decirte que los próximos treinta años o más van a ser muy complicados si cada vez que me quede callada vas a pensar que no soy feliz.

Arthur detuvo la caricia sobre el rostro de Philly.

—¿Qué quieres decir?

—Solo que he sido tímida y callada durante toda mi vida, y no creo que sea probable que vaya a cambiar mucho durante el curso de nuestro matrimonio.

La miró de hito en hito.

—Nuestro matrimonio va a durar treinta años o más, quieres decir...

—Sí. Por lo menos, ese es el tiempo que estuvieron casados ms abuelos. Treinta y cinco años, para ser exactos. Habrían sido más si mi abuela hubiera sobrevivido a la inflamación de los pulmones. De todas formas, treinta y cinco años es bastante tiempo, creo yo.

—Toda una vida. —¿No era ese el voto que había hecho, estar con ella durante toda la vida? Sin embargo, hasta el momento en el que Philly había pronunciado el número en voz alta no había llegado a comprenderlo del todo.

Treinta años o más.

—Eso es. Así que ya ves: no te preocupes por cada silencio prolongado, pues si lo haces te llamarás a engaño muchas veces. —Hizo una pausa que interrumpió con cierta brusquedad—. En cualquier caso, no importa.

Arthur arqueó las cejas.

—¿Dices que no importa?

—No, porque no te veo capaz de preocuparme o de hacerme infeliz. De hecho, incluso si fueras la mitad de amable de lo que eres ahora, creo que seguiría considerándote tan perfecto como tú me consideras a mí.

Arthur volvió a estrecharla entre los brazos mientras esbozaba una sonrisa leve con la comisura de la boca.

—No pensaba que me consideraras tan amable. En realidad, creo que soy bastante adusto.

Philly también sonrió.

—Lo cierto es que sueles estar bastante serio, pero nunca he pensado que eso fuera un reflejo de tu verdadero carácter.

—Me lo creo. Se nota que sientes atracción por los seres desagradables y rudos. —La miró durante unos instantes. El humor irónico de sus palabras contrastaba con la ternura con la que le acariciaba la mejilla—. Ves a *Basil* como si fuera un corderito. Y hoy me he dado cuenta de que la yegua que me dijiste que podría montar hasta un niño es en realidad una especie de demonio desalmado.

Philly se quedó con la boca abierta.

—¿Quién te ha contado eso sobre *Persy*? ¿Los dos hombres que la han traído desde Fox Cross? Te hago saber que es muy agradable si se la maneja de la forma adecuada.

Arthur le besó la frente.

—Sí, te confieso que a veces cocea, e incluso muerde..., pero eso es solo porque...

La defensa apasionada de su querida yegua cesó en el momento en que Arthur le besó la zona adecuada de los labios. Tuvo que inspirar hondo para recuperar el aliento.

—¿De verdad quieres estar conmigo durante el resto de tu vida?

—Sí. —Philly cerró los ojos cuando le besó la esquina izquierda de la boca—. Hice ese voto, entre otros, el día que nos casamos. —Le rodeó el cuello con los brazos—. Y tú a mí también.

Arthur le dio un beso largo y lento. Philly era dulce y receptiva, y participó en el abrazo de la misma manera entregada que lo había hecho en la noche de bodas. La empujó hacia atrás para que descansara la espalda sobre la cama y sintió los dedos tensos y firmes en el pelo mientras la besaba de nuevo.

—Aquel día nos juramos muchas cosas el uno al otro. Algunas relacionadas con hijos, si no recuerdo mal.

Tenía las mejillas arreboladas por los besos, y los ojos, uno azul y el otro ámbar, parecían suaves como el terciopelo.

—Voy a cumplir todo lo que te prometí —aseguró Philly con voz profunda y seria.

Su ceremonia nupcial se había preparado de forma apresurada y se había desarrollado con prisas, pero Arthur recordaba cada mirada, cada contacto, cada palabra. Ese día se alteró de forma irrevocable el curso de su vida. En ese momento, mientras miraba a Philly, no podía dar una respuesta capaz de igualar la magnitud de sus sentimientos, solo admitir ante ella la verdad pura y simple.

—Yo también, Philly. Yo también.

Capítulo 27

Philly se acomodó sobre la cruz de *Perséfone* y sujetó las riendas con destreza entre las manos enguantadas mientras la yegua se lanzaba al galope con la fuerza de un trueno. El viento le azotaba la cara, hacía aletear el velo del sombrero de montar y le empujaba las faldas contra los flancos del animal. Una sonrisa amplia y espontánea le iluminó la cara.

—¡Mas rápido, *Persy*!

Perséfone respondió adelantando la cabeza y ofreciendo otro estallido de velocidad. Los cascos gigantescos apenas tocaban el suelo mientras avanzaba por campo abierto. Cualquiera que las viera sin duda pensaría que huían de algo o de alguien.

—¡Señora Heywood! —gritó el señor Greene desde detrás de ella. Su caballo castaño luchaba con denuedo por mantener el ritmo de la yegua, mucho más grande, fuerte y potente—. ¡Señora Heywood!

No le hizo caso y no se detuvo hasta llegar a lo alto de la colina. Solo en ese momento tiró un poco de las riendas de *Persy* y la llevó primero al trote y después al paso. El encargado de las caballerizas no estaba muy lejos. Mientras lo esperaba, Philly le dio unos golpecitos cariñosos a la yegua en la testuz húmeda de sudor y la dirigió hacia el gran espino albar que coronaba la colina.

Arthur pensaba que era mejor que limitara las cabalgadas matutinas a un camino cercano a Heywood House. Se trataba de un paseo muy bonito con una recta llena de olmos, un puente de piedra que cruzaba un arroyo y unas cuantas colinas bastante empinadas. Pero, tras recorrerlo durante tantos días seguidos, Philly estaba deseando ir más allá.

Si la hubiera acompañado uno de los mozos de cuadra jóvenes, estaba segura de

que habría podido convencerlo de ir a Heycombe o en la otra dirección, hacia Melton Abbey. Sin embargo, Greene era el responsable de los establos y uno de los pocos sirvientes que habían estado con Arthur desde la llegada de su marido a la hacienda. Su dedicación era absoluta, igual que su entrega al señor de la casa. Philly veía imposible persuadirlo de que fueran por un camino distinto al que este había establecido.

—Señora, me veo obligado a decírselo: ¡esto es peligroso! —le espetó Greene al llegar a su altura. Las palabras le salían de la boca entrecortadas, como si hubiera sido él, y no su montura, quien hubiese ascendido al galope la colina—. El camino no es liso, puede haber hoyos, cazadores furtivos... ¡y ovejas!

—¿Ovejas?

—¡Claro! A veces duermen bajo este espino, ¡se lo digo yo!, para resguardarse del sol. Un caballo al galope podría asustarlas.

Philly frunció el ceño. Nunca había visto ninguna oveja durmiendo bajo ese árbol. De haberlas visto, no se habría atrevido a ir a tal velocidad por la colina.

—No ha habido problemas, por fortuna —concedió Greene—. Pero sería mejor ir a menos velocidad.

—Sí, por supuesto. —La exaltación que había sentido durante su carrera loca hasta lo alto de la colina se estaba disipando muy deprisa—. No tendría que haber sido tan imprudente. Ni lo pensé.

—No pasa nada por ir al galope de vez en cuando, señora. Pero, si quiere hacerlo, sería mucho mejor en la zona llana de los olmos, que además está mucho más cerca de la casa. Es más seguro. —Greene mantuvo su cabalgadura a la altura de *Persy.* Tenía la silla inclinada de modo peligroso hacia un lado.

—¡Por Dios bendito, Greene! Tenga cuidado...

—Solo es una cincha suelta, señora. —Se bajó del caballo para ajustarla. La pelliza que llevaba era demasiado grande y se enganchó en la silla—. ¡Maldita sea! —masculló entre dientes mientras intentaba soltarse.

El sol brillaba con fuerza y, mientras el empleado desatascaba la prenda, la dama captó un brillo inusual, como si el sol hubiera iluminado un objeto metálico.

Parpadeó. ¡Era una pistola!

¿Tan peligrosa era esa zona de Somersetshire? ¿O era normal que los hombres allí llevaran pistola?

—Greene.

—Dígame, señora. —La miró de soslayo mientras volvía a montarse en la silla y a sujetar las riendas.

—¿Hay mucha caza furtiva en la hacienda?

Greene era un hombre musculoso, de mediana edad, con el pelo rubio y el rostro serio y muy curtido por la intemperie. Philly adivinaba que ni se le ocurriría compartir con ella el más mínimo cotilleo sobre la hacienda, por lo que no le sorprendió que le diera una respuesta ambigua.

—No tanta como en las fincas colindantes. O al menos eso creo. No obstante, hay que estar siempre atentos, señora Heywood.

Greene se mantuvo a su lado mientras Philly ponía al paso a *Perséfone,* que estiró las orejas y le enseñó los dientes al del otro caballo, advirtiéndolo de que no se acercase mucho.

—Y... ¿los comportamientos de los cazadores furtivos son muy peligrosos?

—¿Muy peligrosos? —Greene frunció el entrecejo—. Nunca se sabe, señora, ¿verdad? No obstante, hay que estar...

—Sí, siempre atentos, lo sé. —Suspiró para sí y condujo a *Perséfone* colina abajo.

Arthur le había dicho que era su tesoro y empezaba a estar bastante claro que quería guardarla exactamente como si lo fuera. Desde el mismo día de la boda se había dado cuenta de que tenía muy desarrollado el instinto de protección, pero en la última semana las cosas habían ido a peor, y de una forma muy marcada. Siempre que salía a cabalgar un mozo de cuadra iba con ella, y en los paseos a pie era el propio Arthur quien la acompañaba la mayor parte de las veces.

Philly era consciente de que no tenía ningún motivo de infelicidad. Gozaba de mucha más libertad de la que jamás tuvo en Londres. Además, disfrutaba del placer de la compañía de Arthur y de la intimidad creciente que compartían durante las visitas nocturnas a su dormitorio. Por supuesto, todavía no se permitía pasar la noche entera en la cama con ella. Y aún no le había dicho que la amaba. Pero muchas mujeres eran infinitamente menos privilegiadas que ella. De hecho, consideraba que tenía una suerte extraordinaria.

—... en el brazo. Habría sangrado si no hubiera llevado un abrigo tan grueso.

Volvió la cabeza, no sabía de qué le estaba hablando Greene.

—¡Oh!

—Le dije que la próxima vez la atara más corto para que no pudiese llegar hasta él.

Philly se ruborizó al darse cuenta de repente de que Greene le estaba explicando que *Perséfone* había mordido a uno de los mozos de cuadra.

—No se preocupe, señora Heywood. No crea que su yegua es el único animal de nuestros establos que resulta difícil de manejar. Sin ir más lejos, fíjese en ese

semental de su marido.

—¿*Hiperión*?

Greene asintió.

—Un verdadero demonio.

—¿De verdad? Yo pensaba que era bastante dócil. Al menos lo ha sido las veces que he estado con él.

—Pues no, señora, nada de eso. De no estar el establo hecho de piedra, lo habría demolido a coces. —Greene rio entre dientes—. El capitán Heywood podría contarle muchas cosas si quisiera.

Philly sonrió.

—Le preguntaré. —Tiró de las riendas de *Perséfone* para dejar que el empleado se adelantara mientras descendían la parte más empinada de la colina—. Creo que tiene a *Hiperión* desde hace mucho tiempo.

—Sí. Llegó aquí desde Stratfield Hall cuando tenía tres años, aún sin domar del todo. Era un diablo, igual que ahora. Nadie era capaz de montarlo, salvo el capitán Heywood, claro.

—Mi marido debía de ser un magnífico jinete.

—No he visto uno mejor. —Hinchó el pecho con un orgullo poco habitual—. Era capaz de manejar los caballos más indomables del establo. Sin ningún temor. Se atrevía con todo. —Se quedó callado un momento, como si le costara decir lo que iba a decir—. El camino que hemos hecho esta mañana era su favorito.

—Ah, ¿sí? —se interesó Philly mirando a Greene—. ¿Solía cabalgar por allí con *Hiperión*?

—Sí, señora. ¿Ve aquel claro, más allá de la cuesta? El señor hacía prácticas de tiro allí.

Philly volvió la cabeza para mirar hacia donde había indicado Greene entornando los ojos para protegerse del sol. Arthur solo le había mencionado su destreza con la pistola una vez y en términos muy vagos. Le producía mucha impotencia y rabia no poder disparar ahora, eso era todo lo que sabía. Y, a partir de ese sentimiento de amargura, ella había deducido que su habilidad debía de haber sido excepcional.

—Supongo que también sería un excelente tirador.

—Era aún mejor tirador que jinete —aseguró Greene—. Yo le dije que se uniera al regimiento de Fusileros Reales, pero desde el principio se decidió por la Caballería de Su Majestad.

El jefe de las cuadras no dijo nada más durante el resto del camino y Philly no lo

presionó. Se contentaba con los retazos de información que había conseguido extraer. Junto con otras cosas que sabía de Arthur, empezaba a hacerse una idea del tipo de hombre que había sido antes de irse a la guerra que se había librado en la península ibérica.

Al llegar al establo, los perros corrieron a recibirla. *Perséfone* los conocía muy bien y Philly, aunque le dolían los oídos por los ladridos, no hizo ningún gesto de control mientras corrían y saltaban a su alrededor.

Desmontó y le pasó las riendas a un mozo de cuadra que aguardaba de pie junto a ella. Le dio las gracias a Greene y le aseguró que a la misma hora del día siguiente volvería a estar preparada para salir a cabalgar. Salió del patio de las caballerizas y se encaminó a la casa con los perros trotando a su lado.

Nada más cruzar el umbral de la puerta, la señora Lamb se acercó a ella casi corriendo.

—Señora Heywood, gracias a Dios que ya está aquí.

—¿Qué ocurre, señora Lamb? ¿Hay algún problema?

—Pues me temo que sí. Poco después de que usted saliera a cabalgar, llegó una mujer joven. No tiene muy buen aspecto. Intenté echarla, pero se negó en redondo, la muy impertinente. No quiero que el capitán Heywood se preocupe…

—¿Busca trabajo?

—Eso espero, señora. Y dice que usted tiene el deber de contratarla.

—¿El deber…? —Philly rio mientras se quitaba el sombrero y los guantes—. ¿De quién se trata, señora Lamb? ¿De dónde ha venido?

—Viene de Londres. Llegó a Heycombe esta misma mañana en la diligencia, imagínese… Dice que se llama Sara.



Capítulo 28

Philly recibió a Sara en la sala de estar de las mañanas. La señora Lamb la acompañó con gesto de extrema desaprobación. En cuanto la criadita vio a Philly sentada en el sofá, se lanzó a sus pies con un sollozo profundo.

—¡Oh, señorita Satterthwaite! —gimió—. ¡Señorita Satterthwaite!

—¡Por el amor de Dios, chica! ¡Levántate del suelo! ¡Levántate! —La señora Lamb agarró a Sara por los hombros y tiró de ella.

Philly levantó la mano pidiendo calma.

—Está bien, señora Lamb, tranquila. Puede dejarnos solas.

—¡Pero, señora Heywood, le ha aplastado las faldas! ¡Ahora que se acababa de cambiar después del paseo a caballo...!

—No se preocupe, no importa —insistió Philly.

Era evidente que la señora Lamb no estaba nada convencida. Volvió a mirar casi con desprecio a la criada llorosa y después salió de la habitación con un suspiro que más pareció un bufido.

Sara vestía un vestido marrón desastrado, bastante raído, y el pelo castaño claro, en su momento cuidado y siempre limpio, ahora estaba sucio y greñudo.

Philly le puso la mano en la espalda con suavidad. Le alarmó su tremenda delgadez.

—Sara, no llores de esa manera.

—¡Oh, señorita! —Sara se sonó con el borde del vestido—. No quería aplastarle las faldas, pero es que he viajado toda la noche y dos indeseables se han estado metiendo conmigo; si no hubiera sido porque el cochero me ha defendido, no sé lo que habría pasado. —Tragó saliva y emitió otro sollozo sonoro—. Ya no me queda ningún dinero, señorita. Le ruego que...

—Tranquilízate, Sara. —Philly la ayudó a incorporarse—. Toma. —Le puso en la mano un pañuelo bordado—. Ahora, siéntate aquí conmigo y cuéntame qué ha ocurrido.

Sara se pasó un buen rato limpiándose las lágrimas y sonándose con el pañuelo de Philly, sin dejar de gemir y lloriquear, hasta que por fin empezó a hablar.

—Me despidieron sin referencias, señorita, porque la señora Vale dijo que era culpa mía y solo mía el que usted huyera con el capitán Heywood. —Volvió a echarse a llorar al recordar semejante injusticia—. Intenté encontrar trabajo. Recorrí toda la ciudad. El ama de llaves de lady Eustace me dijo que podía contratarme como ayudante de cocina. ¡Ayudante de cocina, señorita! —Soltó otro sollozo desgarrador—. Pero, al cabo de dos días, me despidió.

Mientras atendía al relato de a Sara, a Philly empezó a remorderle la conciencia. Pensó que no había actuado bien con la criadita. Con independencia de sus intenciones, el resultado de lo que había hecho había conducido a Sara al estado de miseria en el que se encontraba.

—¿Durante cuánto tiempo has estado buscando trabajo en Londres?

—Más de tres semanas, señorita.

—¿Tres semanas? —Philly estaba horrorizada—. ¿Quieres decir que te despidieron justo después de que yo me fuera?

—Sí, señorita. Me obligaron a marcharme el domingo. Rogué que me dejaran quedarme un día más, pero la señora Vale ni me escuchó. —Respiró por la nariz —. No es de buenos cristianos el que me echaran el día del Señor.

—¿Y cómo te las has arreglado?

—Muy mal, señorita. Trabajaba durante un día cuando me contrataban, pero nadie me dejaba quedarme más tiempo y un par de veces hasta se negaron a pagarme el salario. ¿Qué puedo hacer, señorita? Me he gastado todo lo que tenía para venir a verla aquí. Si no me ayuda...

—Deja de preocuparte, Sara. No tengo intención de darte la espalda.

Sara empezó a llorar otra vez.

—Tienes razón —concedió Philly—. Tengo el deber de ayudarte.

La doncellita se puso roja como un tomate.

—¡Oh, señorita Satterthwaite, tuve que decirlo! Su ama de llaves dijo que me iba a echar de la casa sin dejarme verla.

—No te preocupes. No estoy ofendida. —Philly observó lo zarrapastrosa que iba—. De momento, creo que antes de que empieces a trabajar de lo que sea tienes que comer, bañarte y dormir como es debido todo lo que necesites.

Sara exhaló un suspiro profundo y tembloroso.

—Gracias, señorita. Que Dios la bendiga. Sabía que me ayudaría. Siempre dije que usted era la mejor...

—No hace falta que digas nada. Lo que son las cosas, llegas en muy buen momento. Resulta que llevo aquí casi un mes y todavía no he contratado una doncella personal.

—¿Doncella personal? —repitió Sara, que se había quedado con la boca abierta.

—Sí, exacto. En casa de mi tío trabajabas de criada, así que tendrás que aprender mucho...

—Aprenderé, señorita Satterthwaite, aprenderé.

Philly sonrió un poco ante ese entusiasmo.

—Estoy segura. Y lo primero que tienes que aprender es que ya no soy la señorita Satterthwaite.

—Sí, señora. El cochero me contó que se había casado. Me alegré muchísimo. La señora Vale dijo que había huido usted con el capitán Heywood y se había deshonrado, pero yo sabía que...

—Mi reputación nunca corrió peligro, Sara. Me casé la mismísima mañana que dejé la casa de mi tío y William me acompañó en todo momento hasta la boda.

—¿William está aquí? —Sara volvió de inmediato los ojos hacia la puerta, como si el atractivo criado fuera a cruzarla de un momento a otro—. El señor Evans dijo que había ido con usted, pero la señora Vale no aclaró...

—Sí, está aquí. Ha entrado al servicio de la casa y, por lo que sé, lo está haciendo bien. —Philly se levantó del sofá y fue a tirar de la campanilla de aviso—. Heycombe no es un pueblo muy interesante, Sara, y me temo que esta zona del país no es muy entretenida, incluso aunque la posición que se ocupe vaya a ser la de doncella personal. Piénsalo esta noche y, si decides regresar a Londres, hablaré con el capitán Heywood para ver si se te podría acomodar allí en algún puesto.

Sara adelantó la barbilla con gesto decidido.

—No voy a cambiar de opinión, señora.

La señora Lamb acudió a la sala de estar para atender a la llamada de Philly con la misma expresión de desaprobación con la que se había marchado un rato antes. Philly la puso al tanto de su decisión sin dar ningún rodeo y, tras otra explosión de lágrimas y de agradecimientos, Sara fue enviada a la cocina para que comiera algo.

—Es decisión suya tomarla como doncella personal, señora Heywood —dijo mientras abandonaba junto a su señora la sala de estar iluminada por el sol de la mañana—, pero es mi obligación decirle que a Violet le va a decepcionar mucho.

La chica tienes sus defectos, eso no se puede negar, pero deseaba consolidarse en ese puesto y se había hecho ilusiones.

—No he hecho ni dicho nada para darle esperanzas.

—Ni yo tampoco. Su trabajo con usted ha dejado bastante que desear, si no le importa que opine al respecto, y me temo que es demasiado holgazana —admitió la señora Lamb con un suspiro resignado—. Pero parece que tiene un nuevo... novio, ella dice que un caballero, nada menos, y empieza a hablar de matrimonio. Supongo que esperaba que un salario más alto pudiera ayudarlos a formar un hogar.

—Entiendo. —Philly se detuvo a poca distancia de la entrada a la biblioteca—. No estaba al tanto de que Violet tuviera novio. Puede que... Sí, quizá podría ser factible una pequeña paga extra. Al fin y al cabo, durante estas semanas ha estado desempeñando tareas de doncella personal.

La señora Lamb asintió con gesto de aprobación.

—Muy bien, señora Heywood.

* * *

Al oír abrirse la puerta, Arthur levantó la vista del libro de contabilidad que estaba revisando. Philly entró en la biblioteca y cerró la puerta con cuidado.

—¿Te molesto? —preguntó.

Arthur recogió el bastón y se levantó.

—¿Me lo preguntas de verdad?

Antes de que pudiera acercarse a ella, Philly se apresuró a avanzar hacia él y rodearle el cuello con los brazos de una forma poco ortodoxa en una dama, a lo que él respondió con un beso en la boca igual de impropio de un caballero.

—¿Has venido a buscarme para que demos nuestro paseo? —preguntó sin apenas separarse de ella, y después le plantó otro beso.

—No... Bueno, podemos ir a pasear si te apetece, claro, pero no he venido por eso. —Le bajó las manos del cuello—. ¿Puedo hablar un momento contigo?

Sonrió ante esa formalidad repentina:

—Estoy a tu disposición. —Señaló dos sillones cercanos y permaneció de pie hasta que ella se sentó.

Los perros, que habían entrado con Philly, dieron una vuelta de reconocimiento por la biblioteca y, al parecer satisfechos, se tumbaron en la alfombra.

—No te molestaría si no fuera importante... —comenzó Philly.

—¿Qué te hace pensar que vas a molestarme?

—Bueno, yo... —Estaban sentados tan cerca que una de sus zapatillas finas topó con una bota de él y se aturulló por un momento—. Lo que quiero decir es que cuando quieres estar solo vienes a la biblioteca.

—Ah, ¿sí?

—Y no quiero moles... inmiscuirme.

—Entiendo.

—Pero es bastante importante y, además, me has pedido que te informe de todo lo que pudiera resultar preocupante.

La sonrisa indulgente y divertida de Arthur se desvaneció.

—¿De qué se trata, Philly? ¿Qué ha pasado?

Respiró hondo y le relató las circunstancias de la llegada de Sara desde Londres. Arthur escuchó sin hacer ninguna interrupción ni comentario.

—Así que ya lo ves. Todo ha ocurrido por mi causa, por lo que, si está en mi mano, debo ponerle remedio.

—Tú no tienes culpa de nada. El responsable es Townsend. No puedes pretender corregir todo lo que él ha hecho, hace o haga mal en el futuro, y me parece bastante atrevido que esa chica lo espere de ti.

—Por supuesto que no puedo responsabilizarme de lo que haga mi tío, pero ella no ha exigido nada. Está desesperada, sin ningún sitio al que ir. No creo que haya comido apenas desde que yo me fui de Londres, y me estremece pensar dónde ha tenido que dormir. —Hizo un gesto de preocupación—. Está muy delgada, Arthur, y da verdadera pena verla. Sé que, si la hubieras tenido delante, habrías sentido compasión de ella.

—Pues tal vez sería mejor que fuese a verla.

—¿Ahora? No, no creo que sea adecuado. No en este momento. Está en tal estado que lo único que conseguirías sería aterrorizarla.

—No creo que tenga tanto miedo de mí. A no ser que esté equivocado, se trata de la criada que se quejó a la señora Vale de tus encuentros conmigo en el parque. La misma criada que conspiró para que tu único pretendiente fuera el duque de Moreland.

—¡Conspirar! Eso es un poco exagerado, creo yo. Cualquier criado tiene la obligación de proteger los intereses de su señor, ¿no te parece? Seguro que es lo que tú esperas de todos los que están a tu servicio. Me atrevo a decir que, si en mis paseos me encontrara dos veces con el mismo hombre, tú querrías que la criada, el lacayo o el mozo de cuadra que me acompañase te informara de inmediato..., incluso aunque yo no quisiese que lo hicieran.

Arthur agarraba el bastón con fuerza en actitud reflexiva.

—Creo que la diferencia radica en que eres mi esposa y en que, al contrario de Townsend, yo no estoy llevando a cabo un plan deshonesto para perjudicarte.

Fox se acercó a Philly y le dio golpecitos afectuosos con la pata derecha en la pierna. Lo agarró y se lo colocó sobre el regazo.

—Sara es una criada sin apenas educación que acaba de cumplir dieciocho años. Era incapaz de captar o entender tales sutilezas, te lo aseguro.

—Y tú te has comportado con esa criada sin apenas educación de la misma forma que con tus perros heridos y maltratados, pero ella no es un animal de compañía al que cuidar hasta devolverle la salud, Philly. Es una criada de la casa de Townsend y aún podría serle leal.

—No desconfiaste de William.

—William arriesgó su puesto de trabajo en más de una ocasión para ayudarte, mientras que esta criada solo mostró devoción por tu tío y su hermana.

—Pero Arthur...

—Haz que venga a verme. Te prometo que no voy a asustarla de forma innecesaria, pero quiero oír de su boca la historia triste de lo que le ha pasado en casa de tu tío y después. Cuando haya hablado con ella, si creo que dice la verdad, podrás alimentarla y mimarla para satisfacer tus buenos instintos; pero, si llego a la conclusión de que no es lo que parece y quiere hacer ver, me ocuparé en persona de ponerla en la diligencia de vuelta a Londres.

* * *

Arthur observó desde el escritorio el rostro afilado de la criadita que tanto lo había molestado en Londres. Daba tanta lástima como le había adelantado Philly, y no obstante... Se dio cuenta de que tenía la mandíbula levantada y un brillo ávido en la mirada. Estaba claro que lo estaba pasando muy mal, pero también que no se había dejado vencer por su situación miserable.

—¿Por qué esperó al domingo? —preguntó, aunque sospechaba cuál iba a ser la respuesta—. ¿Por qué no el viernes o el sábado?

Sara apretó los labios hasta casi hacerlos desaparecer.

—La señora Vale no me hizo el menor caso hasta la visita de su excelencia del sábado. De no haberse enfadado tanto, supongo que no me habrían despedido, pero la cocinera me dijo que tenían que echarle la culpa a alguien de la marcha de la señorita Satterthwaite y que me había tocado a mí.

Arthur jugueteó con una pluma recién afilada.

—¿Te llamaron para hablar con el duque de Moreland?

—Sí, señor.

—¿Y?

Escondió las manos en el regazo.

—El señor Townsend y la señora Vale me hicieron todo tipo de preguntas, pero la verdad es que no sé por qué se molestaron. Ya habían llegado a sus propias conclusiones con antelación y no se creyeron ni una palabra de lo que les conté.

—¿Y qué les contaste?

—Nada más que la verdad, señor. —Parecía angustiada—. Que el caballero con el que se había encontrado en el parque era usted.

Arthur alzó una ceja.

—¿Todavía no se lo habías dicho?

—No, señor. Solo le dije a la señora Vale que... que a la señorita Satterthwaite la abordaban caballeros durante sus paseos.

—Pero cuando Townsend y la señora Vale te interrogaron el sábado, lo confesaste todo.

Asintió.

—Les conté que habían hablado dos veces en el parque y que me figuraba que la señorita planeaba encontrarse de nuevo con usted.

—Me imagino que esa información no les gustó nada.

A Sara se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Ese hombre que trabaja para el duque, el señor Pritchard, dijo que no era adecuada para el servicio y que, si el señor Townsend fuera en realidad un caballero, jamás habría empleado a personas como William y yo. —Resopló—. El duque dijo que ya había perdido demasiado tiempo, y después él y el señor Townsend hablaron entre ellos, pero no entendí lo que dijeron, salvo que el señor Townsend había dejado en ridículo a su excelencia y que a su excelencia nadie podía dejarlo en ridículo, ni el señor Townsend, ni la señorita Satterthwaite, ni nadie. Y entonces su excelencia le dijo al señor Townsend que iba a aprender que no se podía jugar con él, y que la señorita Satterthwaite... —No completó la frase.

—¿Qué dijo de la señorita Satterthwaite?

—No lo entendí del todo, señor, lo siento. —Hizo un gesto de pesar—. Fue algo sobre... abandonarla a su suerte, creo, pero no estoy del todo segura.

Arthur apretó tanto la pluma que la partió. Se la quedó mirando con rostro inexpresivo por un momento y después dejó a un lado ambos pedazos.

—Abandonarla a su suerte...

—Eso es, señor. —La joven se echó hacia atrás en el asiento—. Eso es lo que oí, me parece.

Arthur se quedó en silencio durante unos momentos.

—Entonces, ¿quieres quedarte aquí? —preguntó por fin—. ¿Al servicio de la señora Heywood?

—Sí, señor.

—¿Eres leal a la señora Heywood?

—Con todo mi corazón, señor.

—Sabes que has sido despedida sin referencias. Y te has dado cuenta de que es una circunstancia dificilísima de sobrellevar.

—Sí, capitán Heywood, lo sé.

—Pero, por muy difícil que sea, no sería nada en comparación con lo que te ocurriría si descubriera que estás aquí fingiendo o simulando lo que no es.

—¿Disculpe, señor? No termino de entenderle...

—Si has venido aquí enviada por Townsend o por el duque de Moreland para causarle problemas a mi esposa, no solo te despediría sin referencias, sino que me aseguraría de que no volvieras a encontrar trabajo nunca más, ni en Londres, ni en todo el país, ni en ninguna parte. ¿Me has entendido?

A Sara le temblaron los labios.

—Sí, capitán Heywood.

Arthur la miró con determinación durante unos momentos, en espera de que negara cualquier conexión con Townsend o con el duque.

Pero la chica no dijo una palabra más.

Capítulo 29

Una semana más tarde, Pebmarsh hizo una visita inesperada por la mañana temprano. Arthur se vio obligado a encontrarse con él en la biblioteca, pero tampoco era que eso le supusiera un problema. Philly estaba cabalgando y tardaría al menos una hora en regresar y, cuando ella no estaba, el tiempo se le hacía eterno y no se quedaba del todo tranquilo hasta que algún criado se asomaba por la puerta de la biblioteca para anunciarle que había regresado de su paseo a caballo sin contratiempos. La llegada de Pebmarsh suponía una distracción que le venía muy bien.

Llevaban hablando alrededor de media hora cuando Crofton entró en el despacho.

—Le ruego que me perdone, capitán Heywood. El carruaje del conde de Gordon está a punto de llegar.

—¿Cómo dice? —Arthur se levantó de su asiento como un resorte.

—La señora Lamb está preparando las habitaciones para él y su invitada.

—¿Su invitada? ¿Qué invitada?

Crofton se aclaró la garganta.

—Su señoría viene acompañado de la señora Ogilvy, capitán.

Arthur juró entre dientes.

Hacía mucho tiempo que Marianne Ogilvy era la querida de su padre. Viuda de un comerciante acaudalado, nunca había sido aceptada en la alta sociedad, pero, incluso aunque lo hubiera sido, estaba claro que no se trataba del tipo de mujer con la un caballero tendría que presentarse a conocer a su nuera. El hecho de que su padre lo hiciera era un agravio a Philly, una bofetada en la cara. ¿Por qué demonios se comportaba así?

Arthur se apresuró a despedir a su administrador, atravesó a toda prisa el gran vestíbulo y bajó los escalones de la entrada principal. Tras un mes de paseos diarios con Philly, tenía la pierna mucho más fuerte que antes. Había sido una mejora gradual, gracias a la cual sus pasos eran más largos y, con la ayuda del bastón, podía bajar y subir las escaleras con mayor facilidad.

—¡Santo Dios! ¿Qué es esto? —Edward Albert Heywood, séptimo conde de Gordon, estaba de pie junto a su carruaje reluciente. Iba bastante más abrigado de lo que la temperatura del día requería y llevaba en la mano un bastón de paseo de ébano y plata. Ya bien cumplidos los sesenta años, su figura alta y atlética se había encorvado con la edad—. Me ha costado reconocerte, chico.

—Señor. —Arthur saludó a su padre mientras un segundo carruaje avanzaba por el camino de entrada y se detenía detrás de la elegante carroza del conde. Estaba abarrotado de baúles de todos los tamaños y en él viajaban, entre otros sirvientes, el formidable ayuda de cámara de su padre, la doncella personal de la señora Ogilvy y un personaje altivo que Arthur sospechaba que era el chef francés que presidía como un mariscal de campo las cocinas de Stratfield Hall.

El conde le apretó un brazo a Arthur.

—¿Tengo que darle las gracias por esto a tu esposa? ¿Es ella la que te ha devuelto a mí?

Arthur sintió una tibieza inmensa en el pecho.

—He mejorado un poco, sí, pero no es ningún milagro.

—No intentes engañarme. Eres la viva imagen de la salud. —El conde bajó la voz—. ¿Y la pierna? ¿Y la mano? ¡Esos malditos dolores de cabeza!, ¿te siguen provocando mucho dolor?

—Menos —reconoció Arthur con voz ronca.

—También le doy gracias a Dios por eso. —El conde se volvió hacia el carruaje para ayudar a bajar a su amante—. Señora Ogilvy, venga a ver lo recuperado que está mi hijo.

Marianne Ogilvy era una mujer menuda en la cincuentena. Tenía el cabello frondoso, marrón oscuro, ojos azules y alegres, y hoyuelos graciosos tanto en las mejillas como en el mentón. Lucía una figura voluptuosa cuyas curvas abundantes ni siquiera el discreto vestido de viaje gris pizarra podía disimular.

—¡Capitán Heywood! —saludó con voz alegre y cantarina—. ¡Dios del cielo, se le ve tan bien que llama la atención! —Hizo una reverencia superficial que fue respondida con una inclinación de cabeza inapreciable por parte de Arthur—. ¿Lo ves, Gordon? No tenías ninguna razón para estar preocupado. Su esposa está

haciendo un trabajo excelente con él. —Paseó la mirada a su alrededor, buscando entre el caos de sirvientes—. Pero ¿dónde está la señora Heywood, capitán? Estoy deseando conocerla.

—Ha salido a cabalgar.

—¡Ah, vaya! Una joven deportista, por lo que se ve. —El conde asintió, mostrando su aprobación, mientras avanzaban en dirección a la casa—. En los últimos tiempos han nacido algunos buenos caballos en Tattersall. Podrías considerarlo, Arthur. Cualquier potro de *Gringolet* le vendría bien. No es tan impresionante como *Titán,* pero sus potros son interesantes.

—Gordon se pasa mucho tiempo estudiando linajes —puntualizó la señora Ogilvy, que miraba con simpatía al conde—. Tome nota de lo que le digo: antes de que termine el mes comprará al mismísimo *Gringolet.*

Arthur no prestó atención a la charla sobre caballos y linajes de purasangres. Había crecido entre ese tipo de conversaciones y no le interesaban lo más mínimo. Por otra parte, no tenía ninguna intención de contarle a su padre, cuyo establo era la envidia de todos los aficionados a la hípica de Inglaterra, que su nueva nuera estaba más que satisfecha con su yegua, pese a que era mestiza y malhumorada, o quizá precisamente por serlo.

—Si nos hubiera informado con antelación de su llegada, mi esposa habría estado aquí para recibirle.

—Ha sido inevitable —se disculpó el conde—. Negocios y demás zarandajas. Mi salud... Y tu hermano, que tiene problemas con una mujer en el norte.

Arthur le lanzó una mirada interrogativa a su padre.

El conde asintió.

—Sí. Esta vez una bailarina de ópera. No es lo ideal, lo reconozco, pero sí mejor que las malditas aventureras que la precedieron. Seguro que estás de acuerdo conmigo...

La casa hervía de actividad: los criados acudían presurosos a por el equipaje y preparaban el acomodo para los visitantes inesperados. La señora Lamb acudió a recibirlos al vestíbulo principal y, tras un intercambio breve de saludos, condujo a la señora Ogilvy a una habitación de la planta superior para que se refrescara y descansase del viaje.

—No era mi intención faltarle al respeto a tu esposa —dijo el conde cuando su querida se hubo alejado lo suficiente como para no oír lo que decía—, pero, a mi edad, se hace cuesta arriba viajar sin las comodidades ni la compañía a las que estoy acostumbrado. No podía dejar atrás a la señora Ogilvy. —Durante los

momentos de silencio que siguieron, movió nervioso el bastón—. Supongo que tu mujer no querrá ni dirigirle la palabra.

—Lo dudo mucho, la verdad.

—O se negará a que se la presente.

—Si lo hiciera, estaría justificado. —Arthur sabía que lo más probable era que Philly no se sintiera ofendida, pero él sí que lo estaba en su nombre.

—Quizá podrías explicárselo. No me gustaría que se sintiera insultada nada más conocernos. Lo más probable es que vaya a ser mi única nuera, dadas las trazas que tiene tu hermano...

—Es un poco tarde para preocuparse por el hecho de que se sienta insultada.

—Desde luego. Lo hecho, hecho está. Y ahora, si te empiezas a cansar de hacerte el severo, podrías apañártelas para ofrecerme una buena copa de clarete y un sillón cómodo. Tengo que comentar contigo un par de cosas y puede que nos dé tiempo a terminar con esta situación tan desagradable antes de que tu esposa regrese de cabalgar.

Arthur acompañó a su padre a la biblioteca. Un criado le sirvió vino, colocó el decantador en una mesa auxiliar cercana y se marchó, cerrando la puerta con discreción.

—¿Situación desagradable?

—Así es. Resulta difícil boicotear a un hombre como Edgard Townsend sin dar lugar a una situación desagradable, ¿no te parece? —El conde se sentó en un sillón cercano a la chimenea, mirando muy serio a Arthur mientras se acomodaba frente a él—. Debo decirte, hijo, que tus... proezas de las últimas semanas han conseguido dejar en la sombra las hazañas de tu hermano, por difícil que eso parezca. Tendría que haber presentido que, cuando al fin perdieras la cabeza por una mujer, lo harías a lo grande.

Arthur se quedó sin palabras. Lo último que habría esperado de su padre era una reprimenda. Y mucho menos que lo comparara con su hermano mayor, un libertino y vividor consumado.

—Hace unas semanas recibí una carta muy irritante de Townsend. Por vía de urgencia, nada menos. Decía que habías destruido sus planes de inversión, que te habías llevado a su sobrina para casarte en secreto con ella y que, como colofón de tanto insulto, le habías robado a uno de sus sirvientes.

Arthur se echó hacia atrás en el asiento y se cruzó de brazos.

—La verdad es que, al enumerar mis acciones todas seguidas, la cosa suena bastante fantástica, sí..., y no puedo negar ninguna, a decir verdad.

El conde le echó una mirada seria y severa.

—Decía también que su sobrina, con la que huiste, estaba comprometida con el duque de Moreland.

—Difícilmente podía considerarse aquello un compromiso. Ella lo rechazó desde el principio.

—Lo rechazó... ¡Por Dios bendito! —El conde reflexionó un momento sobre ello—. Supongo que estás al tanto de que los detalles de tu... cortejo y tu matrimonio son la comidilla en Londres, ¿verdad?

Arthur se encogió de hombros con displicencia.

—He recibido informes diarios de todo el mundo. Cartas. Hasta Underhill me envió una nota en la que me informaba de que había sido testigo de tu boda, maldito imprudente. —El conde sufrió un acceso de tos—. Me han dicho que es una joven de rara belleza. «La obra de arte»..., ¿no la llaman así? Sin dote ni fortuna conocida, que se sepa. ¿Y rechazó al duque de Moreland? —Tamborileó los dedos sobre el brazo del sillón—. Debo decirte que hay quien defiende que te llevaste a la joven en contra de su voluntad. Que la engañaste y le tendiste una trampa. Que la secuestraste. ¡Montones de estupideces, sí! La señora Ogilvy opta por una versión más romántica... Me dice que seguro que se trata de una unión por amor.

Arthur permaneció en silencio.

—Sea como fuere, es un asunto de lo más complicado, pero tengo que reconocer que tú nunca has hecho las cosas a medias. —La voz grave del conde incluía matices tanto de orgullo como de reprobación—. No te bastaba con casarte con la chica, no. Además, de paso, tenías que destruir a Townsend.

—Me da la impresión de que usted ya ha sacado sus propias conclusiones respecto a la situación. Y de que no son muy favorables en lo que a mí respecta.

—¡No digas tonterías! ¿Acaso crees que Townsend, o quien sea, tiene la capacidad de hacer que me vuelva contra mi propio hijo? Y no es que no lo haya intentado, ¿eh? Seguro que escribió la carta de la que te he hablado durante un ataque de ira. En Londres está acabado, ¿lo sabías? Ombersley conoce al abogado de Moreland y me dice que el duque está decidido a llevar a la ruina a Townsend. Al parecer, ha hecho que se le retire cualquier apoyo financiero a sus inversiones y negocios. No creo que pasen seis meses antes de que eche el cierre y se marche con una mano delante y otra detrás.

A Arthur no le conmovió la caída en desgracia e inminente ruina de Townsend.

—¿La lleva con usted?

—¿El qué? ¿La carta? —El conde dio un trago largo de vino—. No, hijo. La dejé en Stratfield. No hacía falta que la leyeras.

—¿Y por qué diablos no? ¿Qué más decía?

—No merece la pena comentarlo.

—Me interesa muchísimo saberlo.

Su padre dio otro trago que dejó la copa vacía y después se tomó su tiempo en rellenarla.

—Estupideces. Dijo que te introdujiste en su casa solo con el propósito de robarle a su sobrina. Te llamó malversador de bienes o alguna tontería por el estilo.

—¿Malversador de bienes? —Arthur esbozó una sonrisa seca—. ¿Eso dice? Vamos a ver, padre, tendré que hablarle con claridad: si me niega la posibilidad de leer la carta, ha de explicarme con todo detalle la totalidad de los cargos de los que me acusa Townsend.

—¡Maldita sea, Arthur! El resto de lo que decía no era sobre ti, sino sobre tu esposa.

En la habitación se produjo un denso silencio. Durante más de un minuto, ninguno de los dos hombres pronunció palabra alguna.

—¡Maldita sea! —masculló de nuevo el conde—. Townsend escribió que a su sobrina le gusta... todo lo que está roto. Que no se casó contigo a pesar de tus heridas, sino... justo por ellas.

—¿Eso es todo?

—¿Es que no es suficiente?

—¿Y ha pensado que eso me iba a ofender?

—¡Pues claro que sí, por Dios!

Arthur se pasó la mano por el pelo. Lo que había escrito Townsend no era ninguna novedad para él. Desde la primera vez que ella le puso la mano sobre el brazo en el parque se había dado cuenta de que Philly, a la que no había impresionado lord Darly, mucho más atractivo, había bajado la guardia con él por el simple hecho de su discapacidad. No obstante, al cabo de solo una semana se hicieron amigos. Y, tras quince días, la relación había pasado a ser algo más.

—Padre, pronto se dará cuenta de que, en efecto, Phyllida es tierna y compasiva en un grado excepcional, pero créame cuando le digo que se casó conmigo porque me ama. La pena no tiene nada que ver.

—¡La pena...! —Su padre casi escupió la palabra con enorme desaprobación—. Ni se me ocurriría pensar tal cosa.

—Por lo que se refiere al resto, hasta cierto punto es bastante real. Nunca fue mi intención hundir a Townsend. No quise entrar en su plan de inversión por una pura cuestión de conciencia y me casé con su sobrina porque la amo. Cualquier oferta formal de matrimonio, así como un noviazgo largo, estaban fuera de consideración. Townsend y Moreland la amenazaron hasta aterrorizarla, puede que todavía lo hagan. La única posibilidad que había, como usted ha dicho, era llevármela conmigo.

—¿Qué es eso de que puede que sigan amenazándola? ¿Quieres decir que Townsend y Moreland...?

—Cabe la posibilidad.

Arthur se acercó a su escritorio y buscó la nota anónima que tenía guardada bajo llave en un cajón. Se la pasó a su padre y, mientras volvía a sentarse en el sofá, le explicó a su padre de la forma más clara y concisa que pudo el modo en el que había llegado. Le recordó las historias que circulaban acerca de las supuestas venganzas de Moreland. También le contó lo que Forsythe le había relatado sobre la muerte de Molly Cartwright. Para terminar, le habló de las apuestas que había leído en el libro de su club.

El conde le escuchó con suma atención, los ojos vivos y brillantes en la cara enjuta.

—Todo eso es basura —concluyó tras el relato completo de Arthur.

—¿No se lo cree?

—Moreland y yo no somos amigos, pero los hombres de nuestra situación no podemos evitar conocernos unos a otros ni saber cómo somos. El duque es arrogante, despiadado, algo loco en lo que concierne a su maldita colección. Pero no es ni más ni menos peligroso que cualquier hombre tan rico y poderoso como él. Tiene muchos enemigos, siempre los ha tenido. Puede decirse que hasta le parece bien tenerlos y que cultiva esas enemistades. Y cualquiera de ellos puede haber escrito tales apuestas en el libro de tu club.

—¿Y qué me dice de las historias sobre las venganzas que se ha tomado? Sus enemigos no pueden habérselas inventado todas.

—Puede que haya algo de verdad en ellas, sí. Pero no podría asegurarlo. Yo siempre he pensado que era el propio Moreland el que las hacía circular, porque el que la gente le tenga miedo le facilita la tarea de adquirir cosas, dado que, de negarse a vendérselas, se sentirían amenazados. Pero si le rechazas, cosa que yo mismo he tenido la ocasión de hacer alguna vez, te prometo que no ocurre nada siniestro.

Arthur miró a su padre muy sorprendido.

—¿Moreland ha intentado comprarle algo para su colección?

—Desde luego. En ese momento tú no estabas en Inglaterra; si no, te habrías enterado. Moreland quiso comprarme a *Titán*. Le dije con toda claridad que no lo iba a vender ni por todo el oro del mundo. No se lo tomó nada bien, hay que decirlo, pero ahí terminó todo. No hubo ninguna venganza.

—*Titán* murió.

—Dos años más tarde. De un cólico. No me digas que crees que Moreland pudo tener algo que ver con eso... —El conde dobló la nota con cuidado y se la devolvió a Arthur—. Puede que esto lo enviara un admirador de tu esposa, uno de los muchos parásitos que pululan por Londres o algún antiguo novio de la zona en la que vivía.

Arthur se puso tenso ante la última sugerencia.

—Mi esposa no tuvo novios. Y en ningún momento la han rodeado parásitos en Londres.

—¡No seas ingenuo, Arthur! ¡Si todo el mundo se refiere a ella como «la obra de arte», por el amor de Dios! ¿De verdad piensas que no tiene admiradores?

Las voces que llegaron desde el vestíbulo principal le impidieron a Arthur dar contestación, fuera la que fuese. Y unos segundos después, se oyeron pasos que se acercaban presurosos a la biblioteca.

La puerta se abrió de repente, dando paso a un William demudado y pálido.

—Capitán Heywood —dijo el criado casi sin aliento—, la señora Heywood ha sufrido un accidente.

Capítulo 30

Arthur entró en el vestíbulo de forma precipitada y a tiempo de ver que Greene introducía a Philly en la sala de estar de las mañanas. Los perros se movían y ladraban a su alrededor, intentaban llegar hasta su ama. Pudo ver que el pelo de Philly caía suelto y que las faldas amplias del vestido de montar estaban rasgadas y sucias.

Se desentendió de su padre y de todo lo demás, cubrió la distancia que lo separaba de la sala de estar en unas cuantas zancadas y llegó a tiempo de ver cómo el encargado de las cuadras la colocaba en uno de los sofás tapizados de seda. Los perros la rodearon mientras ella se reclinaba sobre los cojines y extendía la mano para acariciarlos.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Arthur, antes de acercarse a Philly, a Greene, que estaba de pie atento a todo, a solo unos pasos del sofá.

—La yegua tropezó y rodó por tierra mientras galopábamos hacia los olmos. La señora Heywood salió despedida y cayó a bastante distancia.

Arthur se sentó junto a su mujer. Le tomó la cara entre las manos y buscó con atención posibles heridas.

—¿Estás bien? —le pregunto en tono bajo y preocupado.

—Sí, perfectamente.

Tenía las mejillas, de ordinario rosadas, blancas como el mármol.

En una zona de la sala de estar se había reunido un grupo de criados. Violet, pálida y ansiosa, estaba junto a William y otro lacayo alto llamado Edward. Crofton se hallaba frente a ellos y se retorcía las manos con preocupación.

—¿Quiere que avise al cirujano, capitán Heywood?

—No, por favor —suplicó Philly con voz débil pero firme—. Traigan a la señora

Lamb. Puede que me haya torcido un poco el tobillo y seguro que ella sabe bien lo que hay que hacer.

Crofton esperó la reacción de Arthur y, cuando este asintió, salió raudo en busca del ama de llaves.

—Por eso me ha traído en brazos Greene. Le dije que no era necesario que se molestara, pero no te preocupes, Arthur...

—¿Se puede saber cómo demonios ha podido pasar esto? —le preguntó Arthur al responsable de las cuadras.

El conde llegó en ese momento y se quedó cerca del umbral de la puerta. Se apoyó sobre el bastón de paseo y observó la escena en silencio. El fiel *Basil* lo miraba con mucha atención desde su puesto junto a Philly.

—Arthur, por favor —medió esta—, ha sido un accidente. Un cazador furtivo ha colocado una trampa, eso es todo. Estaba cubierta de hojas y no había forma de verla. Pero lo más importante es que...

—¿Una trampa? —A Arthur se le heló la sangre en las venas. Dejó de acariciarle la cara a Philly y se volvió hacia Greene—. ¿Qué tipo de trampa?

—No muy grande. Estaba en una zanja llena de piedras —respondió el aludido —. La yegua metió la pezuña en ella.

—¿En el sendero de los olmos? —preguntó Arthur con tono plano—. En una zona de paseo...

Greene lo miró agobiado y negando con la cabeza.

—Así es, capitán Heywood.

—William, trae el decantador de brandi. Edward, Violet, preparad un baño para la señora. Greene, espéreme en la biblioteca. —Una vez que los criados se hubieron marchado de la habitación, se dio cuenta de la presencia de su padre, pero se volvió hacia Philly sin una palabra de reconocimiento—. ¿Quieres un sorbo de brandi para tranquilizar los nervios? —Le tomó una mano—. ¿O una taza de té? ¿Prefieres estar en tu habitación?

—Estoy bien. Y *Persy* también. Tampoco estoy nerviosa. —Le brillaban los ojos. Le apretó la mano a su marido—. Arthur, he estado intentando decírtelo..., me da la impresión de que ni siquiera te has dado cuenta...

Arthur le retiró una horquilla que le colgaba de un mechón de pelo.

—¿Darme cuenta de qué, querida?

—De que has entrado en la habitación sin necesidad de usar el bastón.

Arthur la miró durante unos segundos sin comprender hasta que miró a su alrededor como si quisiera comprobar que, en efecto, no había llevado el bastón.

Con la urgencia de atender a su mujer, no lo había tomado al salir de la biblioteca. Sin pensarlo siquiera, había atravesado el vestíbulo, tan amplio, y entrado en la sala de estar sin apoyarse en nada ni en nadie.

—Lo he visto todo, hijo. —El conde avanzó hacia ellos—. Cada paso.

Philly volvió la cabeza hacia el conde al darse cuenta de su presencia.

Jasper y *Dash* se acercaron a él, y *Fox* gruñó un poco. *Basil* se quedó donde estaba, pegado a su ama, con los ojos alerta y echando fuego.

—Philly, te presento a mi padre, Edward Heywood, séptimo conde de Gordon. —Miró a su padre con un brillo de orgullo reconocible en los ojos—. Señor, le presento a Phyllida Heywood, mi esposa.

* * *

La habitación estaba oscura como una noche sin luna. Las cortinas se hallaban echadas, el fuego se había apagado y la única vela dispuesta sobre la mesita de noche hacía tiempo que no lucía. Tenía la mejilla apoyada sobre el pecho desnudo de Arthur y el brazo extendido sobre su vientre; él le acariciaba el pelo, distraído.

Incluso aunque no hubiera sentido sus caricias, se habría dado cuenta de que estaba despierto. Nunca dormía en su cama. La tenía entre sus brazos hasta que ella se dormía. Y, después, se marchaba.

El hecho de saber que pronto se iba a ir para volver a su propia cama hacía que se apretara más contra él, como si así pudiera evitar que terminase dejándola.

Arthur respondió abrazándola más fuerte.

—Mi padre y tú habéis estado muy a gusto el uno con el otro esta tarde, todo el mundo se ha dado cuenta. Empiezo a pensar que pronto voy a perderte para siempre.

Philly sonrió para sí. Desde que su boda, Arthur se había acostumbrado a tener toda su atención, pero esa velada, por primera vez, había tenido que compartirla.

Pese a haber tenido que escuchar las reflexiones de su suegro acerca de un famoso purasangre llamado *Gringolet* («¡Todos los potros que ha engendrado tienen el temperamento de un santo!») y atender a la cháchara efervescente de la señora Ogilvy sobre una no menos famosa modista llamada *madame* Moreau («¡Vestidos de gasa sujetos solo con hilo de seda y algunas cuentas francesas!»), Arthur no había intervenido en ningún momento y había estado a un paso de mostrar el ceño fruncido.

Cuando Philly se retiró para ir a dormir, antes que el resto del grupo, sospechó que él no iba a tardar mucho en seguirla. Y no se equivocó.

Arthur entró en su habitación menos de una hora después y, sin que le importase lo más mínimo la presencia de Sara, abrazó a Philly y la besó. No hubo tiempo para charlas. La necesidad que tenía de ella era demasiado intensa.

—¿Crees que van a quedarse mucho tiempo con nosotros? —preguntó.

—No han dicho nada, pero mi padre solo trae a ese chef francés cuando sus visitas duran más de dos semanas. —Arthur se quedó callado durante unos momentos, hasta que al fin decidió preguntar—. ¿Te importa mucho que estén aquí?

—No, nada. La verdad es que hace tiempo que no recibo huéspedes, aunque espero hacerlo lo bastante bien como para no dejarte en evidencia.

—Ni se me ocurre tal cosa. Lo harás de maravilla.

— Además, tu padre me gusta y me apetece conocerlo mejor.

—¿Cómo no te va a gustar? Se ha pasado la cena hablando de caballos y perros.

—¿Crees que le parezco bien? —preguntó.

—¿Que si le pareces bien, dices? Creo que lleva camino de pensar que eres un ángel.

—En caso de que sea así, seguro que se debe a que te ha visto andar sin bastón esta mañana.

Arthur se enredó un mechón del cabello de Philly en los dedos.

—Mi padre lleva tres años esperando una recuperación milagrosa de mis heridas. Está dispuesto a creer en cualquier cosa antes que a aceptar la verdad.

La propia Philly era también bastante renuente a aceptar esa verdad. Según Arthur, su forma de atravesar andando esa mañana la biblioteca, el pasillo y el vestíbulo para llegar a la sala de estar no había sido otra cosa que una reacción física con la que el cuerpo había respondido a una crisis puntual; una reacción corta, efímera. Les había dicho a ambos que no tenía nada que ver con una curación real y les había advertido de que no debían tomárselo como algo distinto a lo que en realidad era.

Philly sospechaba que tales advertencias iban más dirigidas a sí mismo que a su padre y ella. ¿Cuántas veces, en los tres años anteriores, había vivido Arthur momentos de mejoría para después ver frustradas sus esperanzas? Era muy normal que se protegiera de la decepción.

—He lamentado desilusionarlo, pero es mejor ser realista con estas cosas. —La besó en la nuca, lo cual daba a entender que esa conversación había terminado—. Dime una cosa, querida: ¿qué te ha parecido la señora Ogilvy?

Philly se lo pensó antes de contestar. Sabía que, desde el punto de vista de la

corrección social, debía considerar un insulto la visita de la dama. Arthur se sentía así. Le había explicado que era la querida del conde; una relación sorprendente, sin la menor duda. De hecho, Philly estaba algo impactada, sí, pero, por mucho que lo intentó, no consiguió encontrar ningún defecto en la mujer.

—Parece una persona muy alegre.

—En exceso, yo diría.

—Sin aires de grandeza.

—A mí también me da esa impresión.

—El caso es que me gusta —admitió por fin Philly—. No se parece en nada a lo que yo esperaría de la querida de un noble.

Arthur mostró su sorpresa deteniendo la caricia.

—¿Y qué es lo que esperarías entonces?

—Bueno, no te lo puedo explicar con precisión, pero mi prima Elizabeth suele describirlas como damas que se dan colorete en las mejillas, beben sin tino y cuentan historias vulgares. Aunque puede que se estuviera refiriendo a otro tipo de mujeres..., las de vida indecorosa. Seguro que la señora Ogilvy no es nada de eso, ¿no te parece?

—Por lo que sé, no, no lo es.

Le tembló un poco la voz. Philly le dio un toquecito con el dedo.

—Te estás riendo de mí, ¿verdad? Seguro que no sé nada ni de queridas de nobles, ni de viudas de comerciantes, ni de... mujeres de vida indecorosa.

—Me da la impresión de que tu prima tampoco. La descripción que has hecho más parece la de la protagonista de una pantomima.

—Bueno, con independencia de su aspecto, creo que es detestable e injusto que a una mujer tan amable y simpática como la señora Ogilvy se la trate mal solo por su posición.

—Marianne Ogilvy no puede tener queja alguna sobre cómo se la trata en esta casa. Tanto ella como mi padre se han sentido muy bienvenidos por lo que a ti respecta..., tanto que me temo que no querrán marcharse nunca.

—Me ha invitado a dar un paseo con ella mañana.

—Sería mejor que mañana te quedases en casa y descansaras —opinó Arthur con tono severo—. Es demasiado pronto para que pasees con nadie después de la caída.

—Tonterías. La señora Lamb me hizo una revisión a fondo, ya sabes cómo es, y dijo que estaba bien. —Se inclinó sobre Arthur y le besó una de las cicatrices de cuchilladas que tenía en el pecho. Notó cómo contenía el aliento en el momento

en el que le colocó los labios en la piel—. De hecho, me siento muy muy bien.

—Ya lo veo... —Arthur le agarró la cabeza y tiró de ella con suavidad para darle un beso en los labios.

Mientras tenía el cuerpo junto al de él, Philly pudo sentirle el corazón, que le latía en el pecho al mismo ritmo que el de ella.

—Quédate conmigo esta noche.

Arthur soltó un gemido de frustración.

—Sabes que no puedo.

—Pero las pesadillas casi han desaparecido. Me lo has dicho tú. Estoy segura de que no pasará nada...

—Philly, no voy a correr ni el más mínimo riesgo de volver a hacerte daño. —Le acarició la espalda despacio con los dedos—. Pero te prometo que voy a quedarme hasta que te duermas.

—Pues entonces, puede que no me duerma —le advirtió—. Te obligaré a estar despierto aquí conmigo toda la noche.

—No puedo considerar eso como una amenaza, querida. Además, después del susto que me has dado hoy, no creo que vaya a ser capaz de dormirme.

Philly le puso las manos en el hombro.

—Siento que te asustaras. Green no tendría que haberme transportado de la forma en que lo hizo, así la cosa pareció mucho más grave de lo que fue. Tienes que hablar con él. Le pedí que me dejara en el suelo y no me hizo ningún caso. ¿Qué podía hacer yo? Me parece excesivo que un sirviente finja que no me oye.

Arthur le levantó el pelo de los hombros al tiempo que se lo acariciaba y se inclinó para besarle el cuello.

—Si te ha ofendido, hablaré con él, pero creo que hizo lo que debía al llevarte en brazos. Podías haber muerto debido a la caída.

—¿Crees que esa era su intención?

Arthur interrumpió en seco el beso en el cuello. Se retiró muy despacio.

—¿De quién?

—De quien colocó la trampa en un camino por el que se cabalga. No quise decírselo a Greene, pero no puedo creer que una trampa tan pequeña tuviera el objetivo de cazar a ningún animal. Tengo la impresión de que, quien lo pusiera, lo que pretendía era hacerle daño a alguien. Y Greene y yo hacemos el mismo camino todos los días. Sería muy fácil para cualquiera memorizar nuestras costumbres.

Arthur se separó despacio de ella.

—Voy a encender el fuego.

Philly también se incorporó, algo desconcertada por el cambio de actitud.

Él se puso el batín y agarró el bastón. Se acercó a la chimenea, colocó unos troncos y yesca, y prendió la hoguera. Cuando terminó, volvió a sentarse junto a ella en la cama. Lo miró a los ojos con expresión turbada.

—Tienes razón —admitió Arthur—. Es muy posible que quienquiera que haya puesto la trampa buscara hacerle daño a alguien. Y hasta que averigüe algo..., lo siento mucho, pero tienes que restringir tus paseos a caballo al prado que rodea el establo.

Lo miró sin podérselo creer.

—No puedes estar hablando en serio. Ese prado no es más que un cuadradito de hierba seca y tierra polvorienta. ¿De verdad crees que ir por ahí es cabalgar?

—Es suficiente para ir a medio galope.

—¿Y quieres que dé vueltas y vueltas a medio galope durante una hora? —Negó con la cabeza—. No. No puedes prohibirme que cabalgue por la hacienda. Te prometo que no volveré a galopar, pero no puedes confinarme a la zona que rodea los establos. Es lo único que hago fuera de la casa. La única actividad libre de verdad que tengo. No puedes arrebatármela.

Volvió a acariciarle el pelo con ternura.

—Sabes tan bien como yo que, en estos momentos, el territorio de la hacienda no es seguro. Hasta que tenga la certeza de que ha dejado de haber peligro, tienes que cabalgar en las cercanías de la casa. O eso, o dejar de cabalgar por completo.

A Philly no le gustaron nada las alternativas que le imponía Arthur: limitarse a lo que le permitía o renunciar a una de las actividades que más feliz la hacían. Eso último no era una alternativa.

Abrió la boca para discutir con él, para decirle que estaba siendo injusto con ella. Que se estaba convirtiendo en un tirano, justo el tipo de hombre del que había huido...

Pero, aunque ese fue su primer impulso, se dio cuenta de que no podía hacerlo. La estaba protegiendo. La había estado protegiendo desde la mañana en la que se encontraron en el parque al amanecer, cuando ella se puso en sus manos.

—Te has enfadado conmigo —observó él en ese momento.

—No. No es enfado.

—Y entonces, ¿qué es?

—Tristeza —confesó—. Mucha tristeza.

Abrió los brazos para abrazarla y ella se dejó hacer, aunque con menos

entusiasmo de lo habitual.

—Sé que te has disgustado —insistió, hablando con la boca casi pegada a su pelo—. Y lo siento de verdad. Pero es inevitable. Tienes que dejarme que cuide de ti. Tienes que confiar en que sé lo que es mejor en este momento.

Philly no respondió. Se acordó de lo confiada que fue cuando viajó a Londres con el tío Edgar. Obedeció todas las restricciones que le impuso sin decir palabra y no se dio cuenta de lo aislada que estaba hasta que fue demasiado tarde. Era una comparación del todo injusta, lo sabía, y se sintió culpable por hacerla. Arthur no tenía nada que ver con su tío, nada.

Le puso los dedos en la barbilla y se la empujó con levedad para que la separara del pecho.

—Dime que confías en mí.

—Sabes que confío en ti.

Al oír su respuesta, parte de la desazón desapareció de los ojos de Arthur.

—El prado tampoco será tan malo, ¿no crees?

Philly suspiró. ¿Qué podía decir? Él no iba a cambiar de opinión. No tenía mucho sentido discutir.

—No.

Le acarició la mejilla y ella le sostuvo la mirada.

—¿Qué puedo hacer para que la cosa sea más soportable? —preguntó Arthur.

Philly se representó en la cabeza el prado que rodeaba las caballerizas. En efecto, era suficiente para ir a medio galope, nada más. El suelo era bastante liso; y la valla que lo rodeaba, bastante antigua pero fuerte.

Greene le había explicado que en su momento se había usado para educar a potros para que se acostumbraran a soportar la silla, y también para enseñar a montar a niños de la hacienda. De vez en cuando veía a *Hiperión* dando vueltas por la zona, comiendo hierba y pifiando a las yeguas.

¡*Hiperión*!

La idea le retumbó en la cabeza como un trueno.

—¿Lo dices en serio, Arthur? Porque acabo de tener una idea maravillosa. —Se deshizo del abrazo de Arthur y se arrodilló de nuevo en la cama. Cuantas más vueltas le daba a la idea, más se entusiasmaba—. ¡Oh, Arthur...! ¿De verdad crees que...? ¿Serías capaz...?

Arthur hizo una mueca divertida con la comisura de la boca.

—Mira que me gustaría poder, pero aún no soy capaz de leerte el pensamiento.

Philly estaba roja de nervios.

—Sé que has dicho que el hecho de que esta mañana hayas andado sin bastón no significa nada. Pero lo que no puedes negar es que tu pierna se está fortaleciendo desde que nos conocimos en Londres. Tú mismo has dicho que te duele menos.

La expresión de Arthur perdió algo de tranquilidad.

—Y también has dicho que siempre has sido capaz de utilizarla y hacer fuerza con ella, aunque sea un poco, ¿verdad que sí? —Esperó su gesto de afirmación renuente—. ¿Crees que ahora podrías hacer algo más de fuerza? —Volvió a asentir—. Pues yo creo que ahora tienes la fuerza suficiente como para... —dudó un momento antes de terminar la frase— intentar volver a cabalgar.

Tal como se había imaginado Philly, la expresión se le transformó. Perdió cualquier atisbo de ternura y humor.

—Te pido por favor que no lo rechaces sin más —rogó—. Déjame terminar.

Arthur no dijo nada y ella interpretó que quien calla otorga.

—Eras un magnífico jinete. Todo el mundo me lo ha dicho. Y aunque, debido a los años transcurridos, hayas perdido algunas de tus capacidades, me atrevo a pensar que seguirás siendo mejor que la mayoría. —Tragó saliva, sin saber a esas alturas si estaba animándolo o todo lo contrario—. Si probamos en el prado, y con un caballo lo bastante tranquilo, quizá podrías recuperar las sensaciones y comprobar lo que sigues siendo capaz de hacer.

—Ya no soy capaz de hacer nada, ni lo seré.

—Arthur...

—Ni sobre un caballo, ni con una pistola, ni con una espada. No es solo la pierna la que tiene debilidad, también es la mano. Y tras la herida en la cabeza que sufrí en La Albuera... —Se interrumpió de forma abrupta—. No, no me puedes pedir eso. Voy a parecer un estúpido incompetente, como poco. Y, en el peor de los casos, podría agravar la situación si tengo algún problema.

Philly se inclinó sobre él.

—Ni se me ocurriría hacerte parecer estúpido —aseguró con suavidad. Estiró la mano y se emocionó cuando él hizo lo mismo para entrelazar los dedos con los de ella. —. Podemos ir al prado al amanecer. Solos tú y yo, acompañados de Greene, por supuesto; lo necesitaremos para que nos ayude con los caballos. Pero no habrá nadie más. Me aseguraré de eso.

Arthur la miró a los ojos y Philly vio en ellos un peso que no podía explicar.

—Me da igual lo que los demás piensen de mí. Lo que no quiero es comportarme como un estúpido delante de ti.

Le asombró su afirmación.

—¡Nunca lo has hecho!

—He tenido mucho cuidado de evitarlo —confesó con una sonrisa amarga.

Le parecía inconcebible que a Arthur le preocuparan esas cosas. Nunca había visto la menor inseguridad ni debilidad en él, ni siquiera en sus momentos de mayor melancolía.

—No puedes estar hablando en serio. Porque sabes que no hay nada en el mundo que pueda cambiar lo que siento por ti. —Soltó la mano y volvió a meterse entre sus brazos—. Te quiero, Arthur.

Creyó notar que se quedaba helado. Hasta le pareció que contenía el aliento. Pero seguro que se estaba equivocando.

—¿Me quieres? —preguntó con tono apenas audible.

—Más que a nada. —Lo abrazó por el cuello casi con fiereza.

Y esperó a que él le dijera lo mismo. Que la amaba también como a nada ni a nadie.

Pero no dijo una palabra. Solo la atrajo hacia él con fuerza, haciéndole sentir la dureza de acero de los brazos alrededor de la cintura y en la espalda.

Se dijo que eso le bastaba. Saber que la necesitaba y la quería. Saber que era su mejor amiga. No era necesario que la amara, o, al menos, no a la manera de un héroe romántico.

Además, las palabras no eran lo más importante. Lo importante de verdad eran los actos de las personas. Las expresiones de respeto y de ternura, y todos esos buenos sentimientos que Arthur y ella compartían en abundancia. Y respecto a la punzada que había sentido en el corazón..., bueno, seguro que pronto pasaría. Hasta que así fuera, le hizo caso omiso.

Le dio un beso rápido en la mejilla.

—No voy a dejar que cambies de tema, porque esto es muy importante. Si tengo que cabalgar por el prado de acá para allá sin poder ir a ninguna otra parte, quiero que tú esté a mi lado montando otro caballo. Solo así será soportable el confinamiento.

—Querida pequeña mía, me da la impresión de que me estás haciendo chantaje.

—Tonterías. Solo te planteo mi punto de vista. —Echó la cabeza hacia atrás para poder mirarlo. Ahora sí le encontró ternura en la mirada—. Tampoco es tan absurdo pensar que puedes volver a cabalgar, ¿a que no? Al fin y al cabo, solo consiste en sentarse sobre un caballo. Un ejercicio menos duro que andar, creo yo.

—Cabalgar es bastante más que sentarse sobre un caballo y tú lo sabes muy

bien.

—Pero vas a probar, ¿verdad? Porque te lo estoy pidiendo, porque te necesito a mi lado.

Arthur inclinó la cabeza y apoyó la frente sobre la de ella.

—Sí —cedió por fin—. Por ti. Por todas esas razones. Sí.

Capítulo 31

Lord Gordon y la señora Ogilvy no daban ninguna pista sobre cuánto iba a durar su estancia en Heywood House, y Philly, por su parte, tampoco tenía intención de meterles prisa. A lo largo de las últimas dos semanas, se había ido acostumbrando a tener un caballero entrado en años moviéndose por la casa. En cierto modo, convivir con el conde le recordaba la vida con su abuelo.

Por otra parte, la señora Ogilvy le aportaba una presencia femenina que le venía muy bien. Ya habían ido juntas a Heycombe un par de veces, salidas durante las que visitaron la mercería, la tienda de la modista y la sombrerería, y, aunque había incluso menos género para elegir que en el propio Fox Cross, Philly había sido capaz de encontrar dos sombreros muy bonitos y un vestido georgiano color ámbar precioso que pensaba utilizar para montar.

Arthur no estaba igual de contento con los visitantes, pese a lo cual se comportaba de una forma mucho más afable que el día de su llegada inesperada. Estaba muy claro que admiraba y respetaba a su padre, y hasta empezaba a ablandarse un poco con la propia señora Ogilvy.

Aun así, no disfrutaba de las noches, ahora que eran cuatro en vez de dos, y no le gustó nada que una tarde el conde y la señora Ogilvy se autoinvitaran a uno de sus paseos vespertinos. A decir verdad, los únicos momentos en los que Arthur estaba de un humor excelente eran cuando por las noches yacían uno en los brazos del otro y también cuando por la mañana temprano se acercaban a los establos a cabalgar.

Para el regreso de Arthur a la silla de montar, Greene había escogido un caballo castrado, tranquilo y agradable, al que llamaban *Erasmo*. La primera mañana pareció montarlo sin apenas dificultades. No obstante, el cambio sutil en la

expresión de su marido hizo ver a Philly que estar sobre *Erasmo* le producía cierto dolor. Y quizá también le traía malos recuerdos del último caballo al que se había subido, el que murió bajo él en La Albuera.

Pero no dijo una palabra, ni sobre el dolor físico que pudiera sentir ni sobre sus recuerdos. Se limitó a agarrar las riendas como si solo hiciera días que no montaba, en lugar de años.

Ver al capitán Heywood sobre un caballo le había quitado el aliento a Philly. La figura elegante y muy masculina evocaba al oficial de caballería apuesto que en su momento había sido. Incluso ahora, más de dos semanas después, seguía lanzándole miradas furtivas mientras cabalgaban uno al lado del otro por el prado. Más de una vez Arthur la había sorprendido mientras lo contemplaba con ojos de admiración.

Entre que se levantaba pronto para ir a cabalgar y que permanecía hasta tarde con sus invitados, Philly estaba cada vez más cansada. La señora Lamb le decía que debía dormir más, y, al final de la primera semana de estancia del conde, Philly se retiraba cada día a primera hora de la tarde para disfrutar de una siesta corta. Pero al cabo de dos semanas ya no bastaba con eso.

—Es usted una mujer casada y no es ni mucho menos necesario que se dé esos madrugones tan tremendos —le dijo la señora Ogilvy una mañana mientras Philly y ella cosían en la sala de estar—. No me extraña que esté exhausta. Tiene que seguir mi ejemplo y permanecer en la cama hasta pasadas las diez. Su doncella puede llevarle el desayuno en una bandeja.

Philly estaba sentada en el sofá con la labor en el regazo. Solo había dado unas puntadas, pero ya había perdido el interés. No era normal que estuviera tan distraída y se preguntaba si la señora Ogilvy podría tener razón. Quizá sí que estaba exhausta.

—No soy capaz de permanecer en la cama ni en mi habitación por las mañanas. Esa es mi hora favorita del día para estar al aire libre.

—Ya... —La señora Ogilvy reflexionó durante unos momentos—. Hace unos meses me sentí mal durante un tiempo y tomar dos o tres veces al día amargo de angostura me vino muy bien. Tal vez podría probar...

—Le aseguro que no estoy enferma. De todas formas... —Philly dudó, tampoco quería dar demasiados detalles—, la señora Lamb me está dando una bebida que prepara por decocción de plantas. Al parecer ayuda a recuperar las fuerzas.

—Pues no parece que esté funcionando, querida.

—No, la verdad es que todavía no. Pero la señora Lamb confía en que pronto

me ayude a mejorar.

La señora Ogilvy se acercó a examinar el trabajo de Philly.

—¿El capitán Heywood está al tanto de los cuidados de la señora Lamb?

—Desde luego que no. Solo contribuiría a que se preocupara.

—Me pregunto si puede no saber algo que la afecte a usted. Siempre está al tanto de lo que hace. Hasta parece que tiene miedo de que huya y lo abandone —apuntó la señora Ogilvy riendo.

Philly intentó sonreír ante el comentario, pero fue incapaz.

—Estoy segura de que ni se le ha pasado por la cabeza semejante cosa.

—Se sorprendería si supiera lo que piensan los hombres, querida.

La luz del sol entraba a raudales por los ventanales de la sala de estar. Ese día hacía más calor de lo habitual. Arthur había salido en el carruaje, acompañado de su padre, para revisar algunas de las mejoras de la hacienda. Volverían al cabo de una hora más o menos, y después Arthur y ella darían su paseo vespertino habitual.

¿Cómo podía estar tan cansada? Le parecía imposible que hiciera solo dos semanas que le había pedido a Arthur continuar con salidas a cabalgar por la hacienda. En esos momentos estaba tan agotada que ni siquiera podía pensar en ir a galopar con *Perséfone.*

—Aunque debo decir que me imaginaba que las cosas iban a ser así y se lo dije a Gordon. Un caballero tan serio, adusto y solemne como el capitán...

—¡Pero en realidad él no es así! —objetó Philly, volviéndose a mirar a su invitada—. De verdad que no.

—¿No? Pues es lo que suele pasar cuando se tiene un hermano que vive una vida... bastante alocada, ya sabe. El más joven hace justo lo contrario. El problema es que el capitán Heywood es igual de apasionado que su padre y su hermano. Puede que más, incluso. Mi impresión, si me permite que se lo diga, es que antes de conocerla la aplacaba... matando gente.

Philly le dedicó una mirada de reprobación discreta a la señora Ogilvy.

—Era la guerra, señora —le recordó.

—En efecto. Y todo el que lo conoció en esas circunstancias dice de él que era un soldado eficaz y letal. De hecho, a veces hasta me ha dado cierta pena de aquel desalmado que intentó desvalijarlo estando herido. Cualquiera que conociera al capitán podía haber predicho sin temor a equivocarse cuál iba a ser el fin de ese encuentro. Heywood no es un hombre con el que sea aconsejable jugar.

Philly no necesitaba preguntar cómo había sabido la señora Ogilvy los

pormenores del incidente espantoso que vivió Arthur cuando estaba malherido. Pese a que apenas los conocía, resultaba más que claro que el conde compartía con su querida bastante más que una pura intimidad física.

—Bueno, querida —continuó la señora Ogilvy con una sonrisa que le agudizó los hoyuelos llenos de gracia—, es evidente que, en lugar de en la guerra y los soldados enemigos, ahora todas las energías del capitán están centradas en usted. Debo decir que le adelanté a Gordon que eso era lo que iba a ocurrir, sin remedio. «Deja que se case —le dije—. Eso le dará otras cosas en que pensar, muy distintas de sus problemas». Y así ha sido. Aunque... —Hizo una pausa que acompañó con una mueca mínima de preocupación— sería deseable que resultase un poquito menos intenso.

—Échele la culpa de eso al... accidente que tuve cuando cabalgaba —argumentó Philly—. Se preocupó muchísimo, hasta la desesperación. Creo que no estará tranquilo hasta que averigüe quién fue el responsable.

—Creo que sería mejor que le dejase ese trabajo a Pebmarsh. Que sea él el que se preocupe de solucionar los problemas de la hacienda. Lo que usted y el capitán necesitan es una luna de miel como Dios manda. En algún sitio lejos de aquí. En el Distrito de los Lagos, por ejemplo. O en la costa. —A la señora Ogilvy pareció gustarle la idea—. ¡Eso es! ¡Cuando Gordon y yo nos vayamos de Heycombe, ustedes dos nos acompañarán a Bath!

Philly alzó las cejas muy sorprendida.

—No tenía idea de que albergaran la intención de viajar a Bath.

—Ese era nuestro plan, pero, ahora que Gordon y el capitán Heywood tienen asuntos de los que ocuparse aquí, empiezo a preguntarme si de verdad vamos a ir —se quejó la señora Ogilvy con un suspiro—. Bath es muy agradable en esta época del año. Y sus aguas hacen mucho bien, querida, créame.

La irrupción de Crofton interrumpió la conversación. Entró en la sala de estar con unas prisas inhabituales en él. Portaba una bandejita de plata con una tarjeta de visita.

Desde que Philly había llegado a Heycombe apenas se habían presentado visitantes. El señor Fordham, el vicario, había acudido unas tres semanas atrás, y después Philly había invitado a tomar el té a tres ancianas feligresas de la iglesia de Heycombe; en cualquier caso, no había acudido ninguna visita de la alta sociedad.

—Han venido tres damas y dos caballeros, señora Heywood —declaró Crofton —. ¿Les comunico que no están ustedes en casa?

—¡Vaya! —exclamó la señora Ogilvy—. ¿Esperaba visitas, Phyllida?

Philly recogió la tarjeta de la bandeja y leyó el nombre grabado en ella.

Señorita Elizabeth Townsend

—¡Es mi prima de Londres! —exclamó—. ¿Con quién ha venido, Crofton?

—Lord Darly, el señor Forsythe, la señorita Abigail Townsend y lady Eliot, señora.

El entusiasmo de Philly se evaporó de inmediato. El fantasma de lady Eliot seguía persiguiéndola en sus momentos de mayor vulnerabilidad. No se le ocurría ninguna persona en el mundo a la que tuviera menos ganas de ver.

—Vamos, querida. Ni se plantee la idea de no recibirlos.

—Me temo que no estoy en mi mejor momento. —Philly bajó los ojos para mirar el vestido francés de batista simple y sobrio, con sus discretos adornos azules. No tenía volantes ni encajes. Cuando se lo había puesto, hacía solo una hora y pensando en el paseo que iba a dar con Arthur, ni se le había pasado por la imaginación que tendría que compararse con lady Eliot.

—Está preciosa, querida. No se inquiete ni lo más mínimo. —La señora Ogilvy se levantó del sofá—. Ahora, si me perdona, voy a seguir su ejemplo y a descansar un poco en mi dormitorio.

Philly se levantó como un resorte, apretando con fuerza la tarjeta de visita de su prima.

—¡No puede dejarme sola!

—Puedo y debo. Si me quedo con usted, mi presencia no tendrá otro efecto que ofender a las damas y escandalizar a los caballeros.

—Pero seguro que…

—Y repercutirá de forma negativa sobre usted, Phyllida. No puedo permitir que su reputación sufra por mi causa. —La señora Ogilvy sonrió y le dio un golpecito cariñoso en la mejilla con los dedos—. Crofton, asegúrese de que se preparan unos refrescos para los visitantes de la señora Heywood —ordenó al salir de la sala de estar.

—Sí, señora. —El mayordomo se volvió hacia ella—. ¿Señora Heywood?

Philly vio salir a la señora Ogilvy y la embargó la pesadumbre. Se sentía muy sola.

—El capitán Heywood aún no ha vuelto, supongo.

—No, señora.

Buscó con la mirada a los perros, que reposaban tranquilos en distintos puntos de la habitación.

—Puede hacer pasar a las visitas, Crofton —autorizó por fin—. Pero primero envíe a William para que se lleve a los perros. La última vez que *Basil* vio a lord Darly, por poco le arranca un brazo.

—Muy bien, señora Heywood.

* * *

Elizabeth y Abigail Townsend apenas habían cambiado en los casi dos meses transcurridos tras la partida de Philly de Londres. Sus vestidos eran de muselina de junquillo, con zapatillas y sombrillas a juego, y lucían tan lujosas y llamativas como recordaba.

Los caballeros también iban muy bien vestidos, con casacas negras, elegantes y relucientes, y pantalones de cuadros. Parecían haberse puesto de acuerdo.

Lord Darly saludó a Philly con una sonrisa llena de simpatía. El señor Forsythe también le sonrió, pero con una expresión bastante más reservada.

—Me alegro mucho de comprobar que está usted bien, señora —dijo, haciendo una inclinación—. Porque está bien, espero.

—Pues claro que lo está —intervino lady Eliot riendo. Con su vestido blanco de muselina bordada, adornado con dos hileras de volantes y pliegues que contribuían a realzarle el pecho, magnífico, tenía la apariencia de una dama sofisticada de la alta sociedad—. La señora Heywood es ahora una mujer felizmente casada. ¿No es así, señora Heywood?

Philly esbozó una sonrisa, esperó que no le hubiera salido muy forzada.

—Así es, en efecto. Pero... ¿qué hacen todos ustedes aquí? No esperaba su visita.

—Hemos venido a la fiesta de los Markham —explicó lady Eliot con otra risa cristalina— y sus primas no han podido resistir la tentación de visitarla.

—Hemos traído una cesta de fruta, Phyllida —dijo Abigail dándole una palmada a Philly en la mano a modo de saludo—. Una de tus criadas me la ha quitado de las manos antes de que pudiera enseñártela...

—Nuestra prima sabe muy bien cómo es la fruta —intervino Elizabeth al tiempo que le daba un beso rígido en la mejilla—. Los rododendros de la escalera principal están muy crecidos. ¿Es que el jardinero no los cuida? Parecen muy descuidados.

—Seguro que lo hacen a propósito, Lizzie, para que parezca un jardín natural. ¿A que sí, Phyllida?

Philly no prestó ninguna atención a sus pendencieras primas y condujo a los visitantes hacia la zona de asientos. Enseguida llegó el servicio de té y todos se

pusieron a hablar casi al mismo tiempo, enfrascándose en conversaciones paralelas que Philly apenas era capaz de seguir.

—Por cierto, ¿a dónde ha ido Heywood? —preguntó el señor Forsythe—. No me diga que la deja aquí sola todo el día...

Intentó contestar.

—Por supuesto que no, señor...

—Desde el principio sospeché que te gustaba el capitán Heywood —interrumpió Abigail—. De hecho, desde el día que te acompañó a casa. ¿A que lo mencioné, Lizzie?

Lord Darly rio entre dientes.

—Me habría gustado que compartiera conmigo sus sospechas, señorita Abigail. Así me habría ahorrado una buena suma por una apuesta que hice.

—Ninguna de las dos sospechamos tal cosa —aseguró Elizabeth al tiempo que le lanzaba una mirada severa a su hermana menor—. Cuando William y tú no regresasteis del paseo matinal, la tía Vale se temió que te hubiese asaltado algún delincuente en el parque, pero Evans nos informó de que te habías llevado una maleta. En ese momento, padre estuvo seguro de que habías huido.

Abigail asintió.

—Creyó que habrías intentado regresar a Fox Cross en diligencia. Envió algunos hombres a buscarte.

—Volvieron sin noticias —continuó Elizabeth—. Parecía que habías desaparecido sin más. Pero era imposible que te hubieras marchado sin esos perros espantosos que tienes.

Lord Darly echó una aprensiva mirada a su alrededor.

—Respecto a eso, señora Heywood, debo decir que...

—No se preocupe, milord, no tendrá ningún problema con ellos —le aseguró Philly—. Los he enviado a la zona de la cocina.

—¿Los tiene siempre encerrados, señora Heywood? —preguntó el señor Forsythe.

Philly le dirigió una sonrisa asombrada.

—¡Por supuesto que no, señor Forsythe! Pasan la mayor parte del tiempo conmigo.

—¿Y son todos tan peligrosos como dice Darly?

—Desde luego que no. Son muy tranquilos y amigables.

—Ladran demasiado —la contradijo Abigail—. El pequeño es el más ruidoso. Padre está contento de haberse librado de ellos.

—De los perros, puede que sí; pero no de ti, Phyllida —precisó Elizabeth—. Tenías que haberle visto la cara cuando llegó el carruaje portaequipajes del capitán Heywood para recoger tus cosas aquella mañana. La tía Vale se desplomó directamente sobre una silla.

—Directamente no —corrigió Abigail—. Primero pidió las sales. Y después insistió en ver la carta del abogado del capitán Heywood. Se desmayó cuando la estaba leyendo, porque el abogado había escrito que el capitán Heywood y tú os ibais a casar.

Elizabeth se inclinó hacia Philly en el sofá.

—Están muy enfadados contigo. Padre dice que vamos a tener que irnos de Londres por tu culpa.

A Philly le remordió la conciencia.

—Espero de verdad que tal cosa no suceda.

—¿Quién va a manejar mis inversiones si Townsend se esfuma? —preguntó lord Darly.

—Tendrá usted que venir a visitarnos más a menudo —le susurró Abigail—. Sé que mi padre le dará consejos para sus inversiones si yo se lo pido. Y dado que somos amigos especiales...

—¡Por favor! —Elizabeth la interrumpió con una risa despreciativa—. Padre no hará nada de eso.

—Díganos, señora Heywood, ¿qué es lo que lleva a una dama a rechazar la propuesta de matrimonio de un duque solo para aceptar al segundo hijo de un conde que, en comparación, no dispone de fortuna? —preguntó el señor Forsythe —. La verdad es que no entiendo nada de lo que ha ocurrido. Tengo un interés personal en conocer su respuesta, ¿sabe?, porque yo soy también un segundo hijo que no va a heredar ni título ni fortuna.

—Forsythe, llevas quejándote de ser segundo hijo desde que estabas en el vientre de tu madre —espetó lord Darly.

—Señor Forsythe, es el amor lo que explica todo —declaró Abigail—. Si una dama está enamorada, da igual que el caballero sea duque o...

—El amor —repitió Forsythe con voz queda y sonrisa frágil—. Según mi propia experiencia, cuando se trata del corazón de una dama, lo que gobierna sus acciones no es el amor, sino el lucro.

—¿Ha sufrido algún desengaño amoroso, señor? —preguntó Abigail—. Aunque eso no tendría que hacerle perder la esperanza de...

—Lo que mi hermana sabe del amor lo ha aprendido leyendo a lord Byron —

apuntó Elizabeth con tono despectivo—. No le haga ningún caso.

Una vez más, en el grupo se establecieron varias conversaciones distintas. Los invitados le hablaban a ella, y también se hablaban entre ellos, con risas, susurros e interrupciones. Elizabeth le bisbiseó al oído a Philly algo relacionado con la señora Vale, y lady Eliot hizo una puntualización a los comentarios de Abigail, que, por su parte, intentaba enterarse de la conversación que mantenían en murmullos lord Darly y el señor Forsythe.

—Era un demonio disparando con pistola —decía lord Darly—. ¿Recuerdas cuando...?

—Pero ahora no hay nada que temer de él —respondió el señor Forsythe.

—Todo el mundo quiere saber la verdad sobre eso —dijo Elizabeth—. Desde que te fuiste, hemos tenido muchísimas visitas.

Philly se volvió para mirarla.

—Perdona, ¿qué has dicho?

Abigail acercó la cabeza hacia ella para intervenir.

—Constance Penniman dice que debieron de engañarte para que te subieras a un carruaje y raptarte; y que después de eso, como estabas en riesgo de perder la honra, no tuviste más remedio que aceptar casarte con el capitán.

—¿Tendría la bondad de tranquilizarnos a ese respecto, señora Heywood? —Lord Darly le dirigió una mirada divertida a Abigail.

—Sí —se unió el señor Forsythe—. Explíquenoslo todo de una vez por todas. ¿La raptó Heywood y la obligó a casarse con él?

Philly endureció la expresión. Eran las mismas tonterías que cotilleaban los sirvientes, pero ni se le había ocurrido que también fuera a oírlas de sus visitantes. Le costó mucho mantener la calma y la moderación.

—¡Qué idea tan absurda, por Dios! Les agradeceré que no repitan esa...

—Es lo que dicen casi todos —cuchicheó Abigail mientras se llevaba a los labios la taza de té—. De no ser así, ¿por qué ibas a casarte con él en vez de con el duque?

—Por favor, no les preste atención. —Lady Eliot le cubrió una mano con las dos suyas—. Los que conocemos de verdad al capitán Heywood podemos garantizar que, en todo momento y situación, es un auténtico caballero. Eso es un hecho, ¿verdad, señora Heywood?

Philly sintió un mareo que la pilló desprevenida. Empezaba a estar abrumada por las conversaciones incoherentes y superpuestas, y el té que había bebido le estaba produciendo náuseas. Deseaba que lady Eliot retirara las manos. Estaban

demasiado calientes y su peso la ahogaba.

—¡Vaya, señora Heywood, tiene usted mala cara, parece enferma! Me atrevería a decir que es el problema que siempre ha tenido esta habitación. A esta hora del día siempre entra mucho sol. Seguro que ha sufrido usted un golpe de calor.

Philly alzó la vista para mirar a la cara a Caroline Eliot, convencida de que no la había entendido bien.

—¿Había estado usted aquí antes?

—¡Cielos! Muchas veces. —Lady Eliot bajó la voz al nivel de un susurro—. No me gustaría pecar de falta de tacto, pero aseguraría que, en más de una ocasión, ocupé el mismísimo dormitorio que ahora es de usted. ¿Brocados azules y una cama enorme de caoba? Sí, sé que en su día estuvo muy de moda, o eso creo. Por lo que respecta a este cuarto de estar, en todo momento aconsejé que se cambiara el papel de las paredes. Hay una zona en la que se está decolorando, justo allí. ¿La ve? He encontrado papeles orientales maravillosos pintados a mano para mi casa de Londres. Creo que le gustarán, si es que quiere imitar mi estilo...

Mientras lady Eliot continuaba con su perorata, Philly se quedó mirando la zona en la que el empapelado color burdeos había empezado a decolorarse. Tenía la mente muy confusa.

¿Cuándo había sido la última vez que lady Eliot había estado en Heywood House? ¿De verdad había aconsejado a Arthur sobre la decoración? ¿Era cierto que había dormido en el dormitorio actual de Philly?

Tal vez era verdad, pero Philly no podía darle crédito.

—... es lo que se ha de hacer si se tiene la capacidad económica —continuaba lady Eliot—, ya que Heycombe no tiene ningún atractivo en cuanto a papeles de pared se refiere.

Elizabeth se levantó para volver a llenar su taza de té y, tras hacerlo, se colocó más cerca de lord Darly. De inmediato, Abigail aprovechó para sentarse junto a Philly en el sofá.

—Phyllida, ¿puedo ver tu alianza? Tiene rubíes, ¿verdad? Los he visto brillar cuando entré en la habitación.

Embebida en sus pensamientos, Philly no se negó cuando su prima le levantó la mano para contemplar el anillo de cerca.

—¡Es magnífico, muy delicado! —exclamó Abigail.

—Sí, es muy favorecedor —señaló lady Eliot—. Yo no creía que fuera a serlo, la verdad sea dicha. Los rubíes son más adecuados para una persona con un tono de piel como el mío. Pero el capitán Heywood estaba decidido. Hasta me atrevería a

decir que no había nada en la joyería que le gustara más que este anillo.

Las palabras de lady Eliot parecieron quedar suspendidas en el aire durante una eternidad. A Philly le costaba absorberlas del todo. Se dijo que había oído mal. No podía ser verdad. No era posible que Arthur hubiera ido acompañado de su antigua novia a elegir su alianza matrimonial. No podía ser tan cruel.

Lady Eliot sonrió con lentitud y languidez.

—Ahora debo hacer una travesura y confiarles algo.

—¿De verdad tiene que hacerlo? —preguntó lord Darly entre dientes.

—Había unos pendientes de rubíes que hacían juego con el anillo.

—¡Unos pendientes a juego! —exclamó Abigail entusiasmada.

—Me los probé para que el capitán Heywood viera cómo quedaban puestos y de verdad les digo que eran soberbios. —Caroline Eliot miró a los ojos a Philly—. Pero no es necesario que confíe en mi opinión, señora Heywood. La próxima vez que venga de visita, podrá usted juzgar por sí misma.

Capítulo 32

Tiro. Esgrima. Boxeo en la academia de Gentleman Jackson.

El conde bajó del carruaje.

—No se puede olvidar toda una vida de práctica de esas actividades.

Arthur miró a Greene mientras sacaba de la parte de atrás del vehículo la caja de madera que contenía las pistolas de duelo. Su padre tenía razón. Hubo un tiempo en el que, ya fuese en la galería de tiro Manton o en el campo de batalla, una pistola no era otra cosa que una extensión de su propio brazo. Había pensado que, después de tres años, se habría olvidado de la sensación, pero en realidad sostener un revólver seguía siendo tan natural para él como respirar.

Por supuesto, en ese momento estaba muy lejos de ser lo que había sido. De hecho, le parecía que su nivel de habilidad era casi una caricatura del que había tenido.

—Me noto inestable, desequilibrado y débil. Tendré suerte si recupero cierta capacidad para usar la pistola con algo de pericia. Y, de ser así, solo con la mano derecha, por supuesto.

—Me atrevo a decir que, en tu caso, «algo de pericia» con la mano derecha, aun siendo zurdo, equivale a maestría en el caso de otros hombres. —Su padre no hizo ningún esfuerzo por disimular su orgullo—. No sé por qué has tardado tanto, la verdad. Podrías haber vuelto a empuñar una pistola en cualquier momento a lo largo de estos tres últimos años. Si lo hubieses hecho, quien sabe de lo que serías capaz en estos momentos.

—Lo más probable es que no fuera capaz de nada —rebatió Arthur—. Si hubiera llegado a tener un revólver en la mano hace tres años, sin duda me habría volado el cerebro.

El conde frunció el ceño

—El dolor era insoportable, ¿verdad? —Pensó durante un momento—. Pero bueno, eso ahora no importa, ya pasó. Tu situación y tu salud han mejorado mucho. Y de nuevo estás disparando. Por Dios, eso ya es un milagro en sí mismo. Aunque sí que es cierto que hay que lamentar las circunstancias que te han conducido a eso.

El día de la caída de Philly, Arthur había salido con Greene y su padre para ver con sus propios ojos la trampa. Estaba colocada en un agujerito y era solo lo bastante ancha como para que cupiera en ella la pezuña de un caballo, nada más. De no haber sido por las piedras que había dentro, podría haberla causado un animal. A Arthur no le cabía la más mínima duda de que el objetivo era Philly, pero la víctima podría haber sido Greene, por supuesto. Era un tipo de malicia premeditada e indiscriminada que a Arthur le causaba una desazón profunda. Y lo mismo le pasaba al conde.

Esa misma tarde, cuando Philly y la señora Ogilvy estaban ocupadas en el primer piso, Arthur y su padre se encerraron en la biblioteca. Por primera vez desde hacía tres años, Arthur abrió la caja en la que guardaba las pistolas de duelo. Sacó una de ellas y la sujetó durante unos instantes con la mano izquierda para después colocársela en la derecha con gesto decidido.

—Tengo que practicar —anunció.

—Desde luego que sí —lo apoyó el conde.

Desde entonces, todos los días, poniendo alguna excusa de gestión de la hacienda, se dirigían al viejo campo de tiro de Arthur.

—Tal como estás ahora, si tienes que retar a alguien a duelo… —tanteó su padre mientras avanzaban hacia la casa.

—No tengo la menor intención de retar a nadie a duelo.

—¿Y por qué diablos no? Pensaba que preferirías mirar a la cara al tipo que haya hecho esto y enfrentarte a él para acabar de una vez por todas con el asunto.

Arthur apretó los dientes.

—El hombre que ha intentado hacerle daño a mi esposa es un cobarde. Cuando descubra quien es, lo trataré como merecen ser tratados los cobardes, no como a un hombre de honor.

—¿Y si es Moreland? ¿Entonces qué harías? ¿Cuál es la forma adecuada de tratar con él?

Arthur miró de frente a su padre.

—Hace dos semanas me dijiste que Moreland no era sospechoso. Creo recordar

que opinabas que era igual de peligroso que cualquier otro hombre rico.

El conde le sostuvo la mirada.

—Así es. Cuando me lo contaste pensé que eran bobadas, pero...

—¿Pero?

—De Moreland se dice que pierde la cabeza en lo que se refiere a cuadros, antigüedades u otras baratijas. Y eso hace que uno se pregunte hasta dónde llegaría si se tratase de una mujer.

—Hasta convertirse en alguien capaz de asesinar a sangre fría, si es que hacemos caso de los rumores sobre Molly Cartwright.

—Ah, sí..., la última duquesa. —El duque asintió—. Algunos de los miembros de mi club creen que una noche la pilló con un tipo más joven y que se volvió loco de ira.

—Pero, aunque tal cosa fuera verdad, no tiene nada que ver con lo que está ocurriendo ahora. —Arthur subió los escalones de la entrada principal de Heywood House junto a su padre—. Me refiero a la nota anónima. A la trampa. Son jueguecitos llenos de malicia, no crímenes promovidos por la pasión.

El conde mostró su acuerdo con un gruñido de exasperación.

—Puede ser. Pero, como te he dicho antes, nunca se sabe hasta dónde puede llegar un hombre cuando hay de por medio una mujer. Hasta un varón inteligente puede hacer estupideces y locuras. No tienes más que fijarte en tu propio hermano.

Al llegar al vestíbulo, Arthur se quitó el sombrero y los guantes, y se los pasó a Crofton. Su ropa olía a caballos, cuero y humo de arma de fuego. Tendría que cambiarse antes de salir a pasear con Philly. Esperaba que no le importara aguardarle un poco más de lo habitual.

—¿La señora Heywood sigue todavía en la sala de estar? —le preguntó al mayordomo.

—No, señor. Se ha retirado a su dormitorio. Ha indicado que no desea que la molesten hasta la hora de la cena.

—Eso le incluye a usted, capitán Heywood. —La señora Ogilvy bajaba por las escaleras, sujetándose las amplias faldas con una mano—. Acabo de ir a verla y duerme en paz, como un niño. Déjela descansar.

El conde le ofreció la mano a la señora Ogilvy para ayudarla a bajar los últimos escalones.

—¿Qué le pasa? ¿Está enferma?

—Creo que está cansada, querido. Tuvo que recibir a un grupo de visitantes que

llegaron poco después de que se marcharan ustedes. Cuando se fueron, parecía agotada.

Arthur se volvió hacia el mayordomo.

—¿Qué visitantes?

—Las dos señoritas Townsend, lady Eliot, lord Darly y el señor Forsythe, capitán.

—¿Lady Eliot? —La cara del conde se puso roja de puro furor—. ¿La asquerosa Battersby? ¡Maldita descarada! ¡Maldita vividora!

—¡Vamos, Gordon, como sigas así te va a dar una apoplejía! —lo frenó la señora Ogilvy, que lo agarró del brazo—. No vamos a volver a pronunciar el nombre de esa mujer nunca más. ¿A que no, capitán?

Arthur no hacía mucho caso de lo que le estaba diciendo la señora Ogilvy, ni tampoco de la ira de su padre. Subió las escaleras para ir a la habitación de Philly sin mirar atrás y agarrando con fuerza el mango del bastón.

No tenía muy claro cuál de los visitantes le causaba más preocupación. No le cabía duda de que las hijas de Townsend le habrían venido con cuentos relacionados con su padre y con Moreland. Y Caroline era incapaz de hablar sin lanzar pullas hirientes. Por lo que se refería a los dos caballeros, eran de los que consideraban a las mujeres casadas un campo abierto para relaciones amorosas prohibidas. Por lo que sabía de ellos, tenía claro que no habrían tenido problema en hablarle a Philly de forma impropia ni tampoco de intentar quedar por encima de ella de una forma u otra.

Cuando llegó al dormitorio de su esposa, abrió la puerta y entró. El grosor de la alfombra amortiguó el ruido de las botas y del bastón. *Jasper* se levantó del lugar en el que descansaba frente a la chimenea para ir a darle la bienvenida, mientras que los demás perros permanecieron donde estaban, tumbados en distintos puntos de la habitación, como si estuvieran haciendo guardia para evitarle peligros a su ama.

Las cortinas, gruesas, estaban bien cerradas y bloqueaban casi por completo la entrada de la luz fuerte del sol de la tarde. La figurita de Philly, bien tapada por un cubrecama acolchado, apenas era visible en la penumbra.

Arthur se acercó a ella. Al mirarla le invadió una oleada de ternura. Parecía mucho más joven que los veintitrés años que tenía. Las cintas y pliegues del camisón le envolvían la figura, y una cascada de pelo oscuro le tapaba la cara. Había enterrado el rostro en la almohada con determinación, de forma parecida a como acostumbraba a hacer contra su pecho desnudo, sin ir más lejos la noche

anterior.

Le quitó el pelo de la cara con suavidad. No descansaba lo suficiente por las noches, por lo que en los últimos tiempos solía dormir la siesta por las tardes, pese a lo cual todavía no se había perdido ni uno solo de los paseos habituales con él para sustituirlos por un descanso. Tendría que insistirle en que durmiera más. Nada de alargar las sobremesas de la cena o de la comida con la señora Ogilvy y su padre. Nada de implicarse tanto en la gestión de la casa. Y, bajo ningún concepto, nada de agotarse atendiendo a grupos de parásitos que venían desde Londres solo a cotillear.

Estiró la colcha alrededor para taparle los hombros y volvió a acariciarle la mejilla antes de dejar la habitación y entrar en la suya propia. Ya la vería durante la cena. Y esa noche, tras despedirse de sus invitados, por fin podría tomarse la libertad de estrecharla entre sus brazos.

* * *

Philly ni sabía cómo había sido capaz de librarse de los visitantes. Los últimos diez minutos de la visita habían transcurrido para ella en medio de una confusión desagradable. Recordaba haberse levantado para desearles buenas tardes, y también que Abigail le había tomado las manos y se las había apretado, y que lord Darly le había dicho que volverían pronto con la esperanza de ver a Arthur.

Y después se marcharon.

Le dijo a Crofton con mucha calma que no iba a dar el paseo vespertino con Arthur. Que iba a retirarse a descansar a su habitación y que no deseaba ser molestada. Y de inmediato se tumbó sobre la cama y estalló en lágrimas. No paró de llorar hasta que se durmió, solo para despertarse varias horas después con el corazón roto y sintiéndose igual de desgraciada y con el corazón igual de roto que cuando se acostó.

A las seis y cuarto, Sara entró para ayudarla a vestirse para la cena. La criadita se sorprendió mucho a verle la cara con huellas de lágrimas, pero no dijo una palabra. Se limitó a ir a buscar una palangana de agua para que se lavara, a ayudarla a ponerse un vestido azul de muselina muy bonito y a arreglarle el pelo con un peinado elegante de rizos suaves.

Pero, tan pronto como Sara le colocó el último adorno de perlas en el pelo, el escaso valor que había acumulado mientras lo hacía la abandonó. Tuviera el aspecto que tuviese, se sentía incapaz de bajar a cenar. Esa noche no.

Sara la miró sin ocultar su decepción.

—Supongo que ya estarán todos en la sala de estar tomando una copa de jerez. ¿Y si baja, aunque solo sea un minuto o dos? Está usted hermosísima, señora. Sería una pena que no la vieran, de verdad.

Philly hizo un esfuerzo para recomponerse.

—Mañana puedo ponerme el mismo vestido que hoy. Estoy segura de que me sentará mejor. —Se dejó caer sobre el sillón más cercano a la chimenea. *Basil* se acercó para colocarse a sus pies, mientras que *Fox, Jasper* y *Dash* se acomodaron en la alfombra, cerca del fuego.

—¿Quiere que la ayude a desvestirse? ¿O voy a buscar a la señora Lamb para que le traiga su reconstituyente?

—No te preocupes por mí, Sara. Vete a la zona del servicio, no quiero que te quedes sin cenar por mi causa. Si necesito algo, ya llamaré, tranquila.

Sara hizo una pequeña inclinación.

—Voy a dar aviso de que no va a bajar a cenar esta noche. —Abrió la puerta para marcharse—. Y diré que no desea ser molestada. —Salió y cerró la puerta.

Philly se colocó a *Fox* en el regazo y acarició su cuerpecito de pelo rizado con el pañuelo bien agarrado en la mano. Ya se había sentido muy cansada antes de que llegaran los visitantes y en ese momento, tras tanto llanto, se sentía débil como una gatita. Tenía que pedir una bandeja, comer algo y llamar a la señora Lamb para que le preparara el tónico... Pero era incapaz de moverse. Lo único que hacía era pensar en Caroline Eliot y Arthur.

No entendía cómo había podido estar tan ciega ni ser tan estúpida. Arthur siempre había amado a lady Eliot. Todo Londres lo sabía y lo decía. Y no fue él quien rompió el compromiso. Porque, si lady Eliot hubiera seguido siéndole fiel, se habría casado con ella, incluso en esos mismos momentos.

Estaba rumiando esos pensamientos tan espantosos cuando oyó la voz profunda de Arthur desde el umbral de la puerta.

—Philly —la llamó nada más entrar en la habitación.

Jasper y *Dash* se pusieron de pie de inmediato para ir a darle la bienvenida, pero *Basil* y *Fox* no se movieron. Philly tampoco. Tendría que haberse imaginado que iba a ir a verla. ¿Hacía cuánto que Sara le había dado el mensaje? ¿Minutos? ¿Segundos?

Philly renunció a mirarlo mientras se acercaba. Ni siquiera lo hizo cuando se colocó, de pie, frente a ella, y mantuvo los ojos bajos, enfocados en el pañuelo bordado que sujetaba entre las manos.

—¿No te encuentras bien? —preguntó Arthur.

—Solo estoy algo cansada, eso es todo.

Arthur la miró y se dio cuenta de que llevaba un vestido adecuado para la cena y de que se había arreglado el pelo.

—Estás vestida para cenar. ¿Quieres que te acompañe abajo?

Philly apretó el pañuelo con fuerza.

—No, gracias.

Arthur se sentó en el sillón de enfrente y se inclinó hacia ella hasta quedar solo a unos centímetros de su cara.

—¿No vas a mirarme?

Dudó unos momentos, pero terminó levantando los ojos hacia él. El corazón le dio un brinco traicionero en el pecho. No había palabras para describir lo atractivo que era, y transmitía esa tremenda masculinidad militar tan propia de él. Los hombros anchos llenaban la parte alta de la casaca negra, y las piernas, largas y potentes, enmarcaban las de ella.

Vio preocupación en sus rasgos serios.

—Has estado llorando —afirmó más que preguntó, y extendió las manos para tomar las de ella.

Se puso rígida al sentir su toque y por instinto se alejó de él.

La desazón y la alarma de Arthur quedaron patentes al notar el rechazo. Nunca se había retirado al tocarla.

—¿Qué ocurre, Philly? ¿Qué te preocupa? ¿Es por la visita de tus primas?

Philly se miró las manos y se mantuvo en silencio un instante antes de volver a levantar los ojos hacia él.

—No es por mis primas. Es por otra cosa.

El furor lo transfiguró.

—¿Por otra cosa o por otra persona?

—Lady Eliot.

Le escrutó la cara.

—Entonces no tiene que ver con Darly ni con Forsythe.

—Ni lord Darly ni el señor Forsythe hicieron ni dijeron nada para hacerme llorar, si te refieres a eso.

Fox se movió para irse del regazo de Philly. Antes de que ella pudiera ayudarlo a bajar, Arthur levantó al perrito y lo colocó con mimo sobre la alfombra.

—¿Y qué ha dicho o hecho lady Eliot para provocar que lloraras? —preguntó.

—Nada —respondió Philly, diciendo la verdad—. Lloro por ti.

Capítulo 33

Arthur se quedó mirando a Philly, intentando descubrir cuáles podrían ser las razones por las que estaba triste por su causa. Había restringido tanto los paseos como las salidas a cabalgar de su esposa. La había confinado a la casa y sus alrededores. Los sirvientes siempre tenían que estar atentos a dónde estaba y a lo que hacía.

—Arthur, ¿recuerdas lo que te contesté la primera vez que me pediste que me casara contigo?

—Sí. Me rechazaste.

—¿Y te acuerdas de por qué te rechacé?

—Porque pensabas que estaba enamorado de Caroline Eliot. —Estuvo a punto de sonreír por lo ridícula y estúpida que era semejante idea, pero algo en la expresión de Philly lo detuvo.

—Por favor, dime la verdad —rogó ella con voz temblorosa—. Cuando te fuiste del parque esa mañana..., cuando fuiste a la joyería a comprar la alianza para mí... —tragó saliva—, ¿estaba contigo lady Eliot?

A Arthur se le endureció la expresión y empezó a correrle por las venas una corriente de cólera fría y poderosa. ¡Que el diablo confundiera a esa mujer! ¿Era eso lo que le había contado a Philly?, ¿que la había llevado con él para escogerle la alianza, nada menos?

—Sea lo que fuere lo que te ha dicho...

—Sí o no. Es una pregunta de lo más sencilla.

Apretó el puño.

—Sí, estaba en la joyería, pero...

—Casi podría perdonarle que haya venido a Heywood House. —Philly

controló un acceso de llanto—. Puede que incluso hasta perdonase todas las veces que ha estado contigo en la que ahora es mi cama...

—¡Pero qué demonios estás diciendo!

—Me describió la habitación tal cual es. Lo sabía todo de Heywood House. —Philly se secó algunas lágrimas con dedos temblorosos—. No tengo ningún derecho a enfadarme por eso, lo sé, porque sucedió antes de que nos casáramos..., pero que buscaras su compañía el día que acepté tu propuesta..., y que ella escogiese la alianza que me regalaste..., y que hicieras que se probara los pendientes a juego...

A Arthur le quemaba las entrañas la angustia tremenda de Philly.

—¡Por el amor de Dios! ¿Es eso lo que te ha contado?

—Me has roto el corazón, pero puede que si yo no fuera tan ingenua...

—¡Basta, Philly, basta! —Le tomó las manos entre las suyas y esta vez no le concedió la posibilidad de que las retirara. La sujetó con firmeza y fijó los ojos en los de ella—. Esa mujer..., ese engendro..., tiene la moral de una cualquiera...

—No puede ser tan despreciable. Estuviste prometido con ella, ¿no es así? Has tenido que quererla en algún momento. —Atrapada en su abrazo, Philly ya no fue capaz de contener las lágrimas, que le corrieron sin control por las mejillas—. Puede que la sigas amando, ¿a que sí? Tal vez esa sea la razón por la que nunca me has dicho que me quieres.

—¡Maldita sea, Philly! Estás enfadada y preocupada sin ninguna razón, ¡ninguna!

—Te aseguro que llevo todo el día pensando en esto de una manera de lo más racional. —Intentó desasirse de él.

Arthur la sujetó con más fuerza.

—Mírame. —Le puso las manos sobre los antebrazos, con los dedos sobre la piel suave. La sacudió un poco para que reaccionara—. ¡Mírame!

Alzó los ojos a regañadientes y lo miró.

—Te demostré que eras mi único amor ya desde la primera noche que estuvimos juntos y lo he afirmado y te lo he demostrado desde entonces, días tras día. Lo demuestra todo lo que hago por ti, porque lo hago todo por amor. Cada mirada, cada caricia. Puede que no te haya dicho las palabras, sabe Dios por qué. Me atrevería a decir que por un deseo ridículo de no mostrar de modo tan abierto mi vulnerabilidad. Pero de ninguna manera porque no lo sintiera. ¡De ninguna manera! Lo siento con todas mis fuerzas, con todo mi ser, infinitamente. Hay días que hasta pienso que voy a volverme loco de amor. —La miró con intensidad—.

Nunca he amado a Caroline Eliot. Nunca he amado a ninguna mujer, solo a ti.

Asomaron algunas lágrimas a los ojos de Philly, que las eliminó parpadeando.

—¿Entonces por qué...?

—Es verdad que lady Eliot estaba en la joyería de Bond Street. Entró con Forsythe después de que yo hubiera comprado ya tu alianza. El joyero me estaba enseñando en ese momento los pendientes a juego. Lady Eliot y Forsythe se acercaron al mostrador para hablar conmigo. Ella agarró los pendientes y se los probó porque quiso, y yo me fui sin comprarlos, nunca te daría algo que se hubiera puesto esa víbora. Si tiene esos pendiente es, o bien porque o se los ha comprado, o bien porque ha engañado a algún incauto para que se los regale.

Relajó la sujeción de los brazos de su esposa. Al notar que no se retiraba, apartó del todo las manos para poder sacar un pañuelo limpio del bolsillo del chaleco. Se lo ofreció a Philly, que lo aceptó sin decir una palabra.

—Cuando me fui de la joyería, debió de preguntarle al dueño qué era lo que había comprado. Estoy seguro de que tenía la intención de desafiarte con esa información, por mínima que sea. No me cabe duda de que es la razón por la que ha conseguido que tus primas sean invitadas a la fiesta de Melton Abbey. Es la excusa perfecta para presentarse aquí, acompañada de alguien a quien recibirías sin dudarlo, y causar problemas. —Vio que Philly se secaba las lágrimas—. Y en relación con todo lo demás..., mi compromiso con ella y el hecho de que haya estado aquí, en Heywood House...

—No, por favor. No voy a soportar oírlo.

—Por Dios, Philly, ¡jamás he llevado a esa mujer a mi cama! Lo más que hemos hecho ha sido mirarnos a los ojos durante un rato. —Arthur se pasó los dedos por el pelo con gesto de frustración—. Esto es culpa mía y solo mía. Tendría que haberte contado toda la verdad el día que te pedí en matrimonio. Pero quería que confiaras en mí. No deseaba asustarte con historias truculentas sobre mi hermano mayor.

Philly abrió mucho los ojos.

—¿Tu hermano?

—Lo que tú consideres un vividor en toda la extensión de la palabra podría considerarse, en comparación con mi hermano..., un párroco. Asedia a las mujeres y abusa de ellas solo por diversión, y cuando se aburre las abandona sin miramientos. Mujeres casadas, hijas de tenderos, institutrices, bailarinas de ópera... Ningún tipo de mujer queda libre de su asedio. —Suavizó la expresión—. No te preocupes tanto. Él no las fuerza, todas acuden como las moscas a la miel,

de buen grado. Es rico, tiene un título, será conde algún día y se le considera muy atractivo. Ahora es un depravado, pero durante mucho tiempo, y a su manera, se comportó como un caballero. Observó la regla de no relacionarse con jóvenes vírgenes casaderas. —Arthur sonrió un mínimo con gesto irónico—. Hasta la temporada en la que Caroline Battersby hizo su presentación en sociedad.

—No me irás a decir que lady Eliot y tu hermano...

—Pues claro que sí. Tuvieron una relación tórrida. Se encontraban en fiestas y en la casa de mi hermano en Londres, y, con ayuda de lady Eustace, una mujer tan inmoral como la propia lady Eliot, hasta se las arreglaron para marcharse a Bath durante las vacaciones. Deduzco que fue durante su viaje a Somersetshire cuando mi hermano pasó un tiempo con ella en Heywood House. En esos momentos yo estaba en Canterbury con mi regimiento, pero Pebmarsh podría confirmártelo.

—Entonces..., ¿lady Eliot nunca ha estado aquí contigo? —Un brillo ligero de esperanza le iluminó la mirada a Philly—. ¿Estuvo con tu hermano?

La tensión que había atenazado a Arthur empezó a disolverse.

—No era raro que mi padre y mi hermano vinieran a Heywood House cuando yo estaba fuera con mi regimiento, y te garantizo que George no tenía el menor escrúpulo en traer aquí a sus amantes furtivas. Cuando yo volví de Canterbury, su asunto con Caroline Battersby había terminado. Ella y su carabina, una tía soltera bastante mayor que estaba decidida a colocarla en lo más alto a través del matrimonio, esperaban que mi hermano se comprometiera con ella, como era su obligación por una cuestión de honor. Pero lo que en realidad hizo él fue escabullirse a su hacienda de Irlanda con su última conquista. Caroline le escribió muchas veces, sin ningún resultado, y recurrió a mí. Me dijo que estaba embarazada.

—¡Embarazada! ¿Y no era cierto?

—Mi padre y yo no sabíamos en ese momento cómo era en realidad y la creímos cuando nos dijo que el hijo que había concebido era de George. Como era de esperar, mi hermano sostuvo que no era verdad, pero, teniendo en cuenta su forma habitual de comportarse, era difícil que le creyésemos. Lo único que podía hacer por mi parte para mantener el honor de la familia era ofrecerle matrimonio antes de partir a la guerra. Mi padre estuvo de acuerdo. Así al menos le aportaría un nombre a la criatura. —Hizo una mueca al recordar las circunstancias—. Cuando partí hacia Portugal, ya resultaba evidente que no estaba encinta, que había sido una treta para atrapar a mi hermano.

—¿Y qué pasó con vuestro compromiso?

—Lo di por disuelto y así se lo comuniqué a lady Eliot, pero mi padre me informó en sus cartas de que ella seguía diciéndole a la gente que nos íbamos a casar. Lo más probable es que yo hubiera seguido adelante con eso, pero, gracias a Dios, cuando estaba en el hospital de Lisboa, Caroline Battersby se casó con el barón Eliot. No había vuelto a verla hasta hace dos meses en Bond Street.

Philly pasó unos momentos muy largos con la vista fija en el pañuelo que aún sostenía entre las manos. Cuando alzó la cabeza para mirarlo, tenía el ceño fruncido y un gesto dubitativo en la boca.

—Me la presentaron en el baile de los Worthing.

—Ah, ¿sí? —preguntó Arthur, que parpadeó sorprendido.

—Al parecer, pidió a alguien que le fuera presentada. No fue muy amable conmigo, pero yo pensé... Era tan guapa y... la mujer más sofisticada que yo había conocido. Recuerdo estar mirándola y pensar: «Esta es la mujer a la que ama el capitán Heywood».

—Nunca la he amado —insistió Arthur con voz ronca—. No he amado a nadie más que a ti.

—¡Oh, Arthur! —Se inclinó hacia él.

Fue un movimiento casi imperceptible, que hasta podría ser que no hubiera hecho a propósito, pero no necesitó más estímulos para abrazarla. Lo hizo de forma lenta, protectora y completa, tomándola como si fuera una pluma y colocándosela en el regazo.

Philly le rodeó el cuello con los brazos y le enterró la cara en el hueco del hombro.

—Te amo con toda mi alma. No puedo soportar imaginarte con otra mujer.

—Nunca habrá otra mujer —prometió Arthur—. En toda mi vida la habrá.

—No me importan las joyas, no me importan nada.

—Lo sé.

—Pero cuando lady Eliot describió mi dormitorio... Y cuando dijo que...

—Calla, querida. No malgastes más tiempo ni más palabras en ella.

Philly lo abrazó con más intensidad.

—¡Lo siento mucho!

Volvió a estrecharla y le acarició la espalda con mucha suavidad.

—Querida mía, ¿por qué demonios vas a tener que sentirlo?

—Porque he escenificado toda una tragedia doméstica.

—¿Por eso?

—Sí —confirmó—. Me imagino que te arrepientes de haber subido a buscarme

para ir a cenar.

—No te engañes, querida. Estoy justo donde quiero estar. —Le acarició la mejilla con los labios sin decir nada y, cuando ella reaccionó volviendo la boca hacia él, la besó con ternura tan minuciosa que pareció que iba a derretirse en sus brazos.

Durante los momentos que siguieron no hubo conversación alguna entre ellos. Arthur apenas notó cómo Philly le deshacía el nudo de la corbata y, al cabo de unos instantes, se dio cuenta de que le había quitado varias horquillas y alfileres de los que le adornaban el peinado, pues el pelo se le había desparramado por los hombros.

En ese momento se retiró para recobrar el aliento y apoyó la frente sobre la de ella durante unos segundos ansiosos.

—Vamos —interrumpió, separándose de ella—. Tenemos que cenar.

Philly lo miró sin dar crédito a lo que había dicho.

—¿De verdad dices que bajemos al comedor?

—No. Voy a pedir que nos traigan la cena en bandejas. Comeremos juntos en mi habitación. Y después te llevaré a mi cama y te haré el amor.

Philly se ruborizó muchísimo.

—¡Por favor...! —musitó.

Arthur no pudo evitar sonreír.

—¡No es necesario que me lo pidas por favor!

Capítulo 34

—Se puede hacer con mucha facilidad —aseguró la señora Ogilvy—. Camas nuevas, por supuesto, con las colgaduras de seda parisina para el dosel que le he descrito. Y también cortinas nuevas para las ventanas, alfombras y papel nuevos para las paredes.

Philly levantó la vista del cuaderno de notas. Sujetaba el lápiz entre el índice y el pulgar.

—¿No sería mejor un tejido adamascado para el dosel?

—Lo que usted decida, querida. —La señora Ogilvy empezó a andar por el dormitorio, observando la decoración con ojo crítico—. Tonos ámbar. Sí. Quedarían muy bonitos en su habitación. Pero ¿y para el dormitorio del capitán Heywood? ¿Le ha preguntado qué colores prefiere? ¿O le dan igual esas cosas?

—Ha pedido que su habitación se decore en tonos azules.

La señora Ogilvy alzó una ceja.

—¿Azul y ámbar? Me pregunto por qué habrá escogido esos colores el capitán Heywood...

Philly esbozó una sonrisita.

—No tengo la menor idea.

—¿Y le ha dicho cuánto se puede gastar?

—Me ha dicho que gaste lo que quiera.

—Qué amable por su parte.

—Sí, pero no tengo intención de que sea demasiado. De hecho, creo que, si soy cuidadosa y razonable, puedo hacerlo todo por una suma bastante modesta. He estado haciendo números y...

—No se quiebre la cabeza con cuentas y estimaciones, querida —le aconsejó la

señora Ogilvy al tiempo que le guiñaba un ojo—. Déjemelo a mí. Conozco bien los mejores almacenes de muebles y decoración de Londres, y puede estar segura de que la viuda de un comerciante sabe algo sobre cómo encontrar material bueno pero también barato.

Philly no pudo evitar reírse.

—Disculpe, señora Heywood —interrumpió Violet, que entró en la habitación —. Vienen a visitarla dos damas: la señorita Abigail Townsend y lady Eliot, señora.

La risa se le truncó en la garganta. Hacía solo una semana desde la visita anterior. Sabía muy bien que lady Eliot iba a regresar, pero no podía haber imaginado que fuera a ser tan pronto.

—Condúcelas a la sala de estar, Violet. Yo iré dentro de un momento. —Una vez que la criada se hubo marchado, Philly se volvió hacia la señora Ogilvy—. ¿Me acompañará usted?

—No creo que sea adecuado.

—¿Por qué? Usted es una invitada en mi casa. Es una amiga muy querida de lord Gordon y puedo decir que falta muy poco, o más bien nada, para que también lo sea mía. Será un honor para mí que me acompañe cuando reciba visitas. De hecho, creo que debo insistir.

La señora Ogilvy miró a Philly muy pensativa.

—Si insiste, supongo que no puedo negarme.

—Por supuesto que no puede. —Philly se quitó el delantal. Sabía que Arthur no iba a aprobar que recibiera a lady Eliot. Por suerte, no estaba en la casa, sino en algún lugar de la hacienda con lord Gordon, y no era nada probable que regresara en la siguiente media hora, como poco—. Le garantizo que la visita no durará mucho. Y le rogaría que atendiera usted a mi prima, si me hace el favor.

—Ya... Supongo que quiere tener unas palabras a solas con lady Eliot.

—Sí. Las voy a tener. —Philly se estiró la falda del vestido de muselina estampada de flores mientras bajaban por la escalera en dirección a la sala de estar de las mañanas.

Cuando entraron, las dos damas estaban sentadas y aguardaban en actitud cortés de espera.

Abigail se levantó del asiento nada más verla.

—¡Phyllida, lady Eliot me ha traído aquí en su nuevo carruaje de dos caballos!

Philly saludó a su joven y extrovertida prima, pero tras las presentaciones fijó de inmediato la vista en lady Eliot. Estaba resplandeciente. Vestía una túnica *spencer*

blanca de tafetán ribeteada con flecos de seda china. Su mirada, oscura y en apariencia indolente, se fijó primero en Philly y a continuación en la señora Ogilvy. Estaba claro que Abigail no tenía ni idea de quién era Marianne Ogilvy, pero lady Eliot la reconoció de inmediato.

—Señora —saludó con sequedad.

—Lady Eliot —contestó la señora Ogilvy con una sonrisa escueta—. Han pasado muchos años desde la última vez que nos encontramos, y casi me había olvidado de su afición al color blanco virginal.

Lady Eliot apretó tanto los labios que casi desaparecieron.

—Los caballeros han salido a cazar con lord Markham y estarán fuera todo el día. Nosotras estamos un poquito cansadas de jugar a las cartas —explicó Abigail —. Lady Eliot me propuso ir a Heycombe a echar un vistazo a las tiendas. Pero el carruaje solo tiene dos asientos y Lizzie tiene migraña, ya que anoche se quedó jugando hasta las tres de la mañana, así que lady Markham le dijo que...

—No podemos quedarnos —anunció lady Eliot.

A Philly la invadió una oleada de indignación en defensa de la señora Ogilvy. Por su parte, la dama se limitó a hacer un gesto de diversión.

—¿Cómo dice? —Abigail, desconcertada, arrugó la frente—. Yo pensaba que...

—Si nos acompaña fuera, señora Heywood, podrá ver mi carruaje nuevo.

Philly accedió de inmediato. Mientras ellas dos bajaban las escaleras, la señora Ogilvy se situó junto a Abigail y se enfrascó en una conversación con la joven sobre la moda de ese año en lo que a sombreros se refería.

Lady Eliot se colocó junto a Philly.

—Permítame un consejo, señora Heywood. Una cosa es recibir en su casa a una mujer como Marianne Ogilvy y otra presentársela a sus invitadas...

—¿Lo amaba usted mucho? —preguntó Philly.

Caroline Eliot se quedó paralizada en medio de las escaleras. La miró, primero sorprendida por la interrupción y después con satisfacción petulante al comprender el porqué de la pregunta.

—¿Que si lo amaba? —repitió con un mohín lánguido—. Mis sentimientos no importan ya. Ahora su esposa es usted. No tiene por qué sentirse celosa de mí...

—No me refiero a mi marido.

El silencio de lady Eliot resultó ensordecedor. La dama endureció la mirada, que se volvió fría como el pedernal. Por un instante, pareció que no iba a decir nada, pero al final sí que habló.

—Sí, mucho.

Philly se mantuvo firme, sin titubeos.

—Él la trató muy mal.

—Usted no tiene la menor idea de lo que pasó.

—Lo que sí sé es que, pasara lo que pasase entre el vizconde Carlisle y usted, no tiene nada que ver con mi esposo.

—¿Nada que ver con su esposo? —La risa de lady Eliot, de puro frágil, parecía que fuera a romperse en cualquier momento—. Mi querida señora Heywood, sospecho que usted está escuchando comentarios de esa invitada infame sobre asuntos del pasado y prestándoles un crédito indebido. —Se volvió de lado para lanzarle una mirada desaprobadora de soslayo a la señora Ogilvy—. Cualquiera que sea el cuento de hadas que le haya contado con la intención de calmar sus sentimientos, el hecho de que el capitán Heywood y yo estábamos prometidos es incontestable. De no haberme enamorado perdidamente de lord Eliot, él y yo estaríamos casados ahora.

—No, señora, no lo estarían, de ninguna manera —afirmó Philly de forma taxativa pero suave—. De hecho, mi marido rompió el compromiso antes de partir hacia la guerra que se desarrollaba en la península ibérica.

La risa de lady Eliot se esfumó en el aire. Miró a Philly con sorpresa indisimulada. Esta continuó sin dejar lugar a interrupciones.

—Estoy segura de que para su orgullo herido fue un bálsamo hacer creer a todos que mi marido estaba muy enamorado de usted, que le había roto el corazón y que se había retirado al campo para olvidarla, sin lograrlo. Puede que el mantener su nombre ligado al de él incluso pudiera aliviar parte de los cotilleos y el ridículo asociados a su comportamiento escandaloso con lord Carlisle. Sea cual fuere la lógica subyacente, resultó muy poco considerado y hasta odioso por su parte que lady Eustace y usted difundieran tales patrañas. Y mucho más tras el comportamiento tan honorable que tuvo mi esposo con usted.

La piel color alabastro de lady Eliot apareció de repente moteada con manchas color escarlata.

—Sí, por supuesto, el capitán Heywood rebosa honorabilidad por todos los poros. Su sentido del honor es paradigmático. —Su tono de voz pasó a convertirse en un susurro venenoso—. Pero, si piensa que es un buen hombre, está muy equivocada. No tiene corazón ni sensibilidad. Es frío como el hielo. Todo el mundo lo sabe. ¿De verdad espera que le agradezca de por vida el que una vez tuviera la condescendencia de salvar mi reputación con esa propuesta altanera? Mi reputación nunca me ha importado nada, estoy muy por encima de eso.

Carlisle podría haberme tomado sin el beneficio del matrimonio. Usted no es capaz de entender ese tipo de amor, ¿verdad? En cualquier caso, se ha casado con un individuo que no tiene sangre en las venas, solo hielo.

Philly reaccionó con tranquilidad ante el arrebato de ira de lady Eliot.

—Se siente muy herida... No, no se burle. Es tan evidente como que es de día. Pero esa no es razón para intentar infectar mi matrimonio con maledicencias. No fui yo quien le causó esas heridas y, con independencia de que se digne admitirlo o no, tampoco lo fue mi marido.

Lady Eliot chascó la boca con gesto despectivo.

—No tengo tiempo ni ganas de causar problemas en el matrimonio de nadie, señora Heywood. Si usted y su marido tienen... desavenencias, no tienen nada que ver con...

—Veo que lleva los pendientes de rubíes que mencionó el otro día —interrumpió Philly—. Son preciosos, pero..., si me permite señalarlo, no del todo adecuados para llevarlos durante el día. ¿Por qué se los ha puesto? ¿Tenía la esperanza de que me afectara vérselos puestos?, ¿hacerme creer algo que no es cierto?

—Yo nunca le he dicho nada que no sea verdad.

—Ha dicho usted muchas cosas y dejado implícitas muchas más sin necesidad de decirlas. No la conmino a que se retracte de nada. Eso sería muy difícil a estas alturas y no tengo la intención de que se humille... aún más. De hecho, creo que, si se limita a no seguir contribuyendo al cotilleo sobre mi marido, todo se olvidará por sí mismo.

Lady Eliot abrió la boca para hablar, pero enseguida la cerró.

—Entenderá que debo pedirle que, de ahora en adelante, se abstenga de volver a venir a visitarme a mi casa—continuó Philly, volviéndose para subir las escaleras —. Es probable que esta sea la última vez que nos veamos.

Lady Eliot la siguió, haciendo ondear al viento la tela blanca de tafetán.

—Pero... ¿cómo se atreve...? ¡A hablarme así! ¡A impedirme el acceso a su casa como si no fuera mejor que una plebeya vulgar y...!

Philly se detuvo a solo unos escalones de la entrada.

—No se equivoque. No la estoy juzgando.

—En ese caso, ¿es su marido quien me prohíbe la entrada aquí? ¿O el mismísimo conde de Gordon? ¡Qué valor...! ¿Sabía que lord Gordon dijo que la dama que me acompañó durante mi presentación en sociedad no era mejor que una abadesa? ¿Que yo era una aventurera cazafortunas que solo buscaba atrapar a

su heredero? Todos se comportaron... ¡como si hubiera sido yo la que lo había hecho mal! ¡Yo! ¡Una cría inocente no mucho mayor que esa cabeza hueca que es su prima pequeña! Cuando en realidad fue Carlisle el que me buscó durante todo el tiempo...

—La trató a usted muy mal —repitió Philly.

Lady Eliot entornó los ojos. Sus pupilas parecían cuchillas.

—No quiero ni su pena ni su conmiseración.

—No siento nada de eso. Pero sí comprensión.

—¡Comprensión! —repitió con tono sarcástico.

—Sí. Por lo que sucedió en el pasado, la comprendo. Pero las mentiras y los cotilleos no pueden continuar. Todo ha de terminar hoy mismo, en estos momentos, sin más dilación. —Philly dio un par de pasos hacia la entrada. Notaba la presencia de lady Eliot a la espalda.

—... los caballos son blancos, a juego con el carruaje. —Abigail estaba a mitad de frase, señalando el lugar en el que estaba detenida la carroza nueva y estilosa de lady Eliot.

Lady Eliot se recompuso lo mejor que fue capaz.

—Pues espere a ver mi tigre —dijo con un tono de voz dulce y artificial mientras se acercaba a buen paso hacia Abigail y la señora Ogilvy—. Le he encargado un traje de hilo de plata adornado con encaje. ¡Parece un macarrón! Les aseguro que nunca han visto nada igual.

Abigail encabezó la salida por la puerta principal de Heywood House, y bajó los escalones hacia el vehículo de Lady Eliot, en el que esperaba un tigre pequeño y afligido. El resto de las damas la siguieron.

—Es muy novedoso, sin la menor duda —reconoció la señora Ogilvy.

—Un modelo de lo más moderno —asintió Abigail.

Mientras un criado ayudaba a su prima a subir al carruaje, Philly se volvió hacia Caroline Eliot. No se sorprendió al ver que la dama continuaba observándola.

Sin la menor vacilación, tendió la mano para despedirse.

Lady Eliot, cuyo expresión era heladora, mostró desconcierto durante un instante. Se recuperó enseguida y se quedó mirando la mano extendida de Philly con la frialdad típica de su actitud habitual.

Pasaron unos tensos segundos.

Y, de repente, lady Eliot le tomó la mano entre las de ella.

—No voy a disculparme con usted.

—No esperaba que lo hiciera —replicó Philly—. Pero de todas maneras le deseo

mucha felicidad.

—¡Debo decirle que casi la he creído por un momento! —rio lady Eliot—. Pues muy bien, señora Heywood, yo también se la deseo a usted: que sea muy feliz. Pero no obtendrá nada más de mí.

La señora Ogilvy observó el apretón de manos y, cuando lady Eliot se subió al carruaje y tomó las riendas, se colocó al lado de Philly.

—Querida, acepté recibir con usted a las visitantes pensando que iba a haber un enfrentamiento espantoso. —Entrelazó el brazo con el de Philly mientras volvían a entrar en la casa—. Sin embargo, resulta que ha terminado estrechándole la mano a esa mujer repelente como si fueran las mejores amigas del mundo. ¿Cómo se explica semejante comportamiento?

Philly volvió la vista para contemplar el carruaje de lady Eliot, que ya desaparecía en un recodo del camino.

—Un animal herido muerde y saca las garras —le dijo a la señora Ogilvy—. Y suele ser incapaz de distinguir el amigo del enemigo. Por tanto, no se le ha de juzgar con demasiada dureza.

Capítulo 35

Philly bajó las escaleras ataviada con el vestido de montar recién estrenado y con los perros, como siempre, deambulando a su alrededor. Iba a encontrarse con Arthur para la ya habitual cabalgada matutina y, aunque se encontraba algo más cansada de lo habitual, seguía de muy buen humor. El día anterior, ambos habían ido juntos a medio galope por el prado y había sido algo magnífico, y estaba segura de que durante esa jornada se repetiría la experiencia. Arthur cada día se sentía más fuerte y ella estaba convencida de que no pasaría mucho tiempo antes de que pudieran cabalgar juntos por toda la hacienda.

El sol empezaba a aparecer en el horizonte y eliminaba los últimos jirones de una niebla más densa de lo habitual que se había asentado sobre Heywood House y sus alrededores. Había poca visibilidad y no vio a Arthur hasta que casi había llegado a los establos.

En ese momento, también vio a *Hiperión*. El gigantesco semental bayo estaba ensillado y embridado. Cabeceaba y movía las pezuñas. Thomas, el mozo de cuadra joven que lo sujetaba, apenas era capaz de controlarlo.

Philly apenas tenía aliento para hablar.

—¿Dónde está Greene?

—Ha parido una yegua en el pasto norte, señora. El señor Greene me ha dicho que...

—Parece que ha enseñado a Thomas a ensillar nuestros caballos —intervino Arthur.

Philly miró con atención al semental y enseguida se dio cuenta del error que había cometido el mozo de cuadra. Estaba a punto de decirle que se llevara a *Hiperión* y que ensillara a *Erasmo* cuando miró a Arthur. Había clavado los ojos

en *Hiperión* y tenía una expresión extraña.

Se preguntó qué estaría pensando. ¿Imágenes de lo que era capaz de hacer cuando montaba ese caballo antes de la guerra? ¿Recuerdos de cómo galopaba por los campos a lomos de *Hiperión*? ¿Amargura? ¿Arrepentimiento? Vio manifestarse todo eso en las arrugas que se le formaban en la frente.

—Lo noto un poco inquieto hoy —apuntó Thomas con voz entrecortada mientras luchaba por tranquilizar al semental enorme.

Philly volvió la vista hacia el joven justo a tiempo de ver cómo evitaba que lo coceara el caballo.

—¡Ten cuidado!

De repente, *Hiperión* se puso de manos y tiró con muchísima fuerza de las bridas con su musculatura potente. Thomas trató de controlarlo y, durante unos segundos, el caballo lo levantó en vilo.

Arthur avanzó para ayudarlo.

—Dame las riendas —le ordenó a Thomas cuando llegó a su altura—. Déjame a mí.

Sucedió tan deprisa que Philly no tuvo tiempo de decir ni una palabra. De forma refleja, Arthur había extendido la mano izquierda. Cerró los dedos sobre las riendas. El inmenso caballo se agitó y rebrincó. Arthur no tenía la fuerza suficiente para sujetarlo. El tirón le arrancó las riendas de la mano herida y Arthur estuvo a punto de caer el suelo.

—¡Arthur! —Se acercó enseguida a ayudarlo.

Thomas salió corriendo a buscar a *Hiperión,* que había atravesado el portón y se alejaba, desapareciendo entre la niebla de la mañana.

—¡Déjalo marchar! —le gritó Arthur al chico.

Philly captó la rabia en la voz de Arthur y también al tomarlo del brazo.

—Pero tendrá que recogerlo y traerlo de vuelta, ¿no?

—Ya volverá a los establos cuando necesite comer. Es una pérdida de tiempo ir a buscarlo. —Philly notó la tensión de Arthur mientras le tocaba el brazo—. No hace falta que me acaricies —dijo entre dientes—. No soy un lisiado.

Philly pestañeó de la sorpresa. Arthur nunca le había hablado de esa manera.

—Pues claro que no lo eres. Solo quería…

—Perdóname. Me vuelvo a casa.

—¡Arthur, espera! —No le soltó el brazo y tiró de él para que la mirara—. No permitas que lo que ha pasado estropee nuestro paseo a caballo juntos. Greene me ha contado que *Hiperión* es el caballo que peor se porta del establo y dice que

muchas veces es imposible de manejar.

—Y, sin embargo, yo antes lo manejaba con facilidad. —Tenía una expresión tan extraña que resultaba indescifrable—. Thomas, quédate con la señora Heywood mientras cabalga por el prado y después acompáñala de vuelta a la casa.

Philly le soltó el brazo y dejó que Arthur se separara de ella.

—¿Estás enfadado conmigo?

—No, estoy enfadado conmigo mismo. Y, estando de este humor, no voy a ser una buena compañía para tu paseo a caballo de esta mañana.

—Entonces me vuelvo a casa contigo.

—No, no quiero que renuncies por mi causa a hacer lo que te apetece. Quédate. Da tu paseo con *Perséfone*. Nos vemos en el almuerzo.

Contempló con pesadumbre cómo se alejaba. Estaba muy disgustado. Ver a *Hiperión* ensillado lo había trasladado de vuelta al pasado y su incapacidad para controlar a ese animal enorme había constituido un recordatorio brutal de sus propias limitaciones.

—¿Quiere su yegua, señora? —preguntó Thomas.

—¿Cómo? ¡Ah, sí! Bueno... —Philly miró a lo lejos. La niebla seguía siendo muy densa. No podía ver hasta dónde había llegado *Hiperión*.

Arthur había fingido que no le importaba, pero ella sabía que no era verdad. No era adecuado que *Hiperión* corriera suelto y con las riendas colgando. Podría tropezar con ellas; también se le podían enredar en una rama y que se hiciera daño al tratar de liberarse. De no haber estado tan enfadado, Arthur se habría dado cuenta. Sin duda le hubiese ordenado a Thomas o a algún otro mozo de cuadra que saliera a buscar al semental rebelde.

A Philly no le cabía la menor duda de que, una vez que se hubiera calmado, se arrepentiría de no haber dado orden de buscarlo. Pero ¿y si después ya era demasiado tarde? ¿Y si *Hiperión* sufría una herida en la boca o, incluso peor, si tropezaba y se rompía una pata? No podía permitir que eso ocurriera. No solo por el aprecio que ambos le tenían al caballo, sino por lo que ella amaba a su marido. No podía permitir que Arthur tuviera más preocupaciones ese día.

—Thomas —llamó—, cuida un momento de *Perséfone,* por favor. Vuelvo enseguida.

Thomas, algo desconcertado, asintió y entró en los establos con la yegua de las riendas.

Philly había esperado que el chico se negara a dejarla sola y se alegró de que no ocurriera así. Llamó a los perros con un silbido. Lo más probable era que *Hiperión*

se hubiese parado nada más alcanzar el primer prado con hierba abundante que hubiese encontrado una vez cruzadas las vallas. De haber ido algo más lejos, los perros ayudarían en la búsqueda. Sabía bastante de caballos y tenía la seguridad de que el semental ya se habría calmado, ella no tendría demasiadas dificultades para sujetarlo con firmeza de las riendas y conducirlo de vuelta a los establos. Era lo menos que podía hacer para ayudar a que Arthur se tranquilizara.

También era evidente que no le iba a gustar que se aventurara sola por la hacienda, alejándose de los alrededores de la casa. Y odiaba no cumplir las normas que le había impuesto por su propio bien. Había alguien actuando subrepticiamente contra ellos, alguien peligroso, y la trampa en el camino de paseo a caballo era una prueba de eso. Estaba claro que a Arthur no le iba a gustar nada que se arriesgara. Pero no sería más que una distancia corta desde la valla. Y, además, los perros iban a estar con ella en todo momento.

Echó a andar a buen paso, con *Basil* a su lado. *Fox, Jasper* y *Dash* corrían por delante. El patio del establo estaba de lo más tranquilo. Thomas seguía dentro, en las cuadras, con *Perséfone*. Ninguno de los otros mozos de cuadra estaba a la vista. Así que no había testigos de que estuviera saliendo de los límites de la casa y sus alrededores. Nadie la vio adentrarse en la niebla con sus cuatro perros.

Capítulo 36

El mal humor de Arthur se había ido incrementando en los últimos días. Era la culminación de la frustración cada vez mayor que le ocasionaba su falta de progreso con la pistola y con las capacidades de andar y cabalgar. Había empezado a acumular una cierta esperanza de mejoría y hasta se había atrevido a creer que, si trabajaba con el suficiente ahínco, podría acercarse algo a sus capacidades previas. Esperanzas vanas y absurdas: acababa de comprobar con amargura que la recuperación que había experimentado desde que se casó con Philly habían llegado a su límite. Ya no estaba mejorando.

Pero eso no era excusa para haberse comportado con su esposa como un niñato consentido. Tenía que haberse quedado con ella y haber ido a cabalgar, como todos los días. Era una de las actividades que más le gustaban a Philly, y él no había atendido a otra cosa que a su propia amargura.

Además, ella tenía razón respecto a *Hiperión*. La mayoría de los jinetes serían incapaces de manejar un animal tan poco sociable. El que antes de sufrir las heridas hubiera sido capaz de lograrlo era, en realidad, un milagro en sí mismo. Y que ahora no pudiera era lo normal, eso no tendría que contribuir a aumentar su mal humor. Decidió pedirle disculpas a Philly en cuando regresara de montar a caballo.

Los papeles que había encima del escritorio apenas requerían atención, pero Arthur empezó a trabajar en ellos de todas formas. El reloj de la repisa de la chimenea indicaba las ocho y media. El paseo de Philly habría terminado hacía una hora más o menos, y sin embargo ninguno de los criados había ido a informarle de su regreso a la casa.

¿Podía ser que hubiera ido directa a su habitación para tomar un baño? ¿O

estaría aún en los establos? A veces se quedaba allí, acariciando a los caballos u ocupada en alguna tarea.

Hizo un esfuerzo para dejar a un lado el primer conato de preocupación. Estaba a salvo en el patio de los establos y en el prado cercano. Allí no podía sufrir ningún daño. Además, tal vez estuviera disfrutando sin su presencia. ¿Quién podía reprochárselo? Su forma de comportarse y su mal humor pondrían a prueba hasta la paciencia de un santo.

No, no iba a estar vigilando a Philly día y noche, por mucho que el cuerpo se lo pidiera a gritos. Y, desde luego, no iba a salir para obligarla a volver a la casa como un marido controlador y tiránico.

Al menos de momento.

Una llamada brusca a la puerta lo sacó de sus pensamientos. Miró hacia la puerta para ver entrar a Crofton acompañado de Greene. *Fox, Jasper* y *Dash* entraron también, corriendo como siempre, y se acercaron ladrando para llamarle atención.

Crofton se aclaró la garganta.

—Perdone la interrupción, capitán Heywood. El jefe de los mozos de cuadra me ha informado de que...

Green se adelantó e interrumpió al premioso mayordomo.

—¿La señora Heywood no regresó con usted, señor?

Arthur se levantó del sillón como un resorte. Los perros seguían ladrando, pero no les hizo caso. Toda su atención estaba centrada en Greene.

—No. Se quedó en el establo para montar.

—Thomas me ha informado de que la señora no ha ido a cabalgar. Le dijo que volvería enseguida..., pero no volvió, capitán. —Greene asomó la cabeza por la puerta abierta—. ¡Thomas!

El joven mozo de cuadra entró en la biblioteca. Retorcía la gorra con las dos manos.

—Informa al capitán —ordenó su jefe.

—A ver, señor... —Thomas estaba muy nervioso—. Me dijo que volvería enseguida, así que ensillé a la yegua. Pero al ver que no regresaba... pensé que...

—¡Tu trabajo no es pensar! ¿O es que ahora te pagan por eso? —gruñó Greene —. El chico creyó que la señora Heywood había vuelto a la casa con usted, capitán —le explicó a Arthur—. Y no se le ocurrió informar a nadie hasta que yo regresé de los pastos del norte.

A Arthur se le heló la sangre en las venas. El ladrido de los perros era cada vez

más insistente y en ese momento se dio cuenta de que *Basil* no estaba con los otros tres.

—Crofton, haga llamar a la doncella personal de mi esposa. Averigüe si está en su habitación. Greene, ¿por qué hay solo tres perros aquí?

—Estaban en los pastos, señor —se adelantó a contestar Thomas con expresión avergonzada—. Volvieron hace una media hora.

—¿Solo estos tres?

—Sí, señor.

Arthur fijó una mirada glacial en Thomas.

—¿Se fue mi esposa hacia los pastos?

El joven mozo tragó saliva con dificultad.

—No se lo puedo asegurar, capitán Heywood. Yo estaba en los establos…

—He preparado un grupo de hombres para que salgan a buscarla. Y una calesa para usted, si lo desea. No puede haber ido demasiado lejos.

Arthur rodeó el escritorio, salió al pasillo esquivando a los sirvientes y llegó al vestíbulo. El bastón repiqueteaba sobre el suelo. Los perros le siguieron, y también Greene y Thomas.

La señora Lamb bajaba en ese momento las escaleras con Sara pisándole los talones. A unos pasos las seguía también Violet.

—La señora Heywood no ha regresado de cabalgar, capitán —informó Sara.

Arthur no fue capaz de ocultar su mal humor durante más tiempo.

—¿Y no se le ocurrió informar a alguien de su retraso?

Sara se encogió de modo visible.

El ama de llaves mantuvo la compostura con gallardía.

—Sara pensaba que la señora Heywood estaba con usted, capitán. De hecho, esa era la idea de todas nosotras.

La señora Ogilvy apareció en el descansillo ataviada con una bata con vuelo y un gorrito de dormir de encaje en la cabeza.

—¿Qué ocurre? ¿Le ha pasado algo a Phyllida?

El padre de Arthur salió de la sala de estar con un libro entre las manos.

—¿Qué está pasando aquí?

—La señora Heywood ha salido a cabalgar y aún no ha regresado, milord —informó con temple la señora Lamb—. Ahora nadie sabe dónde está.

El vestíbulo se convirtió en un escenario de preguntas y respuestas inconcretas. La señora Ogilvy regresó a su habitación para vestirse y el conde se acercó a Arthur. La señora Lamb organizó a las criadas para realizar una búsqueda

sistemática por la casa, mientras Crofton hacía lo propio con los criados para registrar los jardines aledaños. Arthur fue a los establos con Greene, Thomas y William, seguidos de cerca por los perros.

—Thomas es un buen chico —terció Greene, que caminaba junto a Arthur—. Le dije que ensillara los caballos, nada más. Ni se me ocurrió que fuera a...

—Dejemos eso ahora. —El tono de voz fue adusto, pero había logrado controlar la furia. Lo último que deseaba eran excusas, que, por otra parte, resultaban innecesarias. La culpa de lo que estaba pasando la tenía él y solo él, lo sabía muy bien.

El relincho potente de *Hiperión* reverberó por todo el patio del establo. Trotaba distraído por el prado y movía de vez en cuando la cabeza hacia los hombres que estaban en los alrededores.

—¿Cuándo ha vuelto *Hiperión*? —preguntó Arthur.

—Hace una hora, señor —respondió Thomas—. Justo como dijo usted.

Arthur era incapaz de librarse del nudo que le atenazaba el estómago mientras formaba los grupos de búsqueda que iban a salir a los campos de la hacienda a buscar a su esposa. Greene y varios de los mozos de cuadra irían a caballo, y el resto, es decir, la gran mayoría, a pie. Arthur patrullaría en una calesa que conduciría William, con los tres perros en la zona de atrás del vehículo. No habría podido resistir quedarse atrás por el simple hecho de no ser capaz de caminar con el mismo vigor y eficacia que el resto de los hombres que formaban la partida de búsqueda.

—¡El estanque, el campo de manzanos, el camino para ir a caballo entre los olmos! —voceó Greene a los hombres mientras dirigía su caballo hacía el portón —. No puede haber ido demasiado lejos caminando. Si se ha encontrado con algún delincuente...

—Con todo respeto, eso es muy poco probable, señor Greene —proclamó William—. *Basil* iba con ella.

Arthur apretó el mango del bastón con todas sus fuerzas, tanto que la madera rechinó entre los dedos. Recordó las palabras de Philly: «Mi abuelo decía que, si alguna vez me encontrara en verdadero peligro, *Basil* daría de buen grado su vida para salvar la mía».

Los otros perros habían regresado.

Basil no.

* * *

Una vez fuera del perímetro de los establos, Arthur y William se dirigieron hacia las colinas de enfrente. Oían en la distancia las voces atenuadas del resto de los hombres de la partida y las llamadas intermitentes en voz alta, «¡señora Heywood!», que traía el viento de esa mañana fría.

Los gritos ponían nerviosos a los perros, que ladraban y gemían detrás de la calesa y adelantaban la cabeza para intentar ver más allá.

—¡Alto! —ordenó Arthur.

William frenó al caballo.

—¿La ha visto, capitán?

—No. —Arthur se bajó del carruaje y anduvo sobre el camino lleno de baches en dirección a los perros. Los sacó del carruaje uno por uno y los dejó en el suelo. *Jasper* salió disparado hacia la colina. *Dash* lo siguió, con *Fox* pisándole los talones.

—Síguelos —ordenó Arthur al tiempo que volvía a subir a la calesa.

William entendió, se le iluminó el rostro. Agarró las riendas con fuerza y el caballo salió a todo galope tras la estela de los perros.

—¿Cree usted que nos llevarán hasta ella, capitán Heywood?

—Hasta ella o hasta *Basil*.

Los perros no eran buscadores, no habían sido entrenados ni tenían el instinto necesario para seguir un rastro o un olor. Así que se limitaban a correr sin un patrón fijo, deteniéndose a olfatear la hierba de vez en cuando y, a veces, a marcar el territorio de forma aleatoria. Ladraban, jadeaban y se peleaban entre ellos, pero progresaban poco a poco, y condujeron a William y Arthur hasta un sendero cubierto de piedras que ascendía una colina baja.

—¡Un momento! —exclamó Arthur—. ¿Oyes eso?

En medio de los ladridos de *Jasper, Dash* y *Fox* sonaba el aullido lastimero de un cuarto perro.

—¡Parece *Basil*! —William azuzó al caballo para que siguiera a los perros a la mayor velocidad posible—. Nunca lo había oído emitir un sonido como ese. ¿Cree usted que estará herido, capitán? O quizá... ¡Un momento, creo que lo veo! ¡Sí, allí está, señor! Sentado cerca de esos espinos, en lo alto de la colina. —Estiró el cuello todo lo que pudo mientras llevaba las riendas—. ¿Qué es lo que hay a su lado?

A Arthur le dio un vuelco el corazón.

—Es Philly.

Estaba en el suelo, hecha un ovillo, sobre un trozo de tela ámbar, con los ojos

cerrados y la piel blanca como el mármol. *Basil* estaba de guardia pegado a ella, sin moverse, incluso cuando *Jasper* y *Dash* empezaron a saltar a su alrededor. *Fox* corrió hacia Philly e inclinó la cabeza para lamerle la mejilla. Al ver que no respondía, soltó un quejido lastimero.

Arthur se bajó de la calesa antes de que William la detuviera del todo. Se acercó a su esposa a toda prisa y se arrodilló a su lado, sin hacer caso al dolor que le causaba el gesto en la pierna herida.

—Philly —llamó. Tenía la cara helada—. Philly, despierta.

William se acercó y se quedó de pie a un paso.

—¿Está… muerta, señor?

Arthur le deslizó la mano hacia la parte de atrás de la cabeza y notó que se le humedecían los dedos. No necesitó mirar para saber el porqué. Lo había sentido en ocasiones incontables durante la guerra.

—Estás sangrando, amor mío —murmuró, sintiendo en los ojos la punzada nada familiar de las lágrimas.

—Alguien la ha golpeado en la cabeza —observó William con voz pastosa—. La han matado…

Arthur se dio cuenta de que estaba temblando, aunque no sabía si de miedo o de furia. Con toda la delicadeza que pudo, palpó la parte de atrás de la cabeza de Philly, tanteando hasta encontrar el punto exacto por el que sangraba. Sacó el pañuelo del bolsillo y lo apretó contra la herida.

Con la mano libre, le introdujo los dedos en el vestido para palparle el cuello y comprobar el pulso. No lo había. Ni el más mínimo latido.

Se había ido.

Estaba muerta.

Emitió un rugido poderoso de angustia que pareció salirle de lo más profundo del alma. Los perros más pequeños saltaron hacia atrás. William palideció. Y *Basil* emitió un gruñido que parecía dirigido a sí mismo. Arthur no fue consciente de que estaba gritando hasta oír el sonido de su propia voz. Era el sonido de un soldado en el campo de batalla.

El pulso de Philly resurgió, como si deseara responderle.

Arthur contuvo el aliento. No se atrevía a dar crédito a lo que había sentido en los dedos.

—¿Quién ha podido ser capaz de hacerle esto, señor? —gimió William—. ¿Quién podría querer matar a la señora Heywood? Es la persona más amable…

—¡Silencio! —Arthur movió los dedos a lo largo del cuello de Philly, pensando

que se había imaginado aquel latido mínimo.

Pero lo volvió a notar. La inconfundible pulsación del corazón. Su debilidad era alarmante, pero allí estaba.

Un alivio infinito le recorrió todo el cuerpo.

—No está muerta.

—¿De verdad? —William alzó las cejas—. Tiene un aspecto espantoso, capitán.

Arthur no le hizo caso. Con una concentración adquirida gracias al muchísimo tiempo pasado en el campo de batalla, le desabrochó el cuello del vestido a Philly y le quitó la ajustada casaca de montar para que pudiera respirar mejor. Después la tomó en brazos y se puso en pie muy despacio. La pierna protestó con una punzada fuerte de dolor, pero no hizo el menor caso. William lo miraba incrédulo mientras trasladaba a Philly a la calesa.

—Todo va a salir bien, amor mío —le dijo—. Te llevo a casa.

Capítulo 37

Arthur libraba una batalla hercúlea consigo mismo para mantenerse en calma. Estaba sentado en un sillón, junto a la cama de Philly, mientras que el señor Graves la examinaba. El individuo, rechoncho y ya mayor, parecía más el carnicero que el médico y cirujano del pueblo. Pasaba las manos fornidas por la cabeza de Philly y Arthur se estremecía con cada toque.

—He visto situaciones peores —concluyó Graves tras terminar con la inspección, y al parecer satisfecho con ella—. El año pasado, sin ir más lejos, en casa del señor Tuttle. El hijo del jardinero sufrió una caída y estuvo a punto de abrirse la cabeza. El pobre chaval no recuperó el sentido en ningún momento y a los dos días... —Una mirada muy expresiva de la señora Lamb logró que el veterano médico no completara aquel relato oscuro. Miró a Arthur con cierto recelo, se aclaró la garganta y continuó con tono más comedido—. Sí, sí... Lo que quiero decir es que todavía no hay motivo de preocupación, capitán Heywood. Sin duda ha perdido bastante sangre, eso es lo que pasa con las heridas de la cabeza. Pero, por lo demás, y me refiero a la hinchazón y a la pérdida del conocimiento, es lo que se puede esperar de una conmoción cerebral reversible.

—¿Cuándo va a despertarse? —preguntó Arthur sin dejar de mirar a Philly. Estaba pálida y demacrada, echada sobre la cama sin movimiento alguno, salvo el apenas distinguible de la respiración.

—Bueno, eso siempre es imposible de decir. Podría ser en la próxima hora, pero también tardar un día o más. En estas situaciones, lo único que puedo aconsejar es paciencia.

—¿Y qué me dice del dolor? Parece como si... sufriera.

—¡Oh, no, capitán Heywood! —intervino la señora Lamb—. Estoy segura de

que duerme tranquila y sin dolor.

—Estoy de acuerdo —confirmó el señor Graves—. Y si, como es probable, se despierta con dolor de cabeza, le puede dar una dosis de láudano. En todo caso, no creo que le duela mucho. Al examinarla no he encontrado ningún hueso roto y el corte no es grande. Ni siquiera creo que haya que vendarla, ya que ha dejado de sangrar. Lo mejor es dejarla dormir, eso ayudará a que sus constantes se normalicen. Si empeorara, avísenme de inmediato, pero me atrevo a decir que no habrá necesidad de hacerlo. Una dama joven y saludable no tendrá ningún problema para recuperarse.

—No estaba tan saludable. —La voz de Arthur sonó fría y monótona, como si las emociones lo hubieran abandonado. Y en ese momento así se sentía, vacío.

—¿Por qué lo dice? —reaccionó el médico, de repente alerta.

—Estaba cansada. Parecía que no dormía todo lo que debía. Durante las tres últimas semanas, ella...

—Permítame que le interrumpa, capitán Heywood. —La señora Lamb casi arrastró al médico fuera de la estancia—. Le explico, señor Graves. Mire...

Arthur no pudo oír la conversación, que continuó en susurros. Había centrado toda la atención en Philly. Cuando la llevó a casa, la señora Lamb y Sara le quitaron con un cuidado exquisito la ropa de montar y le pusieron un camisón. En ese momento, con el pelo suelto y el cubrecama a la altura del pecho, parecía tan vulnerable que le resultaba insoportable, no sabía qué hacer.

Sara se acercó con una palangana, varios trozos de tela y una botellita de agua de lavanda. Preparó una compresa fría y se la aplicó con suavidad en la frente. La cara aguileña de la criada estaba tensa y concentrada mientras se inclinaba sobre su señora y le lavaba el rostro con un cuidado exquisito.

Arthur ansiaba ver a Philly reaccionar, removerse, mostrar algún gesto que diera a entender que los cuidados de su doncella personal le aportaban cierto alivio, pero siguió tan quieta e inmóvil como había estado desde que la encontrara. Le tomó una mano y no se dio cuenta apenas de que la puerta del dormitorio se cerraba tras la salida del médico ni de la presencia de la señora Lamb a su lado.

—Capitán Heywood, sé que se va usted a enfadar mucho cuando oiga esto. De hecho, yo no soy la persona que tendría que hacérselo saber, pero, en estas circunstancias...

Arthur levantó por fin la vista y la fijó en el ama de llaves con tal intensidad que esta se calló.

—¿De qué se trata?

La señora Lamb respiró hondo.

—Me he tomado la libertad de llamar a la señora Ingram.

—La señora Ingram...

—Sí, señor.

—Se refiere a la comadrona del pueblo.

Sara recogió la palangana y las compresas a toda prisa, y se retiró al vestidor de la habitación de Philly.

—Sí, capitán —continuó la señora Lamb, a la que le costaba hablar—. Como ya le he dicho, no soy la persona adecuada para decirlo, pero tengo la sospecha de que la señora Heywood podría... Quiero decir, según mi experiencia... Una mujer en las circunstancias de la señora Heywood...

—Pero ¿qué demonios quiere usted decirme, por el amor del cielo? ¿Está diciendo que mi esposa está embarazada?

La señora Lamb, de forma instintiva, dio un paso atrás.

—Pues... sí, capitán, tengo razones para pensarlo. Creo que hay varios... síntomas. —Enrojeció de modo visible—. Le he estado administrando una infusión para aliviarla, pero no estoy del todo segura. Puede que aún sea pronto para...

—No me había dicho nada. —Arthur sentía cómo el corazón le martilleaba en el pecho. Miró de nuevo a Philly y le apretó la mano con algo más de fuerza—. ¿Por qué no me lo había dicho?

—Puede que ni siquiera se hubiera dado cuenta, señor. Algunas damas, de vez en cuando, suelen sufrir... —La señora Lamb emitió una tosecilla discreta—. Le ruego que me perdone, capitán Heywood, pero esas cosas es mejor que queden entre mujeres.

Arthur permaneció callado durante unos momentos muy largos, hasta que interrumpió el silencio embarazoso de forma abrupta.

—¿Y qué puede hacer la comadrona?

—Pues lo más probable es que no pueda hacer nada, aunque albergo la esperanza de que pueda decirnos si... —la señora Lamb retrocedió unos pasos más — si este... accidente ha causado la pérdida del bebé.

* * *

—Lo voy a matar.

El duque miró a Arthur con gesto de alarma.

—¿Y qué es lo que vas a hacer? ¿Dispararle con una pistola? Vamos, hijo, no seas

absurdo.

—No me hace falta una pistola, lo mataré con mis propias manos.

—¡Haz el favor de calmarte antes de que hagas alguna estupidez! —le ordenó su padre—. Ni siquiera sabes si es cosa de Moreland. Podría haber sido cualquiera.

Arthur se pasó la mano por el pelo. Su padre y él habían tenido que salir del dormitorio y recluirse en la sala de estar mientras la señora Ingram examinaba a Philly. Le habría gustado permanecer junto a ella, pero la experimentada comadrona, apoyada por la señora Ogilvy y el ama de llaves, los habían echado casi a empujones del dormitorio.

—Es culpa mía. Tendría que haber actuado nada más recibir la maldita nota. —Soltó una maldición por lo bajo—. Si le hubiera dicho a Philly que estaba en peligro...

—Ahora no hagas nada, no tiene sentido. Sería una maldita pérdida de tiempo. —El conde apuró el contenido de su copa de brandi—. No se puede hacer nada, salvo dejar Heycombe durante una temporada hasta que todo esto pase. La señora Ogilvy y yo nos iremos a Bath a finales de esta semana. Creo que Phyllida y tú tendríais que venir con nosotros. Desde allí podemos contactar con la policía de la calle Bow. Ya es hora de recurrir a la ley.

—Hoy mi esposa ha estado a punto de ser asesinada —afirmó Arthur con voz grave.

—¿Acaso crees que no lo sé? —le espetó el conde—. ¡Por el amor del cielo, hijo! ¡Puede que en estos momentos lleve en su vientre a mi único nieto!

—¿Y quieres que nos vayamos a Bath a tomar las malditas aguas?

—¡El peligro está en Heycombe, no en Bath!

—Queridos, sus gritos se oyen desde la mismísima habitación de Phyllida —intervino la señora Ogilvy mientras entraba en la sala de estar, seguida de cerca por la señora Ingram—. Les exijo que dejen de discutir de inmediato.

—No estamos discutiendo —aseguró el conde.

Arthur cruzó la habitación en pocas zancadas.

—¿Y bien? —le preguntó directamente a la comadrona.

La señora Ingram se estremeció ante el tono perentorio de Arthur.

— Capitán Heywood, no soy una persona con formación, como esos doctores magníficos que tienen ustedes en Londres, pero llevo cincuenta años viendo mujeres aquí en Heycombe y, aunque hay quien no está de acuerdo con mi forma de hacer las cosas...

—No se preocupe, no se lo tendrán en cuenta si se equivoca —le aseguró la

señora Ogilvy a la veterana matrona.

—Yo nunca me equivoco —replicó la mujer con cierta aspereza—. También es cierto que no he podido examinar a la señora Heywood tan bien como hubiera deseado, pero conozco todos los síntomas y puedo decirles que hoy no ha perdido al bebé. Repito: hoy. Porque debo advertirles de que podría perderlo. Que esté tranquila y en reposo. Nada de tonterías como montar a caballo ni caminar kilómetros y kilómetros, como hacen todas esas damas de Londres cuando vienen al campo.

Arthur se había quedado allí de pie, helado, y el temblor de la mano con la que se apoyaba en el bastón era el único signo del torrente de emociones que la comadrona había desatado con su discurso.

—Entonces está usted segura de que mi esposa está..., de que ella...

—Sí, capitán Heywood. Su esposa está embarazada.

Capítulo 38

Philly se despertó confundida, sin saber muy bien dónde estaba ni qué le había ocurrido. Algunas sensaciones se le habían filtrado en el sueño inquieto: sonidos apagados de voces, el olor del agua de lavanda y la sensación de que alguien la tomaba de la mano. Por un momento pensó que se encontraba en su dormitorio de Satterthwaite Court, recuperándose de una enfermedad, pero la mano que sostenía la de ella era demasiado grande y fuerte como para pertenecer a su abuelo.

—¡Estás despierta, Philly, querida mía! Abre los ojos.

Movió un poco las pestañas.

—La cabeza...

—¿Te duele? ¿Quieres que llame a la señora Lamb para que traiga láudano?

Le apretó la mano sin fuerzas.

—No, por favor. Quédate.

—Aquí estoy.

Tragó saliva. Los detalles de lo que había pasado le acudían poco a poco a la memoria. Quería contárselos a Arthur, lo necesitaba, pero parecía incapaz de formular las palabras. Tenía la garganta tan seca que le resultaba insoportable.

—*Hiperión...*

—Muy bien, querida. Toma, bebe un sorbo de té. —Le deslizó un brazo bajo los hombros para sujetarle la cabeza con mucho cuidado mientras le acercaba la taza de té a los labios. Bebió un sorbo, pero, cuando le ofreció más, empujó con suavidad la taza con los dedos.

—No te preocupes por *Hiperión* —le dijo mientras volvía a apoyar la cabeza sobre las almohadas y él le tomaba de nuevo la mano—. Regresó a los establos

menos de una hora después de irse. Está a salvo.

Philly pensó que iba a dormirse de nuevo.

—Me alegro mucho.

—Quédate despierta un poco más. Abre los ojos. Mírame, por favor. —Arthur insistía—. ¿Recuerdas quién te hizo esto?

Su último recuerdo nítido era de *Hiperión* cerca de los arbustos de espinos. Había estado comiendo hierba, moviendo la cola con despreocupación y con una de las orejas levantadas en actitud atenta pero tranquila. La vio aproximarse con desinterés aparente, pero, en cuanto lo tocó, explotaron su energía y mal humor habituales.

El resto no lo recordaba con claridad. Sabía que había tropezado y caído hacia atrás y era consciente de la sensación dolorosa de golpearse la cabeza contra algo muy duro al tocar el suelo. Después de eso, todo se había vuelto negro.

Asintió. El movimiento mínimo le produjo una oleada de dolor en la cabeza y emitió un quejido.

—Amor mío, procura no moverte. Quédate quieta, por favor. Pronto te recuperarás, te lo prometo, pero, de momento, no te muevas, por favor.

Philly cerró los ojos hasta que cedió el dolor. Cuando los volvió a abrir, Arthur era solo una sombra pálida. De repente, le pareció muy importante decirle algo.

—*Hiperión...*

—Está perfectamente. —Arthur acercó la mano de Philly a los labios y le besó los dedos—. ¿Quién te ha hecho esto, Philly? ¿Le reconociste?

—No. —Hizo un esfuerzo por verbalizar con claridad lo que quería transmitirle —. Fue *Hiperión.* Lo localicé y lo seguí. Pensé que podía sujetarlo y llevarlo de vuelta al establo.

—Claro, esa era tu intención. De no ser así, ¿por qué ibas a haber ido hacia los pastos?

Philly le dedicó una sonrisa desmayada.

—Sí. —parpadeó de nuevo—. Estaba en lo alto de la colina, junto a los arbustos de espinos grandes.

—¿Dónde te heriste? —Arthur se tensó de modo visible—. ¿Había alguien escondido por allí, entre los arbustos?

—¿Cómo dices? No, Arthur, no. Escúchame, por favor. —Volvió a apretarle la mano con insistencia débil —. *Hiperión* me derribó. Creo que... debí de golpearme la cabeza contra una piedra al caer.

—¿Fue *Hiperión* el que te derribó?

—Por favor, Arthur... —La mirada que le lanzó fue implorante—. No te enfades con él, fue culpa mía. Intenté agarrar las riendas y él echó hacia atrás la cabeza. Tiene mucha fuerza.

—*Hiperión* te empujó hacia atrás y te golpeaste con la cabeza contra una piedra. —Se inclinó hacia ella—. ¿Fue eso lo que pasó?

—Sí. —Philly suspiró aliviada. Tras estar segura de que Arthur había entendido lo que le había pasado, al fin cerró los ojos.

En esa ocasión no intentó impedírselo.

La siguiente vez que se despertó era temprano por la mañana y estaba en brazos de Arthur. No sabía cuánto tiempo había pasado ni la gravedad de su herida.

—¡Estás despierta!

Philly se sobresaltó un poco al oírlo. Alzó la cabeza y vio que la miraba con atención. Tenía cara de preocupación, aunque no era capaz de decir muy bien por qué. Estaba en mangas de camisa, con el pelo algo alborotado y en la barbilla le crecía una barba incipiente. Le dio la impresión de que la había estado velando.

—Arthur.

—Aquí estoy.

—Sí, estás aquí —dijo con voz suave—. Pensé que podía ser un sueño, pero no...

—No, no estás soñando. —Le tocó la mandíbula con el dorso de los dedos—. ¿Cómo te encuentras?

—Me duele la cabeza.

Arthur se apoyó sobre un codo y le paseó la mirada por la cara.

—¿Mucho?

—No, solo un poco. Sobre todo aquí, donde me toco. —Se llevó la mano a la zona de la nuca e hizo una mueca de dolor cuando rozó con los dedos el punto en el que tenía la herida.

Le agarró la mano y se la alejó con suavidad para que no siguiera palpando la herida.

—Has sufrido una conmoción cerebral. Tienes en la cabeza un chichón bastante grande y una herida en el punto exacto en el que, al caer, te golpeaste con el canto de una piedra. Creo que, por ahora, sería mejor no tocar esa zona.

Philly arrugó la frente.

—Sé que me golpeé en la cabeza, pero, después de eso, ya no recuerdo nada.

—Sería asombroso que te acordaras. Cuando te encontré estabas inconsciente y no recobraste el conocimiento hasta varias horas después de que te trajera a casa. Y seguías algo confusa.

—Pensé que estaba en Satterthwaite House.

—Así es. Y cuando abriste por primera vez los ojos, creo que me confundiste con tu abuelo. —Esbozó una sonrisa pequeña y cansada—. Como puedes suponer, eso fue un duro golpe para mi vanidad.

Philly le respondió con una sonrisa débil.

—¡Qué tonterías dices!

—¿De verdad? —Le retiró un mechón de pelo de la frente y de nuevo la miró con cara de preocupación—. Dime, querida, ¿qué puedo hacer para ayudar a que se te pase el dolor de cabeza? ¿Quieres unas gotas de láudano?, ¿o una de las infusiones de la señora Lamb?

—No, ninguna de las dos cosas, gracias.

—¿Quieres que sea un marido autoritario y te lo imponga?

—No. De verdad que no me duele tanto. De hecho, cada vez me siento mejor, salvo... que debo de estar horrorosa.

—Todo lo contrario, estás encantadora. Un poco pálida quizá, pero eso tiene fácil arreglo.

—¿De verdad? ¿Cómo? No será con algún licor horrible, espero.

Arthur le dio un pellizquito afectuoso en la barbilla.

—Me da la impresión de que te gustaría tomar el desayuno. ¿Qué te parece la idea, amor mío? ¿Prefieres algo de comida a una medicina?

Philly sonrió sin ambages.

—¡Tengo muchísima hambre!

—No me extraña. No has comido nada desde ayer por la mañana.

—Y, de hecho, solo fue una taza de chocolate.

—¿Y eso te parece una comida adecuada? —dijo Arthur frunciendo el ceño.

—No, la verdad. Creo que la idea era desayunar juntos como Dios manda cuando volviéramos de montar. Así que no quería saciar el apetito.

Esas palabras, pese a que no tenían mala intención, tuvieron un efecto negativo sobre Arthur. Se quedó callado durante unos momentos, como si estuviera pensando en algo preocupante.

—¿Qué te pasa? —preguntó Philly.

Apretó la mandíbula.

—Me porté muy mal contigo fuera del establo.

Lo miró a los ojos y al ver la postura de los hombros que ponía y la severidad de su mirada notó por primera vez la tensión que sufría. Era algo más que fatiga y estrés. Hasta podía ser que estuviera furioso.

—Pero no fue más que un malentendido. *Hiperión*... Thomas... Y tampoco yo tendría que haberte forzado de esa manera.

—Tu no hiciste nada malo. Fue culpa mía. Estaba enfadado conmigo mismo. Furioso. Frustrado. Incapaz de controlar el mal humor. —Notó la angustia en su expresión—. Y pensar que esas palabras podrían haber sido las últimas que me oyeras decir...

—¡Querido mío! ¿Es eso lo que te ha atormentado desde ayer?

—Entre otras cosas, sí.

Philly le acarició la mejilla con ternura.

—Mira que te he causado problemas. Solo pensaba en ayudar cuando fui a buscar a *Hiperión,* y lo que he conseguido ha sido preocuparte muchísimo y provocar preocupación e inconvenientes a todos en la casa.

Arthur la miró con los ojos rebosantes de emoción contenida.

—¿Preocupación e inconvenientes? ¿Crees que me importan algo esas cosas? ¡Por Dios, Philly, pensaba que te había perdido! Desde el momento en el que te encontré, allí caída en el suelo, he vivido un infierno...

—Arthur... —susurró sin quitar la mano de la mejilla.

—Un infierno —repitió. El tono de voz se volvió aún más bajo—. Y así sería si te perdiera en algún momento. No tendría ningún motivo para seguir viviendo.

Philly no encontró palabras para contestar a la declaración desesperada de Arthur. Hizo lo único que se le ocurrió: ponerle las manos en las mejillas y darle un beso.

Fue un beso dulce, lento, suave y de una ternura inimaginable. Arthur respondió con una cautela inesperada, acariciándole la cara con la mano y suavizando los labios, devolviendo tanta ternura como la que recibía; al cabo de unos instantes, se retiró.

—Hemos de tener cuidado, querida —dijo con voz ronca—. No quiero hacerte daño.

—Nunca me lo harías.

—Sí que podría hacértelo si volvieras a besarme de esa forma.

Estuvo tentada de sonreír, pero hubo algo en su expresión que le impidió bromear con las palabras.

—¿Qué ocurre? ¿Pasa algo malo?

—No, nada malo, pero... tenemos que hablar.

—¿Hablar? —Le acarició la mejilla y volvió a darle un beso—. ¿De qué?

—Ayer estuvo aquí el cirujano.

—Ya.

—Y después la señora Lamb llamó a la señora Ingram, que vive en el pueblo.

Philly comprendió de inmediato.

El bienestar que había experimentado tras el beso desapareció como por ensalmo. Se alejó de él.

—¿He perdido...? ¿Cuando me caí...?

—No, gracias a Dios. No quería dar a entender que había pasado algo malo. La señora Lamb temía que así fuera, pero todo está bien, te lo prometo.

—Pero entonces, ¿la señora Ingram ha dicho que estoy encinta? ¿Está segura?

—No sé hasta qué punto es fiable su opinión. Da la impresión de ser un personaje extraño y excéntrico, y afirma que no pudo hacerte un reconocimiento completo y adecuado, pero, dado que se juega su reputación de más de cincuenta años de comadrona con la afirmación de que estás embarazada, me da la impresión de que no podemos tener la más mínima duda.

Philly ya había oído suficiente. Apretó la cara contra la almohada. Era demasiado para ella: el accidente con *Hiperión,* el dolor sordo de cabeza y ahora esto: iba a tener un hijo.

La noticia tendría que haber sido gozosa. Y lo era. Desde luego que lo era. Pero también abrumadora.

Arthur le acarició la espalda con mucha suavidad.

—Tendrías que habérmelo contado.

—No lo sabía.

—Pero lo sospechabas, ¿a que sí?

Al principio, Philly no lo sospechaba. Sus reglas siempre habían sido irregulares. Solo cuando tuvo una segunda falta empezó a preguntárselo.

—Un poco —tuvo que admitir.

—¿No me vas a mirar a la cara?

Se volvió hacia él con cierta renuencia. No parecía enfadado. Ni tampoco infeliz. Parecía ansioso. ¿Ansioso por ella, por su salud? ¿Ansioso porque iba a ser padre? Imposible saberlo

—Si lo estoy..., si estoy encinta... —titubeó—, ¿quieres que tengamos un hijo?

Arthur se inclinó hacia ella.

—Debo confesarte que no esperaba que ocurriera tan pronto, pero...

—Es demasiado pronto.

—Es inevitable, amor mío.

Sintió calor en las mejillas.

—Pero esto no puede ser lo que tú deseabas.

—¿Es eso lo que crees?

—Todo ha pasado demasiado deprisa. Y de una forma muy azarosa. Si aquel día *Basil* no hubiera entrado corriendo en la biblioteca de mi tío, o tú y yo no hubiésemos coincidido aquella tarde en el parque cuando paseaba con Sara...

Arthur, de forma inesperada e inhabitual por completo, estalló en carcajadas.

—¿Que coincidimos, dices? Aquella tarde esperé más de una hora a que llegaras.

Philly lo miró con la boca abierta.

—¡No es posible!

—Y lo mismo al día siguiente.

—No me lo creo. Eras demasiado serio y circunspecto como para...

—¿Como para comportarme como un enamorado estúpido?

Una esperanza tibia y brillante le inundó el pecho.

—¿Eso eras?

—Sí. —Arthur la envolvió entre sus brazos—. Y lo sigo siendo. —Bajó la boca hacia ella y la besó.

Capítulo 39

Arthur había estirado todo lo que había podido esos momentos felices con Philly, pues sabía que el afecto dulce y tierno con el que lo había tratado pronto llegaría a su fin de forma abrupta y, con toda probabilidad, desafortunada. Durante el desayuno iba a explicarle todo lo relacionado con el duque de Moreland.

Había tomado la decisión de hacerlo durante las horas interminables que duró el estado de inconsciencia de Philly, al caer en la cuenta de que, si ella hubiese sabido la verdad, nunca se habría aventurado a alejarse sola de la casa. En resumidas cuentas, no venía al caso que hubiera sido *Hiperión* el que le había hecho daño y no un secuaz del duque. Lo relevante era que su silencio había puesto en peligro a Philly. Había jurado que, si se salvaba de forma milagrosa, se lo confesaría todo, fueran cuales fuesen las consecuencias.

Después de dejar la habitación para que pudiera asearse, se retiró a su dormitorio para hacer lo propio: se lavó, se afeitó y se cambió de ropa.

Al volver, Philly se reunió con él en la puerta que conectaba sus habitaciones vestida con un vestido mañanero de muselina india sujeto por un ceñidor de color ámbar. Había insistido en tomar un baño antes del desayuno para eliminar la sangre seca del pelo. El cabello, todavía mojado, le caía sobre los hombros mechones rizados y rebeldes.

—Debes de estar muy cansado después de haber pasado toda la noche a mi lado —aventuró cuando la ayudó a sentarse a la mesita que habían dispuesto los criados en su habitación.

Se sentó frente a él, que la observó comportarse en el desayuno íntimo con la misma naturalidad y elegancia con la que lo hacía en las cenas y a la hora del té.

Era un ejemplo perfecto de todo lo hermoso y femenino, y fue la primera vez que se preguntó cómo era posible que un hombre como él pudiera haberla conseguido.

—No te velé durante toda la noche, amor mío —respondió—. De hecho, dormí profundamente durante unas cuantas horas. A tu lado, en tu cama.

Se quedó parada mientras se servía el café y reaccionó justo a tiempo de no derramarlo. Dejó la cafetera en la mesa y lo miró con intensidad y con cara de esperanza.

—¿De verdad dormiste?

Arthur asintió. Era difícil bromear con ella cuando lo miraba de esa manera. En realidad, era difícil hacer cualquier cosa que no fuera quedarse embobado.

—Pues supongo que habrá sido algo accidental —dijo.

—Es cierto.

—Y... ¿tienes intención de repetirlo?

Arthur dudaba muchísimo que pudiera ser capaz, o tener la fortaleza, de volver a dormir sin ella alguna noche.

—Tu cama es muy confortable, querida. Puede que esta noche vuelva a dormir en ella. —Hizo una pausa—. Si me invitas a hacerlo, claro.

Philly hizo una mueca.

—Mira que eres absurdo. Siempre serás bienvenido a mi cama, lo sabes muy bien.

Durante un instante, Arthur se preguntó si sería una equivocación retrasar el momento de contarle lo relacionado con Moreland, pero, tan pronto como lo pensó, llegó a la conclusión de que prolongando lo inevitable solo contribuiría a hacer menos perdonable su falta.

Así que no lo demoró más.

—Espero que sigas pensando lo mismo después de lo que te voy a decir.

Philly estaba poniendo mantequilla en una rebanada de pan mientras los perros la miraban con cara de ansia indisimulada. Sonrió un poco.

—Ya... Supongo que estás a punto de restringir mis movimientos solo a la casa o de ejercer alguna otra forma cruel de tiranía doméstica.

—No, no es eso.

Philly dejó el cuchillo sobre la mesa y lo miró a los ojos con gesto interrogativo.

—Por favor, Arthur, no se te habrá ocurrido vender a *Hiperión,* ¿verdad? Ya te he dicho que no fue culpa suya, que yo calculé mal...

—No te preocupes, no tengo la menor intención de venderlo, pese a lo

temperamental que es. Lo que tengo que decirte es en realidad una confesión.

Y, de inmediato, antes de poder arrepentirse, Arthur procedió a hacer justo lo que había anunciado: a confesar.

Lo hizo mediante una sucesión de frases concisas, como si estuviera haciendo un informe para un oficial superior que dispusiera de poco tiempo. Le explicó la fama siniestra que se había ganado Moreland como coleccionista de objetos raros y muy valiosos; la obsesión infame que tenía por dichos objetos únicos en su especie; y la leyenda que había surgido sobre sus venganzas, dirigidas a todo aquel que le impidiera satisfacer ese instinto morboso. Le contó todo lo que sabía de la muerte de Molly Cartwright. También las anotaciones en el libro de apuestas de su propio club, que se repitieron en otros, y de la nota anónima que había llegado a Heywood House, así como la declaración de Sara diciendo que el duque había hablado de abandonar a la señorita Satterthwaite a su suerte. Para terminar, le habló de la trampa excavada en el camino de los olmos, el más habitual para cabalgar por la finca. Una trampa que sin duda se había puesto allí con la intención de herirla o incluso de matarla.

Philly lo escuchó todo con mucha atención, sin interrumpirle en ningún momento, pese al hecho de que le había ocultado toda esa información, y, cuando terminó, no salió de su silencio. Un silencio tenso y ominoso.

Arthur se la quedó mirando desde el otro lado de la mesita. Sentía una ansiedad creciente. Ella tenía el pelo húmedo cuando se sentaron a comer, pero ya se le había secado del todo. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Minutos? ¿Una hora? Le había parecido una eternidad. Se había prometido que se lo contaría todo sobre la amenaza de Moreland, y eso era lo que había hecho, pero estaba empezando a temer que hubiera cometido un enorme error de cálculo.

—Di algo, por favor —urgió.

Tenía los ojos bajos, como si quisiera aprenderse de memoria el plato y su contenido, pero, cuando la urgió a contestar, levantó los ojos para mirarlo. Estaba muy pálida.

—¿Por qué me has ocultado todo esto?

—No quería que estuvieras asustada, Philly. No por algo que, de entrada, parecía ridículo.

—Pero ahora no piensas que lo sea.

—Desde que te caíste de *Perséfone,* no. La llegada de la nota me preocupó, no puedo negarlo, pero parecía… extraña, en cierto modo. Pensé que era demasiado teatral, como si la hubiera escrito un adolescente trastornado. Pero la trampa de la

senda de los olmos fue algo muy distinto. Quienquiera que fuese el responsable de eso, estaba claro que pretendía hacerte un daño real. Por eso restringí al prado tus paseos a caballo, y fue ese el motivo por el que no quería que volvieras a salir sola de la casa. Y cuando fuiste en busca de *Hiperión*...

—Pensaste que el duque de Moreland me había raptado.

—Sí. No el duque en persona, sino algún secuaz que hubiera contratado. Algún delincuente..., no lo sé. —Arthur se pasó los dedos por el pelo—. En ese momento no era capaz de pensar con claridad.

—Pensaste que me había secuestrado... Pero ¿para qué? ¿Qué creías que iba a hacerme? ¿Matarme?, ¿como mató a Molly Cartwright? ¿O que su intención era destruirme, como las obras de arte que no puede poseer y disfrutar? —Philly negó con la cabeza—. Arthur, no es posible que creas que el duque sea tan peligroso. De verdad que no. Porque, si así fuera, si hubieras pensado por un momento que podía intentar hacerme daño, nunca te habrías planteado irte de Londres.

Arthur se sorprendió mucho.

—¿Cómo dices?

—En la cena que ofreció mi tío tu supiste que el duque tenía interés en mí y, pese a eso, ibas a regresar a Somersetshire aquel viernes. Me habrías dejado con él. —Se inclinó hacia delante—. ¿No te das cuenta? Si él hubiera sido peligroso de verdad, no te habrías marchado. O, como mínimo, me habrías advertido del peligro que corría. En ese momento ya éramos amigos. Más que amigos aunque aún no nos habíamos dado cuenta. No me hubieses dejado en manos de un hombre al que considerabas un monstruo.

Arthur la miró, incapaz de decir palabra. ¡Por Dios, tenía razón! Si de verdad hubiera dado crédito a los rumores acerca de Moreland... Pero no era así. No los creía. En aquel momento no.

—Tienes que entender que, cuando estábamos en Londres, yo no daba por ciertas todas esas historias que contaban sobre el duque —dijo por fin—. Llevo toda mi vida oyendo cuentos espantosos sobre él y en ningún momento los consideré otra cosa que fantasías y cotilleos inventados. Pura ficción. No me gusta el duque, es verdad. Y no quería que te casaras con él. Pero, quieras que no, es duque. Si tú hubieras querido convertirte en su duquesa, yo no hubiese podido poner más objeción a vuestra boda que el hecho de que yo te amaba y quería casarme contigo.

—Entonces, ¿quieres decir que ahora ya no crees que lo que cuentan de Moreland sean historias inventadas? ¿Qué después de la nota y la caída de *Persy*

has cambiado de opinión?

—Sí. —Arthur se acordó de la mañana de su boda, del viaje apresurado de Londres a Somersetshire y de los temores que había sentido a lo largo del camino —. Bueno, en realidad no fueron la nota ni tu caída lo que me hizo cambiar de opinión —dijo, sorprendiéndose a sí mismo—. La verdad es que empecé a tomarme en serio los rumores sobre Moreland en cuanto nos casamos.

Philly alzó las cejas muy sorprendida.

—¿Antes de recibir las amenazas?

Arthur intentó encontrar palabras y argumentos para explicar algo que ni él mismo entendía del todo.

—Una vez que nos casamos, que ya eras mi esposa, me consumió la urgencia de protegerte. ¿Les pasa a todos los maridos? No lo sé. Pero cuando nos subimos en el carruaje de camino a Somersetshire, me di cuenta de que no podía seguir despreciando la amenaza potencial que significaba Moreland. La nota significó la confirmación de todos mis temores.

—«Tiene usted algo que me pertenece» —recitó Philly muy pensativa y con el ceño fruncido—. ¿De verdad puede pensar el duque que le pertenezco? ¿Incluso aunque rechazara su propuesta de matrimonio y ahora que estoy casada contigo?

—Supongo que es posible.

—Pero es que ni siquiera parecía gustarle. De hecho, la tarde que me llevó de paseo por el parque me acusó de ser tan estúpida como sus perros.

Los perros de Philly se habían cansado de mendigar comida cerca de la mesa y dormitaban cerca del fuego. Al oír sus últimas palabras, *Basil* alzó la cabeza, mostrando atención.

—Sin embargo, justo después… —Philly volvió a fruncir el ceño—, me dijo que no tenía parangón con ninguna otra mujer y me comparó con un Botticelli o un Tiziano. Pero es verdad, no me estaba elogiando como mujer. Hablaba de mí como si fuera… un objeto.

—«La obra de arte» —musitó Arthur—. Algo para su colección.

—Dios, ¡qué estúpido! —Philly fue presa de un furor súbito, muy extraño en ella, y se le colorearon las mejillas. Bajó de nuevo los ojos hacia el plato.

Arthur siguió su mirada. La rebanada de pan con mantequilla estaba intacta y el resto de la comida que había en la mesa ya se había quedado fría. Sintió una punzada de culpabilidad por haberle hecho saber todo eso durante el desayuno. No solo se estaba recuperando de una conmoción y una herida, sino que además esperaba al hijo de ambos. No debía perder ninguna comida.

Arthur se levantó enseguida de la mesa y tiró del cordón de la campanilla de aviso.

—La cocinera te enviará algún plato caliente —dijo mientras se acomodaba de nuevo en la mesa—. Tienes que comer.

—De acuerdo.

Esperó a que dijera algo más. Al ver que no lo hacía, no se vio capaz de mantener ese silencio espeso.

—Tenía que habértelo contado antes.

—Sí —afirmó—. Tendrías que haberlo hecho. De haberlo sabido, quizá me habría asustado, pero al menos hubiera sabido por qué me tenías tan vigilada. Creía que eras un marido muy posesivo.

Arthur no pudo evitar ruborizarse.

—En realidad, soy un marido muy posesivo.

—Pero no tanto como para hacer que los sirvientes de su esposa lleven armas de forma habitual, eso seguro.

—Me gustaría decir que no, pero... —Le dedicó una sonrisa algo forzada—. Ahora que estás embarazada, no puedo prometerte nada.

Una llamada a la puerta anunció la llegada de Violet. La joven entró en el dormitorio e hizo una inclinación. Parecía nerviosa.

—¿Ha llamado, señora? ¿Señor?

—Puede llevarse todo esto —ordenó Arthur—. Y traiga de nuevo lo mismo para la señora Heywood, pero caliente.

—Y también otra jarra de café recién hecho, Violet —pidió Philly con tono más amable.

La doncella retiró lo que había en la mesa con manos temblorosas. Philly se la quedó mirando.

—¿Va todo bien?

A Violet se le resbaló un plato de la mano y lo agarró antes de que llegara al suelo.

—Sí, señora.

Arthur esperó con impaciencia a que la criada saliera de la habitación.

Violet agrupó los platos del desayuno en la bandeja de forma algo inestable y se dispuso a marcharse. Anduvo hasta la puerta, pero allí se detuvo, se dio la vuelta y los miró a ambos. Estaba blanca como una pared.

—Le ruego que me perdone, señora Heywood... ¿Puedo preguntarle si es verdad que lo que le ocurrió ayer... fue por culpa del caballo?

Philly sonrió.

—Sí. Fue un accidente, nada más.

Arthur traspasó con la mirada a esa criada tan entrometida. Habría dicho algo para obligarla a salir de inmediato de la habitación, pero le bastó con la mirada, pues al verle salió a toda prisa cerrando la puerta.

—Asustas a propósito a los criados —observó Philly.

—Ah, ¿sí? —El mal humor de Arthur se esfumó de inmediato, en cuanto volvió a quedarse solo con su esposa en la habitación—. Entonces se alegrarán de poder librarse de mí en cuanto nos vayamos a Bath este fin de semana.

—¿A Bath?

—No tienes por qué asombrarte tanto. No está lejos de Heycombe y me atrevo a decir que sigue siendo una ciudad igual de agradable que cuando estuviste allí con tu abuelo.

—Aquella vez no conocí nada de la ciudad. Tenía solo quince años y solo salí del lugar en el que nos alojábamos para ir con mi abuelo a comprar chucherías a Molland's.

—Sí, en la calle Milsom. —Se alegró de que, al parecer, le gustara la idea—. Si te apetece, podemos ir.

A Philly le resplandeció el rostro de alegría.

—Sí, me encantaría. —Se levantó de la silla con un frufrú de faldas y se echó en sus brazos—. ¿Nos alojaremos con tu padre?

Arthur la acomodó sobre las rodillas.

—Si no te importa, sí.

—Pues claro que no me importa. Pero ¿a ti te apetece o no?

—En mi caso, «apetecer» siempre es una palabra un tanto exagerada.

—No. Es una palabra adecuada. Y no finjas que no te gusta o que incluso odias estar con tu padre. Es muy lógico que vuelvas a disfrutar de nuevo de la compañía de otras personas, y, para empezar, de tu familia.

—¿De nuevo?

Le revolvió el pelo con los dedos.

—Tu padre me ha dicho que...

—Si mi padre te ha estado contando que antes de ir a la guerra yo era una persona sociable, debo decirte que ha maquillado la verdad hasta volverla irreconocible. Hacía esgrima, boxeaba, practicaba el tiro con pistola en Manton y, muy de vez en cuando, si no tenía más remedio, acudía a algún baile. Ese es no el resumen, sino la totalidad de mis relaciones sociales cuando estaba en la ciudad y

antes de que me fuera a la Península. Por otra parte, en aquellos momentos era tan huraño y malhumorado como lo soy ahora.

Los ojos de Philly, tanto el ámbar como el azul, brillaron de diversión.

—¡Huraño y malhumorado! Menuda tontería.

La mirada que le devolvió Arthur no fue divertida, sino repentinamente solemne. ¡Por Dios, era muy hermosa! Más que eso. Estaba radiante. Brillaba, desde el resplandor de los ojos hasta la luminosidad de la piel cremosa. De no saber con certeza que el día anterior lo había pasado recuperándose de una herida bastante grave, no lo hubiera creído.

—Cuando estemos en Bath voy a contratar a un miniaturista para que te pinte tal como eres ahora.

—¿Eso harás? ¿Y qué necesidad tienes de verme tal cual soy si siempre estoy contigo?

—No siempre.

—Pues sí: o al lado o muy cerca.

—Nunca es lo bastante cerca. —Arthur la apretó contra él. El tono de voz se le volvió más profundo—. Odio cada segundo que no estás a mi lado.

Philly le rodeó el cuello con los brazos.

—Puede que yo le pida a ese miniaturista que te pinte a ti también —le susurró al oído.

—¡Por Dios bendito!

Le acarició la mejilla con el mentón.

—Y después, si no te has vuelto demasiado aburrido, podrías acompañarme a la modista, a la sombrerería, a...

—Yo te acompañaría hasta el otro extremo de la tierra, amor mío.

Philly rio con suavidad.

—Algún día me agradecerás que no me esté tomando al pie de la letra lo que me dices. Por otra parte, ¿cómo se iba a tomar tu padre el que tú y yo pasásemos todo el tiempo juntos? Quizá lo que desea es que hagamos un viaje en familia. A no ser que... ¡Vaya, espero que no tuviera planeado hacer un viaje de placer con la señora Ogilvy! Una vez me dijo que podíamos ir con ellos a Bath, pero, si resulta que podemos molestar de alguna manera...

—Te aseguro que no. Él sugirió el viaje antes de tu accidente. —Arthur dudó un momento antes de continuar—. Me indicó que nos marcháramos de inmediato de Heycombe y nos fuéramos a Bath. Y que allí nos pusiéramos en contacto con la policía de la calle Bow.

La felicidad que le iluminaba la cara a Philly se desvaneció.

—¿Y es eso lo que piensas hacer? ¿Incluso ahora que sabes que me golpeé porque *Hiperión* me empujó y no por intervención del duque?

Asintió con solemnidad grave.

—¿Porque piensas que puede volver a intentar hacerme daño?

—No lo sé, mi amor, pero ayer, cuando me temía que te había perdido, sentí... —Era incapaz de describirle sus sentimientos: temor, pánico, furor, una pena insoportable... Ahora sabía que no iba a ser capaz de soportar semejante pérdida. Que si algo le pasara alguna vez a Philly, sería su propio fin—. No voy a esperar a que nos golpee la tragedia. Me pondré en contacto con la policía. Y después...

Philly lo miró a los ojos con la preocupación dibujada en la cara.

—¿Y después...?

Arthur le devolvió la mirada y se dio cuenta de que ella sabía la respuesta a esa pregunta antes de que se la diera.

—Si la policía no puede hacer nada, me enfrentaré al duque de Moreland en persona —proclamó con determinación.

Capítulo 40

La mañana de la partida hacia Bath amaneció fresca y despejada. Philly se había pasado los tres días anteriores supervisando los preparativos del viaje. No se marcharían hasta el mediodía, por lo que las horas tempranas de la mañana las pasó atendiendo las cuestiones que iban surgiendo a última hora. La señora Ogilvy y el conde aún seguían en sus respectivas habitaciones, mientras que Arthur estaba en la biblioteca, despachando asuntos con Pebmarsh, y Philly repasaba la lista de tareas en la sala de estar.

Marcó como realizadas las dos últimas y se esforzó en intentar recordar si se había dejado sin anotar y comprobar algo importante. Tampoco sería un desastre olvidar alguna cosa. De hecho, no hubiese sido necesario hacer todo lo que había hecho, pero el mantenerse ocupada la ayudaba a olvidarse de sus verdaderas preocupaciones.

—¡Señora Heywood! —la llamó Sara desde el umbral de la puerta—. He encontrado estos dos chales en el guardarropa. ¿Cree que los podría necesitar en Bath?

Philly se volvió para mirar las dos prendas que Sara sostenía entre las manos. Uno de ellos era de seda azul sardo y otro de gasa color ámbar. Aún recordaba el día en el que la modista se los había recomendado a la señora Vale. Sentía como si hubiera transcurrido toda una vida desde entonces.

—Guárdalos para llevarlos, por favor.

—Edward y William han bajado ya sus baúles, señora.

Philly se levantó de la butaca del escritorio, contenta por la distracción.

—Dámelos. Yo misma los llevaré al carruaje. Me vendrá bien un poco de aire fresco. —Recogió las prendas que le tendía Sara—. ¿Podrías echar un vistazo por

mi habitación, por si me he dejado algo sin recoger?

—Sí, señora.

Philly salió de la sala de estar con los perros a la zaga. En el vestíbulo se cruzó con William, que iba deprisa hacia la escalera que bajaba a las cocinas y demás dependencias del servicio. Parecía como si se hubiera manchado la librea con algo.

—William, ¿mi baúl está ya en el carruaje?

—Sí, señora. Justo en la parte de delante. ¿Quiere que...?

—No, no te preocupes. No te entretengas. —Philly se dirigió a la puerta principal de Heywood House y bajó las escaleras, y allí se encontró con una actividad frenética. Había baúles por todas partes, y los criados del conde, de la señora Ogilvy y del servicio de Heywood House no paraban de darse instrucciones unos a otros mientras procuraban organizarlo todo.

Philly se alejó de aquellos preparativos casi caóticos. Solo Violet había notado su presencia. La sirvienta, tan delgada, luchaba con lo que parecían ser varias cajas de sombreros. Al ver a Philly, se le cayeron al suelo y Edward se acercó a ella para ayudarla.

¿Sería Edward el novio de Violet?, ¿el joven con el que Violet quería casarse?

Si Philly estuviera todavía en Satterthwaite Court, conocería la respuesta. Pero aquí en Heywood House aún tenía mucho que aprender de los criados y su vida.

Siguió alejándose en dirección a los rododendros enormes que flanqueaban la escalinata.

—Señora Heywood. ¡Señora Heywood!

Philly se dio la vuelta enseguida, sorprendida al oír la voz familiar que la llamaba en tono bajo y urgente, casi frenético, desde detrás de los arbustos. Se acercó a ellos.

—¡Cuánto me alegro de que sea usted! Es justo la persona a la que estaba buscando.

Philly se detuvo, los perros le pisaban los talones.

—¡Señor Forsythe! ¡Por Dios bendito!, ¿qué hace usted aquí?

El visitante se irguió, aún tapado por los rododendros. Tenía el pelo alborotado y respiraba de modo entrecortado, como si hubiera andado o corrido una larga distancia.

—He venido a buscarla. Creo que solo usted está en condiciones de ayudarme.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Algo importante, señora. Hay un perro herido. Uno pequeño, no muy distinto del suyo. Lo he encontrado mientras paseaba por el bosque de su

hacienda. Se encuentra en muy mal estado.

A Philly se le encogió el corazón.

—¿Un perro herido?

—Así es. No estoy seguro de qué le ha podido ocurrir. No deja que me acerque a él. No se me dan bien los animales, pero seguro que usted...

—Sí, sí, por supuesto. Voy para allá. —Philly dudó por un momento y miró a los sirvientes. Sería mejor enviar a alguien a buscar a Arthur, o tal vez al guardabosques. Un perrito no era peligroso, pero, si estaba herido, podía reaccionar mordiendo para defenderse.

—Creo que estaba a punto de morir. Sería mejor que nos diésemos prisa. Pero tal vez... una pobre criatura como esa, que está sufriendo tanto, sola y asustada, quizá sea mejor que muera, la verdad.

—¡Por supuesto que no! —reaccionó Philly angustiada.

—Usted sabe de estas cosas mucho más que yo, señora. Vamos. Le mostraré el camino.

Volvió de nuevo la vista en dirección a la casa, dudando entre la urgencia de la situación y el deseo instintivo de avisar a Arthur.

—¿Viene conmigo, señora Heywood?

—Perdóneme, yo... Sí, le sigo. —Una vez tomada la decisión, Philly fue tras él a buen paso, con los perros trotando a su alrededor.

—¡Un momento! —El señor Forsythe se detuvo—. Perdóneme, señora, pero ¿no cree que sus canes van a asustar a la criatura? Ya está aterrorizado, el pobre. Si ve un grupo como este llegar a toda velocidad...

—Está claro que lo único que van a hacer es darle un susto de muerte, sí. —Philly se sintió mal por no habérsele ocurrido a ella. Se volvió y les dio la orden de detenerse. *Basil* se hizo el remolón y abrió los orificios nasales. Philly volvió a levantar la mano—. ¡Quédate aquí! —repitió con firmeza.

—¿La van a obedecer?

—¿Cómo dice? Ah, sí, siempre. Son muy obedientes.

Forsythe mostró una sonrisa leve.

Philly no perdió ni un segundo en cuestionarse la obediencia de *Basil, Fox, Jasper* y *Dash.* Salió andando a toda prisa, azuzada por la urgencia que transmitía el señor Forsythe. De hecho, hasta tuvo que contener las ganas de echar a correr.

¡Pobre perrito! ¿De dónde procedería? ¿Y quién o qué lo habría llevado hasta ahí? ¡Podría ser que hubiera caído en un cepo metálico!, ¡o que lo hubiera atacado un animal! A esas alturas, un perrito podría haberse desangrado hasta morir...

¿Y si ya era demasiado tarde?

—¿Está muy lejos? —preguntó, casi sin aliento, cuando la espesura del bosque ya empezaba a rodearlos.

—No, señora Heywood, estamos muy cerca —dijo el señor Forsythe—. Está en el claro, justo al lado del estanque.

Philly nunca se habría imaginado que un hombre como el señor Forsythe fuera a preocuparse por el destino de un perro herido. Parecía estar siempre más enfocado en asuntos superficiales, con especial atención en la forma de vestir

Tal vez lo había juzgado mal. Podía ser que ocultase cosas que no se veían de entrada.

—Es encomiable lo que ha hecho, señor Forsythe. —Lo seguía a buen paso por el camino que se internaba en el bosque—. La mayor parte de los caballeros no se interesarían por la suerte de un animal herido.

Su interlocutor no respondió.

Philly lo miró a la cara. Algunas gotas de sudor le asomaban sobre la cejas.

—No se agobie, señor Forsythe. Si llegamos demasiado tarde, no será por falta de esfuerzo por su parte. Nadie podría haber hecho más.

En el siguiente recodo, el bosque se abrió en un claro. La superficie del estanque brillaba con la luz del sol y los árboles que lo rodeaban arrojaban su sombra sobre los bancos de piedra.

Philly miró a su alrededor.

—¿Dónde estaba, señor? —No había ni rastro de ningún perro, ni marca de sangre, al menos que ella pudiera ver—. ¿Es posible que haya vuelto a internarse en el bosque? Un animal herido casi siempre tiende a esconderse.

El señor Forsythe aminoró la marcha. Todos los signos de urgencia habían desaparecido.

—Sí, puede que haya huido.

Philly se acercó al borde del claro sujetando todavía la pañoletas. Pensaba haberlas usado para vendar al perro herido. Y, si era lo bastante pequeño, hasta podría haber improvisado una especie de canguro para transportarlo.

Un crujido súbito de hojas y ramas hizo que se detuviera en seco. Se acercó a la línea del bosque y, en ese momento, captó un movimiento entre las sombras.

—¡Creo que lo he visto!

Se adentró un poco entre la densa vegetación de árboles y arbustos que hacían invisible todo lo que quedaba fuera del perímetro, y captó un destello de color castaño. También un cuello largo y una cola que se movía. Y unas riendas atadas

sin mucha fuerza a un tronco. Era el caballo de alguien.

Se partió una ramita. Se dio la vuelta y descubrió que el señor Forsythe se había acercado mucho a ella, tanto que estaba casi a su lado.

—¡Qué susto me ha dado, señor! —Dio un paso atrás de forma inconsciente. De repente, y sin saber por qué, se sintió muy asustada.

—Por lo que veo, ha localizado a mi caballo.

—No... ¡Ah, un momento! ¿Es su caballo? ¿Ha llegado hasta aquí cabalgando? Había pensado que iba andando cuando encontró al perro en el bosque. Seguro que le entendí mal. —Tragó saliva. Su instinto le decía con toda claridad que diera otro paso atrás, pero no lo hizo—. Sea como fuere, parece que el pobre animal ha huido. O puede que alguien lo haya encontrado. Mucha gente pasea hasta este claro del bosque.

—Ah, ¿sí? —Al señor Forsythe no pareció afectarle lo que acababa de decirle.

—Sí, con mucha frecuencia. Y ahora, si no le importa, será mejor que regrese a la casa. Seguro que habrán notado mi ausencia.

—Cuento con ello—. Forsythe se llevó la mano a la levita color verde botella y, con un movimiento desganado, se desabrochó un botón.

Philly abrió mucho los ojos, pues de inmediato se soltó otro botón, y luego otro. ¿Iba a quitarse la prenda delante de ella? Echó un vistazo rápido al camino que salía del claro. Quería irse de allí. Corriendo. Pero dudó si hacer algo que acabara con la ilusión de normalidad que existía entre ellos.

—Señor Forsythe, yo...

—Le ruego que no haga mucho caso de mis malos modales, señora Heywood —dijo mientras seguía desabotonándose la prenda—. Me hago las levitas en Weston y me quedan como una segunda piel. Resultan muy difíciles de quitar sin ayuda de un criado.

A Philly le pareció oír el sonido de otra ramita que se rompía. Procedía del camino o de sus cercanías, pero no podía estar segura. En ese momento, el caballo volvió a moverse. Hubo otro chasquido de rama, esta vez bajo una pezuña.

—¿Es imprescindible que se la quite, señor?

—Es esencial.

Lo miró desconcertada. Con los rizos rubios tan bien colocados, la ropa a la última moda y la forma de actuar desdeñosa y aburrida, era la viva imagen del típico dandi. No podía imaginárselo participando en algo más extenuante que una partida de cartas. Le parecía imposible que estuviera pensando en violarla.

El señor Forsythe logró desabrochar el último botón. Sacó algo de un bolsillo y

después, tras pelearse para sacar los brazos de las mangas, demasiado ajustadas, dobló con cuidado la levita y la colocó sobre uno de los bancos de piedra. Cuando alzó la mirada, tenía en los ojos un brillo ardiente que antes no estaba.

—Me alegro de que no haya intentado huir —dijo.

Philly dio una pasos hacia atrás por el borde del sendero. Salvo a su abuelo y a Arthur, nunca había visto a ningún caballero en mangas de camisa. Le pareció que la situación resultaba indecente.

—¿Y por qué iba a huir? Todavía podríamos encontrar el perro herido del que me ha hablado.

El señor Forsythe se acercó a ella, acosándola.

—Los dos sabemos muy bien que no hay ni ha habido en ningún momento un perro herido.

—Ah, ¿no? —Fingió un tono de alivio y retrocedió unos pasos más—. ¡No sabe lo que me alegro! No me gusta ver sufrir a ninguna criatura.

—Por favor, señora Heywood, no se mueva de donde está. No deseo hacerle más daño del que debo. —El señor Forsythe levantó la mano para mostrar el objeto que había sacado del bolsillo: una pistola pequeña con la culata de marfil.

Se quedó helada. Era imposible seguir fingiendo que todo iba bien.

—Señor Forsythe —usó el tono más calmado y razonable que fue capaz—, ¿por qué razón tendría que hacerme daño?

Forsythe encogió un hombro.

—No le tengo ningún aprecio a su marido, pero, aparte de eso, no hay nada personal en lo que está pasando, se lo aseguro.

—¿Entonces, por qué lo hace? —Paseó la mirada por el claro, buscando cualquier cosa que pudiera ayudarla, algo que pudiese utilizar contra él—. ¿Es que está usted loco?

—Le aseguro que no, señora —contestó, mostrando por primera vez un atisbo de mal humor.

—Y, de todas formas, tiene pensado dispararme con esa pistola.

—No, ni mucho menos. En realidad, lo que tengo pensado es estrangularla y arrojarla a ese estanque. —Dio un paso decidido hacia ella.

—¡Deténgase! —gritó—. ¡No se mueva ni un centímetro más!

El señor Forsythe dudó ante el tono enérgico de Philly, pero solo durante un momento.

—No, por favor —rogó cuando siguió avanzando—. Mi perro nos ha seguido. Está en el bosque. Si usted me toca, no voy a ser capaz de detenerlo.

El señor Forsythe la miró con una incredulidad desafiante, aunque le cambió la cara percibir algo inexplicable en el rostro de Philly. Recorrió el claro con la mirada y después buscó entre los árboles alguna señal de la presencia de un perro. En todo momento mantuvo la pistola apuntando a Philly con firmeza.

—¿Detenerlo? ¿Qué haría su perro?

Philly no podía apartar la vista del arma. Tenía la boca seca de puro miedo.

—Destrozarle el cuello.

Forsythe soltó una carcajada.

—¿Destrozarme el cuello? Deje de bromear, señora Heywood. Sé muy bien que por aquí no hay ningún perro violento y agresivo. De hecho, no veo nada que pueda ser peligroso para mí por los alrededores.

—Te sugiero que vuelvas a echar otro vistazo, Forsythe.

—¡Arthur! —Philly notó que una oleada inmensa de alivio le recorría el cuerpo al oír esa voz profunda.

Se volvió esperando encontrar a su marido en el sendero de acceso al claro. Pero a quien vio fue a otra persona muy distinta. A un hombre del que había oído hablar mucho, pero al que no conocía.

No cabía la menor duda de que era Arthur, sí. Pero no era su Arthur. No era el marido que la besaba, la acariciaba y la llamaba «amor mío». No. Era un hombre distinto. Un hombre peligroso. Era el capitán Arthur Heywood. Era el militar que le había roto el cuello a un hombre con una sola mano desnuda.

Capítulo 41

Arthur observó la escena con una frialdad aparente y desapasionada.

—No me ha parecido algo normal, capitán Heywood —le había dicho Sara—, que la señora se fuera con el señor Forsythe de esa manera... ¡Y sin llevarse a sus perros! No es algo que elegiría por sí misma, capitán. Me temo que él no pretende nada bueno...

Arthur no necesitó oír nada más. De hecho, desde el momento en el que Sara lo abordó para informarlo de lo que había observado desde la ventana, lo tuvo todo muy claro. Y se preguntó cómo había podido estar tan ciego como para no haberlo visto con nitidez desde el principio.

No había tiempo para reflexionar, de todas formas. Buscó la pistola que guardaba en el escritorio con solo un objetivo y, cuando sintió en los dedos el tacto de la culata, la sensación le fue del todo familiar: era la misma que había experimentado muchas veces en la guerra. Todos los sentidos se le aguzaron. Todos los músculos se prepararon para la batalla. Todas las emociones quedaron anestesiadas.

En ese estado había entrado en combate con su regimiento decenas de veces. Había decidido la estrategia y dado órdenes a sus hombres. Y había matado más enemigos de los que podía contar. Pero nunca, ni siquiera en la batalla de La Albuera, le había latido el corazón de forma tan errática. Y nunca en su historia como soldado había sentido el mordisco de lo que, sin la menor duda, era puro miedo.

Forsythe apuntaba directo al corazón de Philly con una pistola.

—Heywood —saludó Forsythe—. Qué sorpresa tan inesperada.

Arthur miró a los ojos a Philly un momento. Estaba pálida y muy asustada. El

pecho le subía y le bajaba muy deprisa bajo el corpiño del vestido de muselina.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño?

—No me ha tocado.

Forsythe le lanzó una mirada desdeñosa a Arthur.

—Veo que has venido armado.

Philly también contuvo el aliento al bajar la mirada y ver la pistola que sujetaba su marido. Cuando alzó la cabeza para volver a mirarlo a los ojos, tenía cara de asombro.

—¿Qué es lo que pretendes hacer con esa pistola, Heywood? —Forsythe torció el gesto en una mueca de desprecio—. ¿Asustarme?

—Pretendo matarte —precisó Arthur.

A Forsythe le cruzó el rostro un rastro de ansiedad. Y después bajó los ojos hacia el bastón de Arthur y al verlo pareció animarse mucho.

—¿Con una pistola? ¡No me hagas reír! Todos sabemos que ya no puedes disparar.

Arthur dio un paso decidido hacia delante y se adentró en el claro.

—Pues vamos a comprobarlo, ¿te parece?

Forsythe respondió acercándose un paso a Philly.

—Siempre has sido un patán arrogante, aburrido e insufrible, Heywood. Puede que antes, en algún momento, tuvieras razón, pero ya no. —Resopló con desdén —. ¡Por Dios bendito, hasta qué punto te despreciaba! Todas esas monsergas sobre el deber y el honor. ¿A dónde te ha llevado eso, pregunto? Volviste de la Península hecho una piltrafa. Desde mi punto de vista, no hay nada honorable en eso.

—¿Qué sabes tú del honor, Forsythe? Has sido un cobarde toda tu vida.

Se puso rojo de furia:

—¡Maldito seas! ¿Por qué no te quedaste escondido en el campo? Si no hubieras ido a Londres, todo esto habría terminado ya.

—¿Cómo habría terminado? —preguntó Arthur con el mismo tono controlado que venía utilizando desde su llegada—. ¿De verdad pensabas que Moreland sería detenido, juzgado y ejecutado?

—¡Y por qué no, en nombre del cielo! Ni un duque puede librarse tras dos asesinatos.

—Siempre has sido un estúpido, Forsythe. Desde hace más de cincuenta años, ningún miembro de la Cámara de los Lores ha sido ahorcado. Además, Moreland no ha asesinado a nadie. Fuiste tú el que ahogó a Molly Cartwright en la fuente.

Philly dio un respingo y se quedó con la boca abierta.

A Forsythe le tembló la mano con la que sostenía la pistola.

—¡No! Yo amaba a Molly. Jamás le habría hecho ningún daño.

—Cuando la pediste en matrimonio, te rechazó para casarse con Moreland. Ella prefirió el dinero y el título. Tú no tenías nada. —Arthur dio otro paso adelante. Sintió en la pierna derecha un dolor agudo al que no hizo ningún caso—. ¿La seguiste a Moreland Park? ¿Discutiste con ella? ¿La asesinaste en un ataque de rabia?

—¡No! —gritó Forsythe.

—¿O es que ella permitió que vuestra relación continuara después de su matrimonio? Quizá te engañó con promesas, hasta que una noche, cuando fuiste a verla...

—Moreland la manipuló, la volvió contra mí. Nunca me habría dejado por voluntad propia.

—¿Fue eso lo que hizo la noche que la asesinaste? ¿Acabar con vuestra relación?

Forsythe se acercó aún más a Philly. En esos momentos, casi la rozaba.

—Los hombres como Moreland creen que pueden hacer lo que les venga en gana y quedarse con lo que deseen. Nunca quiso a Molly. Para él era algo que poseía. Nada distinto a uno de sus caballos. —Miró a Philly de arriba abajo con ojos enfebrecidos—. También habría tomado posesión de usted. La habría colmado de preciosos vestidos, de joyas y de cualquier cosa que le apeteciera. En ese caso, me pregunto qué hubiese pensado usted de Heywood, de lo que él podía ofrecerle. Si el viejo Moreland le hubiera dado a elegir, ¿lo habría rechazado? ¿Le habría dicho que no era más que un segundo hijo sin ningún valor social?, ¿que ninguna mujer en su sano juicio se convertiría jamás en su esposa?

—Parece que Molly le habló de una forma muy cruel —dedujo Philly.

—¡Deliraba! ¡La sumergí en el agua para que recuperara el sentido y la lógica!

Philly se quedó sin habla.

—Fueron solo unos segundos. Solo lo necesario para que recuperara el juicio, para que entrara en razón. Le prometí que la soltaría tan pronto como se hubiera calmado, pero en ningún momento dejó de pelear. —Forsythe mostraba en el gesto una mezcla extraña de furia y angustia—. Cuando se quedó quieta, pensé que había recobrado la cordura y la solté. Iba a cubrirla con mi abrigo para que entrara en calor, no quería que agarrara una pulmonía. —Miró a Philly con cara de desesperación—. Pero era demasiado tarde, ¿no lo entiende? Ya no podía hacer nada para salvarla.

—No... —Philly tragó saliva con fuerza, a Forsythe le temblaba la mano con la que sujetaba el arma—. Supongo que no podía hacer nada.

—Tuve que dejar su cuerpo en el agua. No deseaba hacerlo, a Molly le daba muchísimo miedo el agua. Pero era la única posibilidad. —Forsythe miró a Arthur—. El idiota de Moreland pensó que se había caído a la fuente y se había ahogado, ¡viejo estúpido! Apenas guardó luto por ella. No tardó nada en buscar una nueva esposa. Su siguiente propiedad.

Arthur quebró la fachada de frialdad con un acceso de rabia.

—Así que decidiste matarla también.

—Fue Darly quien me dio la idea. Una tarde en el club nos contó a un grupo que había conocido a la sobrina de Townsend. Que era una joven de rara belleza. La definió como una obra de arte. Y comentó que esperaba que no sufriera la misma suerte que Molly Cartwright. En ese momento supe con toda certeza qué era lo que había que hacer.

Philly miró a Forsythe perpleja y anonadada.

—Pero yo no me he casado con el duque de Moreland. Siendo así, ¿por qué tenía que formar parte de su plan el hacerme daño a mí?

—Es toda inocencia, señora Heywood —se burló Forsythe—. Pero hasta usted es capaz de entender que con su rechazo al dinero y al título de Moreland tras huir con Heywood ha hecho más por humillar al duque de lo que hizo Molly poniéndole los cuernos. Lo ha convertido en el hazmerreír de Londres. Tiene motivos más que sobrados para desearle todos los males del mundo. Si usted muriese, es evidente que toda la sociedad señalaría a Moreland como el autor o el inductor. Y, lo que es incluso mejor, Heywood y el conde le echarían la culpa a Moreland. Por fin se haría justicia, ¿es que no se da cuenta?

Arthur ya había tenido bastante.

—¿Qué le prometiste a mi criada a cambio de ayudarle?

—¿Violet te lo ha contado? ¿Te ha mandado aquí por un ataque súbito de conciencia y responsabilidad?

Philly apretó con los dedos la seda de las pañoletas que sostenía en las manos.

—¿Es usted el caballero del que hablaba Violet?

—El asunto no es tan refinado como usted lo presenta, querida. Me he acostado con ella una o dos veces, y ahora la muy estúpida espera que nos casemos. La verdad es que debo decir que ha sido un asunto bastante tedioso. Apenas ha merecido la pena a cambio de los servicios tan escasos que me ha prestado.

—Entregó la nota por ti —Arthur afirmó más que preguntó.

—Por supuesto.

—¿Y la trampa?

Forsythe se encogió de hombros.

—Ya había un hoyito en la senda. Lo único que tuve que hacer fue ahondarlo y añadir algunas piedras. Fue una tarea fácil, lo hice en uno de mis paseos a caballo desde Melton Abbey.

Arthur asintió con solemnidad y después levantó la mano y apuntó a Forsythe con la pistola.

—No necesito saber nada más.

Forsythe, alarmado, dio un paso atrás y se colocó casi detrás de Philly.

—¡Loco temerario! ¿Vas a dispararme? Estoy apuntando a tu esposa al corazón a un palmo de distancia. Cuando aprietes el gatillo ya estará muerta.

A Arthur se le heló la sangre en las venas, pero no perdió la calma. No se lo podía permitir.

Philly lo miraba a los ojos. Estaba petrificada, demasiado asustada como para hablar o moverse. Pero cuando Arthur levantó el arma para apuntar a Forsythe no había separado la vista de él. Los abrió más y, de repente, le brillaron con una esperanza cautelosa.

En ese instante, Arthur supo que, por primera vez, ella había caído en la cuenta de un hecho que antes no había notado debido a lo asustada que estaba. Un hecho que Forsythe, hasta ese momento, había pasado por alto.

Arthur sostenía la pistola con la mano derecha.

* * *

Philly apartó la mirada de la mano levantada de Arthur para fijarla en la izquierda, que en ese momento reposaba sobre el mango del bastón, pero de modo muy ligero. De hecho, el bastón no estaba apoyado en el suelo. ¡Dios bendito, en ese momento estaba de pie sin soporte alguno! Seguro que sufría un dolor insoportable.

—Baja la pistola, Heywood —ordenó el señor Forsythe—. Bájala y arrójala lejos de donde estás. Al estanque. Hazlo y no mataré a tu esposa.

—¡No lo hagas, Arthur! —protestó Philly.

Con rudeza, Forsythe sujetó a Philly en respuesta a su grito. Tan pronto como le rodeó los hombros con el brazo, se oyó un estrépito que procedía de la espesura.

—¿Pero qué…? —Forsythe se dio la vuelta, alarmado.

El cuerpo gigantesco de *Basil* surgió del bosque. Con los colmillos fuera, saltó

hacia Forsythe y se lo llevó por delante con una furia descomunal. Le clavó los dientes en el muslo, destrozando la tela del magnífico pantalón, y se los hundió en la carne.

El grito de Reggie Forsythe rasgó el aire de la mañana. Buscó con los dedos de forma convulsa el gatillo de la pistola.

Sonó un disparo.

Philly cayó hacia atrás y se golpeó la parte trasera de los muslos contra la piedra de uno de los bancos. Se movió hacia un lado, intentando agarrarse al tiempo que caía, y sintió unas náuseas que estuvieron a punto de hacerle perder el conocimiento.

Y, sin transición, Arthur la rodeó con los brazos y la sujetó para, después, estrecharla contra el pecho en un abrazo acuciante y potente. Casi no podía ni respirar. Nunca la había abrazado con tanta fuerza.

—¿Lo has matado? —susurró Philly.

—Sí.

—Le advertiste de que lo harías...

—Sí.

Solo dispuso de una fracción de segundo para mirar antes de que Arthur le bloqueara con el cuerpo la visión de la escena. Pero le bastó para ver el cuerpo de Forsythe justo al lado del estanque, yaciendo en el suelo en una postura antinatural. *Basil* seguía junto a él, aún enseñaba los dientes e hilos de sangre le corrían por las fauces. Tenía una mirada de triunfo salvaje, como si él hubiera sido el responsable de la herida de bala que horadaba la cabeza de Forsythe igual que lo era de la dentellada tremenda del muslo.

Philly levantó la vista para mirarle a la cara, esperando encontrar la misma expresión de furia salvaje. Pero, fuera cual fuese la ferocidad que había anidado en Arthur Heywood unos segundos antes, en esos momentos volvía a estar bajo un control implacable.

—Me dijo que había un perro herido y que me necesitaba para intentar salvarlo.

—¡Que se pudra en el infierno!

—Fui con él. Y durante todo el tiempo procuró... Su intención era... —Le temblaban la voz y todo el cuerpo—. Si no hubieras venido...

—¡Ni lo menciones! —Arthur tenía en la mirada la dureza del acero—. Ni lo pienses.

Philly sintió la primera punzada de las lágrimas quemándole los ojos.

—¿Cómo pudiste encontrarme? ¿Es cierto que Violet confesó?

—No, no me dijo nada. Fue Sara la que habló conmigo. Desde la ventana de tu dormitorio vio que seguías a Forsythe.

—¿Y fue a buscarte? ¿Tan deprisa? ¡Por Dios, qué es lo que habrá pensado! ¡Y qué habrás pensado tú!

Arthur suavizó el gesto.

—No pensé nada malo sobre ti, amor mío. Comprendí de inmediato lo que estaba pasando.

—¿De verdad?

—Sí. De hecho, en ese momento todo cuadró a la perfección y adquirió sentido. Forsythe, Molly Cartwright, el duque de Moreland. Si no hubiera estado tan preocupado por ti durante estos dos últimos meses, quizá habría sido capaz de entenderlo antes. —Le acarició la mejilla—. Por lo que respecta a tu criada, no creo que ni se le pasara por la mente la idea de una relación amorosa oculta. Por absurdo que parezca, los criados parecen estar convencidos de que estás enamoradísima de mí.

—Y lo estoy —aseguró—. Con desesperación.

Arthur bajó la cabeza para besarla.

Philly se le colgó del cuello y se entregó por un momento a la caricia suave de sus labios y a la fortaleza firme de sus brazos. Solo un instante después, recuperó el sentido de la realidad por una novedad súbita. Se separó de él y lo miró, un poco alarmada.

—Arthur, me estás rodeando con los brazos.

—Así es, y no sabes lo feliz que estoy.

—Con los dos brazos, quiero decir. —Philly miró a su alrededor de forma casi frenética—. ¿Dónde está tu bastón?

—Creo que se me cayó al suelo cuando salí corriendo hacia ti.

—¿Que saliste corriendo hacia mí, dices?

—Antes de que te desmayaras.

—¡Pero no debiste hacerlo! No tienes en la pierna la fuerza suficiente como para correr. Además, yo no me he desmayado en toda mi vida.

—Pues hoy es un día de varias primeras veces. —La empujo unos metros para alejarla del estanque—. Por favor, no te inquietes. El bastón y la pistola están en la zona de acceso al claro. Los recogeremos cuando nos vayamos. Dame tu brazo, amor mío. Déjame que te lleve a casa.

Philly hizo lo que le pedía.

—¿Y qué hacemos con el señor Forsythe?

—Llamaré al magistrado local. Él se encargará de Forsythe y de Violet. No tendrás que preocuparte más por ninguno de los dos.

Basil abandonó a regañadientes su posición junto al cuerpo y echó a andar tras Philly y Arthur.

Al salir del claro, Philly miró por última vez a Reggie Forsythe. La levita verde botella seguía doblada con pulcritud sobre el banco de piedra junto al estanque. Se estremeció.

* * *

El viaje a Bath se retrasó una semana, que fue el tiempo que llevó aclarar las cosas con el magistrado local y contactar con las autoridades de Moreland Park, donde Molly Cartwright había sido asesinada.

Philly se alegró de que fuera Arthur quien se encargara del asunto. Con la ayuda del conde, lo aclaró y organizó todo. Ella, por su parte, pasó casi todo el tiempo en compañía de la señora Ogilvy, cosiendo y charlando de cuestiones sin importancia. La muerte del señor Forsythe le produjo una conmoción grande, pero no tanto como para no estar deseando terminar con el confinamiento. Cuando Arthur fue a buscarla para ir a pasear, le alegró muchísimo tener la posibilidad de salir por fin de la casa.

Pasearon juntos por un sendero flanqueado de árboles cercano al huerto de manzanos, lejos del estanque y del recuerdo de lo que había ocurrido allí. Los perros trotaban a su alrededor, con la lengua fuera, al sol del mediodía.

—Mi padre insiste en visitar a sir Clement —expuso Arthur—. Son viejos amigos.

—No le envidio.

—Ni yo. Pero sir Clement no es ningún estúpido. No le va a sorprender demasiado el que su hijo haya terminado mal.

—Supongo que no. —Philly empezó a caminar algo más despacio. Aunque Arthur había sido capaz de andar sin apoyo el día de la muerte del señor Forsythe, eso no se había convertido, ni mucho menos, en una costumbre. Tras rescatarla en el claro, la pierna le había dolido mucho y había tenido que hacer más uso que nunca del bastón—. Pero, en cualquier caso, las noticias lo van a entristecer mucho.

Arthur no parecía compadecerse en exceso.

—Reggie Forsythe tuvo a su alcance todas las posibilidades para conseguir que su vida fuera un éxito. Muchas más que la mayoría.

—No fue la falta de oportunidades lo que le llevó a hacerme lo que me hizo. Ni tampoco fue el duque de Moreland. Por mucho que me atraiga la idea de echarle la culpa, el duque no ha tenido nada que ver en esto, salvo por esa víctima involuntaria.

—¿No estás resentida con él?

—¿Con Moreland? No puedo decir que lo esté. Me acosó y me insultó, es verdad, pero, una vez que me casé contigo, me dejó en paz y a mi suerte.

—Eso fue lo que dijo Moreland.

Lo miró con gesto de curiosidad.

—Ah, ¿sí?

—Antes de que Sara fuera expulsada de casa de tu tío, oyó decir a Moreland que te abandonaba a tu suerte.

Philly sonrió.

—Se refería a ti, ¿a que sí? Tú eres mi suerte, mi destino.

Arthur respondió con una mueca teatral.

—¡Pues que el cielo se apiade de ti!

Una brisa suave removió las cintas que le sujetaban el sombrero. El día era espléndido y luminoso. Los manzanos estaban en flor y el aire olía a la dulzura de las flores.

—Ya no estás preocupado por el duque, ¿verdad?

—No. Mi padre lo vio claro desde el primer momento. Es un coleccionista; un obseso, sí. Pero los rumores acerca de sus actos de venganza no son más que eso, puros rumores y habladurías. No tienes nada que temer de él.

—También habría pensado que no tenía nada que temer del señor Forsythe. En Londres siempre fue muy amable conmigo. Y pulcro en un grado extraordinario en lo que se refería a su ropa... De hecho, lo fue hasta el final. —Frunció el ceño durante unos momentos—. Tal vez estaba demente.

—Es muy posible.

—Puede que le volviera loco lo que hizo con Molly Cartwright.

Arthur la miró de soslayo.

—Puede.

—La amaba mucho y no fue capaz de asumir lo que le había hecho. Fue algo atroz. Supongo que no fue capaz de soportarlo y de vivir con eso. No me sorprende que le echara la culpa al duque de Moreland.

—Eso no puedo admitirlo —dijo Arthur, deteniéndose.

Philly lo miró con cierta alarma.

—¿A qué te refieres?

—Forsythe no merece ninguna compasión.

—Pero si él...

—No. Ni una palabra en su defensa. —Arthur le puso la mano en la mejilla—. Estuvo a punto de dejarme sin ti.

—Ahora estoy a salvo.

—Sí, lo estás. Maldito sea.

—Me salvaste la vida. Si no hubieras llegado a tiempo..., si no le hubieras disparado... —Philly puso la mano sobre la de él—. ¿Cuánto tiempo llevabas practicando?

—Desde el día en que te caíste de la yegua en la senda de los olmos.

—Por las mañanas, supongo. Cuando tu padre y tú ibais a inspeccionar las obras y reparaciones de la hacienda... —Suspiró—. Me habría gustado estar allí.

Arthur alzó las cejas.

—¿Para verme disparar?

—¿Por qué no?

—Me imaginaba que después de los acontecimientos de la semana pasada no querrías volver a estar en las cercanías de un arma cargada.

Philly lo pensó.

—Bueno, está claro que no quiero volver a tener una apuntándome. Y te aseguro que no deseo verte de nuevo con un aspecto tan aterrador como en ese momento. Aparte de eso...

La preocupación le oscureció los ojos grises:

—¿Acaso te asustaste de mí, Philly?

Le apretó la mano.

—Amor mío querido, eso no va a ocurrir nunca.

—¿No? Acabas de decirme que tenía un aspecto aterrador...

—Claro que sí. Lo tenías. Igual que *Basil.*

Arthur se la quedó mirando.

—Igual que *Basil* —repitió. La voz le tembló un poco—. ¿Como en el momento en el que atacó a Forsythe? ¿El de un demonio surgido del infierno? ¡Por Dios bendito!

—Pobre *Basil.* Estaba muy alterado, sí. Advertí al señor Forsythe, pero me atrevo a decir que no me creyó. Les di a todos los perros la orden de que se quedaran atrás y no me siguieran, ¿sabes? Tal vez pensó que me iban a obedecer. De hecho, yo... confiaba en que lo hicieran. Pero me temo que ninguno de ellos

está tan bien entrenado como creía.

Arthur inclinó la cabeza y la besó.

—Pero de todas formas los quieres.

—Sí, así es.

—A los caballos. A los perros. —Bajó el tono—. A los maridos.

—Sobre todo a los maridos.

—Pese a lo imprevisibles y malhumorados que sean estos últimos.

Philly esbozó una sonrisa de arrepentimiento.

—Sí, bueno... Tú me dijiste una vez que tenía una afición especial por las criaturas desagradables.

Arthur, por una vez, le devolvió la sonrisa.

—Algo lamentable, desde luego —dijo, y la volvió a besar—. Pero no lo cambiaría por nada del mundo.

Nota de la autora

Escribí *La obra de arte* mucho antes que ninguna otra del resto de novelas románticas históricas que he escrito. En principio, estaba destinada a formar parte de una serie de dos libros, junto con *El vizconde y la hija del vicario*. En aquel momento, ambos libros se desarrollaban en la época de la Regencia. Pero después reescribí *El vizconde y la hija del vicario* para convertirla en una novela romántica victoriana completa en sí misma, por lo que *La obra de arte* languideció en una estantería. No fue ni mucho menos porque tuviera problemas de calidad o porque no me gustaran los personajes, sino solo porque decidí aparcar las novelas románticas de la Regencia y *La obra de arte* no se podía adaptar o reescribir como victoriana.

Dicho esto, si sientes curiosidad sobre la forma de ser del libertino hermano mayor de Arthur, no tienes más que fijarte en el Tristán de *El vizconde y la hija del vicario*. Los nombres y los escenarios han cambiado, pero los personajes son muy similares, por no decir casi los mismos.

Por otra parte, si tienes interés en conocer más detalles acerca de la batalla de La Albuera, te recomiendo vivamente el excelente libro de Guy Dempsey *Albuera 1811, The Bloodiest Battle of the Peninsular War* (*Albuera 1811, la batalla más sangrienta de la guerra en la Península*). Fue de una utilidad extraordinaria para documentar mi novela.

Agradecimientos

No es fácil revisar un libro que tú misma escribiste hace muchos años. Mientas lo hacía, hubo momentos en los que pensé que no habría forma de salvar el manuscrito. Más que nunca, confié en la ayuda y los consejos de mi maravillosa editora, Deb Nemeth, y de las increíbles lectoras y colegas Flora, Sarah, Lauren, Lena y Alissa. No sé qué haría sin ellas.

Un agradecimiento especial a mi diseñador de cubiertas, James Egan, que siempre consigue captar y transmitir el tono emocional de mis historias; a Richard Jenkins, que con tanta amabilidad me ha permitido utilizar una de sus preciosas fotografías; a Colleen Sheehan, por su espléndida maquetación; a Tara Mandarano, por su corrección de pruebas; y a mis padres, que cuidan de los niños, de la casa y de las mascotas mientras escribo, además de proveerme de golosinas.

Y, por supuesto, quiero daros las gracias a vosotras, mis lectoras, no solo por serlo, sino también por vuestros correos, comentarios, mensajes en redes sociales y críticas. Ni os imagináis la cantidad de veces que, estando de bajón, un mensaje de alguna de vosotras me ha animado a seguir escribiendo. Os lo agradezco muchísimo.

Descarga la guía de lectura gratuita de este libro en:
www.librosdeseda.com